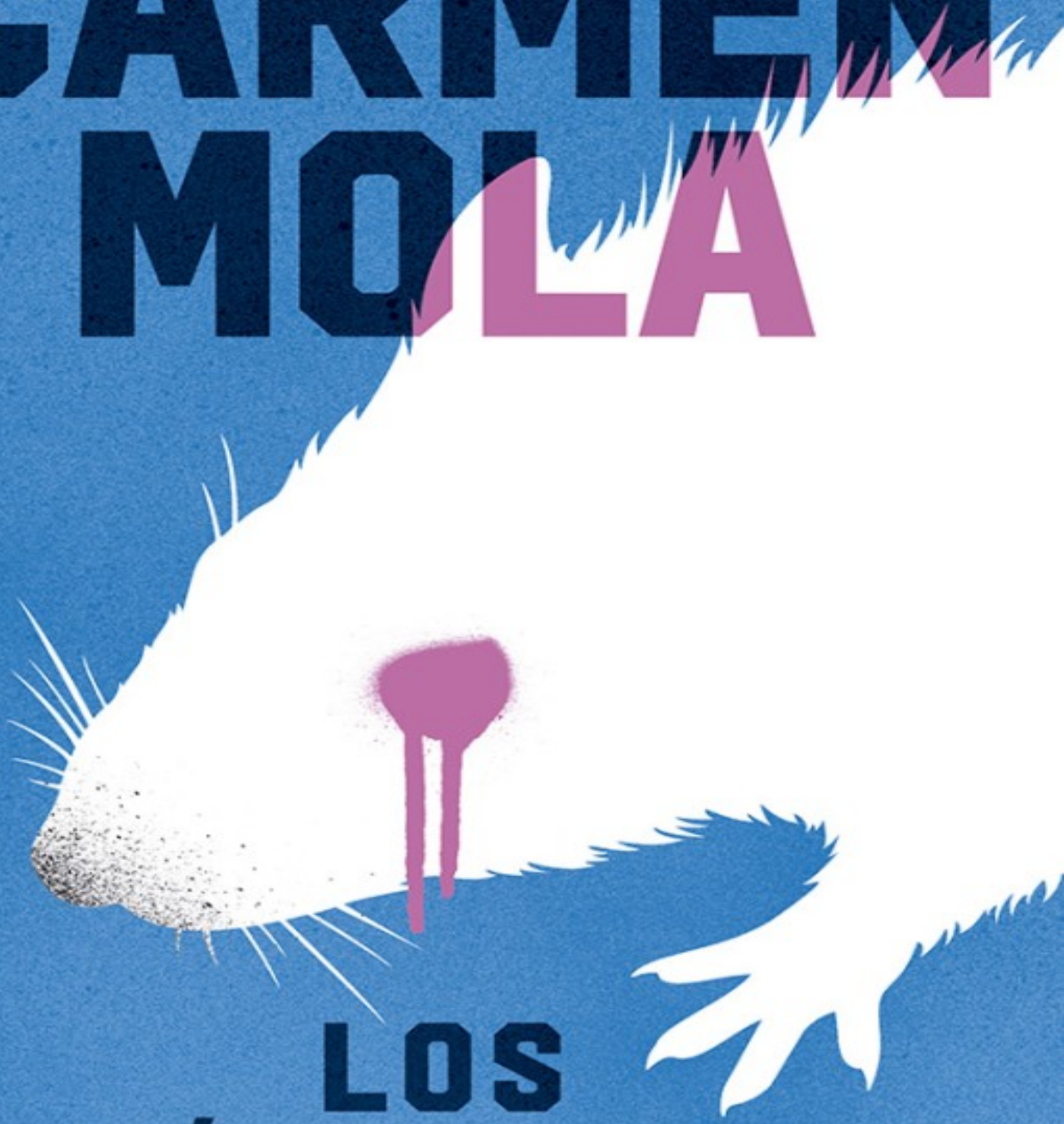
CARMEN MOLA



LOS HUÉRFANOS

Planeta

Índice

Portada

Portadilla

PRIMERA PARTE. LOS HUÉRFANOS

Belfast, 2004-2015

1

2

3

4

5

6

Marbella, 2023

7

8

9

10

11

12

Marbella, 2024

13

14

15

16
17
18
19

SEGUNDA PARTE. LOS PASTOR

Marbella, 2024
1
2
3
4
5
6
Marbella, 2004
7
8
9
10
11
12
13
Marbella, 2022
14
15
16
17
18
19
20

TERCERA PARTE. LA HERMANA MEI

Hong Kong, 1980

1

2

3

4

5

6

7

Marbella, 1997

8

9

10

11

12

13

Marbella, 2018

14

15

16

17

18

19

Créditos

Los Huérfanos

Carmen Mola



PRIMERA PARTE

—

LOS HUÉRFANOS

Belfast, 2004-2015

—Me haces cosquillas con la nariz.

La primera vez que lo escuchó, Trevor Strummer no supo interpretar si se trataba de un elogio o de una recriminación. Como tampoco pudo prever que esas palabras le iban a perseguir el resto de su vida, que serían como la combinación de una caja fuerte en la que habitaban sus peores demonios.

—Me haces cosquillas con la nariz.

¿Puede una frase, en apariencia inocente, tener ese poder devastador?

La verdadera pesadilla para Strummer no empezó el día de su ingreso en el orfanato de Rubane House, sino cuando cumplió once años y un chico rubio llamado Fergus, que ya tenía quince, abandonó la institución para trabajar en una lechería en Omaha. Hasta ese día, Fergus había sido el favorito del padre Boyle. Durante los años siguientes, ese honor recaería en Trevor Strummer.

El mismo día que Fergus se marchó, el padre Boyle fue a buscarlo a las duchas. Sin darle la oportunidad de vestirse, todavía mojado, lo arrastró hasta las escaleras que bajaban al sótano, le tiró una toalla para que se cubriera y lo dejó allí encerrado durante horas, o al menos eso le pareció a Strummer. Las ratas correteaban a su alrededor, la humedad del sótano de Rubane House lo atería de frío, de miedo y de soledad.

Allí abajo no podía protegerlo Liam Burke, que tenía la misma edad que él, pero era mucho más alto y hasta los mayores lo respetaban. Tampoco Chris Griffin, el primer interno que le mostró algo de afecto cuando todos se burlaban de su falta de dientes y del peculiar silbido que se le escapaba por el hueco que deberían ocupar los incisivos superiores.

Los tres habían ido a parar al orfanato de Rubane House, en Kircubbin, un edificio aislado en la orilla de la ensenada de Strangford, cuando eran solo unos niños. Trevor Strummer y Chris Griffin llegaron el mismo día, tenían solo seis años, pero su vida ya había sido más difícil que la de la mayoría de los adultos y lo que tenían por delante sería aún peor; cómo no sentir miedo entre esas paredes desangeladas de piedra, con esos techos altos y un pelotón de internos que los insultaban, que se burlaban y amenazaban con pegarles. Cada día, cada minuto, cada segundo parecía que iba a ser el momento de la paliza. No estuvieron a salvo hasta que Liam Burke, ese corpulento niño con el pelo rojo y alborotado como una hoguera, los acogió bajo su ala.

—Si no os hacéis respetar, os van a aplastar. Tarde o temprano, vendrán a por vosotros. Son más y tienen más fuerza, por eso tenéis que ser los primeros en atacar, cualquier excusa vale. Y hacedlo como bestias con el que se os acerque, como si fuerais unos putos locos, para que los demás os tengan tanto miedo que no se atrevan a intentarlo.

Esa noche tuvo la oportunidad de demostrar que no hablaba en broma. Un chico de doce años, el doble de grande que ellos, le había robado una manzana. Burke fue a buscarlo a su cama mientras dormía y le cortó con una cuchilla las comisuras de la boca.

—Le he dejado sonrisa de payaso. —Se burló—. Va a dar gusto verlo comer sopa.

Nunca más le robaron nada a Liam Burke. Tampoco a sus dos amigos.

Trevor Strummer se sentía seguro a su lado, pero en el sótano de Rubane House no podía contar con él. Nadie se atrevía a tocarle un pelo al padre Boyle, era el amo de ese lugar, solo con chasquear los dedos podía acabar de un plumazo con los tres. Estaba abandonado a su suerte, sin más compañía que la de las ratas que lo observaban desde las sombras. El único consuelo era recordar las palabras de Burke: «No voy a aguantar mucho más aquí, me voy a escapar. El que quiera que venga». Resultaba imposible no seguir a esa antorcha de pelo rojo, siempre tan confiado en sí mismo y en que los tres merecían un futuro mejor.

Oyó los pasos del sacerdote bajando las escaleras y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Se obligó a pensar en ese futuro espléndido con sus hermanos, porque así llamaba a Griffin y a Burke, sus dos hermanos huérfanos. El padre Boyle abrió la puerta, y el chirrido resonó contra las paredes desnudas. Su silueta de buitre se acercó en un silencio irreal. Le levantó la barbilla para que escuchara bien qué esperaba de él.

—Lo mismo que me hacía Fergus. Ni más ni menos. Esa es la misión para la que Dios te ha elegido.

Strummer sabía que era inútil resistirse. Se puso de rodillas y el cura se abrió la bragueta del pantalón. Le introdujo el pene flácido en la boca y el niño intentó dibujar los contornos de la vida que le esperaba con Burke y Griffin fuera del orfanato, una vida de aventuras, de lujos y juegos, de risas y de travesías por el océano.

—Me haces cosquillas con la nariz —le dijo el padre Boyle, y esa sería la frase que anunciaba la tortura y que escucharía con demasiada frecuencia.

Una vez, dos a la semana. Tres veces durante algunas temporadas. Fueron meses que se convirtieron en años.

No solía penetrarlo. Prefería la boca de Strummer, y él advirtió desde el primer día que era imposible limpiarla del sabor agrio del semen. La rabia y el odio fueron aprisionándolo y lo convirtieron en un niño callado, porque detestaba su propia boca sin dientes, porque se sentía estúpido cuando, al hablar, se le escapaba ese chiflido que sonaba como una tetera hirviendo. Al regresar del sótano, Chris Griffin abandonaba los libros que tanto le gustaban y lo arropaba con una manta; Liam Burke apretaba los puños y juraba venganza, le repetía que el padre Boyle tendría que pagar por el daño que le estaba haciendo a su hermano, y luego lo abrazaba hasta que Trevor Strummer dejaba de llorar.

Todos veían su sufrimiento, su humillación, pero no veían la rabia que estaba bullendo en su interior, como en una olla a presión. No llegó a explotar porque, el día que cumplía dieciséis años, Liam Burke anunció sus planes:

—Esta noche nos vamos de aquí. A la una os quiero despiertos, vestidos y con lo que os queráis llevar en la mochila. Es nuestro último día en este pozo de mierda de Rubane House. Jurad que no dejaréis a ninguno atrás. Somos una familia, y si hay que dar la vida por uno de los hermanos, se da.

Las pupilas de Griffin y de Strummer brillaron de vértigo, de ilusión y de miedo.

Belfast, 2015-2020

Los primeros tiempos en Belfast no fueron fáciles. Querían parecer chicos duros de la calle, pero fuera de Rubane House no eran más

que tres niños que la mayoría de los días se iban a dormir a algún portal sin haberse echado un poco de comida a la boca. Como siempre, fue Burke quien decidió que las cosas debían cambiar. Entraron en una tienda de comestibles como tres animales salvajes, exigiendo el dinero de la caja. Una señora delgaducha y encorajinada los llamó hijos de puta, les escupió y los amenazó con un palo que guardaba bajo el mostrador. Griffin intentó hacerla entrar en razón: no merecía la pena resistirse, era más fácil entregar las libras que tuviera. Burke no pensaba marcharse con las manos vacías y, a falta de dinero, empezó a coger todo lo que encontró en los estantes. Al menos tendrían algo para la cena. Strummer miró a la señora desde su metro cincuenta y, de repente, explotó: saltó sobre el mostrador y agarró a la mujer de la cabeza. Ella no tuvo tiempo de defenderse y cayó al suelo por la embestida de esa pequeña bestia, y él le arrebató el palo. La golpeó en el estómago; en los brazos, con los que ella trataba de protegerse la cara hasta que ya no pudo más; en la nariz. Se la partió y la sangre brotó como un volcán, pero ni siquiera eso lo detuvo. Siguió golpeándola, aunque la señora ya no se defendía. Si Burke no llega a intervenir, la habría matado.

Ese día, descubrió que había algo adictivo en el hecho de liberar toda su rabia, en la violencia, en sacudir a ese bulto con el palo hasta que le dolían los brazos, en los borbotones de sangre que regaban el rostro de la mujer y le manchaban las manos. El niño tímido, el que sufría en silencio las vejaciones del padre Boyle, se había convertido en un salvaje.

Comenzaron a vivir mejor, por los robos y porque Chris Griffin animó a Burke a menudear con heroína. Con los contactos apropiados, era un negocio mucho más rentable. Dormían en hostales y comían estofado y pastel de riñones con cerveza.

Alquilaron una casa en el barrio de Shankill Road. Griffin encargó un traje a medida en una sastrería de Victoria Square y ya nunca dejó de vestir como un dandi. Habían formado una sociedad en la que cada uno tenía claro su rol: Burke era el líder; Griffin, el cerebro en la sombra; Strummer, el perro de presa.

La ciudad ya no les resultaba tan hostil, la gente los respetaba. Una tarde descubrieron The Left Hand, un pub con buen ambiente, y empezaron a frecuentarlo. Fue allí donde vieron aparecer a una pelirroja risueña que tragaba cerveza como el que más. A Strummer y Burke no les pasó desapercibido cómo su hermano Griffin la miraba tan fascinado como si hubiera visto pasar un cometa. Rompió su timidez y la invitó a una partida de dardos. A pesar de que Amber, así se llamaba la pelirroja, llevaba varios litros encima, hizo todos sus lanzamientos con la precisión de un francotirador. Era una chica preciosa y alegre, hacía reír a Griffin, le quitaba la pátina de seriedad con la que andaba por el mundo, siempre hablando de esos libros que leía, de sus planes de estudios y de aprender idiomas, como si fuera un intelectual y no un delincuente de poca monta en los barrios bajos de Belfast. Se hicieron novios, pero eso no lo alejó de sus amigos; el juramento que habían hecho en el orfanato, dar la vida por los demás si era necesario, estaba por encima de todo: de los amoríos de Griffin, de los estallidos de violencia de Strummer, de la detención de Burke con casi medio kilo de heroína encima... De una sentencia firme de siete años de cárcel que cayó sobre los huérfanos como un jarro de agua fría.

¿Cómo podrían salir adelante sin Liam Burke? Aunque Griffin fuera capaz de diseñar las estrategias para ganar dinero, necesitaba las habilidades sociales de Burke para hacerlas realidad. Sin él, tampoco sería capaz de contener a Strummer: desde aquella paliza a la

señora de la tienda de comestibles, era raro el día que no terminaba en un altercado.

No fueron años fáciles. Para ganarse la vida, se arrimaban a los peores trabajos: lo mismo llevaban unos gramos de coca a la fiesta de una mansión de Malone Road, que tomaban nota de las apuestas ilegales del hipódromo de Downpatrick o de los combates de boxeo sin reglas en un gimnasio clandestino de Donegall Quay.

De vez en cuando, visitaban a Liam en la cárcel de Kilmainham. En la última visita, cinco años después de su detención, su amigo, más delgado y con la mirada más dura que nunca, les dijo que, según su abogado, lo iban a soltar enseguida porque ya había cumplido dos tercios de su condena y le aplicarían la reducción por buena conducta.

—Es la ventaja de portarse bien.

Griffin y Strummer se alegraron de que el reencuentro de los tres huérfanos estuviera tan cerca.

—Pero no quiero volver a la mierda de vida que llevábamos —dijo con firmeza—. Ya os contaré más cuando estemos en el pub, con una pinta de por medio.

Griffin hace un gesto al camarero de The Left Hand para que les sirva otra ronda. No sabe cuántas puede llevar Amber, con la mitad él ya habría caído inconsciente, pero ella sigue paseando por el pub ligera y afilada como un cuchillo. Por fin llega el momento. La puerta se abre de un fuerte embate. Es Burke quien entra, y de pronto es como si no hubieran transcurrido los años. Todo vuelve, los abrazos, las viejas bromas, la camaradería y, por supuesto, la pinta de Harp en las manos de ese hombre que bebe con ansiedad, como si quisiera recuperar cuanto antes el tiempo perdido.

Cuando pasan los efluvios del reencuentro, de la puesta al día —Griffin le enseña su recién ganado título de graduado en Económicas en la universidad, Strummer le cuenta sus correrías con Emiliano, un mexicano con el que ha dado algún que otro golpe—, se sientan a una mesa colocada en un rincón.

—Ya está bien de este asco de vida entre drogas y palos de poca monta. Yo no quiero volver a pisar la cárcel —les anuncia Burke—. Ahora vamos a jugar a lo grande. Vamos a irnos con los que ganan dinero de verdad. Con los que mueven la mercancía sin tocarla. Esos no van a la cárcel nunca. No se ensucian.

—¿Y dónde están esos cabrones, en Malone Road?

—No están en Belfast, Trevor. Están tumbados al sol en España, se follan a todo lo que se mueve y hacen caja. ¿Habéis oído hablar de Marbella?

Burke les describe esa ciudad andaluza y les cuenta cómo los jefes de las mafias más importantes se han instalado allí.

—Me he hecho amigo de un colombiano en Kilmainham. Me contó cómo funciona el negocio y me dio los contactos que necesitamos. Hasta he aprendido algunas cosas en español: dame una cerveza, hijo de puta, cabrón, cómeme la polla.

—Por... ¿cómo se llamaba ese pueblo? —dice Griffin levantando su pinta.

Burke se inclina hacia Strummer, que silba a través de su boca mellada.

—¿Qué te pasa? ¿No tienes ganas de venirte al sur y follarte a un buen montón de toreros en Marbella?

—¿Marbella, toreros? Suena bien... ¿Cuándo?

—Pronto. En un mes.

Strummer levanta su pinta. Brinda por ese futuro en España, pero no les cuenta que hay algo que debe resolver antes de marcharse de

Irlanda.

—Voy a estar unos días fuera de Belfast —dice a sus hermanos—. En cuanto vuelva, hacemos las putas maletas. A follar toreros.

Llevar al padre Boyle al sótano ha sido más fácil de lo que pensaba, el hombre que tanto terror le causaba de niño se ha convertido en un anciano débil y de carnes fofas, ni rastro del buitre que a veces creía ver cuando su silueta se dibujaba en el umbral. Le ha puesto una inyección con una dosis muy baja de midazolam mientras dormía, para que su sueño fuera aún más profundo. Una vez en el sótano, le cuesta despertarlo, pero quiere que el viejo sea consciente de lo que le va a ocurrir. Satisfecho, lo observa en la silla en la que lo ha dejado, con cinta americana en la boca y con las manos y los pies apresados por bridas.

—Esto estaba lleno de ratas, ¿te acuerdas? —Strummer se ríe y deja escapar un silbido por su boca mellada. ¿Recordará el padre Boyle ese pitido que suelta al reír?—. ¿No te daba asco bajar? No, a ti no, no te importaba una mierda, sabías que aquí tenías lo que querías... O lo que quería Dios. Eso decías, que Él me había encomendado esa misión. Ahora no veo ratas por aquí, ¿las habéis exterminado? No pasa nada. He traído las mías. ¿Las quieres ver?

La pequeña jaula que ha traído está rodeada por una malla de alambre para que no puedan escapar. Son minúsculas, blancas, en apariencia inofensivas. Pero, al retirar la tela negra que cubre la jaula y al notar la luz, han empezado a aullar como si fueran lobos.

—Dicen que se las oye a cien metros. Yo creo que exageran. Y aquí no las va a oír nadie. Eso tú lo sabes bien, daba igual lo que yo gritara, nadie se enteraba.

La mirada del padre Boyle aterriza en los animalillos que le acerca Strummer. Lleva jubilado casi diez años y se le ha nublado la vista, pero cree que nunca ha visto unos ratones iguales. Le cuesta centrar su pensamiento, su cerebro funciona como una máquina obsoleta, no sabe por qué tarda tanto en preguntarse quién es ese hombre bajito y fibroso, con esa risa extraña. ¿Qué está haciendo en el sótano? Hacía años que no bajaba aquí.

—Los llaman ratones saltamontes y vienen de Estados Unidos, del desierto de Sonora —explica Strummer—. No te creas que ha sido fácil traerlos a Irlanda. Pero si meten cargamentos con toneladas de cocaína, cómo no se van a poder colar unos ratoncillos. Encargué sesenta, cinco docenas, muchos se me han muerto, solo me quedan treinta. Si cierras los ojos y escuchas, parecen lobos. Es curioso, ¿no? Pero eso no es lo mejor, lo que me hizo pensar en ellos para ti es que son carnívoros. No es que tengan una mandíbula muy fuerte, pero son unos hijos de puta... —Strummer se ríe de nuevo mientras le quita de un tirón la cinta de la boca—. Los probé con un perro. Tendrías que ver lo que le hicieron...

—¿Quién eres? —dice el padre Boyle tan pronto puede hablar.

Strummer esboza una mueca de payaso triste. Realmente le decepciona que el padre no lo recuerde. Arrastra una vieja silla para sentarse frente a él.

—¿Tanto he cambiado? ¿O es que ya se te ha hecho puré la cabeza?

El padre Boyle recorre con su mirada acuosa al hombre que tiene delante: luce un par de cicatrices en el rostro, seguramente resultado de alguna pelea reciente. El pelo con abundantes rizos desordenados. Los ojos llenos de rabia, aunque su boca intente dibujar una sonrisa. Está mellado. Le faltan las palas superiores.

—Trevor Strummer. —Su voz sale ronca. Sabe por qué está ahí y suplica—: Perdóname.

Pero no es la hora del perdón, es la hora de la venganza. Con la mano enfundada en un guante de cuero grueso, Trevor Strummer saca uno de los ratones, que enseña sus dientes con avidez.

—Hay que tener cuidado con estos bichos, sus mordiscos duelen... Abre la boca.

—No me hagas eso, por favor... Ten piedad...

—Abre la boca o te la abro yo. ¡Ábrela!

El padre Boyle obedece, los ojos se le han llenado de lágrimas. Strummer le mete el ratón dentro de la boca y vuelve a cubrirla con la cinta americana.

—¿Te hace cosquillas con su naricita?

El padre se agita, no son cosquillas, es dolor... El ratón le muerde la lengua, los carrillos por dentro... El cura ha decidido reaccionar y defenderse, ha mordido al roedor, sus dientes han hecho crujir los huesos del animal.

Strummer le quita la cinta de un tirón, los dientes del padre Boyle están teñidos de rojo, hay pedazos de la carne del ratón entre ellos. Escupe una amalgama de saliva, carne, pelo y vísceras. Le mete tres, cuatro, cinco ratoncillos y vuelve a amordazarlo.

De pronto, el carrillo izquierdo del cura se abulta y se tensa como un globo a punto de estallar. Por allí asoma de pronto uno de los ratones embadurnado de sangre, pero el agujero que ha hecho no es suficiente para salir.

Strummer saca más ratones. De nuevo retira la mordaza y embute uno tras otro en la boca del cura, seis, ocho, diez. Boyle patalea, pero las bridas le impiden moverse. Su expresión va más allá del espanto. Esta vez la carnicería es inmediata. La sangre escapa del cuerpo del cura por todos sus orificios, por la boca, por la nariz, por

las orejas. Los ratones se están dando un festín, se abren camino en el interior de su presa, horadan túneles en la boca, en la garganta, en busca de una salida. La piel del sacerdote se amorata, los ojos se le salen de las órbitas, el corazón se le para.

Del cuerpo sin vida salen unos aullidos espantosos que animan a los ratones todavía enjaulados. También ellos aúllan, quizá excitados por el olor de la sangre, y saltan como endemoniados, deseando entrar en acción. Strummer mira por última vez al padre Boyle, desmadejado sobre un charco de sangre y heces en el suelo, las paredes húmedas del sótano que tanto pavor le infundían. Ha saldado una deuda con el niño asustado que fue.

El miedo ya no tiene cabida dentro de Strummer.

Ahora, el miedo es él.

1

Laura Pastor sigue al funcionario de prisiones por un pasillo estrecho hasta el módulo 15, el de aislamiento, de la cárcel de Soto del Real. Al preso lo han llevado por otro camino para evitar que se crucen antes de llegar a la habitación destinada a la entrevista, un protocolo de seguridad que Laura conoce de sobra. Está cerca de cumplir los cuarenta años, pero, en toda su carrera como fiscal, es la primera vez que mantiene una conversación con el acusado dentro de la cárcel. Lo normal sería celebrarla en la sede judicial, pero se han considerado los riesgos del traslado. Riesgo de fuga, riesgo para la integridad física de la escolta. ¿Precauciones exageradas? En absoluto. Laura sabe que hay que tomarlas, lo sabe desde que asumió el caso hace dos años.

Nada es normal con un preso como este.

—No hace falta que le diga qué tiene que hacer si se siente incómoda —le recuerda el funcionario, un hombre entrado en los cincuenta, de mirada desconfiada. Los años que ha trabajado en esta cárcel le han enseñado que nunca se puede bajar la guardia.

—Gracias —murmura ella.

Es difícil no sentirse intimidada cuando se entra en ese despacho. La habitación sin ventanas, la puerta que se cierra a su espalda, los ojos del funcionario que la observan a través del ventanuco; aunque no pueda escuchar, mantendrá contacto visual durante todo el encuentro. La mesa metálica, su silla, también metálica, esperándola vacía frente al acusado y su abogado. Es consciente de que

cualquier titubeo en su lenguaje corporal se asumirá como una muestra de debilidad.

No necesita fingir. No le tiene miedo.

—Espero que no haya sido una complicación venir hasta aquí —le agradece Losada con sus maneras melifluas cuando se levanta a saludarla. El traje que lleva debe de costar cuatro sueldos de Laura —. Dadas las circunstancias, se hacía difícil celebrar esta reunión en la Audiencia Provincial.

—Estoy al tanto de la situación de su representado.

—No es que sea un grosero, pero...

Al mover las manos, suena el chasquido estridente de las esposas atadas a la mesa. Trevor Strummer le sonríe sin esconder sus dientes mellados. Los pies no le llegan al suelo, apenas supera el metro cincuenta, y con ese pelo revuelto podría parecer un niño travieso, pero no es esa la palabra que lo define.

—Me doy por saludada.

Se sienta. Deja el maletín en el suelo y saca una carpeta con el acuerdo. Al colocarla sobre la mesa, ve el botón del pánico. Si lo presiona, el funcionario entrará en el despacho y se llevará a Strummer. No lo va a hacer, aunque el irlandés intente provocarla si la reunión no se desarrolla como él espera. Comprueba que el funcionario sigue vigilando a través del ventanuco antes de hablar.

—Entiendo que su abogado le ha puesto al tanto de los detalles.

—Mi defendido ha sido informado y está de acuerdo. Solo queríamos discutir algunas cuestiones menores...

Mientras Losada pide una rebaja en la indemnización a los familiares, Laura desvía la atención hacia Strummer. Ajeno, como si no estuvieran hablando de su futuro, el irlandés juguetea con la uña de su dedo índice, tiene una mancha morada tan espesa que parece pintada.

—Fue un accidente —interviene de pronto, cuando nota la mirada de Laura. Tiene un español fluido, aunque arrastra su acento irlandés—. Me han metido en aislamiento mientras la cárcel hace su investigación, pero no fue como piensan. A mí, el colombiano me caía bien; se enganchó con el horno de la panadería y yo fui a sacarlo... —Levanta la mano tanto como las esposas se lo permiten y muestra esa uña ennegrecida—. Me llevé una buena hostia. No sé por qué coño me tratan así.

—No estoy aquí por ese asunto —responde seca.

—Creo que ochenta mil euros para los familiares del fallecido es más que suficiente, estamos hablando de una categoría cuatro: un hermano —suelta Losada mientras hojea la propuesta.

—No voy a firmar esa mierda —corta Strummer a su abogado.

Laura se toma su tiempo para contestar. No quiere que el irlandés piense que tiene ninguna prisa. Mucho menos que necesita que este acuerdo se firme. Él tampoco parece alterado; está centrado en su uña, la despega del lecho del dedo, está partida.

—Creo que la fiscalía está siendo muy generosa. Quince años de condena que, como todos sabemos, en el juicio podrían convertirse en veinticinco.

—Strummer, la fiscal tiene razón: es un buen acuerdo.

—Si fuera culpable —responde tranquilo—. Pero soy inocente.

—Tal vez debería tener una charla en privado con mi cliente —murmura Losada, que no esperaba esa salida de su defendido.

Esta descoordinación entre el abogado y Strummer le viene bien a Laura.

—¿Quieres una caña de chocolate? —le pregunta de repente el irlandés—. ¡José Luis, trae una caña de chocolate a la fiscal! Las hacemos en el taller de panadería, los martes. Están de la hostia.

Tienes que probarlas. Si me quedara más tiempo, me sacaba el carnet de panadero.

—Lleva en esta prisión desde 2024. Ha tenido dos años.

—Nunca he sido buen estudiante —le dice él, tenso, no le gusta que nadie se burle de él, pero luego vuelve a sonreír—. ¡José Luis! ¿Y esa caña? Aprieta el botón del pánico, que no nos oye...

—Gracias, pero no tengo hambre. Como le decía, los términos del acuerdo de conformidad son los mejores que podemos ofrecer y creo que debería firmarlos.

—¿Sabes lo que yo creo? Cállate, Losada —le ordena a su abogado, que intentaba intervenir —. Lo que yo creo es que dos años en prisión para alguien que no ha hecho nada son demasiados. Quiero un juicio. No solo para salir libre, sino para que el Estado me pague cada puto día que he pasado aquí dentro.

—Señor Strummer, las pruebas son indiscutibles. El día 15 de octubre de 2024, usted atacó a Ramón Castillo, de profesión camionero, en el aparcamiento del hotel Eurostars Arenas de Pinto. Le produjo varias contusiones y un total de catorce fracturas craneales al golpearle la cabeza contra el asfalto. Ocho de estas fracturas son *post mortem*. El ensañamiento está fuera de toda duda: siguió golpeándolo después de muerto.

—La policía fue a por mí. Manipularon las pruebas. Yo pasaba por ahí y esos cabrones se cebaron conmigo.

—No solo disponemos de pruebas forenses, señor Strummer.

La sonrisa del irlandés se ha evaporado, juguetea con su uña partida, la levanta, tiene la piel pegada a la placa, pero no aparta la mirada de Laura. Si no estuviera esposado, saltaría sobre ella como un animal enloquecido.

—¿Y qué otras pruebas tenéis, señorita fiscal?

Laura saborea su victoria en silencio. Solo por verlo asustado como ahora, en ese despacho de la prisión, ya ha merecido la pena el paseo.

—Un testigo ocular.

El irlandés suelta un chiflido de tetera a través de sus dientes mellados y, luego, se ríe. Una carcajada excesiva, que se extiende en el tiempo, como una grieta que se niega a cerrarse. Laura mantiene la compostura, no se va a desconcentrar con los excesos de Strummer.

—¿Y quién es ese testigo? ¿O es una mujer? ¿La putita de Ramón? Porque me dijeron que estaba en el hotel con una chica...

—Esa es una información que no puedo darle.

—¿Una testigo protegida? ¡La leche! ¿Has oído, Losada? ¡Tienen una testigo protegida! No reparan en gastos conmigo. Porque le habréis puesto protección policial, ¿no? Por su bien.

—La verdad, no le entiendo, señor Strummer. Le estoy ofreciendo quince años de prisión en lugar de los veinticinco que cualquier juez dictaría, y a usted le parece divertido. Creo que no es consciente de cuál es su situación.

Strummer calla. Losada, que ha asumido su papel de espectador, guarda también silencio. Trevor tira de la uña rota y trata de separarla del lecho del dedo. Parece disfrutar con el dolor.

—Por mí, puede terminar... —Laura señala la uña con un gesto de la barbilla.

—Es que me molesta. —Sin perder la sonrisa, Strummer arrastra la uña lentamente y la piel se estira pegada a la placa de queratina hasta que se la arranca del todo—. Cuando algo molesta, es mejor quitárselo cuanto antes.

Una gota de sangre le resbala por el dedo mientras él deja la uña encima de la mesa.

—¿Sabes qué es lo que estoy pensando yo, señorita fiscal? Que tienes miedo de ir a juicio. Si estuvieras tan segura de que me tienes cogido por los huevos, irías a por los veinticinco años, no a por los quince. Pero no quieres obligar a esa «testigo protegida» a testificar, ¿me equivoco? Está cagada.

Responderle significaría entrar en su juego, así que guarda la carpeta con el acuerdo.

—Hemos terminado, señor Strummer. Losada —Laura se pone en pie—, nos veremos en el tribunal.

Recoge su maletín, camina hasta la salida y avisa para que el funcionario le abra la puerta. No sabe si Strummer se retractará en el último momento. Cuando la llama, parece que va a hacerlo:

—¡Señorita fiscal!

Ella lo ignora.

—¡Dile a José Luis que te dé una caña de chocolate! —grita el irlandés—. De verdad, no te la puedes perder.

Laura ni siquiera se da la vuelta. Sabe que, si lo hiciera, se encontraría con la sonrisa psicópata de Trevor Strummer celebrando lo que él cree que es una batalla ganada, o quizá vertiendo una amenaza aún más explícita contra esa testigo. En el fondo, ella prefiere que haya sido así. Prefiere que le caigan veinticinco años en lugar de quince.

El resto del día, Laura Pastor lo pasa con mal sabor de boca: Trevor Strummer puede ser un asesino impulsivo, violento, pero no es estúpido. No será fácil convencer a Melca, la testigo protegida, de que llegue hasta el final. De que tendrá toda la seguridad en el juicio, de que el irlandés no podrá tocarla. Un mal sabor de boca porque sabe que es mentira. Para Melca, el peligro no terminará con la condena de Trevor Strummer.

Desde el descansillo de su apartamento, un piso dieciséis de un edificio de la zona de AZCA, se oye la música que Guillermo pone más alta de lo que debe. Un día los van a denunciar; Laura tiene que decirle que ponga el volumen que le dé la gana cuando estén en el apartamento de él, pero que ella no quiere problemas con sus vecinos —aunque están juntos desde hace seis años, cada uno vive en su propia casa—. Es música country, a ella no le gusta mucho, pero, a su pesar, algo ha terminado aprendiendo de esa pasión de su pareja. Cree que lo que suena es una modalidad a la que llaman *bluegrass*, con violines, banjos y mucha energía. Es probable que sea una grabación de su propio grupo, los Corazones Salvajes.

—Ya estoy en casa.

Entra en el aseo del recibidor antes de besar a Guillermo, viene con ganas desde que se ha bajado del coche. Él está preparando la cena en la cocina. La canción —sí, quien canta es él, como ella sospechaba— habla de cruces de caminos, *cowboys* y mujeres crueles; no entiende cómo a un chico de clase media-alta de Las Rozas puede gustarle tanto el country y cantar esas letras con un entusiasmo que parece nacido en Nashville. Nadie es perfecto. Guillermo tiene otros dones: es un estupendo cocinero, uno de los mejores abogados penalistas de Madrid y un portento en la cama. El precio que tiene que pagar —escuchar esas canciones, ir a un concierto de vez en cuando o que aparezca a veces, cuando quedan, con un sombrero tejano— parece poca cosa en comparación con sus virtudes.

—¿Cómo ha ido el día?

—Mejor que al *cowboy* de tu canción; ¿en serio has escrito «Ella lo echó, como se echa la colilla de un cigarrillo a medianoche»?

—Esa frase la he copiado un poco, pero es que es tan buena... ¿Te gusta?

—La melodía es pegadiza —le concede. Sabe que una crítica negativa puede torcer a Guillermo el resto de la noche, y hoy no tiene fuerzas para eso—. ¿Qué hay de cena?

—Pimientos de piquillo rellenos de bacalao. En tu honor.

Guillermo rellena los pimientos y, mientras reduce la salsa, Laura piensa con envidia que él siempre encuentra tiempo para desarrollar una carrera brillante, ir al gimnasio, grabar y actuar con sus Corazones Salvajes y cocinar como un chef. ¿Qué está haciendo ella mal con su vida? Tuvo el mejor expediente en la carrera y sacó las oposiciones a fiscal con el número dos de toda España hace doce años, pero desde entonces solo trabaja: los expedientes inundan sus días y ya no recuerda el tiempo que hace que no sale con amigas o dónde guardó esas zapatillas que se compró para el gimnasio cuatro o cinco años atrás.

—¿Has estado en la prisión?

—Strummer ha rechazado el acuerdo. Me ha hecho ir a Soto del Real solo para decírmelo en persona, todo un detalle. —El cinismo no hace sino subrayar la rabia de Laura, que saca una botella de vino blanco de la nevera.

—Es una decisión absurda. Tienes el caso más que atado.

—Si la testigo no se echa atrás en el último momento.

—Esa chica no va a tener más problemas por declarar. Al revés: ¿qué mejor manera hay de ponerse a salvo?

—De él, sí, pero ¿qué pasa con los otros? Liam Burke, Chris Griffin. Le he dicho que íbamos a protegerla, pero tú y yo sabemos que no podemos ponerle un policía en la puerta el resto de su vida. Por mucho que escondamos su nombre, esos cabrones la van a buscar.

—Con lo de Strummer, no les conviene hacer ruido: la Guardia Civil los tiene bajo el radar en Marbella. No les queda más remedio que asumir que al loco de Trevor Strummer se le fue demasiado la cabeza esta vez y que va a pasar una temporada a la sombra.

—Supongo que lo que pase en Marbella no es cosa mía. ¿Quieres? —pregunta a Guillermo después de servirse su copa de vino.

Él asiente, prefiere dejar de hablar de trabajo, el juicio de Strummer arrastra demasiadas implicaciones para Laura. Quizá debería haber rechazado el caso, pero no lo hizo: vio en él una oportunidad de demostrar a todos que no tiene miedo, por mucho que esa investigación la pueda mezclar con los asuntos de Marbella.

Guillermo recoge la mesa. Pocas cosas alegran más a un cocinero aficionado que retirar los platos limpios, y Laura no ha dejado ni rastro del pimiento relleno. Tampoco ha parado de beber vino: lo hace cuando está nerviosa. O cuando va a un concierto de los Corazones Salvajes. O cuando celebra la victoria en un juicio. Y, a veces, cuando está sola, cosa que él ignora. Si convivieran, sería testigo de esas horas muertas, de sus manías, de sus vicios, de la otra cara de Laura, que ella ha insistido en mantener oculta.

Al principio de la relación, él aspiraba a un roce más continuo, pero ella dispuso este esquema, el de verse dos o tres veces a la semana como mucho, y ha terminado acostumbrándose a él.

—¿Por qué no vienes a la cama? —le pregunta Guillermo—. ¿O vas a darle al vino hasta caer redonda?

—¿Es que no te gusta follar con una borracha?

—En realidad, te odio cuando estás sobria —se ríe.

Mientras hacen el amor, Laura olvida el caso, a Trevor Strummer y a Melca. Las conexiones con Marbella. Guillermo recorre su cuerpo

con la lengua, sabe encenderla, y Laura flota en un estado alejado de cualquier preocupación: se atenúan los traumas que le han hecho la vida imposible en otros tiempos: su vergüenza a mostrarse desnuda, los fantasmas familiares que a veces la atormentan. Por desgracia, esa ansiedad regresa poco después del orgasmo. En la oscuridad del dormitorio, intenta relajarse con la respiración acompasada de Guillermo abrazado a ella. Pero hay algo dentro que siempre se retuerce. Una bestia al acecho.

El timbre de la casa la sobresalta. Consulta la hora en la pantalla del móvil: las tres de la madrugada. Hace calor, aunque han dejado abierta la ventana del dormitorio. Agosto se quiere despedir por todo lo alto y no deja que la temperatura descienda ni durante la noche. Guillermo rezonga a su lado, entre sueños. Laura se pone una camiseta y avanza descalza hasta la puerta. El timbre estalla una segunda vez antes de que ella se acerque a la mirilla. Tras la comprobación, que la deja atónita, enciende la luz y abre la puerta.

—¿Qué haces aquí, mamá?

Marimar tiene aspecto de cansada. A sus pies, una maleta de cabina y el aire de una prófuga.

—Por fin me he decidido, cariño. He dejado a tu padre.

2

—Cinco, rojo, impar y falta...

La voz del crupier se cuela en el despacho cuando le abre la puerta a Domingo el Tiznao. Él trabaja en la lonja de Marbella, el apodo es herencia familiar de un abuelo que fue uno de los últimos obreros de la mina del Peñoncillo.

—Es que te tengo que querer, Tiznao —le dice Alberto Pastor cuando el recién llegado le muestra la caja: un surtido de peces limón, galanes y conchas finas, lo mejor de la costa de Málaga. Emocionado, le planta un sonoro beso en la frente—. Y esto ¿cómo te lo pago? ¿Quieres un güisquito?

—En realidad, yo, Alberto... Había pensado que a lo mejor me podías hacer un préstamo. Es que ando pendiente de unos pagos y justo hoy estoy pelao.

Si tuviera una gorra, el Tiznao estaría jugando a estrujarla con las manos, como el jornalero que va a pedir un adelanto al señorito. Alberto hubiera preferido que le aceptara el whisky y, quizá, fumarse un puro mientras hablaban de los viejos tiempos de Marbella, cuando era poco más que un pueblo de pescadores y se bañaban en pelotas en la playa del Cable. Qué lejos quedan esos días. Qué diferentes son todos ahora.

—Claro que sí, Tiznao. Ve a la caja y pide dos mil euros. Ya les aviso de que vas a ir.

—Te los voy a devolver esta misma noche.

—Tú sabes que a mí no me tienes que devolver nada. Anda, ve y disfruta. Y dale un beso a Carmencita y a los niños de mi parte.

Se despiden con un abrazo. Alberto coge una concha fina de la caja antes de consultar el mural de pantallas de seguridad que ocupa toda una pared del despacho. Ahí están las dieciocho mesas de ruleta americana —al principio había tres francesas, pero el juego es más lento, no es lo que quieren ni los clientes ni Alberto—, doce de *blackjack* —sus favoritas—, tres de póquer y dos de punto y banca —que se llenan cuando acuden jugadores asiáticos—. También hay una para jugar a los dados, es raro que se abra, a esa solo van los juerguistas americanos.

Limpia la concha fina bajo el grifo que hay junto al mueble bar y, después de darle unos golpes, la abre con un cuchillo. Es más grande que una almeja, y el molusco, ahora partido en dos, está cubierto por una masa verdosa. Coge un cuchillo de punta redonda para limpiarlo. En ese momento, puede ver en las pantallas cómo Domingo el Tiznao cruza la zona de tragaperras, los pasillos donde se distribuyen las ciento cincuenta máquinas, pasa por las ruletas digitales con veinticuatro puestos de juego y llega al área de apuestas deportivas. Allí se gastará los dos mil euros que le ha prestado, en apuestas de ping-pong o de billar, en algún partido de tenis o de boxeo de poca categoría. Le da pena por Carmencita, porque el Tiznao no sabe apostar. Lo perderá todo, y, dentro de unas semanas, alguien tendrá que ir a visitarlo a la lonja para darle una paliza y recordarle la deuda. Alberto tiene prohibido que lo hagan delante de su familia. No será la primera vez. El Tiznao tampoco le guardará rencor; sabe que no es una cuestión personal, porque no es a Alberto a quien debe el dinero, sino al casino.

Enjuaga la concha fina en agua con sal y, al exprimir unas gotas de limón encima, esa parte roja del molusco que parece una lengua

se contrae. Está vivo. Alberto se lo mete en la boca y siente todo el sabor del mar dentro de él.

—Huele a pescado. —Sergio ha entrado en el despacho. Con su traje de marca, envarado, como si fuera el heredero de un título nobiliario—. ¿Me has llamado? ¿Se sabe algo de mamá?

—Está en Madrid, con Laura, pero no te preocupes, eso déjamelo a mí. —Le muestra la caja de pescado—. ¿Quieres una concha fina? Te la preparo enseguida. —No espera su respuesta e inicia el ritual de limpiar y abrir el bivalvo—. ¿Has estado en el restaurante? Mira la pantalla 12, la de la mesa del reservado.

Sergio da un paso hacia delante para ver mejor a esos dos hombres de unos cuarenta años que le señala su padre. Uno de ellos, el que lleva el peso de la conversación y gesticula a un camarero para que le traiga unas cervezas, tiene el pelo rizado y rojo; el otro viste un traje blanco, ha dejado el sombrero a juego sobre la mesa. Liam Burke y Chris Griffin.

—¿Qué cojones están haciendo los Huérfanos en mi casa? —le pregunta su padre mientras echa limón al molusco—. Cómetelo; si prestas atención, hasta lo oyes gritar.

Sergio detesta los moluscos, le dan arcadas, su padre lo sabe perfectamente, pero es incapaz de negarse. Se mete la concha fina en la boca e intenta tragarla sin masticar, evitar la textura que tanto le desagrada y la descarga de sabor a fango. Tiene que cerrar los ojos para no vomitar mientras el bicho desciende hasta su estómago.

—Como tú los has dejado entrar, espero que tengas la misma habilidad para ponerlos en la puta calle. Cuando vuelva de hablar con la Hermana Mei, no quiero verlos en esas pantallas.

En cuanto Alberto sale, Sergio se sirve un vaso de ginebra y bebe de un trago para eliminar el rastro del molusco. Se desanuda la

corbata. La caja con hielo y pescado despide un tufo que inunda el despacho. Su padre sigue comportándose como si fuera el niño pobre que se crio en las calles de Marbella y no una de las personas más influyentes de un lugar que se ha convertido en un centro internacional de los negocios. Da igual cuántas veces le diga Sergio que debería vestir mejor, en lugar de seguir haciéndose los trajes donde José Luis el sastre; que hay gente con la que no debería tratar, como el Tiznao, y otros con los que debería tener más mano izquierda, como los Huérfanos; que debería dejar que él llevara el casino y preocuparse más por la desaparición de Marimar. Pero su padre es un fenómeno de la naturaleza, un trueno que no atiende a razones. Desde luego, no será él quien lo detenga, no recuerda una sola vez que haya escuchado sus consejos. Solo existe una persona en Marbella —en el mundo— que tenga ese ascendiente sobre Alberto Pastor: la Hermana Mei.

La zona de las máquinas es la más grande y ruidosa del casino. Hay de todo tipo: clásicas, de vídeo, de *jackpot* progresivo, multiplicadoras... Las tragaperras se llenarán más tarde, ahora hay poco más de treinta jugadores. La Hermana Mei es la única que está en la hilera de las Sweet Bonanza, su máquina favorita. Sentada en un taburete, su figura menuda y encorvada por el trabajo y por los más de sesenta años que tiene recuerda a un cuervo; siempre con esas blusas grises y las faldas negras, largas y de tejidos bastos, que a Alberto le recuerdan a las que usaba su abuela cuando vestía de luto.

—No es inteligente mirarme con pena —le dice la Hermana Mei arrastrando un ligero acento andaluz y sin apartar los ojos de las

luces de la máquina—, sino como a un ejemplo; no estoy tan vieja como tú, Alberto.

Él se sonríe. Le sigue sorprendiendo la capacidad de esta china minúscula para leerle el pensamiento. Qiang, su sombra desde hace más de veinte años, le acerca un cesto a rebosar de monedas para que la Hermana Mei siga jugando. Alberto y el guardaespaldas se saludan con un leve cabeceo. Entre las mayores frustraciones de Alberto Pastor se encuentra la de no haberle arrancado ni media sonrisa a la cara marcada de viruela de Qiang: se conocen desde que aterrizó en Marbella, Alberto ha conservado su galanura al tiempo que Qiang endurecía su musculatura hasta convertirse en un bloque de hormigón de cincuenta y tantos años, casi siempre presente en sus encuentros con la Hermana Mei y, casi siempre también, en silencio.

—Una noche, podrías probar a que meta él las monedas; con esa carita de gatito de la suerte que tiene, seguro que te sale el premio. ¿Tú qué dices, Qiang?

Alberto intenta descifrar en el gesto imperturbable del guardaespaldas si le ha hecho gracia la burla o, por el contrario, lo ha ofendido.

—Deja en paz a Qiang. No tengo prisa con la máquina; tarde o temprano, sé que me va a dar el premio. —No sería la primera vez que la Hermana Mei llega al amanecer sentada en ese taburete—. Con lo que no estoy tan segura de ganar es con la velada del Marbella Arena.

—Nuestro luchador perderá por sumisión en el primer asalto. Puedes estar tranquila.

—¿Tanto como con la tenista que se iba a retirar lesionada hace tres meses? ¿O más bien como el futbolista que iba a ganarse una tarjeta antes del primer cuarto de hora?

Le gustaría responder con ingenio, pero no tiene ánimo para bromear. La Hermana Mei echa una moneda tras otra y la música de la Sweet Bonanza llena el silencio de Alberto. Sabe que debe sonar contundente.

—No volverá a haber fallos. La apuesta es segura. Tus cinco millones se van a multiplicar por tres.

Es una imagen extraña, la de Alberto Pastor en la cima de su poder, al frente del Casino Benamar (el despacho de abogados donde inició su carrera ya es solo una fachada útil para lavar dinero), y, sin embargo, asustado ante esa oriental hipnotizada por las luces y la música de la tragaperras. Pocos imaginan que la Hermana Mei, además de ser la verdadera dueña del casino, es la persona más poderosa de Marbella: nada sucede en el complicado entramado de mafias y negocios ilegales establecidos en este pueblo sin su consentimiento. Y Alberto ha sido testigo en primera fila de ese ascenso. Sabe qué significa fallarle a la Hermana Mei. «Se amontonan los problemas —piensa—. Las apuestas, la presión de Mei y encima la fuga de Marimar, que no ha encontrado peor lugar donde esconderse que en casa de Laura».

3

Aras no hace simples amagos: golpea fuerte el saco y se protege como si tuviera a un púgil enfrente. En la jaula hay que estar preparado para encajar impactos que tumbarían a cualquiera; él no es el único luchador que se formó primero en el boxeo.

—Izquierda arriba, izquierda abajo y derecha arriba.

Su entrenador nunca parece satisfecho, llevan una sesión de cuarenta minutos, con descansos muy pequeños en los que acerca el tubo de agua a la boca de su luchador. Él no se queja, entrena con Jordi Sardà desde hace cuatro años, es así y está agradecido. Los días que toca trabajar potencia, los brazos tienen que doler, si no, no sirve para nada.

—Siete golpes.

Izquierda, siempre empieza con la izquierda, derecha, izquierda...

En cada golpe, el saco de cuero, de sesenta kilos de peso, se mueve y pone a prueba sus muñecas. Aras puede soportarlo, está hecho un toro, como le dicen los compañeros del gimnasio.

El Byrne Gym Marbella —el BGM, lo llama la gente— no es uno de esos gimnasios exclusivos donde los cachorros de la *jet* ponen a punto sus músculos y exhiben sus modelitos, que cuestan tanto dinero como los vestidos de noche que llevan a las fiestas en el Olivia Valere o en Puente Romano. Le pegaría más estar en un polígono semiabandonado de una ciudad dormitorio para dar asilo a chicos enrabietados que quieren salir adelante a base de patadas y puñetazos, pero está en una de las ciudades más glamurosas de

España, Marbella, cerca del lujo de Puerto Banús. En el BGM hay sudor, esfuerzo y mucha adrenalina. Entre las pesas, bancos, sacos y un cuadrilátero, también hay una jaula para las MMA, las artes marciales mixtas que ahora están tan de moda. Hay algunos que sueñan con tener su primer combate profesional y otros, como Aras, que, con más o menos éxito, llevan años en el circuito.

—Setenta y siete quinientos, el límite del wélter es setenta y siete cien —le dice Jordi Sardà cuando sube a la báscula—. De aquí al viernes tienes que bajar cuatrocientos gramos. No me jodas, Aras: es lo único en lo que no puedes fallar. No quiero que llegue el día del pesaje y te quedes fuera.

Aras prefiere callar. Sardà siempre lo pesa en la báscula mecánica de la sala, en la que hay que ajustar las pesas a lo largo de una guía hasta conseguir el equilibrio perfecto. Hay quien dice que esa báscula es la que se usó en el combate entre Muhammad Alí y George Foreman en Kinsasa en el 74, una leyenda que le da algo de brillo al gimnasio.

Una vez que se quedan solos en el vestuario, el entrenador le ayuda a quitarse los guantes, y por fin Aras se atreve a decir lo que ha estado rumiando en silencio.

—¿Para qué cojones me estoy matando? Me voy a dejar ganar por sumisión en el primer asalto. ¿Y encima tengo que ponerme a dieta?

—Cuando era el otro no te quejabas tanto.

—Porque habría ganado de todas formas. Tengo cuarenta años, pero todavía puedo con la mayoría de los luchadores del circuito. Al puto Kai Sandhagen, a ese...

—Ya lo sé, le partes la cara con una mano detrás, como dices tú. Pero vas a hacer lo que tienes que hacer, sin dar por culo. Porque si no, te vas a encontrar con un regalito del que mueve los hilos. Un puto ruso en la puerta de casa, por ejemplo. Y el ruso te dejará en

silla de ruedas y meando en una bolsa, ¿es eso lo que quieres? Pagan cinco a uno si caes en el primer asalto. Hasta yo he metido seis mil euros. Y porque no tengo más.

En un bar cerca del gimnasio y lejos del bullicio de Puerto Banús, Aras se pide un Larios. Recuerda los combates ganados en los últimos años, cómo le sirvieron para relanzar su carrera en las MMA. Estaban tan amañados como el que perderá dentro de poco. Se intenta convencer de que los habría ganado de todas formas, pero en realidad no lo sabe. Tiene que asumir que es un fraude; su vida podría haber sido otra si una lesión, a los veintidós años, no lo hubiera apartado del boxeo, que es donde empezó. También le hizo llevar una vida a la deriva, un matrimonio desastroso del que solo salió una cosa buena: su hija Flor. Aunque ni a ella ha sabido conservar.

¿Qué diría su madre? Nacida en Armenia, casada con un malagueño que nunca estuvo presente en sus vidas y que lo único que le dejó fue un apellido, Rodríguez, que nunca usa. Aras Babayan: así se ha hecho llamar siempre, en homenaje a la fe que su madre tenía en él. Ella estaba segura de que su hijo había nacido para hacer algo especial. Por suerte, falleció joven de un cáncer, no vivió para ver cómo la defraudaba.

Aras no dejó de entrenar mientras trabajaba como camarero, portero de discoteca o taxista, y se pasó a las MMA. Un día, apareció alguien con dinero y le ofreció financiar su carrera —lo poco que quedaba de ella, ya había cumplido los treinta y cuatro—; pensó que era un ángel de la guarda y resultó ser un demonio. Se llamaba Souza, un representante portugués de deportistas de sonrisa fatua y camisas hawaianas. Fue él quien contrató a Jordi Sardà, el entrenador, y le puso un sueldo para que se dedicara solo a las MMA. Hubo un momento en el que hasta Aras creyó que relanzaría

de verdad su carrera, pero todo era humo. Empezó a meterlo en combates amañados. Le construyeron un camino de éxito, un nombre, consiguieron que los apostadores confiaran en él, solo para llegar hasta este combate —sumisión en el primer asalto— y forrarse con las apuestas. Tardó más de tres años en comprender que Souza no era realmente quien estaba al mando. El portugués era una marioneta más. Quien ganaba fortunas manipulando la carrera de deportistas como Aras era, en realidad, Alberto Pastor. Siempre le había dado asco oír su nombre, enquistado en su cabeza y en su corazón desde la juventud.

Cuando se quiere dar cuenta, se ha bebido tres Larios a palo seco. Si su hija lo nota, lo dejará plantado en cuanto lo salude con un beso y se irá a casa. Tiene que comprar chicles de menta para enterrar el aliento.

Tarda tres cuartos de hora en llegar a Málaga, ha olvidado su propósito de comprar chicles. Flor lo espera en una terraza de la plaza de San Ignacio. Ha pedido una ración de calamares y una Coca-Cola. A sus dieciocho años recién cumplidos es toda una mujer, guapa y segura de sí misma. Le encanta detectar esa arrogancia en su hija, la misma que él tuvo cuando era un adolescente y pensaba que se comería el mundo. Solo espera que tenga más suerte que él y que los avatares de la vida no la pisoteen.

—Hueles a alcohol. ¿Has vuelto a beber?

—Joder, Flor, solo una copa al salir del entrenamiento.

—¿Estás borracho?

—No, claro que no.

El gesto de desprecio de Flor permite adivinar que no le cree. Pero por lo menos no se levanta para irse. Todavía...

—Siempre igual, no sé ni por qué pienso que vas a cambiar, que vas a dejar de ser un puto fracasado.

Puto fracasado. Una hija no debería llamar así a su padre, pero es lo que él mismo piensa. De repente, ella se levanta. Lo hace de manera tan precipitada que se le cae el bolso y su contenido acaba en el suelo. Él la ayuda a recogerlo todo mientras se deshace en disculpas. Se alarma cuando ve una tarjeta: CASINO BENAMAR.

—¿Por qué tienes esto? Ni se te ocurra poner un pie ahí.

—Yo voy adonde me sale del coño. ¿Desde cuándo vas de padre?

Le quita la tarjeta de la mano y echa a andar. Aras duda si salir tras ella, y, como siempre que no sabe qué hacer, se limita a quedarse quieto y callado.

—Un Larios, por favor —le pide al camarero.

Entra tambaleante en su piso. Con lo que ganaba en los combates pensaba mudarse a un barrio mejor, pero su carrera llega a su final con esta pelea amañada, tendrá que seguir en la barriada de 25 Años de Paz. Tampoco se está tan mal aquí. A tientas, llega hasta el salón y se deja caer en el sofá. No quiere encender las luces, solo dormir y mañana volver al gimnasio, destrozarse los puños contra el saco, correr hasta que no le quede aire en los pulmones, cualquier cosa que le ayude a no pensar.

En el silencio de la casa, un ruido lo pone en alerta. Tiene la sensación de haber oído una respiración, ¿se ha vuelto loco? El chasquido de un mechero y una llama que flota en la oscuridad lo obligan a incorporarse y a buscar el interruptor de la lámpara, que se enciende al mismo tiempo que la brasa de un cigarrillo. Luego, el hombre que está sentado en una silla de su salón exhala una bocanada de humo.

—Tranquilo, Aras. Y perdona por haber entrado en tu casa. No tienes nada de qué preocuparte. Solo he venido a ofrecerte un buen negocio —dice con un ligero acento irlandés.

Aunque nunca se lo han presentado, Aras sabe perfectamente quién es ese hombre. Sus maneras algo pomposas, como si fuera el diplomático de una embajada, sus trajes caros hechos a medida y la piel blanca como la leche, punteada de pecas, son célebres en toda Marbella. Lo que no entiende es qué hace Chris Griffin en su casa ni qué negocio puede ofrecerle.

4

—¿Qué haces, mamá?

Hay algo hipnótico en la meticulosa forma de planchar de Marimar, como si no hubiera nada más importante que dejar la raya del pantalón como el filo de un cuchillo.

—Viene una señora una vez por semana; si quieres que te planche algo, se lo dejas —le sugiere Laura.

—Llevaba más de veinte años sin planchar ni una blusa y no me acordaba de lo mucho que me gusta hacerlo. Me relaja. Anda, siéntate mientras acabo. ¿Sabes qué me apetece después? Que vayamos a comprar un pintalabios. Uno rojo. Tu padre me decía que no tenía edad para usarlo de ese color, que iba ridícula.

En estos días, su madre ha ido dejando caer comentarios que a Laura le han parecido bombas atómicas. Desde desprecios como el del pintalabios o sobre lo mal que la dejaba su peluquera, hasta cenas con socios en las que Alberto la mandaba callar en cuanto ella esbozaba una opinión sobre un negocio o sobre cualquier tema de actualidad. Una tarea de acoso y derribo a lo largo de los años, que ha ido reduciendo a Marimar a una mujer insegura y asustada, aunque se niegue a aceptarlo en voz alta. Nunca es fácil liberarse del yugo de un maltratador, menos aún si este es Alberto Pastor.

Aunque hace veintiún años que Laura no ve a su padre, ha podido saber de él por las fotos que, con cierta frecuencia, salen en prensa. Fiestas en Marbella, reuniones de personalidades de la Costa del Sol. En esas imágenes aparece como un hombre elegante y mundano,

pero ella intuye, y así se lo señala a su madre, que esa sonrisa, la piel bronceada y sus maneras seductoras esconden a un depredador.

—Cuanto más viejo se hace, más cruel —le confirma Marimar—. Será porque tiene miedo de que se enteren de que no funciona sin sus pastillitas.

Marimar solo esboza una sonrisa pícara, es demasiado pronto para transformar el miedo en risa y burlarse de su marido. La primera semana, ni siquiera se atrevía a salir del piso de Laura, como si la policía estuviera buscándola para detenerla y llevarla de vuelta a casa. Tampoco se atrevió a comentar nada sobre Guillermo, que, la noche que llegó, salió del dormitorio en calzoncillos, descolocado por la visita a deshoras. Laura los presentó, desde luego no era la situación ideal para que suegra y yerno se conocieran: ella huyendo de su casa, él medio desnudo y con el olor a sexo todavía pegado a la piel.

—¿Por qué lleva tu novio un tatuaje de un corazón con fuego? —le preguntó una tarde, días después, cuando Laura regresó del trabajo.

—Es el logotipo de su grupo de country, los Corazones Salvajes. —Nada más responder, se atragantó con el vino que acababa de servirse—. Pero, mamá, el tatuaje lo lleva en el interior del muslo, ¿se puede saber qué hacías mirando ahí?

Fue la primera vez que Marimar se rio de verdad, sonrojada, «¿Y dónde querías que mirara si salió casi en pelotas? No te voy a negar que tienes buen gusto», y las dos estallaron en una carcajada. El peso de la culpa se fue aligerando en Laura: hasta ese momento, no había dejado de reprocharse haber abandonado a su madre a merced de su padre. Se hablaban una vez al mes por teléfono, a veces incluso menos; llevaban casi dos años sin verse. La falta de relación hacía imposible que sus conversaciones se adentraran en el terreno de las confidencias, Laura era consciente de que se habían

convertido en dos extrañas, y había permitido que eso sucediera por egoísmo, por mantenerse a salvo de Alberto Pastor, sin pensar en cómo estarían ni Marimar ni sus tres hermanos, Sergio, Nata y Dani. Aquel día, mientras bromeaban sobre el tatuaje de Guillermo, sintió que se abría la oportunidad de recuperar el tiempo perdido con su madre, de reencontrarse a través de intimidades, ya sin el aroma del reproche.

—¿Estás lista para ir de compras? —dice Marimar cuando termina de planchar—. Quiero el pintalabios más caro y más rojo que haya. Y si voy ridícula, pues mira qué bien. Así me mirarán más, eso es lo que siempre dice tu hermana cuando tu padre se ríe de sus vestidos.

—Es una pena que Nata no esté aquí. Siempre te has entendido mejor con ella que conmigo.

—Eso no es verdad. Tu hermana Nata..., bueno, ¿qué quieres que te diga? Su vida es un desastre, como la de Dani, como la de Sergio, aunque él esté convencido de que lo hace todo bien. —Se lo piensa un segundo—. Como tú y yo. Los Pastor somos especialistas en convertir nuestras vidas en un desastre.

—Podríamos poner un anuncio en el periódico: ¿quieres destrozar tu vida, convertirla en un infierno y que tu autoestima quede por debajo del nivel del mar? Ven a conocer a los Pastor. Resultados garantizados.

Recorren las calles de Goya, Serrano, Ortega y Gasset y otras muchas del barrio de Salamanca. Septiembre ha empezado con el mismo calor con el que se despidió agosto, pero eso no impide que Marimar quiera entrar en todas las tiendas, probarse todos los vestidos y todos los zapatos, estudiar los tonos de rojo de todos los pintalabios en el dorso de la mano. Pierden buena parte del día en

Suárez, donde su madre se queda embelesada con los diamantes; le encanta coger la lupa y apreciar el detalle interior de la piedra, la descomposición de la luz en su interior. Los diamantes siempre han sido su debilidad.

—Salí corriendo y ni siquiera me llevé mis joyas —dice tocándose una mano desnuda. Laura no recuerda un día de su vida en el que Marimar no llevara alguna piedra deslumbrante en los dedos o colgando del cuello.

El vértigo o la vergüenza que la tuvieron recluida los primeros días ha desaparecido, como si hubiera intuido que es posible tener su propia vida. Ser feliz. Y reírse. Laura se da cuenta de que eso es lo que más necesita su madre: reírse, olvidarse de la jaula de oro en la que ha pasado tantos años atrapada, el chalet de la urbanización Sierra Blanca, una de las más lujosas de Marbella.

—¿No vas a merendar nada? La tarta de zanahoria está deliciosa —le pregunta cuando se sientan a tomar un té en Vailima, al lado de la Puerta de Alcalá, por fin guarecidas en la sombra.

—No tengo hambre. —Pero, como detecta un mohín de preocupación en su madre, añade—: Además, si me pido una tarta, luego tendré que vomitarla y hacerme unos cuantos cortes en los brazos para castigarme, y, entre una cosa y otra, me darán las tantas y tengo una cita a las siete.

—Eso no ha tenido ninguna gracia, Laura.

—Estoy bien, de verdad. Simplemente, no tengo hambre, mamá.

Marimar asiente, no quiere discutir, pero tampoco se queda tranquila, ha pasado muchos años tratando de entender la relación de su hija con la comida. Laura podría explicarle que está en una fase de equilibrio, que pesa cuarenta kilos y que, aunque nunca dejará de ser una enferma de anorexia, ha aprendido a bromear con esa realidad, es su manera de hacerla pública, no quiere esconderla

como si fuera un estigma del que avergonzarse, como antes se hacía con el cáncer o el sida.

—¿Te ha llamado tu padre para preguntarte por mí? —deja caer Marimar después de una cucharada de tarta, como de pasada.

—No tengo su teléfono y no cojo el de nadie a quien no tenga agendado. El que me ha escrito un par de mensajes es Sergio: está indignado. Cualquiera diría que prefiere beber sangre de bebé antes de que os separéis. Dime la verdad: le faltó oxígeno al nacer o algo así. No es que los demás seamos una bicoca, pero Sergio... ¿Cuánto tuvisteis que pagar para que aprobara Derecho? Porque ese necesita ayuda hasta para la renovación del DNI.

—Eres una exagerada. A mí también me ha llamado, pero no se lo he cogido. —Marimar pierde la mirada, como si, más que a los transeúntes que recorren sudorosos la Puerta de Alcalá, mirara al pasado, y, de repente, dibuja una sonrisa—. A un catedrático, tu padre lo invitó tres veranos a Sotogrande. Sergio se enfadó porque solo le puso un aprobado.

Laura tiene que hacer un esfuerzo para no abundar en chistes alrededor de la incompetencia de su hermano. Lleva tanto sin ver a Sergio como a su padre, su relación se limita a un mensaje de feliz año cada 1 de enero y el envío de algún regalo por los cumpleaños de sus dos hijos, pero, por lo que cuenta su madre, ese niño que quería tenerlo todo sin ningún esfuerzo, por el simple hecho de ser el hijo de Alberto Pastor, no ha cambiado mucho.

—Mamá, ¿qué pasó? —Le cuesta articular la pregunta que lleva rondándole desde que Marimar apareció con su maleta en la puerta de casa hace diez días—. Me refiero a si, no sé..., ¿te pegó o algo? ¿Qué pasó para que te decidieras a dar el paso y salir de ese infierno?

—Tu padre nunca me ha pegado, no le ha hecho falta. —Marimar estira la espalda y, en su postura, altiva, Laura cree ver a un ave que otea el horizonte desde el punto más alto de la montaña—. Tampoco me importaba demasiado si era infiel. Unas veces podía ser con una brasileña, otras, con alguna malagueña con sueños de grandeza, ya sabes. Ninguna en serio. No, tampoco era eso. —Toma aire antes de clavar una mirada firme en su hija—. Un día te levantas y te das cuenta de que el tiempo no es eterno. De que, de repente, puede llegar la enfermedad. O la muerte. De que ya no tiene sentido dejar las cosas para después. O vives ahora o ese tren no vuelve a pasar.

Laura pide una copa de vino para brindar por ese tren en el que se ha subido Marimar y que la ha traído a su lado. El móvil de su madre suena, pero no se decide a responder.

—¿Es papá? Pásamelo —dice Laura con un valor que ni ella misma esperaba—. Tengo ganas de decirle cuánto lo echamos de menos.

—No es él. Es un amigo de Marbella que está en Madrid, me quiere invitar a cenar.

—Cógelo ahora mismo y dile que sí. Y ponte el pintalabios rojo.

Marimar tiene sesenta y tres años y es una mujer atractiva, las arrugas no han hecho más que añadirle una elegancia que Laura no recordaba que tuviera. Conserva el buen tipo, a pesar de lo que dijera su padre, y seguro que el verde de sus ojos, tan claro que parece artificial, sigue intimidando a los hombres. Una bestia como Alberto Pastor nunca debió tener a su alcance una joya así.

Mientras sube en ascensor al piso de Melca, en el barrio de Manoteras, Laura hace un esfuerzo por apartar la alegría de que su madre se haya liberado y se prepara para una conversación que

sabe que no será fácil. Melca la ha llamado hecha un mar de dudas, deseando echarse atrás en el juicio contra Strummer.

—Tengo miedo —le dice la chica nada más abrir la puerta del apartamento.

—Entiendo tu angustia, pero la vista oral se va a celebrar muy pronto. Todo esto va a terminar en cuestión de meses. Y, mientras tanto, tienes protección. Te hemos conseguido este piso, hay policía vigilando, aquí y en tu trabajo —le recuerda.

Melca medita en silencio. Ya no es la chica guapa y descarada que conoció en otoño de 2024. A sus veintisiete cumplidos, parece mayor que la propia Laura: ha perdido diez kilos y debe de tener problemas de sueño, porque está ojerosa, una sombra grisácea mancha su piel. Han sido dos años difíciles, en los que ha demostrado tanto valor, al ponerse al servicio de la fiscalía, como pánico. En alguna ocasión ha tratado de dar esquinazo a la policía y desaparecer. Todo habría sido más fácil si Strummer hubiera aceptado el acuerdo, se habrían evitado el juicio, pero no se han dado así las cosas y Melca es una pieza que Laura no puede perder.

—No tendría que haber aceptado —acaba por murmurar la chica, con una voz que apenas le sale del pecho.

—Hay veces que una no puede elegir y solo le queda hacer lo correcto. ¿O vas a dejar que la muerte de Ramón Castillo quede impune?

—Si es que yo casi no conocía a Ramón. No tengo ni idea de por qué me fui con él; bueno, sí, porque soy una imbécil. Yo no sé dónde tenía la cabeza.

Melca nació en Comares, un pueblo de la Axarquía, en el interior de Málaga. Su vida dio un giro inesperado cuando decidió hacer una escapada con Ramón, un camionero que hacía rutas a diferentes países europeos. No sabía si él le gustaba o no, solo que siempre

había sido muy detallista. Solía llevarle flores al negocio de manicura donde trabajaba, cerca de la calle de Larios, en la capital malagueña. A veces la esperaba a la hora de cierre y la invitaba a cenar en alguno de los restaurantes del Palo. Por eso se decidió a ir con él en una ruta en camión hasta París. Melca no había salido de España y siempre había fantaseado con Francia. No sabía que él tenía otros planes.

A la altura de Valdepeñas, Ramón se encontró con unos magrebíes en una estación de servicio. Les entregó el cargamento que llevaba —en la investigación posterior se descubrió que era cocaína— y, a cambio, recibió un dinero. Luego condujo hasta Madrid y cogió una habitación en un hotel de cuatro estrellas al lado de la carretera, el Eurostars Arenas de Pinto, nada menos, ella nunca había estado en uno tan lujoso. Le enseñó a Melca el dinero que le habían dado los magrebíes, un montón de fajos de billetes de cincuenta euros, dieciocho mil en total, le dijo. Hasta jugaron a echarlos sobre la cama y a tirárselos por encima. Le anunció que quería fundírselos con ella en Madrid, que viviría unos días como una reina. Después, él seguiría rumbo a París, donde pensaba quedarse una temporada. Ella podía elegir si lo acompañaba o regresaba a Málaga.

Cenaron en una terraza de la Gran Vía mariscos y champán, luego tomaron un taxi para ir a una discoteca famosa, Opium, donde vieron a algunos futbolistas, ninguno muy destacado, aunque Ramón los reconocía a todos: «Ese es del Atleti», «Ese es de la cantera del Madrid», «Mira, ese es del Valencia, no sé qué hace aquí»... De madrugada, volvieron en un Uber a Pinto y follaron en la habitación del hotel. Después, Ramón fue a por un cargador de móvil al camión, que había dejado en el aparcamiento delantero; ella se dio cuenta de que se había quedado sin tabaco y salió tras él para coger también una cajetilla de la cabina, ni siquiera se vistió, solo se puso

el abrigo. Todavía estaba colocada por todo lo que había consumido esa noche: alcohol, pastillas y un par de rayas que Ramón había preparado antes de llevarla a la cama.

Lo vio al doblar la esquina: Ramón estaba tumbado en el suelo del aparcamiento y sobre él había alguien que al principio le pareció un niño por su estatura. Lo tenía cogido del pelo y golpeaba su cabeza contra el asfalto una y otra vez, como si fuera un martillo neumático. Ramón no gritaba, ya debía de estar muerto. Con el cráneo roto, además de sangre, por el suelo resbalaban trozos de masa encefálica. Melca se quedó congelada, como un animal deslumbrado por unos faros, y no reaccionó hasta que el asesino de Ramón clavó sus ojos en ella.

Echó a correr y, perseguida, lo único que se le ocurrió fue lanzarse a la autovía. Tuvo suerte de no morir atropellada. De que un turismo frenara a tiempo. El conductor avisó a la policía, que inició la búsqueda cuando Melca pudo contener su histeria y contar lo que había pasado. Detuvieron al asesino esa misma noche y ella identificó a Trevor Strummer en una rueda de reconocimiento.

—Ya has pasado mucho —la presiona con tacto Laura—. No puedes echarte atrás ahora y permitir que salga en libertad. No se trata solo de lo que le hizo a Ramón Castillo. También se trata de ti. Si lo declaran inocente, no podré protegerte.

—Y si lo declaran culpable, ¿podrás protegerme de sus amigos? Porque van a ir a por mí, eso está clarísimo.

Laura la mira con pena. Visualiza el futuro de Melca, siempre con la angustia pegada al pecho, con la suspicacia activa, con la paranoia acompañándola a todas partes. Anticipa su insomnio, su cansancio, su vida secuestrada.

—Juegan con nuestro miedo —dice Laura, y al decir la frase se pregunta por qué ella no lo siente, qué clase de mecanismo ha

puesto en juego para mantener el miedo a raya. El sentido de la justicia, quizá, el deber profesional. ¿O hay algo más?

La rabia hacia su padre. Sí, nota esa rabia bullendo dentro de ella y aplastando el miedo que cualquiera sentiría hacia los Huérfanos, el que siente Melca. La intenta consolar. Quiere transmitir firmeza, darle seguridad. Pero sabe que el miedo va a convertir la vida de esa chica en un infierno.

5

Han vuelto. Alberto Pastor se enciende un puro sin apartar la mirada de las pantallas de seguridad del despacho. Esta vez, acompañan a los irlandeses dos chicas jóvenes. Muy jóvenes, seguro que han tenido que enseñar el carnet para acceder al casino. Griffin mira a su alrededor, debe de estar esperando la llegada de Amber, pero Liam Burke está borracho; lo nota por cómo ríe de manera exagerada, por su mirada errática cuando busca el vaso de cerveza o se gira hacia una de las chicas. Los Huérfanos están viniendo demasiado a su casa, cada día se creen más importantes. Ha enviado a su hijo para que encuentre el modo de echarlos del casino. Tal vez debería salir él mismo, pero ahora su cabeza está centrada en Marimar, en cómo hacerle volver a casa. Lo que pensó que sería un enfado de fin de semana amenaza con convertirse en permanente.

Sergio atraviesa el restaurante enfundado en su traje de Zegna; a él le gustaría que aún rigiesen las normas de los primeros días del casino, cuando era obligatorio el uso de chaqueta y corbata para hombres, y las mujeres vestían de largo. Ahora impera la horterada y es habitual encontrarse a turistas americanos en bañador y chanclas perdiendo fortunas en el *blackjack*. Un ambiente en el que, en realidad, su padre se siente más cómodo. Alberto Pastor tiene, para su hijo, la dudosa habilidad de transformar cualquier negocio de lujo en un chiringuito. Abraza a los clientes, se interesa por sus

familias y, antes de que te des cuenta, ha metido a cuatro gitanos para que monten una fiesta flamenca, como si hubiera olvidado qué lugar ocupa cada uno en la pirámide de Marbella.

—¿Qué tal la mesa de los irlandeses? —le pregunta al *maître* del restaurante.

—Lo de siempre: ruidosa. Beben cerveza por litros, como si fuera agua. Lo malo será cuando se pasen al whisky.

—¿Hay policías hoy en la sala? Si los hay, siéntalos cerca de los irlandeses. Y diles que no queda nada de lo que pidan, a ver si entre una cosa y otra deciden cambiar de local. Avísame si hay problemas.

—Sí, señor Pastor, descuide.

Sergio pide un dry martini al camarero. No soporta que su padre lo trate como a un empleado más. Parece que ha olvidado que fue él quien diseñó la seguridad del casino: el software de reconocimiento facial para detectar a los tramposos fichados en casinos de toda Europa, los analistas de patrones de apuestas y los crupieres entrenados para descubrir cualquier sistema de conteo de cartas en el *blackjack*. Todos los veranos aparece alguien con un nuevo artilugio para hacerlo, desde contadores electrónicos —a esos los pillan muy rápido— hasta todo tipo de ábacos camuflados en llaveros, correas de relojes o collares de perlas —las trampas no son exclusivas de los varones—, también ingenios más sofisticados: un auricular oculto en un aparato de audición médico, combinado con una cámara oculta en un botón de la camisa y un cómplice que es el que recibe esas imágenes desde fuera del casino y hace el conteo con toda tranquilidad para indicar al jugador cuándo tiene que subir las apuestas. Rara vez los tramposos consiguen jugar mucho tiempo antes de ser descubiertos gracias a todo lo que implementó Sergio en el casino y que asegura que siempre gane la banca. Es decir, ellos.

—¿Cómo me habéis dicho que os llamáis?

Burke echa los brazos por encima de los hombros de las dos chicas que los acompañan. Los años en España no han borrado su acento irlandés.

—Yo, Berta.

—Yo, Flor.

—Me da pena, porque aquí mi amigo Chris no tiene ojos para otra mujer que no sea Amber. Si la conocierais, lo entenderíais, es preciosa. Pero tampoco quiero estropearle la noche a una de vosotras. Las dos sois muy guapas, ¿tengo que elegir? ¿No podemos seguir juntos?

—¿Los tres? —se ríe Berta.

—Claro que sí, los tres. ¿Nunca te has acostado con tu amiga?

Las dos chicas se ríen nerviosas. Griffin interviene.

—No asustes a las niñas. ¿Las vas a traer a la velada de lucha?

—A mí me encantaría —se apresura a contestar Flor—. Nunca he ido a una velada, son demasiado caras, y eso que mi padre es luchador.

—Espero que sea mejor que los que vamos a ver este fin de semana: un islandés acabado que le va a dar una paliza a un armenio borracho.

Berta mira de reojo a su amiga. Sabe que es temperamental y sabe, como ella, que están hablando de Aras, de su padre. Nota la crispación en sus labios, cómo se enciende su piel, y casi puede ver las venas de su cuello ardiendo de rabia. Aunque sea muy joven, intuye que la cordialidad de Burke es impostada, que detrás de esa simpatía tejida con bromas y risas se esconde una hiena. Lo mejor sería dejar correr la ofensa, encogerse de hombros y hacer como si

nada, pero Flor coge una de las cervezas de la mesa y se la tira a Liam Burke a la cara.

—Aras no es ningún armenio borracho.

Apenas le da tiempo a acabar su frase: Burke le pega un puñetazo que la tira al suelo. Griffin resopla, más frustrado por no haber llegado a tiempo de impedir la agresión que preocupado. Sujeta a su amigo para que la cosa no pase a mayores.

—Vamos, levántate, bonita —le dice Burke a Flor, que, en el suelo, se lleva la mano al pómulo: le ha abierto una brecha y sus dedos se manchan de sangre.

Sergio llega acompañado de dos hombres de seguridad. Ve a Burke levantando los brazos en son de paz y a Griffin sacando un fajo de billetes y dejándolo sobre la mesa. Está claro que no quieren problemas, pero antes de marcharse, Burke hace un gesto obsceno con el dedo corazón hacia una cámara. Sabe que Alberto Pastor está mirándolo al otro lado y este gesto está dedicado a él. Sergio ayuda a Flor a levantarse.

—¿Estás bien? Al casino le gustaría invitarte a una copa, lo que tú quieras, no quiero que te marches con este mal sabor de boca.

Pero Flor no atiende a las disculpas de Sergio Pastor. Sus ojos se han encontrado con el pelo rojo de Burke, con su mirada enrabietada mientras sale. Sabe lo que significa: «Esto no ha terminado aquí, bonita».

6

—¿Has llamado a tu madre para ver a qué hora volvió a casa?

Guillermo da el último trago a su café. Laura se termina de maquillar en el espejo del baño y regresa al salón, donde él ya está buscando las llaves del coche.

—No soy una hija controladora. Me alegro de que saliera a cenar con un amigo, y si ha pasado la noche con él, mejor. Ya me contará qué tal le ha ido, si le apetece.

—Yo no le consentiría a mi madre que me hablara de su novio, ni de coña —bromea Guillermo—, y menos que me cuente si se ha acostado con él o no. Es algo que no quiero que aparezca en mi imaginación. Mi madre en la cama...

Finge un escalofrío que arranca una sonrisa de Laura.

—A lo mejor, alguna de esas cosas raras que te gusta hacer las has heredado de tu madre. ¿Y si a ella también le va lo de...?

—No hace falta, Laura —la corta él, agobiado—. ¿No se te va a hacer tarde?

Ella sonríe y le da un beso en la mejilla antes de coger el bolso.

En el Camino de Ganapanes, muy cerca de la Audiencia Provincial de Madrid, está el bar Torres. Allí es donde Laura suele quedar con el fiscal jefe, Javier Grimaldo, si necesitan hablar de algo con cierta tranquilidad. Además, ponen una magnífica tortilla de patatas, que es lo que él está comiendo cuando ella llega.

—Hoy está de muerte. ¿Te pides un pincho?

—Me conformo con un cortado.

Muy pronto los dos están sentados bajo la corriente fresca del aire acondicionado con un par de carpetas sobre la mesa. El día ha amanecido caluroso y promete superar los treinta grados a lo largo de la mañana.

—Me decías que tenías dudas.

—Has visto las alegaciones de los abogados de Strummer. Van a protestar por la cadena de custodia de las pruebas forenses.

—No te preocupes, Laura, dudo mucho que esa protesta llegue a ningún lado, pero, de todas formas, no es la prueba de cargo. Es la testigo: ocúpate de dejar bien atado su testimonio.

—Lo sé, pero conforme se acerca el juicio, tiene más miedo.

—¿Y tú? Strummer es miembro de una de las familias marbellíes —apunta con intención—. Por alguna razón rechazó el acuerdo que le ofrecimos. No me sorprendería que hubiera movimientos, presiones...

—¿Y que aparezca mi padre en el juego? —Niega con la cabeza—. No lo creo, he oído que no tiene muy buena relación con los Huérfanos, pero si pasa, sería como si me hiciera el regalo de Reyes que llevo pidiéndole desde los dieciocho: una prueba para meterlo en la cárcel. ¿Por qué te crees que me hice fiscal?

—Lo sé —sonríe Grimaldo—. Pero tenía que preguntártelo.

Suena el teléfono de Laura. Tras un vistazo a la pantalla y un gesto de disculpa, contesta la llamada.

—Mamá, ¿qué tal fue la noche? ¿Acabaste muy tarde?

La cara le cambia de inmediato.

—¿Estás bien?... No te muevas, voy ahora mismo.

—¿Algún problema?

Grimaldo no disimula su preocupación, nunca había visto constreñirse de esa manera el rostro de Laura, de repente tan pálido como la luna. Ella ni siquiera encuentra palabras para despedirse, solo un torpe «lo siento» balbuceado antes de abandonar el bar a toda prisa.

La carretera, los eternos atascos de Madrid y las putas obras, los veinte minutos de trayecto se convierten en casi cuarenta, y Laura, agarrada al volante, tiene que hacer un esfuerzo para no explotar contra malos conductores y peatones que cruzan la calzada con el semáforo en rojo. Con acelerones y serpenteando entre el tráfico termina soltando el coche en una plaza de minusválidos de la calle de Silva, le da igual la multa. Corre hasta el hotel Emperador, en la esquina de Gran Vía con San Bernardo. Dentro del ascensor, pulsa repetidamente el piso octavo, ¿por qué las puertas no se cierran de una vez? Cuando llega a la planta, busca el número 835, sus pisadas suenan mudas en la moqueta del pasillo. En la puerta, llama con los nudillos. Nadie contesta. Vuelve a hacerlo.

—Mamá, soy yo. ¡¿Mamá?!

Al fin, la puerta se abre. Al otro lado está Marimar, desencajada. Llora e hiperventila. Laura necesita una explicación, al teléfono solo pudo escuchar su llanto y el ruego de que fuera a buscarla. «No sé qué ha pasado», le dijo. «¿Estás bien?», le preguntó Laura. «No. No estoy bien. Tengo miedo, cariño. Tengo mucho miedo», y repitió una y otra vez la palabra *mucho* entre hipidos.

—No entiendo nada... Laura, no sé...

En la puerta de la habitación, Laura se da cuenta de que su madre tiene las manos manchadas de sangre. Como Marimar sigue sin ser capaz de aclarar qué ha pasado, la aparta con suavidad para entrar.

Cruza un saloncito y accede al dormitorio. En la cama, de sábanas blancas, resalta el cuerpo de un hombre desnudo cubierto de sangre que empieza a secarse. Una sangre que mancha incluso el suelo. El cuerpo está lleno de cortes y de pinchazos, lo han apuñalado varias veces. Los ojos son dos cráteres sanguinolentos. Se los han arrancado. No hace falta comprobar su pulso para saber que está muerto.

—Fui a desayunar y... al volver, él... estaba ya así...

Marimar es la viva imagen de la desolación. Pero es difícil apartar la mirada de la cama, de la sangre, del cuerpo destrozado.

—¿Este es el hombre que te invitó a cenar?

Su madre asiente, le cuesta vocalizar entre los sollozos.

—Fue... una noche perfecta. Y ahora... No entiendo nada... ¿Quién ha...?

—Tenemos que llamar a la policía.

—¡¿Quién ha podido hacer una cosa así?!

—Tranquila, mamá.

Pero el ataque de histeria ya es imparable. Marimar grita una y otra vez quién ha podido hacer esto. Su hija tiene que abrazarla y, juntas, caen de rodillas al suelo. Poco a poco, los gritos de desesperación de Marimar se van transformando en un llanto. Laura cierra los ojos mientras en su cabeza empieza a tomar forma una teoría. Podría pensar en un robo, en alguna causa pendiente que tenía el amigo de su madre, pero cuando mira a la cama y se fija en las cuencas vacías de sus ojos, no lo duda: son los modos de una banda mafiosa. Es un mensaje. Los irlandeses la quieren intimidar para que se aparte del juicio a Trevor Strummer. Y las víctimas de su primer aviso han sido su madre y ese desconocido que yace en la cama.

Marbella, 2023

La carretera regional A-355, que une Cártama y Marbella, es uno de los puntos negros de la red de tráfico andaluza, pero no tiene mucha circulación un día entre semana y de madrugada. Los camiones de Valdrinia, la albanesa que se encarga del traslado de la cocaína hasta el norte de Europa, aprovechan ese horario despejado.

Liam Burke, Chris Griffin y Trevor Strummer visten uniformes de la Guardia Civil y aguardan en un coche camuflado como si fuera de la Benemérita. Han colocado unos conos en el asfalto para simular un control de carretera.

—Perfecto. Gracias —responde en castellano Burke a una llamada, y cuelga. Cambia al inglés para dirigirse a sus compañeros—: El camión está de camino, llega en un minuto.

Los tres salen del coche y se colocan en situación. Poco después aparece el camión que esperan, un Scania de la serie P, blanco, con matrícula española reciente, es posible que se trate de su primer viaje. Es Griffin quien le da el alto. Resulta elegante incluso con el uniforme de la Guardia Civil.

—No hace ni media hora que me han parado para un control de alcoholemia. ¿Qué cojones pasa? —protesta el conductor, un malagueño—. Voy con prisa, tengo que entregar mañana mismo.

Griffin ni siquiera responde, se va hacia la parte de atrás del camión. Rompe una tapa que hay bajo la caja y mete la mano

dentro. Saca un paquete de coca de un kilo.

—¿Y esto?

El conductor, que ha ido tras él, repara en su acento.

—Eh, que tú no eres picoleto. ¿De qué va esto?

Al girarse, el conductor descubre a Burke y Strummer. Le apuntan con sus armas.

—¿Vais a darle un vuelco a Valdrinia? Estáis mal de la cabeza. Os va a cortar el cuello.

Strummer no necesita más excusa. Se lanza sobre el conductor y lo tumba de un golpe seco en el mentón con la culata de su subfusil, un Sig Sauer como el que usaría la Guardia Civil en un control, Griffin siempre cuida los detalles con mimo. Se arrodilla sobre el pecho del conductor y descarga un puñetazo tras otro.

—No nos conviene que lo mates. ¡Trevor! —Burke tiene que darle una colleja para sacarlo de esa especie de éxtasis en el que se pierde cuando estalla la violencia.

—¡Gilipollas! —Strummer se pone en pie y le da una última patada en la cabeza.

—Vamos, hay que sacar toda la coca —ordena Burke.

Mudarse a Marbella ha sido una feliz idea: han tardado muy poco en conseguir poder y dinero, como querían, solo les faltaba un lugar donde sentirse como en casa. Aunque todavía no esté abierto al público, el pub irlandés que van a inaugurar les trae recuerdos de su juventud y de su tierra. Muy pronto será un lugar de referencia en las noches marbellíes. De momento, se solazan ellos en privado, en las sombras del local. Burke sirve pintas de cerveza para los tres.

—¡Veinte kilos! Con eso terminamos de pagar el Orphan's y alguna cosa más —se ríe.

El local que ocupa el Orphan's, junto a Puerto Banús, fue antes una hamburguesería. Han hecho una reforma completa con un único objetivo: que se parezca a The Left Hand, su pub favorito de Belfast. Pensaron en ponerle el mismo nombre, pero al final ha triunfado el que más los identifica, The Orphan's, el pub «de los Huérfanos». A lo largo de la barra se alinean los grifos de cervezas irlandesas, incluido el de Harp, la favorita de Burke. Hay dianas para jugar a los dardos, dos mesas de billar, varias pantallas de televisión —una de ellas enorme— para seguir los partidos de fútbol y de rugby. Han conseguido carteles antiguos de Guinness y de whisky Jameson y Midleton. Unos tambores tradicionales —bodhráns— *adornan la pared del fondo, las otras están repletas de tréboles e imágenes de san Patricio.*

—Podríamos sacar treinta y cinco mil por kilo, pero es mejor que nos deshagamos de la coca deprisa. Conozco a unos argelinos que nos darán unos treinta mil. Seiscientos mil en total, no está mal para una noche de trabajo. —Burke se ríe y levanta su pinta en señal de brindis—. Sláinte!

Griffin y Strummer chocan sus pintas, «¡salud!», repiten en irlandés. ¿Quién iba a decir que los tres huérfanos del orfanato de Kircubbin iban a llegar tan lejos? Seguro que el padre Boyle, no. Suenan golpes en la puerta, alguien llama.

—Debe de ser Amber —supone Griffin—. Ponle una pinta de Guinness.

Griffin va hacia la puerta, su novia los acompañó desde Belfast y él sigue tan hechizado por esa pelirroja como el primer día. Antes de que se dé cuenta de que no viene sola, recibe un golpe brutal con una porra en la boca del estómago. Griffin se encoge, sin aire, no tiene la oportunidad de defenderse del puñetazo que lo tumba en el suelo. Tres encapuchados invaden el pub. Uno de ellos va derecho

hasta Burke, que se ha acercado a socorrer a Griffin, y le pega con la culata de la pistola. Cuando está en el suelo, le da una patada en un costado.

—¡Gilipollas! —El acento del encapuchado tampoco es español.

Otro de los asaltantes encañona a Strummer con una pistola.

—No hagas ninguna tontería —le pide Griffin.

Strummer lanza un chiflido a través del hueco de su dentadura. Le habría gustado enfrentarse a hostias con estos encapuchados, aunque le rompiesen todos los huesos.

Los sacan del bar con un saco en la cabeza y con bridas en las muñecas. Montados en la carga de una furgoneta, oyen un sollozo. Aunque no puede verla, Griffin sabe que se trata de Amber.

—¿Te han hecho daño, cariño? —se preocupa él.

—Estoy bien. Lo siento, me pusieron la pistola en la cabeza cuando llegué a la puerta. No los vi venir.

Amber no baja de la furgoneta. Solo sacan a los Huérfanos. Cuando les quitan los sacos, miran a su alrededor, desubicados: los han encerrado en un almacén. Por la caligrafía de los cientos de cajas que hay por todas partes, deducen que es un bazar asiático. Se enciende una luz que les permite atisbar más allá de las sombras: distinguen una estantería con más de doscientos gatos chinos, todos suben y bajan el brazo en perfecta sincronía; al lado hay más de cincuenta escobas, cubos de fregona... Entre tanto cachivache, tardan en reparar en una mujer asiática de sesenta y tantos años, vestida con una larga falda de cuadros y una blusa gris. Está sentada en una silla de plástico. Algo más atrás, la escoltan dos hombres: uno es un chino que debe de haber esculpido su cuerpo con horas de gimnasio; el otro es español, lo han visto antes en una cena en Puerto Banús, reía e invitaba a champán a todo el que se acercaba. ¿Quién no conoce en Marbella a Alberto Pastor?

—Buenas noches. —La china habla bajito y con un ligero acento andaluz, lo que acrecienta su aire desvalido—. No me conocéis todavía y, en realidad, habría sido mejor que siguiera así, sin conocernos. Lo siento, soy la Hermana Mei.

Su nombre crea un silencio. Los Huérfanos han oído hablar de ella, claro, y como les ha dicho, preferirían no haber tenido que conocerse.

—Paco, el conductor del camión que habéis asaltado, está en el hospital. Va a sobrevivir, eso sí, pero fueron demasiados golpes en la cabeza, se quedará con el cerebro de un niño de dos años.

—Tampoco era mucho más listo —se ríe Strummer, incapaz de no jactarse de su paliza.

—Lo siento —se apresura a intervenir Burke, no les conviene enfrentarse a la Hermana Mei—. El camión era de Valdrinia, nunca habríamos hecho nada si llegamos a saber que usted...

—Todo en Marbella es mío —lo interrumpe Mei—. Los camiones, las carreteras, el puerto, los hoteles... Valdrinia y yo teníamos un acuerdo. Me pagaba el veinte por ciento de lo que sacara del cargamento. Así que me habéis robado dinero, y no hay nada que me guste menos que perder dinero.

Los Huérfanos se buscan con la mirada, hasta Strummer se da cuenta de que están entre la espada y la pared. Griffin murmura algo a Burke; espera que sea la llave que los permita salir del paso.

—Cuando vendamos el cargamento, le daremos más: el treinta y tres.

Mei asiente, aprecia la actitud del pelirrojo. Puede que no sea el más inteligente de los tres, pero es su líder. Le gustaría saber hasta dónde es capaz de llegar.

—Hay un proverbio en mi tierra que me gusta mucho —sonríe la Hermana Mei, una sonrisa beatífica, repleta de bondad—. «Cava el

pozo antes de tener sed». ¿Sabes qué quiere decir?

Burke se queda callado, Mei mira a Griffin.

—¿Alguna idea?

—Hay que tener las necesidades previstas, adelantarse a los problemas.

—Muy bien, me gusta que os complementéis: un líder y un hombre inteligente. Lo que no entiendo es que carguéis con un pedazo de carne que no sirve ni para alimentar a los cerdos.

Strummer reacciona al insulto, pero uno de los encapuchados de la Hermana Mei le clava la culata de su arma en los riñones.

—¿Lo obligáis a calmarse o lo hago yo? —pregunta el guardaespaldas chino.

—Strummer, por favor —le pide Burke.

La asiática sonríe a Burke y asiente en señal de agradecimiento.

—No os conviene enfadar a Qiang. —Y con un ademán suave da a entender al guardaespaldas que puede estar tranquilo—. Antes de haceros venir, me he enterado de todo lo que debía saber sobre vosotros. He cavado el pozo... —sonríe al decirlo— y me he llevado una sorpresa. Pensé que le habíais querido robar a Valdrinia y me he enterado de algo mejor. Burke, ¿saben tus compañeros que eres su amante hace año y medio? El padre del bebé que tuvo hace solo dos meses. Manolito, un niño gordo, guapo y rubio. Pesó cuatro kilos doscientos al nacer, tuvo que ser un parto difícil...

—No tenemos secretos, somos hermanos.

—¿Se lo confías todo a ese? —Señala a Strummer—. Quizá no seas tan inteligente como pareces. El caso es que me he dado cuenta de que no querías robar a Valdrinia, sino a mí. ¿Compinchados con ella?

Burke se mantiene en silencio.

—Gracias por no negarlo, lo consideraría un insulto. El caso es que por tu acuerdo con Valdrinia yo he perdido dinero.

—La compensaremos —asegura Griffin.

—Y el conductor del camión está en un hospital, con la cabeza como la de vuestro hermano Strummer.

—Nos ocuparemos de su familia.

Por fin interviene el español trajeado, el famoso Alberto Pastor.

—Muy bien. Hemos estudiado la solución y esto es lo que vamos a hacer. Un tercio del cargamento será para la familia del conductor, otro tercio para la Hermana Mei, como parte de ese treinta y tres por ciento que le habéis ofrecido, y el restante treinta y tres por ciento irá también para ella, por los problemas causados y por el perdón. Es un buen acuerdo.

—¿Y para nosotros? —salta Strummer.

—Un tercio más dos tercios es todo; luego, para vosotros, nada. Matemática elemental. ¿Llegaste a esa lección? —le provoca el abogado.

Burke contiene con un gesto a su hermano; sabe que Strummer arde por dentro, que le gustaría lanzarse a por Pastor y la china y arrancarles la lengua a bocados.

—Así será —zanja Griffin, sin consultar.

—Una cosa más. He dejado de confiar en Valdrinia. Apreciaría que me resolvierais ese problema. Quizá podría hacer negocios con vosotros, confiaros el transporte de la droga. ¿Podríais hacerlo? —La Hermana Mei sostiene la mirada de Burke hasta que él hunde la suya; conoce el fuego de hombres como él, hombres que se creen generales de ejércitos, pero a los que hay que poner a prueba antes de enviarlos a ninguna batalla.

—Confíe en nosotros.

Parecía que la noche era aciaga y les ha surgido una oportunidad de oro. La acabarán como socios de la china en uno de los pilares del negocio. Solo tienen que solucionar el asunto de la albanesa.

Valdrinia le mira a los ojos mientras Burke sirve el champán. Lo sigue haciendo en el brindis.

—Por nosotros. Por la sociedad que formamos. Y por la que vamos a crear. Una cámara blindada en la que no va a poder entrar esa perra china.

La fachada de la mansión se refleja en el agua de la piscina y crea el efecto de una acuarela. Parece mentira que en esa superficie ahora tan límpida se hayan devorado hace apenas media hora. A Valdrinia le encanta follar antes de la cena, dice que el sexo le abre el apetito. Burke prefiere hacerlo con varias copas encima, follar borracho es la mejor forma de rematar una noche de juerga. Pero también le gusta agradar a la albanesa. Él, que se jacta de dominar a sus amantes, de hacer con ellas lo que le da la gana, se pliega una y otra vez a los deseos de esa gata de ojos verdes y no tiene más remedio que admitir que, en esos instantes, mientras saborea un champán francés después de un orgasmo en la piscina, aspirando el aroma embriagador de los jazmines y aguardando la cena en compañía de esa mujer, se siente en un momento único.

A ella le gusta mirarlo en silencio, desperezarse sensualmente, estirar su pie por debajo de la mesa y hurgar en su entrepierna mientras mordisquea una aceituna.

—¿Tú crees que podemos engañar a esa china? ¿O es más lista que nosotros?

A Burke le cuesta concentrarse en la pregunta. Nota cómo se va empalmando. Valdrinia recuperó la figura y el apetito sexual poco

después de dar a luz a Manolito. Adora el gesto de inocencia que ella adopta en sus travesuras eróticas.

—Se cree más lista que nosotros, pero no lo es —acierta a decir.

—Eso mismo creo yo.

A lo lejos, se oye el llanto del bebé.

—Pobre, tiene cólicos —dice Valdrinia.

—¿Le has dado la noche libre a Jacinta?

—Jacinta no tiene noches libres. Sabes que yo necesito dormir diez horas seguidas para funcionar. Y con Manolito me sería imposible pegar ojo.

A Burke le gustan los niños, sobre todo si son sus hijos, pero prefiere verlos correteando por el jardín, tal vez sumarse a alguno de sus juegos. No que le griten al oído. No que pongan a prueba su paciencia. Espera que Jacinta no tarde demasiado en hacerlo callar.

—¿Qué se te ocurre para engañar a la Hermana Mei? —pregunta Burke.

Valdrinia recoge la pierna, como si necesitara recuperar la compostura para lanzar la propuesta.

—¿Qué tal si la matamos?

En boca de cualquier persona, la frase habría provocado una carcajada del irlandés. Pero en los ojos de esa mujer late una seriedad hipnótica incluso cuando dice la bobada más grande del mundo.

—No podemos hacer eso —balbucea él.

Valdrinia se levanta y camina hacia su amante con aire perezoso. Se sienta en su regazo y lo besa en los labios. Burke percibe todo su embrujo, el deseo inmenso de tener ese cuerpo para él toda la vida. Esa mujer es capaz de convencerlo de lo que sea, incluso de un plan tan delirante como el de matar a la Hermana Mei. Ella le muerde la oreja, le muerde el cuello, él se excita más y más, palpa en el

mantel hasta tropezar con la copa de champán, la rompe contra el filo de la mesa y clava un cristal puntiagudo en el cuello blanco de la albanesa. Le da la sensación de que ella suspira de placer, pero es un grito ahogado por la sangre que enseguida anega su garganta. Vuelve a pinchar ese cuello que ha besado tantas veces y ella emite gorjeos espantosos. El abrazo se afloja y entonces él deja el cuerpo en el suelo con delicadeza. Matar a la Hermana Mei era una buena idea, pero matar a Valdrinia, por mucho que le gustara, es aún mejor.

De nuevo se oyen berridos infantiles, un llanto estridente. Burke entra en la casa, cruza el salón y sube las escaleras hasta el dormitorio. En el techo brillan estrellas de colores proyectadas por un juguete. Jacinta está colocando al niño de nuevo en su cunita. Él la abraza por detrás y le rompe el cuello de un solo movimiento. Después coge al bebé, que deja de llorar al primer arrullo, quizá confortado por el olor de su padre.

7

—A ver, Laura, la cosa pinta bastante mal, pero vamos a hacer todo lo posible para que la dejen en libertad. Eso sí, esta noche no podrá ser.

Guillermo intenta acolchar sus palabras con un toque afectuoso, pero le sale el tono del abogado por deformación profesional. Los dos se han sentado en la cafetería del hotel Sterling, en la calle de San Bernardo, un lugar tranquilo y cercano a la comisaría en la que Marimar permanece detenida.

—¿Cómo está mi madre? ¿Has podido hablar con ella?

—Está aturdida, ella insiste en que no ha hecho nada.

—Es que no ha hecho nada. ¿No creerás que se ha cargado a ese tío? Es una señora aburrida, incapaz de robar unas bragas de El Corte Inglés. ¿En qué momento se ha convertido en una asesina? ¿Cuántas puñaladas tenía el cadáver?

—Treinta y dos.

Laura abre mucho los ojos y extiende las manos, como si le gritara «Ahí lo tienes», una señora de familia, adicta a los ansiolíticos como tantas, sin más vida privada que sus clases de aquagym, no puede convertirse en una asesina de la noche a la mañana. Guillermo la coge de la mano.

—Laura, no vamos a caer en esto, ¿verdad? Tu madre no es una asesina, pero tampoco es una señora como las demás. Su vida no ha sido como la de las demás. A mí no me puedes mentir. Si quieres

que lleve el caso de tu madre, tenemos que ser honestos. A no ser que no quieras que me haga cargo de su defensa.

—Claro que quiero —asume Laura. Es absurdo mentir con ese retrato de ama de casa convencional. Aunque ella fuera una señora corriente, nada de lo que había a su alrededor era normal—. ¿Quién es el muerto?

Guillermo abre la libreta en la que ha tomado notas y busca la página.

—Víctor Zamora Labrador, cuarenta y tres años, residente en Marbella. Fue empleado del Casino Benamar, el de tu padre. Dejó de trabajar allí hace un año.

—Joder. —Laura no puede disimular una sonrisa, mezcla de incredulidad y vergüenza—. No sabía que mi madre se acostaba con un hombre veinte años más joven.

Guillermo pone su mano sobre las de Laura para darle calor, compañía, porque por mucho que se esconda detrás del cinismo, sabe que está asustada. Sus ojos empañados así lo demuestran. Se le ha hecho un nudo en la garganta y apenas tiene fuerzas para pedirle un relato de los hechos.

—Tomaron unas copas en un bar de la calle de la Reina, el Cock, tú y yo hemos estado. —Guillermo refresca los datos con un rápido vistazo a la libreta—. Eran las diez menos cuarto cuando se marcharon, Víctor Zamora invitó a tu madre a subir a su hotel y ella aceptó. Era la primera vez que hacía algo así, nunca había sido infiel a tu padre.

—No es eso lo que me preocupa.

—En la habitación bebieron un benjamín de cava e hicieron el amor. Luego, pidieron cena al servicio de habitaciones. Tu madre dice que no está acostumbrada a beber y que, entre las copas del Cock y el cava del hotel, durmió mal. Se despertó muy temprano e

hizo tiempo hasta las siete de la mañana, entonces bajó a desayunar, su acompañante seguía dormido. Cuando volvió a la habitación, cerca de las ocho, se encontró a Víctor Zamora muerto. Estaba todo lleno de sangre, le habían arrancado los ojos. Bueno, tú estuviste...

—Quien fuera aprovechó mientras ella desayunaba.

—Hay una cámara en el pasillo, solo se ve a tu madre, no registró la entrada de nadie en la habitación. La cosa pinta mal, Laura. La Científica está buscando huellas y muestras de ADN, solo me han dado las conclusiones preliminares: están las de tu madre, sí, pero también hay decenas más. Lógico en una habitación de hotel. Vamos a aferrarnos a eso y a que no tienen el arma. No hay rastro del cuchillo con el que asesinaron a Víctor Zamora. Posiblemente también lo usaran para extraerle los ojos...

Laura pierde la mirada en los viajeros que van y vienen por el lobby del hotel Sterling arrastrando sus maletas. Un grupo de turistas orientales está haciendo el *check-in*. Una niña tira de su padre, quiere lanzarse a las calles de Madrid. Vidas en tránsito, no como la de su madre, que se ha quedado de repente detenida.

—Ha sido culpa mía —murmura, y con un gesto pide a Guillermo que no le lleve la contraria—. Lo de arrancarle los ojos es un mensaje de alguna mafia de Marbella. No hay que ser el más listo de la clase para pensar en los Huérfanos. Los irlandeses tienen un historial precioso: homicidios, palizas y ninguna condena, claro, ¿quién se atreve a ir contra ellos? Hasta que ha llegado esta idiota.

—Ojalá tuvieras razón y fueran esos Huérfanos, pero la cosa es más complicada: nadie entró por la puerta y la habitación está en la octava planta. Tampoco se puede entrar por la ventana. De momento, la única sospechosa que baraja la policía es tu madre.

Cuando Marimar entra en la sala de interrogatorios de la comisaría, parece que ha envejecido veinte años: pálida, ojerosa, con la mirada perdida. No queda nada de la mujer que miraba a su futuro en la cafetería junto a la Puerta de Alcalá, segura de sí misma. Es un castillo en ruinas.

—¿Puede quitarle las esposas? —pide Guillermo.

—No, tiene que llevarlas —contesta el policía que la acompaña.

Laura está tentada de comportarse como la fiscal que es y afear al policía su decisión, pero sabe que eso empeoraría las cosas. En esta sala no es una figura de autoridad, es solo una hija.

—Vamos a aclarar qué ha pasado, mamá. Te vamos a sacar de aquí.

Marimar tarda unos segundos de más en dirigir la mirada a su hija, como si volviera de un estado de demencia. Sus ojos tan verdes que parecen transparentes se posan en ella, pero ya no tienen ningún brillo, solo cansancio y derrota.

—No, cariño, no lo vais a hacer.

—No digas eso.

—Fui una ingenua al pensar que me dejaría ir sin más.

—¿Quién?

—Ha sido él. —Y dibuja la sonrisa triste de una madre que tiene que romper la burbuja de ingenuidad de su pequeña—: Tu padre.

Laura cruza una mirada con Guillermo. Necesita unos segundos para procesar la acusación de Marimar, porque descarta lo que había pensado hasta ahora. Lo ha dicho como si fuera una obviedad, igual que las lluvias que llegan siempre al final del verano.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Cuando Víctor y yo salimos del bar y llegamos a la Gran Vía, me pareció ver a Gorbachov. Enseguida pensé que eran imaginaciones

mías, pero...

—¿Quién es Gorbachov? ¿De qué estás hablando, mamá?

—Es un matón. Supongo que no se llama así de verdad, pero es del Este, creo que ruso, y tiene una mancha en la frente como la que tenía el presidente. En Marbella, es uno de los que se encargan de los trabajos sucios de tu padre. Como el que ha hecho conmigo.

—¿Insinúas que papá ha encargado a un ruso que asesine a tu amante?

—Debería sentirme afortunada por estar viva... Pero esto es típico de él: siempre encuentra la solución que hace más daño. Hace veinte años que te fuiste de Marbella: no sabes en qué se ha convertido.

No hay esperanza en las palabras de Marimar. Conoce demasiado bien a Alberto Pastor como para saber que nunca podrá demostrar lo que le ha contado a Laura. Este ha sido su castigo por intentar tener una nueva vida, por pretender un futuro separada de él: una acusación de homicidio de la que no se va a librar. A Laura le gustaría encontrar el modo de devolverle la confianza, pero este juego no admite promesas vacías, no ayudarían. Las pruebas científicas en su contra son abrumadoras, e intentar presionar a su padre sería absurdo. El único hilo del que tirar es tan frágil que no merece la pena ni siquiera exponerlo en voz alta: un sicario ruso al que conocen como Gorbachov en Marbella.

8

La barriada de 25 Años de Paz, que se construyó en Málaga para conmemorar el aniversario de la victoria de las tropas franquistas en la guerra civil, ha quedado con el paso del tiempo céntrica y cercana al mar, ya no es de las más problemáticas de la capital andaluza; eso no impide que un Bentley color crema aparcado en sus calles llame la atención. Aras repara en él en cuanto sale de su bloque, uno de los veinticinco en forma de hache que componen el barrio. De inmediato, tiene la intuición de que está allí por él. El traje blanco de Chris Griffin se tiñe de rojo bajo los últimos rayos del atardecer cuando baja del coche. Parece inmune al calor que sigue inundando la ciudad.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta acercándose a él con chulería—. Te respondo lo mismo que el otro día: no quiero saber nada de tu propuesta.

—Vengo a darte una oportunidad ahora que vas hacia la pelea. Los Huérfanos no nos rendimos tan pronto. Solo tienes que mantenerte en pie hasta el segundo asalto. Si lo haces, vas a ganar mucho más.

—Y la gente de Alberto Pastor acabará conmigo.

—Nosotros te protegeremos, eso es algo que él no hará.

—Como hablas muy bien español, sé que vas a entender lo que voy a decirte: vete a tomar por culo.

Aras se aleja a buen paso, caminando de forma simiesca. Tiene ganas de que empiece el combate, se muere por dar y encajar

puñetazos, por soltar adrenalina. Quiere quitarse de la cabeza la propuesta de Griffin, pero en todo el trayecto desde Málaga hasta el Marbella Arena no lo consigue. Hay un diablo en su cabeza que le anima a aceptarla. Lo único que tendría que hacer sería luchar de verdad, plantarle cara a Kai Sandhagen, sobrevivir al primer asalto y, quién sabe, a lo mejor hasta podría ganar el combate. Ha entrenado duro, ha hecho la dieta para no sobrepasar el peso en la báscula como le exigió Jordi Sardà; de una u otra forma, esta será su despedida del deporte, ¿por qué no irse por todo lo alto? Que les follen a su entrenador y a Alberto Pastor. ¿Es que no le queda ni un poco de orgullo? ¿Va a terminar su carrera en las MMA derrotado por sumisión en el primer asalto? Pero la razón enfrenta al diablillo: hacer eso sería un suicidio. Por mucho que Griffin le haya prometido protección y un buen dinero, los tentáculos de Alberto Pastor llegan a todas partes. Como le dijo Sardà, un día alguien lo encontraría —uno de los rusos de Pastor— y, con suerte, lo dejaría en una silla de ruedas. Es una partida que no puede ganar y sería estúpido jugársela. Lo mejor es que este día pase pronto. Cuando termine el combate se emborrachará e intentará olvidar que toda su carrera, toda su vida, ha sido un fraude, desde el principio hasta el final.

—¿Qué haces aquí, Flor?

El vestuario del Marbella Arena es muy lujoso, nada que ver con los de los gimnasios de barrio o de los lugares donde le ha tocado pelear. Taquillas amplias, duchas limpias, yacusi, camillas de masaje y enfermería. La música del recinto y el rugido del público apenas se perciben, es un lugar tranquilo donde relajarse antes de entrar en la jaula, donde el entrenador da las últimas instrucciones. Jordi Sardà no ha tenido que decirle mucho, solo recordarle que debe perder en

el primer asalto. Aras se ha quedado solo, y está sentado, dándole vueltas a la visita de Griffin, a Pastor y a las palabras de Sardà, cuando su hija se asoma a la puerta.

—¿Estás nervioso?

Parece cariñosa, como si hubiera olvidado el desencuentro de hace unos días.

—El que diga que no está nervioso antes de un combate miente.

—Al final, vas ahí a darte de hostias.

—No es así, es un deporte, tiene reglas.

Ella se acerca y Aras advierte la magulladura en el pómulo. Le gustaría sentir su piel, pero ya le han vendado las manos para la pelea.

—Tienes una herida, ¿qué te ha pasado?

—Nada, una puerta. Yo no voy por ahí peleándome como otros —bromea.

—Espero que sea verdad. Si alguien te toca, se las tendrá que ver conmigo. Y te advierto que pego muy fuerte.

Los dos se quedan callados unos segundos. Ella se inclina y le da un beso.

—No dejes que te hagan daño.

Para Aras, este instante significa muchísimo: siente por primera vez que su hija vuelve a estar cerca, como cuando era una niña pequeña y le admiraba. Cuando todavía no la había decepcionado.

—Papá, lo que te dije el otro día, eso de que eras un puto fracasado...

—Olvídalo.

—No, lo dije sin pensar. Quiero que sepas que estoy orgullosa de ti, que pocos tendrían el valor de pelear delante de esa gente. Después lo celebramos con una ración de calamares, ganes o pierdas. Sé que vas a darlo todo.

Aras compone una sonrisa que resulta extraña. La vergüenza lo atenaza, como si ya anticipara una nueva decepción de Flor. Quizá la definitiva.

—¡Con calzón rojo, Aras, la bestia armenia!

La voz del *speaker* vibra de emoción y el público rompe en vítores y aplausos. Las luces se encienden, se apagan, cambian de color. Por los altavoces suena la canción que él siempre elige para sus presentaciones: una remezcla de «Dragostea din tei», de O-Zone. Ajeno a los gritos, concentrado, Aras atraviesa el pabellón camino de la jaula. Antes de subir identifica en las primeras filas a Liam Burke y a Chris Griffin, dos de los Huérfanos. Busca el palco de honor: allí están Alberto Pastor y su hijo Sergio. No sabe dónde está sentada Flor, si ha ido sola o acompañada. Un árbitro le unta la cara con vaselina.

—¡Y con calzón blanco, Kai Sandhagen, el oso islandés!

Es el espectáculo de las MMA en todo su esplendor, con luces, música, gente con ganas de ver a los luchadores matarse entre ellos y un locutor épico.

Se inicia el combate. Aras detecta un punto débil en Kai: usa bien las piernas, pero no sube lo suficiente el brazo derecho en la guardia, puede castigarle el hígado. Le propina un par de golpes, al tiempo que se pregunta: ¿qué coño estoy haciendo? Si se aprovecha de esa debilidad podría vencerle; si tiene paciencia y sigue con su estrategia, le cortará el ritmo y Sandhagen descompondrá más la defensa. Kai lo coge desprevenido y encadena un par de golpes muy buenos, uno de ellos lo tumba y Aras se levanta rápido. Si se queda demasiado tiempo en el suelo, tendrá las de perder: Sandhagen es uno de esos luchadores formados en el jiu-jitsu que saben sacar

ventaja del cuerpo a cuerpo. Se levanta, y eso no es lo que espera Alberto Pastor. Sigue en pie, aunque algo mareado. El público ruge en el Marbella Arena, puede oírlos animando a los luchadores a matarse, y, a pesar de todo, cree reconocer el grito de su hija entre el gentío: «¡Vamos, papá!».

El final del primer asalto está cerca. Ahora debería dejarse ganar por sumisión, podría ser mataleón o una guillotina, a nadie le importa cómo pierda. Kai encadena de nuevo varios golpes, Aras está desconcentrado y no es capaz de pararlos. El islandés ha empezado a someterlo contra la malla de la jaula. Todo podría terminar aquí, hasta cree ver la sonrisa de Sardà y de Alberto Pastor, satisfechos, frotándose las manos por la fortuna que van a ganar con las apuestas. En ese momento, Aras consigue liberarse y suelta una patada en la cara a Kai, lo tumba. Las tornas han cambiado y aprovecha la situación para seguir golpeándolo, lo tiene a su merced. No lo remata porque acaba el primer asalto.

Atruena la música para entretener a la concurrencia y para subrayar en la cabeza de Aras lo que acaba de suceder: no ha sido sometido en el primer asalto. Ha resistido las embestidas del oso islandés y seguro que su hija, en algún lugar del estadio, lo mira con orgullo. Está luchando con todo lo que tiene. Se siente bien, mejor que nunca, no se avergüenza de sí mismo. Pero ha cruzado una línea roja. No sabe si el escalofrío que recorre su cuerpo de arriba abajo es por la euforia o por el miedo.

9

—¿El juez Higueras? ¿En serio? No ha intentado disimular ni un poco —bufa Laura.

Para Guillermo, Higueras es un hueso y un juez algo soberbio, nada que se salga de lo normal. ¿Qué más da que, en el reparto, le haya caído el caso de Marimar? Su mayor problema no es quién esté a cargo de la instrucción.

—Higueras pasa las vacaciones en Sotogrande, es aficionado al punto y banca y va día sí, día también, al casino de mi padre. Hasta juegan juntos al golf. ¿Necesitas más pistas?

—Para haber roto la relación con tu padre hace veinte años estás muy al tanto de su círculo de amistades.

—Sabes que viene bien saber de qué pie cojean los jueces. Tuve un juicio con Higueras, por eso sé tanto de él. No de mi padre.

—Es imposible modificar el procedimiento de asignación de casos —intenta hacerle entrar en razón—. Eso también lo sabes tú. Estás viendo fantasmas.

—No tengo hambre.

Laura aparta el plato que ha cocinado Guillermo, un salmón con verduritas y crema de yogur. Sale a la terraza con la copa de vino, si sigue discutiendo con Guillermo puede terminar diciendo cosas de las que luego se arrepentirá. La Torre Picasso se alza iluminada como un monolito futurista, el tráfico del paseo de la Castellana llega en sordina. El clima pesado de este septiembre ha fortificado la boina de contaminación que flota sobre Madrid. Ojalá unas lluvias

limpiaran un ambiente cada vez más tóxico. Cada día es más difícil respirar. Cuando está tranquila, le gusta sentarse allí e imaginar las vidas que hay detrás de cada una de las ventanas de alrededor, pero ahora no es capaz de pensar en otra cosa que no sea su padre: en que está moviendo los hilos, en el poder omnívoro que ha adquirido con los años, ahora es capaz incluso de influir en el sistema judicial.

«Ha sido él. Tu padre». Las palabras rotas de su madre no han dejado de retumbar en su cabeza desde que las pronunció. Ojalá le hubieran sonado a delirio. No fue así: ha escuchado cientos de confesiones, homicidas que claman por su inocencia entre el estupor y el miedo, que se escudan en historias imposibles con tal de evitar la condena. Marimar no albergaba ninguna esperanza al señalar a su marido. Su confesión fue la certeza de una derrota: Alberto Pastor le había demostrado que no podía tener una vida sin él. Se termina la copa de vino de un trago.

Qué injusto. Para Marimar y para ella. Esos días de felicidad que pasó junto a su madre no eran más que la mejoría del enfermo terminal antes de la muerte. Madre e hija ya no esperaban que pudieran recuperar su relación, pero se abrió esta oportunidad y apuraron la experiencia riendo, yendo de compras, abriendo el baúl de las confesiones, sintiendo una conexión olvidada. Sin embargo, Alberto Pastor ha vuelto para romperlo todo, como lo rompió cuando Laura solo tenía diecisiete años.

¿Va a huir como hizo entonces? Quizá haya llegado el momento de demostrarle a su padre que no puede salir impune siempre.

—¿Te han dicho algo en la policía del tal Gorbachov?

El sigilo de Laura al regresar de la terraza sobresalta a Guillermo, que casi se atraganta con el trozo de salmón que acababa de echarse a la boca. Bebe un poco de vino para hacerlo pasar.

—Sí, que es una pista muy vaga, pero que lo van a investigar, aunque no es que tengan mucho: que es ruso, que tiene una mancha en la frente y que tu madre cree haberlo visto en la Gran Vía. Ni siquiera sabemos su nombre real.

—Pero sí que trabaja para mi padre. Lo que tienen que hacer es buscarlo en Marbella.

—Cariño, sé razonable. Mientras no haya indicios de que pueda tener algo que ver con el asesinato, no creo que se esfuercen mucho. Esa es la verdad y tú lo sabes.

—¿De parte de quién estás, Guillermo?

Laura cruza los brazos y resopla. Él intuye que tiene ganas de darle un manotazo a la copa de vino que sostiene, así que la vuelve a dejar sobre la mesa. Conoce de sobra los arrebatos de Laura, es como un ciclón. Cuando se desata, no queda más remedio que ponerse a refugio hasta que cese el temporal. Ella pasea por el salón, nerviosa, bajo la mirada paciente de Guillermo.

—¿Y el arma homicida? ¿Es la misma con la que le arrancaron los ojos a Víctor Zamora? ¿O piensan que se los sacó a bocados? A lo mejor, el fiscal Casado cree que mi madre le metió los dedos en las órbitas, cogió los ojos y se los comió. Si le parece normal que una mujer de sesenta y tres años cometa este homicidio, se puede creer cualquier cosa. Seguro que está deseando dar carpetazo al asunto e irse a plantar cebollas a Chinchón: los dos sabemos que es un vago. ¿Qué va a pedir al juez?

—Prisión provisional sin fianza.

—Increíble, ahora resulta que mi madre es la asesina más buscada del país. Es una mujer mayor, no hay alarma social por este crimen, no hay peligro de que destruya pruebas, no hay riesgo de fuga. Además, tiene arraigo.

—Se acaba de marchar de su casa de Marbella, vivía en la tuya. ¿De verdad crees que tiene arraigo?

—¿Así es como el sistema protege a las víctimas que huyen de un maltratador?

—Tú lo has dicho, está huyendo. El fiscal Casado ve riesgo de fuga, Laura. Va a pedir prisión provisional y creo que el juez va a atender la petición. Podría mentirte, pero no serviría de nada. Pinta mal.

Laura detiene su continuo vaivén por la casa, como si se hubiera quedado sin aliento. Separa una silla de la mesa para sentarse; los codos apoyados en las rodillas, el cuerpo encorvado, parece una deportista después de un ejercicio extenuante. Guillermo empuja su silla para situarse frente a ella. La coge de las manos para mostrarle su apoyo y ella levanta la mirada un instante con una sonrisa triste.

—¿Cuándo la ingresan?

—Mañana es la vistilla. Lo normal es que la trasladen por la tarde.

—¿A qué cárcel?

—Alcalá Meco.

Prefiere no verbalizar las imágenes que recorren su imaginación. No son las de su madre arrastrando los pies por las galerías de la prisión, escondiendo la mirada de las otras presas que la amenazan, aunque sabe que eso sucederá, porque Marimar no está preparada para sobrevivir en un entorno así. No, no son estas imágenes las que la asaltan, sino las del rostro de su padre, esa cara un poco abotargada porque bebe demasiado, la sempiterna risa de Alberto Pastor, su aire campechano, el amigo de los pescadores o de los ancianos que no perdonan la partida de dominó, como si no fuera el demonio insensible que es, el maltratador, el asesino. Esa cara ocupa toda la mente de Laura y, cuando cierra los ojos, la imagina estrellándose contra una pared, reventando en mil pedazos,

hundiendo sus huesos hasta que la masa encefálica le resbala por la frente y los ojos explotan y por fin se borra para siempre la puta risa de Alberto Pastor. Si un día le confesara a su novio las cosas que imagina, tal vez él dejaría de estar a su lado.

—Mañana me voy a Marbella. Voy a encontrar a Gorbachov yo misma y lo voy a traer de los pelos ante el juez.

Guillermo toma aire antes de contestar, la mira como si no fuera una persona racional.

—Laura, tú no puedes ir a Marbella.

—¿Por qué?

—Sabes muy bien por qué. Llevas veinte años sin pisar esa ciudad y las cosas te han ido bien. ¿Te recuerdo cómo saliste? En una ambulancia. Desquiciada y directa a una clínica para tratar la anorexia. Joder, ¿qué quieres? ¿Volver a lo mismo? Estuviste a punto de morir.

—Ya no soy la misma persona.

—Siempre que has hablado con alguien de tu familia has tardado días en recuperarte. Son como veneno para ti.

—¿Y cuál es tu idea? ¿Quedarme de brazos cruzados mientras condenan a mi madre por un asesinato que no ha cometido?

—¿Qué tal dejarme hacer mi trabajo? Tú ocúpate del caso de Strummer. Ve a ver a tu madre, que sepa que la apoyas, que estás de su lado.

—Mi hermano Dani tiene un amigo en el Equipo de Crimen Organizado de la Guardia Civil en Málaga —niega Laura con un cabeceo—. Me ha hablado varias veces de él, se llama Pino y va a su club de submarinismo. Seguro que sabe quién es Gorbachov.

—¿Ahora eres policía? ¿Qué hago para que no vayas? ¿Me pongo de rodillas?

—A lo mejor, si me lo pides con una de tus canciones, cambio de opinión —bromea Laura, y consigue arrancarle una sonrisa a Guillermo—. Serán dos días, nada más. Ni siquiera veré a mi padre. No pisaré la casa de mi familia, ni iré al casino. No voy a llamar a Sergio ni a Nata. Solo estaré con mi hermano Dani. Lo peor que me puede pasar es que me haga fumar marihuana y me pille un buen colocón.

—No me hace gracia, Laura: ir a Marbella es meterte en la boca del lobo.

—¡Cómo te gusta el drama!

Ella se levanta para besarlo levemente y, decidida, como si hubiera encontrado por fin la solución a un problema irresoluble, se marcha a la habitación para preparar el equipaje. Guillermo se acerca a la mesa y apila en silencio los platos de la cena. Laura se ha dejado todo su salmón, él tampoco se lo ha terminado. Mientras tira los restos a la basura, la oye hablar por teléfono con Dani para anunciarle su visita. Preferiría no tener razón, pecar de paternalista, pero sabe que la enfermedad de Laura no se cura nunca, que volver a pisar Marbella es la peor decisión que podría tomar. Lo sabe tan bien como que intentar impedirlo sería inútil.

10

Sergio ha escogido un mal día para estrenar su Mercedes Benz G63 AMG tuneado por Brabus, un verdadero tanque de los que no hay muchos en España y casi ninguno fuera de Marbella, uno de esos coches que si tienes que preguntar cuánto cuestan es que no te los puedes permitir. Lo recogió por la mañana en el concesionario y pensaba salir a quemar las carreteras de la sierra después de la velada de las MMA, para celebrar los cientos de miles de euros que tenía previsto ganar con las apuestas repartidas en casas de juegos de todo el mundo, pero Aras se volvió loco y decidió aguantar en pie en el primer asalto. La Hermana Mei no esperó a que diera inicio el segundo. Se marchó seguida por Qiang sin despedirse de su padre. Ese puto armenio les ha hecho perder mucho dinero, pero, por encima de todo, los ha puesto en el punto de mira de la china, el lugar donde nadie en Marbella quiere estar.

—Es la tercera vez —murmura su padre mientras se remueve en el asiento del copiloto, como si estuviera incómodo.

Es lo primero que dice desde que salieron del Marbella Arena. Ellos también se fueron antes de que terminara el combate.

—Encontraremos la manera de arreglarlo.

Sergio habría ordenado que buscaran a Aras en el vestuario. Que le rompieran las piernas allí mismo, pero su padre no se lo ha permitido. Alberto quiere llevar el asunto con discreción; en este negocio no hay nada peor que dejar que los demás te vean como a un perdedor, es un mantra que lleva toda la vida repitiéndole.

La casa de Alberto Pastor es una de las mejores en la urbanización Sierra Blanca, una mansión de estilo clásico andaluz, con tres plantas, vistas al mar y a la montaña, pabellón de invitados, una enorme piscina y grandes y cuidados jardines. En el garaje, con capacidad para seis coches, continúa aparcado el BMW M4 descapotable de Marimar. Sergio aparca el Brabus a la entrada de la casa. Una criada marroquí, Jasmina, sale a recibirlos.

—¿Van a cenar, señor Pastor?

—No, Jasmina, gracias. ¿Está mi hija?

—Sí, don Alberto. ¿Le digo que quiere verla?

Natalia es la única hija que sigue viviendo en la casa familiar. Regresó después de un segundo matrimonio fallido —algo que todos sabían que iba a pasar desde que les anunció que se casaba con un culturista sueco de veinte años— y ocupa la casa de invitados. Según dice, su terapeuta le ha diagnosticado un episodio depresivo con síndrome somático. Es la excusa que usa para todo: desde comer y beber en exceso, hasta sus continuas visitas a la clínica de estética —ácido hialurónico, hilos tensores para estirar la piel, bótox y un par de peelings químicos—, pasando por los dolores recurrentes que, algunos días, la obligan a perder el día en la cama.

—No, no hace falta que la avises —responde Alberto a la criada—. Aparecerá ella sola cuando más moleste.

El interior de la casa combina lujo y ostentación. Hace años que Marimar contrató a un diseñador para dar cierta coherencia a esa mezcla de muebles clásicos —una mesa Luis XV y una pared forrada con una estantería de nogal claro en el salón— con otras piezas contemporáneas o con los adornos asiáticos, regalos de la Hermana Mei, diseminados por la casa.

El despacho tiene una cristalera abierta a una terraza desde la que se puede contemplar la piscina de verano y el perfil de la ciudad de

Marbella. Son los dominios de Alberto Pastor, ahí no permitió que la mano del decorador decidiera nada. Una vieja mesa que lleva acompañándolo desde que abrió su primer bufete, fotografías en blanco y negro de una Marbella que ya no existe, un tocadiscos donde se amontonan vinilos de verdiales, de fandangos y de cantantes ligeros conviven con otras piezas mucho más valiosas, como el mueble bar, los sillones de cuero o la cava de puros. Se sirve un whisky nada más entrar, no le ofrece ninguna bebida a su hijo, que espera de pie a que su padre le dé permiso para sentarse.

—Quiero saber qué coño ha pasado con ese armenio de los cojones.

—Llamé a Souza esta tarde, antes de la velada —explica Sergio—, me dijo que había hablado con Jordi Sardà, el entrenador, y que no había problema, que estaba todo pactado: sumisión en el primer asalto.

—Putos irlandeses. —El murmullo de Pastor es el temblor que precede al terremoto.

De repente lanza la copa de whisky contra la pared, la hace estallar en mil pedazos. Junto al mueble bar hay una bolsa de palos de golf, saca un hierro 3 Callaway y revienta de un golpe dos botellas de vodka.

Sergio aguarda impertérrito a que su padre termine de ensañarse con las botellas. Alberto bufa falto de aire cuando arroja a un lado el palo de golf. Comprueba qué botellas han quedado intactas, necesita un trago. Solo entonces, su hijo se decide a hablar.

—Alguien de dentro le está pasando información a los Huérfanos.

—Ya sé que tenemos un topo, pero ¿quién, Sergio? Y mientras tanto, ¿sabes cuánto dinero le debemos a la Hermana Mei? Treinta millones. Treinta putos millones. Esto es una sangría, no podemos seguir organizando apuestas de esta forma.

Sergio no sabe cómo sofocar el enfado de su padre. Treinta millones, ¿qué se puede decir a eso?

—No me digas que te has cargado el Macallan 12.

Natalia irrumpe en el despacho como si no fuera un desastre y va directa al mueble bar para buscar la botella entre los vidrios de las demás. Algo en su manera de andar anuncia que no es la primera copa de la noche. Viste un mono en versión mil y una noches probablemente diseñado por ella, igual que las joyas que luce. A toda su familia le ha quedado ya claro que el diseño es su última afición.

—Nata, tu hermano y yo estamos hablando de negocios.

Ella ignora la advertencia de su padre y se derrumba en uno de los sillones de cuero.

—Estoy con ansiedad, me he tomado un Orfidal y ni siquiera así me duermo. Me meto en la cama y me viene a la cabeza la imagen de mamá en la cárcel. ¿Les darán uniformes naranjas como los de la serie de la tele? ¿O de rayas? No me puedo creer que haya matado a un hombre.

—Tu madre no ha matado a nadie.

—Pues ya me dirás por qué la han metido en la cárcel. Mi terapeuta me ha dicho un millón de veces que tengo que cuidar el descanso, limpiar la mente cada noche para sostener el equilibrio emocional. Espero que mamá duerma bien. ¿Liada con Víctor Zamora? Es que no me lo puedo creer.

Sergio no puede más e interviene.

—Nata, ¿por qué no te vas a dormir la mona a tu cuarto?

—Ay, Sergio, qué poco empático eres, cariño. No sé cómo te aguanta tu mujer. Papá, si mamá tenía un amante, yo te apoyo, puedes contar conmigo. Yo sé cómo se sufre cuando tu pareja es infiel. Si necesitas hablar, no lo dudes.

Nata se levanta y, de la misma manera que ha entrado en el despacho, sale. No sin antes rellenarse el vaso en el mueble bar.

—No sé cómo la dejas vivir en casa.

—Es mi hija. No es la que me gustaría tener, pero es mi hija. Por desgracia, uno no elige a sus hijos, salen como salen. Los tuyos son pequeños, Sergio, pero ya te darás cuenta cuando crezcan.

—Estoy pensando en ir a Madrid para visitar a mamá.

Alberto niega con un leve movimiento de la mano antes de sentarse tras su vieja mesa y poner los pies encima de ella.

—Va a llevar su caso el juez Higueras, por ese lado estoy tranquilo. Sabe lo que tiene que hacer. Marimar estará bien muy pronto. Nuestra mayor preocupación ahora no es tu madre, es la deuda que tenemos con la Hermana Mei. El topo que nos está dando por culo. ¿Estás seguro de que Souza es de fiar? Es el único que está al tanto de todos los sobornos.

—¿Desconfías de él?

—Es el agente de los deportistas que compramos, habrá que empezar por el primer eslabón de la cadena. Pero actúa con discreción, sin enseñar las cartas. ¿Sabrás hacerlo?

—Papá, por favor. —Sergio abre las manos, para mostrar que su discreción está fuera de toda duda—. ¿Y qué hago con Aras? Hay que darle una lección.

—Déjamelo a mí. Yo me encargaré de que nadie vuelva a creer que puede reírse de Alberto Pastor.

—¿A quién se lo vas a encargar?

—A los rusos. —Corta un puro y chupa con fuerza para encenderlo —. Cuando salgas, dile a Jasmina que venga a limpiar.

Sergio asiente y se marcha: los rusos. Detesta que su padre se mezcle con ellos, pero no los hay más eficaces.

11

Aras se mira el rostro en el espejo, lo tiene repleto de golpes, un ojo inflamado, a medio cerrar, y, a pesar de esa cara magullada, muestra una sonrisa pletórica. Se siente orgulloso de haber luchado hasta el final y de haber mandado a la mierda el amaño con Kai Sandhagen, el oso islandés. Se lava bien un corte que tiene en el pómulo y se pone un punto de aproximación. Esa cicatriz se le quedará para siempre, le recordará lo que sucedió hoy.

Solo lamenta no haber tenido tiempo para invitar a su hija a una ración de calamares; al terminar el combate y ver la cara de angustia en su entrenador, se dio cuenta de que, si no se movía rápido, quizá nunca saldría del Marbella Arena. Dejó atrás los aullidos de Jordi Sardà —«¡Imbécil, ¿quién cojones te crees?! ¡Te van a matar! A ti y a mí»—, se montó en su coche, un Ford Fiesta de quinta o sexta mano, y salió del Marbella Arena con la mirada de Flor grabada en la memoria: puso todo lo que tenía en la jaula, pero no fue suficiente para ganar el combate, los jueces se lo dieron a su oponente a los puntos, quizá de manera justa. Al salir de la jaula la había visto entre el público. ¿Podía saber ella que el combate estaba amañado? Porque esa es la impresión que tuvo al captar su sonrisa de hija orgullosa de su padre. Da igual.

«No estoy en venta», se repite mientras mete algo de ropa en una bolsa. Se irá de la barriada de 25 Años de Paz, no sabe dónde, pero no puede quedarse. Alberto Pastor mandará a alguno de sus matones para castigarle, no es tan ingenuo como para creer que lo

perdonará. Paciencia, él no es más que una pequeña pieza de un engranaje mucho mayor; dentro de unos meses, o un año a lo sumo, se habrán olvidado de él y podrá regresar a Málaga sin problemas. Será el momento de empezar una nueva vida; de todas formas, su carrera deportiva estaba muerta, cediera o no al amaño. Tal vez busque trabajo en algún chiringuito de la playa, lo prefiere antes que emplearse de portero en cualquier discoteca.

«Dentro de poco tendré una vida normal», se repite. Tiempo para Flor. Para él mismo. Quién sabe si, por primera vez en mucho tiempo, lo aguarda algo parecido a la felicidad.

Aras sale de su piso, mete la mochila en el maletero. Planea conducir hacia el norte. Quizá alquilar un piso en Santander o en Gijón, algún lugar alejado de la Costa del Sol. Tiene algo de dinero, lo suficiente para aguantar hasta encontrar un trabajo. No quiere preocupar a Flor; le pondrá un mensaje a mitad de viaje y la llamará para darle alguna versión edulcorada de lo sucedido.

Arranca el coche, solo le queda un cuarto de depósito, pero su Ford es un mechero, hará todos los kilómetros que pueda antes de repostar, cuanto más lejos mejor. Busca música en la radio, una emisora de éxitos de los ochenta y noventa. Unos minutos después, se da cuenta por el retrovisor de que un coche le sigue. Es un Audi Q8. Se empieza a poner nervioso, no es una paranoia, aunque se meta por callejuelas y dé vueltas en círculo, el coche sigue ahí detrás. Toma una salida de Málaga y, en carretera, acelera todo lo que le permite el Ford Fiesta, pero el Audi es mucho más rápido, se hace grande en el retrovisor. «El puto Alberto Pastor», murmura aferrado al volante, ahí viene uno de sus sicarios para joderle la vida.

Sale de la autovía A-7 por una carretera regional, la A-7000 en dirección a los Montes de Málaga. Por unos instantes piensa con

alivio que ha conseguido despistar a su perseguidor, aunque unos segundos después vuelve a verlo en el retrovisor. La carretera no es buena y es difícil conducir tan rápido. Aprovecha una curva y toma un camino de tierra que se adentra en el monte, entre árboles; tal vez sea un error, el Audi, un todo caminos, se adapta mejor que su Fiesta a esta superficie, pero le ha sacado algo de ventaja, quizá no haya visto el desvío que ha tomado. Sin embargo, el camino termina en la verja de una gran villa. No tiene salida. Apaga el motor y enseguida oye el sonido de las ruedas de su perseguidor sobre la grava. El Audi aparca junto a él. Tiene la tentación de huir entre los árboles, pero algo lo refrena.

—Vaya viajecito nos has dado —bromea Chris Griffin, que se estira los pantalones del traje al bajar del coche.

—Espero que no vayas armado, no queremos hacerte daño —le advierte Liam Burke, es él quien conducía el Audi.

Aras levanta los brazos, invita a que lo cacheen, cosa que Burke hace de inmediato. Su única arma son los puños.

—Tienes sentido del espectáculo, Aras. —Griffin le ofrece un cigarrillo, que él rechaza. Se lo enciende y da una profunda calada—. Pensaba que te quedabas en el suelo en el primer asalto, pero te has levantado.

—No lo he hecho porque me lo hayáis pedido vosotros.

—Ay, Aras, ese orgullo, así no te irá bien en la vida —se ríe Burke —. Seguro que Alberto Pastor ha mandado a alguno de sus matones a buscarte. ¿Crees que no lo van a conseguir? Igual que lo hemos hecho nosotros... A lo mejor son los rusos, y no sé si los conoces: esos no se conforman con partirte las piernas. Quizá vayan más allá. Tú verás si te quieres arriesgar a que encuentren tus pedazos en seis municipios distintos.

Griffin saca un móvil de la guantera del Audi y se lo entrega a Aras. También le tiende unas llaves.

—¿Conoces Alfarnate? Es un pueblo precioso. Estas llaves son de una casa en la calle del Panteón, cerca del cementerio, en el llavero está el número. Hemos llenado la despensa con comida para un par de semanas. Allí estarás bien. Si necesitas algo, nos llamas con este teléfono; no uses el tuyo, puede estar pinchado, geolocalizado o lo que sea.

Aras duda antes de coger lo que Griffin le ofrece.

—Los Huérfanos cumplimos lo prometido. Aunque digas que lo has hecho porque te ha salido de los huevos, el resultado es que hiciste lo que te pedí. Te dije que si lo hacías, te ayudaríamos. Los Huérfanos no mentimos, Aras. Te estamos ayudando: no seas tan imbécil como para meter la pata dos veces la misma noche y acepta. Te haremos llegar algo de dinero en unos días.

Aras mira el móvil y las llaves. Mucho se teme que, al aceptar esta ayuda, esté firmando un pacto con el diablo, puede que quede ligado a los irlandeses para siempre, eso si no le están tendiendo una trampa. Tampoco sabe cuánto tiempo va a durar la protección, si es que es real. Pero antes de que pueda formular sus dudas, los Huérfanos regresan a su coche y se marchan.

12

Laura hubiera preferido no atravesar Marbella, pero para llegar a Istán, un pueblecito de la falda sur de la sierra de las Nieves, es obligatorio hacerlo. De hecho, tiene que pasar muy cerca de la entrada de la urbanización Sierra Blanca, el hogar de su adolescencia. Pese a los años transcurridos desde su última visita, hay un aire familiar en las calles y una luz apacible en La Concha, la montaña que brinda a Marbella su microclima, esa temperatura estable que se sostiene hasta otoño, como si hubieran estado esperando su regreso, como si no le perdonaran que pase de largo sin detenerse a saludar.

Dani, su hermano pequeño, vive en Istán con Ingrid, la hija de unos alemanes que emigraron al sur de España cuando ella era apenas una niña. Heredó la casa tras la muerte de sus padres, y allí hacen su vida de novios, en un lugar apartado, algo que Dani agradece porque quiere mantenerse al margen de los negocios de Alberto Pastor. Se siente orgulloso de haber montado una escuela de submarinismo en el Puerto Deportivo de Marbella y de ganarse la vida sin aceptar el dinero de su padre.

La casa, situada en las afueras del pueblo, es sencilla: blanca, se diría que invadida por un jardín asilvestrado, decorada con manualidades coloridas, atrapasueños y colchas de *patchwork* que hace Ingrid y que la convierten en un lugar donde apetece quedarse. Laura se abraza a su hermano tan pronto sale a recibirla; huele a sal y a olas, como cuando era un niño. Se separa unos

centímetros para disfrutar de su sonrisa, de su piel morena. Dani siempre ha sido el más guapo de la familia, un animal libre que no sabe cómo pudo criarse en el hogar de los Pastor. El único hermano con el que ha conservado un contacto regular.

—¿Tienes hambre? Ingrid ha hecho una dorada y de postre hay marihuana terapéutica, que yo sé que es lo que más falta te hace.

Dani lleva de la mano a Laura al interior. La casa está adaptada para la silla de ruedas en la que se mueve Ingrid: hay una rampa de acceso, los huecos de las puertas son más amplios de lo normal, la encimera de la cocina más baja... Hace cinco años, Ingrid sufrió un accidente durante una inmersión. Bajó más metros de los que aconsejaba la prudencia, su tanque de aire tenía una avería y se vació mucho antes de lo previsto. Dani trató de llegar hasta ella para compartir su tanque cuando se dio cuenta del problema, pero Ingrid se puso nerviosa y subió de forma precipitada a la superficie, sin considerar los tiempos de descompresión. Antes de llegar a la barca, notó que sus piernas dejaban de responder hasta quedar inmóviles. La evacuaron de urgencia a la cámara hiperbárica de Estepona, la más cercana, pero el daño ya estaba hecho: las burbujas de nitrógeno formadas durante el ascenso habían dañado su médula espinal. Nunca recuperó la movilidad.

Aun así, Ingrid fue capaz de sobreponerse: se vale por sí misma, es ella la que prepara la cena y la que lleva los platos y los cubiertos a la mesa del jardín, se niega a ser menos que nadie y a provocar lástima.

—¿Sigues con el caso del irlandés? —A Ingrid no le pasa desapercibido que Laura no prueba ni los tomates, cultivados en el huerto de la casa, ni la dorada, recién pescada.

—Sí, dentro de poco se señalará la fecha del juicio.

—A ver si consigues que no vuelva a pisar Marbella. —Dani sirve el postre, higos del huerto. Una brisa arrastra el perfume de unos limoneros cercanos—. Deberían caer uno tras otro, hasta que no quede ni uno de los Huérfanos y cierren el Orphan's.

—¿Has estado?

—Ahí van los mafiosos, ya sabes: irlandeses, rusos, escoceses, ingleses, árabes, la Mocro Maffia... Marbella siempre ha sido muy internacional, no nos privamos de nada. La gente normal, como nosotros, intentamos no mezclarnos, pero cada vez cuesta más: en los últimos años ha habido tiroteos y ajustes de cuentas. Es imposible no verlo o no saber quiénes son esa gentuza. ¿Quién no conoce a los Huérfanos en Marbella?

—O a tu padre.

—A él no le gusta llamar la atención. Hace sus negocios con los jefes en Puente Romano, o en el Olivia Valere, y luego se va con los jubilados a jugar a la petanca en la plaza Manuel de Falla.

—¿No tienes hambre? —pregunta Ingrid al recoger el plato de Laura, que tampoco ha probado el postre.

—Es que comí algo de camino —miente—, pero todo estaba riquísimo, Ingrid.

La velada es agradable. La noche trae una brisa fresca que limpia la atmósfera. Como si lo hubiesen pactado, dejan para el final hablar de la situación de Marimar. Dani esconde la mirada en el porro de marihuana que se está liando cuando le pregunta por ella.

—Solo la he visto en la comisaría. Cuando vuelva, iré a hacerle una visita a la cárcel. —El gesto derrotado de Marimar regresa a la memoria de Laura. Sus ojos extraviados, segura de que nada podría evitar su condena—. Está muy asustada. El caso no va bien. Es como una tormenta perfecta: ADN, cámaras, oportunidad... Todas las pruebas apuntan a ella.

Dani se siente culpable, demasiado tiempo sin verla. Antes marcaban un encuentro al mes para comer o cenar. Algunas veces se presentaba también Alberto. Eran citas incómodas para todos, porque ni Dani compartía la visión del mundo de sus padres, ni ellos disimulaban la vergüenza que sentían de que su hijo se dedicara a dar cursos de buceo y a malvivir en esa casa de Istán.

—Papá siempre me ofrecía trabajo y yo siempre le decía que no, aunque el negocio sea una ruina.

—¿Necesitas dinero? Sabes que no tienes más que pedírmelo.

Él rechaza la oferta con una sonrisa, su hermana lo ayudó a levantar la escuela de buceo, pero no quiere abusar de ella. Le pasa el porro.

—Dejamos de vernos, ninguno se lo pasaba bien cuando quedábamos. Me acerco por casa a felicitar la Navidad, los cumpleaños y poco más. ¿Por qué no me dijo que pensaba separarse de papá? Podía haberse venido conmigo.

—Creo que más que elegir entre tú y yo, lo que hizo fue salir corriendo de Marbella. Poner distancia con papá, por eso vino a mi casa.

Dani da una profunda calada a su porro cuando Laura se lo devuelve. Pierde la mirada en las sombras de los árboles del jardín. Desde el interior, llega el trasteo de platos y vasos, Ingrid está poniendo el lavavajillas.

—Nunca lo habría imaginado, ella... siempre ha sido una sombra de papá. No le discutía nada. Yo pensaba que prefería cerrar los ojos con los negocios del gran Alberto Pastor, con cómo nos trataba, y disfrutar del dinero. De los abrigos caros, las joyas...

—Está claro que ninguno la conocíamos de verdad.

—¡Y tanto! ¡Mamá follándose a Víctor Zamora! Un tío veinte años más joven.

—Yo tampoco me lo podía creer. ¿Lo conocías?

—¿A Víctor? De vista. A su hermana sí, trabaja en el puerto. Alguna vez se paseó por allí con él.

—¿Por qué no le preguntas a la hermana si estaba al tanto de algo? O si Víctor tenía problemas con alguien...

—No sé, Laura... No creo que le guste que el hijo de la supuesta asesina de su hermano vaya a preguntarle nada.

—A ti, con esa sonrisa, nadie te dice que no, Dani —le ruega Laura—. Cualquier cosa que podamos descubrir ayudará a mamá. Yo ya le di la espalda veinte años y ahora no voy a dejarla sola.

Dani asiente, aunque no se le ocurre cómo abordar a la hermana de Víctor Zamora.

—Me dijiste que querías ver a Pino. ¿Es por eso?

—Necesito hacerle unas preguntas.

—Si fuera por el caso de Strummer, supongo que no me pedirías a mí el favor. Es también por mamá, ¿verdad? —Dani baja la voz, no quiere que Ingrid lo oiga—. ¿Eres consciente de que estás metiendo un palo en el avispero? Los Huérfanos ya te tendrán cruzada por el juicio, y no es que seas el ojito derecho de papá, que digamos. No eres la persona indicada para andar por Marbella preguntándole a un guardia civil de la ECO.

Laura duda, al fin decide contarle a su hermano las sospechas de que su padre está detrás de lo sucedido: le confiesa que Marimar vio en Madrid a uno de esos matones que trabajan para Alberto Pastor, un tal Gorbachov.

—Lo llaman así porque por lo visto tiene una mancha en la frente.

—Nunca he oído hablar de él —le dice Dani—. Yo no alterno mucho por el pueblo. Cuando no trabajo hago mi vida aquí, en el huerto, con Ingrid.

—Por eso necesito hablar con alguien que investigue el crimen organizado de Marbella. Puede que él sí sepa quién es ese tal Gorbachov.

Dani se levanta y pasea hasta las higueras. Arriba, las estrellas puntean el cielo, y a Laura, acostumbrada a la capa de polución que envuelve Madrid, le sorprende descubrir una noche tan luminosa. Sabe que hoy le costará dormir, que no volverá a respirar tranquila hasta que abandone la provincia de Málaga; desde que llegó siente algo atravesado en la garganta, esa incomodidad es la que le ha impedido cenar.

—¿Tú crees que papá es capaz de organizar algo así contra mamá?

La desolación de su hermano es la misma de cuando, hace muchos años, la llamó para preguntarle si era verdad lo que se decía en el pueblo de Alberto Pastor. Debajo del hombre encantador, divertido, amigo de hasta el marbellí más humilde, ¿había un mafioso, un prestamista, un asesino?

—¿Te parece más lógico que ella mate a un hombre? ¿Que le arranque los ojos? Dani, tú lo conoces: o estás con él o estás contra él.

—Es mamá: ¿cuántos años tenían cuando se casaron? ¿Dieciocho? ¿Y si todo esto tiene que ver con los irlandeses y no con papá?

—No puedo estar segura, por eso necesito hablar con ese guardia de la ECO, Pino. Si consigo algo de información de Gorbachov, la fiscalía lo investigará. Y si detrás del ruso está papá o están los irlandeses, que se encargue el fiscal.

Dani da una calada a su porro y, al fin, consiente. Es incapaz de negarse a ninguna petición de su hermana.

Marbella, 2024

La urbanización Faro de Calaburras, en Mijas, a poco más de veinte kilómetros de Marbella, no es tan lujosa como Sierra Blanca o La Zagaleta, pero la casa de Liam Burke provocaría la envidia de cualquiera. Villa María —se llamaba así antes de que él la comprara, y decidió conservar el nombre— es una mansión deslumbrante para alguien que se ha criado en un orfanato cercano a Belfast, ha pasado por la cárcel de Kilmainham y ha dormido en la calle más de una vez: una villa de estilo clásico —con siete habitaciones y nueve baños— que, además de jardín, piscina y barbacoa, está equipada con sistemas de seguridad muy avanzados, incluido un buen circuito de cámaras y lectores de matrículas de coche en el perímetro.

—Si vas a recoger a todos los niños que vayas haciendo por ahí, la casa se va a quedar pequeña.

Trevor Strummer, en una tumbona, da un trago a su cerveza y se sonríe como una serpiente de cascabel al mirar la estampa de la piscina. Allí, Melisa, una mexicana de veinte años espectacular, juega con dos niñas y un niño que acaba de cumplir año y medio: Manolín, el hijo de Burke y Valdrinia. Cuando Liam Burke juega con su hijo, no recuerda a su madre, la albanesa, recuerda el momento en que la Hermana Mei le pidió que le solucionara un problema y él aceptó. Fue el día en que la carrera de los Huérfanos despegó hacia el éxito al hacerse cargo del transporte de la droga en Marbella.

—¿Has dejado ya preñada a la mexicana? —sigue malmetiendo Strummer.

Burke no despega la vista de su periódico deportivo.

—La mexicana tiene nombre, Melisa, y no, todavía no está embarazada, pero si vienen más niños, bienvenidos. ¿O qué quieres que haga? ¿Que los deje en un orfanato como nos hicieron a nosotros? Si te parece, les busco un padre Boyle para que les cambie los pañales.

—Porque lo de ponerte un condón ni te lo planteas...

—Los condones son para gente como tú, Trevor, que os vale cualquier agujero.

Chris Griffin cruza el jardín con un ron old fashioned *en la mano; últimamente se ha aficionado a la coctelería, aunque Amber prefiere seguir bebiendo pintas. Puede que sea la cantidad de cerveza que toma o la comida española lo que ha hecho desaparecer esa figura de cuchillo de melena roja: Amber ha engordado mucho, pero Griffin sigue mirándola como si no hubiese una chica más bonita sobre la tierra. Le lanza un beso al aire, que ella atrapa como si fuera una mariposa, antes de sentarse junto a sus hermanos.*

—Acabo de hablar con Ámsterdam: el cargamento ha llegado sin problemas y nos ingresan la segunda mitad del pago. En un par de días el dinero estará en la cuenta panameña.

—No sé de qué nos sirve el dinero en Panamá —protesta Strummer.

—¿Necesitas algo?

—No tengo una casa como esta.

—La llenarías de chaperos —se burla Burke—. ¿Por qué no te pones unos implantes de una puta vez en esa boca?

—Cuando me los ponga, serán de diamante. —Strummer silba por la mella de su dentadura—. Voy a arrancarles los pezones con los

dientes de diamante a los que nos toquen los huevos.

—Menos mal que soy yo el que decide dónde invertir el dinero —ríe Griffin.

—Alguno de los tres tenía que ser el listo —le concede Burke con un golpe en el hombro.

El teléfono de Strummer interrumpe la conversación, le ha llegado un mensaje.

—Ramón Castillo está fuera. Voy a hablar con él.

—No me gusta que venga a mi casa —protesta Burke—. Los negocios, mejor lejos, Strummer.

—Se lo digo para la próxima.

Strummer sale de la casa en chanclas y bañador. Ni siquiera se ha puesto una camiseta. Fuera hay un camión no muy grande, un Scania, el mismo que en su día perteneció a Valdrinia cuando ellos hicieron el vuelco. No solo eliminaron a la anterior encargada del transporte, se quedaron con su organización. Para su sorpresa, Ramón Castillo, el conductor, no viene solo, hay una chica joven en la cabina. El camionero se baja para reunirse con él.

—¿Y ella?

—Melca, me la llevo de viaje. Es de fiar. Hace las uñas de puta madre, si alguna vez te las quieres pintar...

—Las de los pies, no te jode... Me da igual dónde metas la polla, Ramón, pero este camión tiene que llegar a París mañana. ¿Estamos? Sin parar a dormir. A la vuelta, como si te la machacas con una plancha. Tú mismo. Aquí tienes el lugar de entrega.

Le da un sobre y espera a que Ramón Castillo se suba al camión y arranque.

—El puto Ramón se ha echado una novia que debe de ser más joven que su hija —se ríe esa misma noche Strummer en la barra del Orphan's—. Se la ha llevado a París.

—A ver si no le da un infarto follando. —Burke está detrás de la barra, sirve unas Guinness.

—Ha hecho tres veces el viaje sin un problema. Me fío de Ramón.

—Deberías cambiar con más frecuencia de conductor —le recomienda Griffin—. La primera vez tienen miedo. La segunda, protestan porque no ganan suficiente. Y a la tercera, les entran las ganas de ser demasiado listos.

—Eso será contigo, Griffin, que eres un buenazo. Conmigo no se les pasa el miedo ni en cien viajes. —Strummer se ríe lanzando su chiflido de loco.

Dos chicas latinoamericanas entran en la taberna irlandesa, vienen de Puerto Banús. Burke se queda prendado de una de ellas de inmediato.

—¿Habéis visto a la morena de la minifalda negra?

Burke sale disparado de la barra, como atraído por un imán.

—A la mexicana le quedan dos días para dejar de ser la favorita —dice Griffin.

—Solo espero que la ponga en la calle antes de preñarla.

Un tipo que bebe una cerveza en un extremo de la barra interviene en la conversación. Se llama Tono, lo conocen porque a veces les hace trabajillos de poca monta. Es lastimoso verlo siempre solo, acodado en la barra del Orphan's, pidiendo que le fíen una cerveza más.

—Antes de un cuarto de hora, Burke se lleva a la morena. ¿Apuestas?

—Yo apuesto a que se lleva a las dos —se ríe Strummer—. A no ser que tú le birles una, Griffin.

—Para mí no hay ninguna mejor que Amber.

—Claro que sí —bromea Tono—. Amber es mucha mujer. Tiene carnes para ti y para tres más.

Tono, borracho, se carcajea de su propio chiste. Griffin se ha quedado con la mirada perdida en los reflejos que las luces dibujan en las botellas al otro lado de la barra. No abandona ese estado de ausencia hasta que oye los gritos de Strummer.

—¡¡¿Qué cojones te he dicho?!! Retíralo ahora mismo. ¡¡Retíralo!!

Strummer ha derribado a Tono del taburete y ahora lo agarra del cuello contra el suelo, lo está asfixiando. El borracho babea al tiempo que intenta balbucear una disculpa.

—Es... broma...

—Suéltalo —le ordena Griffin.

—¿Qué ha pasado? —Burke se acerca alertado por el escándalo.

—Este subnormal. —Strummer se pone en pie y le suelta una patada en el costado a Tono—. Ha insultado a Amber.

Burke busca a Griffin con la mirada. Le sorprende ver que está acodado en la barra, con la mano agarrando la frente, como si lo hubiera abatido una jaqueca o un sufrimiento muy intenso. O como si estuviera intentando contenerse.

—Tú lárgate de aquí, no quiero volver a verte en el Orphan's —le ordena Burke a Tono, que aprovecha la ocasión para salir corriendo del pub—. Strummer: me ha escrito un soplón. Tenemos problemas con tu conductor, el tal Ramón Castillo. Nos ha dado un vuelco y les ha pasado la droga a unos moros.

—Puto imbécil. Yo me ocupo. Tengo el camión geolocalizado —le promete Strummer.

Burke espera a que se haya ido para centrarse en Griffin. Le extraña su postura, de espaldas a él. Su tono de voz, más roto de lo normal, como si tuviera que hacer un esfuerzo para hablar.

—Chris, ¿estás bien?

Cuando su amigo se gira, Burke descubre que Griffin está llorando.

A las tres de la mañana, recorren una zona de Marbella que tiene muy poco tráfico, hacia el interior. Burke y Griffin viajan en silencio. El coche atraviesa una arboleda hasta llegar a un claro en el que hay una construcción destartalada, una caseta de aperos. Los dos irlandeses se bajan del vehículo. Burke abre el maletero para coger un bidón de gasolina. Llaman varias veces a la puerta. Al fin, abren. Es Tono, en calzoncillos, medio dormido todavía.

—¿Griffin?

No tiene tiempo de decir nada más. Griffin lo dobla con un rodillazo en los huevos y, acto seguido, Burke lo arrastra hacia el interior para darle una somanta de palos.

—Esto es lo que pasa cuando alguien insulta a los Huérfanos —le dice Burke.

Entre el escándalo de golpes y los gritos de Tono, una mujer y dos adolescentes aparecen en el salón. Griffin saca una pistola y les apunta.

—Quietos.

Burke coge unas bridas y amarra a Tono a un armario de la cocina.

—Estaba borracho, siento lo que dije, no la quería insultar... Por favor, no le hagáis nada a mi familia.

—Tu familia no tiene la culpa de que seas gilipollas —sentencia Burke mientras lo rocía de gasolina.

—¡Por favor! ¡Dejadlo, por favor! —La esposa de Tono se arrodilla ante Griffin, lo agarra de las piernas, el irlandés se la quita de

encima y se encara con los hijos.

—Coged a vuestra madre si no queréis quedaros también sin ella.

Chris Griffin prende un zippo y se lo lanza a Tono, que arde como una tea entre gritos de dolor y espasmos. El fuego ilumina las caras de pánico de sus hijos y su esposa.

—Nosotros no hemos estado aquí —advierte Burke antes de marcharse.

Uno de los hijos coge una manta y se la tira encima a su padre, que ya ha dejado de revolverse contra el fuego. Ya en la puerta de la casa, Griffin les da un consejo:

—Ocupaos de que el fuego no se extienda y dejadle morir. Será mejor que vivir con esas quemaduras.

Se suben al coche. Atrás quedan las llamas, el humo y el dolor de la familia de Tono. El ruido de los neumáticos en el asfalto. El viento de la noche silbando por una ventanilla que no han cerrado del todo. Ninguno habla hasta llegar a la casa de Griffin.

—Da igual lo que diga ese pobre idiota. Amber es preciosa —le dice Burke antes de que su amigo baje del coche.

—Lo sé —responde Griffin.

Burke lo ve caminar hacia la casa donde lo espera su chica.

13

—Si Dani me dice que eres de fiar, para mí eres de fiar. —Pese a sus palabras amables, Pino no sonríe al hablar. Es agente del ECO, Equipo contra el Crimen Organizado, una división de la Unidad Central Operativa que actúa en los lugares más calientes de la geografía española: Galicia, Cataluña, Baleares, Valencia, Canarias y, por supuesto, Andalucía y la Costa del Sol—. Pero te reconozco que los fiscales no me caéis del todo bien. Sois expertos en cagar todo el trabajo que hacemos en la calle.

—¿Y si nos olvidamos de que soy fiscal?

—Y de que eres hija de Alberto Pastor.

—Nadie elige a su padre, Pino. A mí me ha tocado un mafioso, a otros les toca, no sé..., un imitador de Rocío Jurado que va cantando por las fiestas de los pueblos.

—Cuando pille a Dani, lo crujo. —Pino esboza al fin una sonrisa—. Que sepas una cosa: mi padre canta el «Como una ola» mejor que la Jurado.

Laura no lo pone en duda y, en el asiento del copiloto, recuerda las Nocheviejas de niña, cuando su padre, con la dosis adecuada de gin-tonics en el cuerpo, se arrancaba por fandangos y terminaba con Camilo Sesto; debía de creer que tenía un chorro de voz. No era cierto, cantaba fatal, pero sí que conseguía hacerla reír hasta estar a punto de mearse encima.

Hacía mucho que no recordaba nada positivo de Alberto Pastor, lo malo enterró sus virtudes a kilómetros de profundidad. «Y así debe

seguir», piensa Laura mientras Pino conduce por la carretera que atraviesa la zona de Riviera del Sol, en Mijas. Bares ingleses, negocios de utensilios de playa, bañadores y sombrillas, pizzerías, una zona de aire muy familiar. El turismo no abandona Marbella con el final de agosto, la ciudad sigue atrayendo visitantes durante todo el año.

—Ese es el David Bar. He pasado muchas horas aquí haciendo vigilancias. Es zona de irlandeses, pero el hombre que buscas, Gorbachov, aparecía de vez en cuando por aquí. Siempre con Putin.

—¿Putin?

—No es que se parezca al auténtico, pero es calvo, está cachas y es ruso. Y como siempre va con Gorbachov, le llaman así. La gente en el sur tiene su guasa, aunque los rusos no es que sean para reírse. —Pino se aleja del David Bar, cualquiera de los hombres que hay sentados fuera puede formar parte de una mafia y sospechar del BMW X5 que conduce, nuevo y con todos los extras, un vehículo confiscado en alguna operación que ahora da servicio al ECO—. Son unos bestias. Es posible que Gorbachov y Putin estén detrás de varios ajustes de cuentas, de los peores que nos hemos encontrado por Marbella. No son de los que se limitan a un par de disparos. Un hombre sin cabeza ni testículos en Antequera, una mujer a la que le sacaron los ojos y que apareció en la playa de Cabopino...

—Mutilaciones. —Laura piensa en el cadáver de Víctor Zamora, en la marca que dejaron en su rostro ciego.

—Es su firma —asiente Pino—. Son cosas que se saben, pero nunca hemos podido demostrarlo. Además de salvajes, son listos: no sé cuántos años llevarán en Málaga y no han pasado ni una noche en el calabozo. Ellos no son como los cantamañanas que se pasean en un descapotable por Puerto Banús o los que se lucen con prostitutas del brazo. Los rusos son como fantasmas. No tenemos

más que un par de fotos borrosas de ellos. Aparecen, dejan un reguero de sangre y se esfuman.

—¿Para quién trabajan?

—Para el que pague mejor.

Laura contiene su deseo de preguntar por el vínculo entre Alberto Pastor y esos sicarios. En una instrucción, se catalogaría de investigación prospectiva: ya sabe lo que quiere, conectar a su padre con Gorbachov, y si se lo pregunta a Pino, seguramente le conteste que el ruso ha podido trabajar para él, es un mercenario, ¿por qué no iba a hacer algún encargo para alguien como Alberto? Pero sería una información sesgada, obtenida porque sus preguntas están diseñadas para confirmar una hipótesis. En un juicio, el abogado defensor objetaría que se trata de una pregunta sugestiva. Necesita que el nombre de su padre surja de otra boca que no sea la suya. Que alguien le confirme la conexión entre Gorbachov y Alberto Pastor para sacar a su madre de prisión.

—¿Cuándo fue la última vez que supiste algo de Gorbachov o de Putin?

—Hace tiempo que no los vemos. Quizá se hayan marchado a Dubái.

—¿Dubái?

—Es el nuevo Eldorado. Hasta ahora, los jefes de las familias vivían aquí en Marbella, ahora hemos detectado que algunos se han mudado a Dubái, allí actúan con más impunidad.

—¿Más todavía?

—Mucho más. Aunque eso no quiere decir que Marbella se vaya a convertir en un lugar tranquilo, esto está demasiado bien situado, hace buen tiempo y a todos les encantan los espetos.

—¿Hay alguna forma de saber si se han marchado?

—Difícil, de Putin no tenemos ni su verdadero nombre. De Gorbachov sí, por una multa de aparcamiento. Se llama Vitali Baburin.

—¿Sabéis dónde vive?

—Es hacia donde te llevo.

Antes de llegar desde Mijas a Marbella se extiende el barrio de Las Chapas. Laura no lo conoce apenas, en su juventud no estaba tan desarrollado como ahora. Tiene zonas de villas, como el resto de la ciudad, también muchas urbanizaciones tranquilas, de clase media, y en una de ellas vive Gorbachov. Pino frena y aparca antes de llegar.

—Vive en esa urbanización. Con este coche no podemos acercarnos más, no quiero quemarlo. Los mafiosos tienen gente atenta a las matrículas o cámaras que las graban. Sería una pena que no pudiéramos usar más este BMW, no siempre nos tocan coches tan potentes: si algún día tenemos que hacer una persecución, nos alegraremos de tenerlo.

—¿Te importa si me bajo y echo un vistazo sola?

—Si no haces ninguna tontería... No quiero tener que ir a rescatarte.

Laura entra en el recinto de la urbanización: está bien cuidada y recuerda a muchas que ha visto en zonas de playa. Hace un par de años estuvo con Guillermo en la playa de San Juan, en Alicante, en un apartamento de sus padres en el que su novio pasaba las vacaciones de la adolescencia; no era muy diferente, zona de apartamentos de verano para familias españolas de clase media acomodada: jardines aseados, una piscina, una pequeña zona de juegos infantiles, dos pistas de pádel... Lo último que se le ocurriría

es que allí pudiera vivir un sicario ruso que firma sus trabajos con amputaciones.

Unos niños pasan a su lado con las colchonetas de la playa, bromean entre ellos, como tantas veces ella hizo a su edad. El olor a crema solar la envuelve. No ha hecho frío todavía y el Mediterráneo guarda su calor. Una señora con el carro de la compra a rebosar pulsa enfadada el botón del ascensor.

—¿Está estropeado? —le pregunta Laura cuando se acerca a ella.

—O alguien se lo ha dejado abierto, vete tú a saber. Llevo congelado en el carro, se me va a estropear.

—Yo la ayudo.

Laura carga el carro, que pesa como un demonio, ¿qué ha comprado esta mujer, cajas de plomo? Llega sin aliento al tercer piso, sudando. Es posible que no hiciera tanto ejercicio desde su última clase de gimnasia en el instituto.

—Anda, pasa, hermosa, tómate un vasito de agua.

Sigue a la señora por un pequeño apartamento cargado de tapetes de punto, fotos de la comunión de los nietos y banderas franquistas. Laura bebe rápido, el ambiente opresivo del apartamento, tan oscuro como si fuera un día de invierno en Orense en lugar de un día de verano en Málaga, la mirada inquisitorial del águila en la bandera, la empujan a salir, a alejarse de esta señora que parecía encantadora pero que Dios sabe qué infierno esconde.

—Estaba buscando a un amigo. Es vecino del edificio, pero es que no me acuerdo ahora de cuál era su piso. Es ruso, con una mancha en la frente.

—¿El Gorbachov?

—¿Lo conoce?

—La comunidad iba mejor cuando él estaba de presidente. Es muy salao, para que después hablen mal de los rusos. Vive en el bloque

2, en el tercero B. Con su madre, que está para el arrastre y no sale de casa, pero su hijo la cuida. No como otros hijos.

La señora ha acompañado a Laura hasta el salón y su mirada acusatoria recorre el muestrario de nietos sonrientes vestidos de marineritos o de novias.

—Muchas gracias. Bloque 2, tercero B. No sé qué cabeza tengo.

—Tiene que hacer tiempo que no ves a tu amigo Gorbachov, ¿verdad?

—Eh, sí... Bueno..., un poco.

—Es que hará por lo menos tres semanas que no pasa por aquí. Y en la casa tampoco está la madre. Se conoce que se han ido de viaje.

Una sensación de incomodidad recorre a Laura. No tiene que ver con el ambiente rancio de la casa, sino con la señora, con cómo la mira: no solo ha dejado de parecerle inocente, sino que de pronto le ha dado la impresión de que, de alguna manera que no entiende, esta mujer está dentro de la órbita de Gorbachov.

—Le gusta la cerveza.

La mirada de Laura se ha posado en una pared decorada con una colección de posavasos de diferentes marcas. Todas, ya sean Harp, Guinness o Murphy's, pertenecen al mismo pub: The Orphan's.

—Me gusta, sí, la cerveza me mantiene joven. Pero no voy a bares. Una señora no bebe en público. —Se acerca a los posavasos colgados de la pared—. Todos estos me los ha ido trayendo el Gorbachov. Ya le he dicho que es muy salao.

Laura se excusa con Pino cuando sale de la urbanización, él estaba dispuesto a seguir «la ruta del mal», un recorrido por los bares y discotecas favoritos de los delincuentes en Marbella. La deja

cerca de Puerto Banús. Laura le ha dicho que su visita a la urbanización de Gorbachov no ha servido de nada, le ha mentido. Marca el teléfono de Guillermo.

—El nombre real del tal Gorbachov es Vitali Baburin, vive aquí en Marbella, aunque no se le ve desde hace unas semanas. Eso encaja con que estuviera en Madrid, tal y como dijo mi madre. Trabaja con otro al que llaman Putin, no tengo su nombre auténtico. Son sicarios rusos que actúan por encargo y su firma son las amputaciones, la Guardia Civil sospecha que son los culpables del asesinato de una mujer que encontraron en la playa, sin ojos, como lo que le hicieron a Víctor Zamora. ¿Ves como sí valía la pena venir aquí?

—A ver cómo lo manejo —le contesta Guillermo—. ¿Qué tal por Marbella?

—Bien, de momento todo bien. No he visto a mi padre, tal y como te dije. En un par de días estoy de vuelta en Madrid.

—Ten cuidado.

Se despide con un beso. Un Lamborghini amarillo pasa por su lado para entrar en Puerto Banús y sumarse al desfile de coches de gama alta y chicos de gimnasio, tatuados, vestidos con lujo y abrazados a mujeres tan artificiales como ellos, los cantamañanas de los que antes le hablaba Pino. Le late el corazón con un vértigo que no sabe interpretar: ¿es alegría? «Ridículo», piensa. Salvar a Marimar de una condena y lograr que su padre fuera a prisión en su lugar era el combo perfecto. Sin embargo, todo indica que con quien tenía relación Gorbachov era con los Huérfanos. ¿Está feliz porque esto no implica a Alberto Pastor o porque podrá volver a Madrid sin tener que cruzarse con él? Es posible que lo que sienta sea más bien eso, alivio.

Las visitas al David Bar o los posavasos del Orphan’s sitúan a Gorbachov cerca de los irlandeses. Puede que su primera intuición

fuera acertada: los Huérfanos le lanzaron una amenaza a través de su madre para que abandonara el caso de Trevor Strummer. No va a ceder a ese chantaje, lo tiene claro. Tanto como que conseguirá demostrar que son ellos los que urdieron esta trampa contra Marimar.

Empieza a caer la noche y, cuando Laura avanza por la avenida Julio Iglesias, se escucha el bullicio de Puerto Banús. El Orphan's está cerca.

14

—Laura está en Marbella —murmura Alberto sin mirarlo.

Sergio quiere pisar el freno, pero los coches que lleva detrás lo atosigan, puede verlos encima de él en el espejo retrovisor. Alberto da unos golpecitos en su ventanilla, señalándole a su hijo el camino, como si hubiera olvidado que debe girar a la derecha. El tráfico en la nacional que atraviesa el pueblo es como una arteria obstruida con placas de colesterol.

—¿Cómo lo sabes?

—La Hermana Mei. Ella tiene ojos en todas partes.

—Laura lleva veinte años sin pisar Marbella. Si ha venido, será para darnos problemas. Algo relacionado con mamá.

—Es tu hermana, Sergio. Podrías hablar con más cariño de ella. Y tu madre está perfectamente. Me he encargado de que no le falte de nada en la cárcel. Más, de momento, no puedo hacer.

—Entonces, ¿qué pinta aquí? ¿Sabes dónde se está quedando? ¿En un hotel o con Dani? Puedo hacerle una visita en el club de buceo y preguntarle.

—Prefiero que estés en lo que tienes que estar: el topo, Sergio. El portugués, Souza, que era el representante de todos los deportistas que hemos untado. Céntrate en eso, que como te disperses no lo vamos a saber ni en cien años.

—Tendría que hablar con el armenio. Su entrenador no tenía ni puta idea de lo que iba a hacer en el combate. Y me lo creo: alguien lo compró.

—¿Quieres que Putin le dé algún recado de tu parte?

—¿Se lo has encargado a él?

—Le he dicho que le ponga un poco de espectáculo. Que toda Marbella se entere de lo que te puede pasar si le tocas los huevos a Alberto Pastor.

—No deberías matarlo —se atreve a aconsejar Sergio—. Aras nos puede ayudar a descubrir quién nos está jodiendo las apuestas.

—El estirado de Chris Griffin o el otro, el semental de Liam Burke. Cualquiera de los dos. No hace falta preguntarle al armenio para saber que los Huérfanos están detrás de esto. El topo, hijo, ¿te puedes centrar? ¿Serás capaz?

Sergio ha parado el Brabus en la calle Alonso de Bazán, delante de Guanxi, un bazar chino. No soporta cuando lo trata como a un niño con problemas de aprendizaje, cuando lo ningunea, pero las burlas de su padre caen sobre él como paladas de tierra, lo inmovilizan. Antes de cerrar la puerta, Alberto Pastor se vuelve hacia su hijo con una sonrisa. Sergio cree que quizá, por una vez en la vida, le pedirá perdón.

—No me gusta este coche nuevo que te has comprado. Demasiado ostentoso. No somos franceses ni belgas de la Mocro Maffia, somos abogados españoles, hombres de negocios decentes, no llevamos collares de oro, ni chándales con la marca por todos lados. Haz el favor de cambiarlo por un coche normal.

—Pero papá...

—Si tienes la crisis de los cuarenta, gástate el dinero en psicólogos o en putas, no en ir enseñando por toda Marbella que tienes los huevos repujados en oro. Hay gente a la que le cuesta poner un plato a la mesa, Sergio, un poco de respeto.

Alberto no da oportunidad a la protesta de su hijo, cierra la puerta del Mercedes y se pierde dentro del bazar.

El Guanxi es como cualquier otro bazar chino, un almacén abarrotado de mercancías. A la entrada se amontonan los artículos de playa: sillas plegables, sombrillas, cubos y palas, hasta un enorme flotador con forma de delfín, inflado, que Alberto Pastor tiene que apartar para pasar. Tras la caja de cobro, una mujer china de unos cuarenta años lo saluda con aire tímido, casi sumiso.

—La Hermana Mei lo espera, señor Pastor.

Conoce el camino, tiene que adentrarse en el local por uno de los estrechos y abigarrados pasillos. Le gusta recorrer el de las fregonas, los plumeros y los recogedores, que desemboca en la pared de las cañas de pescar y las plantas. Encuentra una lógica en esa disposición, el trabajo conduce al placer, a la tarde de verano pescando y a la contemplación ociosa de la naturaleza. Se topa con una puerta de metal con un cartel de PROHIBIDO EL PASO. Sobre ella hay una cámara con un piloto rojo encendido. Alberto presiona un intercomunicador y espera. No le contestan, pero un zumbido indica que puede empujar la puerta y abrirla.

La trastienda es un batiburrillo de cajas y más cajas de cartón. De una de ellas, abierta, sobresalen los mangos de más de una docena de escobillas de plástico para el váter. Casi todos los letreros de las cajas están en chino. Atraviesa ese bosque de paquetes y cachivaches hasta llegar a otra puerta, con su cámara de vigilancia, en la que debe repetir el proceso de llamar y aguardar a que el zumbido le permita la entrada. El siguiente pasillo está surcado de anaqueles con carpetas, archivadores y cuadernos viejos. La tercera puerta —la última— parece mucho más sólida que las anteriores. Al otro lado lo recibe Qiang. Alberto Pastor conoce el procedimiento y levanta los brazos, el chino lo cachea sin mucha atención.

—¿Cuándo dejarás de sobarme, Qiang? Voy a pensar que te pone cachondo.

—La Hermana Mei te atenderá en un par de minutos.

Qiang habla un buen castellano, aunque muy poca gente lo haya oído. Es tan parco en palabras como en sonrisas, pero Pastor sabe que nadie podría proteger a la Hermana Mei como lo hace él desde que llegó hace treinta años de la provincia de Qingtian, cerca de Wenzhou, el mismo lugar donde nació su jefa. De allí procede la mayor parte de los chinos que emigran a España.

En una sala, al fondo de otra zona de almacenaje, está ella, una figura falta de color encorvada sobre una mesa de formica. La salita es pequeña, sin ventanas, llena de estanterías en las que destacan algunos gatos de la suerte, con la pata moviéndose arriba y abajo. Hay una mesita de cristal con un tablero de Go con las fichas blancas y negras desplegadas en mitad de una partida. La Hermana Mei apunta en una libreta azul lo que una asiática joven, de no más de treinta años, le dice en chino. Viste un pantalón negro y un blusón con un dragón bordado, lo más probable es que se trate del uniforme de un restaurante chino de la zona. La mujer coloca sobre la mesa una bolsa de plástico con billetes de veinte y cincuenta euros que Mei cuenta. A simple vista, Alberto calcula que habrá seis o siete mil. No necesita entender lo que dicen, sabe en qué consiste esta operación: se llama *hawala*, un sistema de envío de dinero de un lugar a otro del planeta que elude cualquier control.

La *hawala* es tan antigua como el comercio, se usa desde la época de la Ruta de la Seda. Transportar dinero era entonces muy arriesgado, con los caminos llenos de bandidos, así que los comerciantes necesitaban un sistema seguro. Nacieron los *hawaladares*, una palabra árabe que se podría traducir como *cambiar* o *transformar*. El comerciante le entregaba en una ciudad el

dinero al *hawaladar* y este le proporcionaba una especie de contraseña. Al llegar al destino, por ejemplo Samarcanda, el comerciante le daba esa contraseña a un corresponsal de su *hawaladar*, y el dinero, a falta del porcentaje que hubieran pactado, le era devuelto. Todo funcionaba gracias a la confianza en los *hawaladares*, los que usaban esos sistemas sabían que no iban a engañarlos. A Pastor siempre le ha llamado la atención esa honorabilidad de los bajos fondos.

En la actualidad, las organizaciones criminales han copiado esa forma de trabajar. El narcotraficante entrega el dinero a su *hawaladar* de Marbella y después lo recoge en Colombia, por ejemplo, para pagar la droga; a la vez, un grupo paramilitar colombiano entrega el dinero en Bogotá y lo recoge en Omán para comprar armas; un grupo terrorista islámico entrega dinero en Omán y lo recoge en Marbella para financiar sus cédulas por toda Europa... El dinero viaja por el mundo sin moverse del sitio y sin dejar rastro en bancos y transferencias.

Las grandes redes de *hawala*, con corresponsales en todos los países, se llevan su porcentaje. Es uno de los negocios más boyantes, reporta incluso más beneficios que las drogas o las armas: ganan tanto dinero que se han convertido en los banqueros del crimen organizado. Resulta casi imposible descubrirlos porque hasta la generación de la contraseña es discreta: el cliente en Marbella, además del dinero, le da al *hawaladar* el número de serie de un billete de curso legal. Ese billete lo tiene quien quiere recibir el dinero en otra parte del mundo, por ejemplo, en Wenzhou. Esta persona solo tiene que presentarse al *hawaladar* de su ciudad, mostrar el billete con ese número de serie y se le entregará el dinero. En apenas un día, el dinero ha volado de un extremo al otro sin dejar más huella que las anotaciones que la Hermana Mei hace

en su libreta azul. Porque, pese a la humildad del bazar donde se ocupa de sus negocios, por ella es por donde pasa todo el dinero de Marbella, desde el de las grandes operaciones hasta el que envían los chinos radicados en España a sus familiares. La red de la Hermana Mei se extiende como una telaraña no solo por las grandes ciudades españolas y europeas, sino también por todo el mundo: tiene *hawaladares* hasta en los pueblos más pequeños de China o de Estados Unidos. En este pequeño despacho del fondo del bazar se mueve más dinero que en ningún banco legal de la Costa del Sol.

En cuanto se marcha la china del dragón bordado, la Hermana Mei invita con un gesto a que Alberto se acerque. Cordial, le sonríe, pero él no se engaña, bajo sus maneras amables, bajo la máscara de educación oriental, intuye su furia.

—¿Has tenido oportunidad de ver a tu hija?

—Marbella tiene muchos atractivos. A lo mejor, no ha venido por mí.

—Sé que lleva la acusación de Trevor Strummer. Sus hermanos están preocupados por la sentencia.

—No me toques los huevos, Mei, no me hagas fingir que me importan esos putos Huérfanos. Los dos sabemos que...

—¿Y si Laura ha venido por la situación de tu esposa?

—Marimar está bien. Me he encargado. Como me he encargado de todo en los últimos treinta años.

—Quizá te empiezas a hacer mayor.

—Tanto como tú.

—Tú te cuidas peor; fumas demasiado, se te oye respirar a cien metros. Y tienes ojeras, eso es que duermes mal. No sé si sigues siendo el Alberto Pastor que conocía.

—Es una mala racha.

—Hablas como los clientes del casino. Y ya sabes que a mí no me gusta jugar. Me gusta ganar y, contigo, últimamente, solo pierdo.

—Te pagaré los treinta millones.

—Claro que me los pagarás, lo que no sé es cómo.

—Dame tiempo. Te puedes fiar de mí.

—¿Qué vas a hacer? ¿Otra apuesta amañada? Al futbolista no le sacaron tarjeta en los primeros quince minutos, la tenista no se retiró por lesión, ni el armenio cayó en el primer asalto. Se ríen de ti.

—Los Huérfanos están yendo a por mí, Mei, pero voy a pararles los pies, a todos, y te demostraré que tengo razón. Me han metido un topo.

—Alberto, te tengo aprecio. Me gustaría que Marimar volviera a Marbella, que la relación con tu hija Laura fuera mejor. Te lo digo de verdad, como amiga. Pero sé que tú también me entiendes: ¿qué pasaría si la gente pensara que no hace falta pagar las deudas a la Hermana Mei? No lo puedo permitir.

—Encontraré la manera de pagarte.

—Encuéntrala en diez días, Alberto. Porque, si no la encuentras, me dolerá a mí más que a ti.

Alberto oye los pasos de Qiang, que se sitúa a su espalda. Sabe que la conversación ha terminado. Se levanta y se despide de la Hermana Mei con una reverencia oriental. Ha pasado suficientes años a su lado como para saber de qué es capaz, para estar seguro de que, si en diez días no ha saldado la deuda, ella no tendrá ninguna compasión, por mucho que hayan sido amigos durante gran parte de su vida. A su memoria acuden como fogonazos las imágenes de algunas de las víctimas que Mei ha dejado en el camino: rostros desencajados por las torturas, cientos de heridas para eternizar el sufrimiento, la violencia desatada de Qiang, mandíbulas partidas, lenguas arrancadas, un rastro de dolor infinito

para afianzar su poder, para que nadie se atreva a fallar a la Hermana Mei.

15

Bentleys, Rolls, Ferraris y Lamborghinis, los coches más ostentosos aparcados y rodeados de turistas vestidos con bermudas y chanclas que se hacen selfis a su lado mientras se encienden las luces de las tiendas de lujo; yates con vigilancia privada en los que el mayordomo sirve champán a sus propietarios, otros que se alquilan por días o por horas para aparentar que, durante un rato, quizá lo que se tarda en grabar un vídeo para las redes sociales, cualquier *influencer* finja que ha accedido al universo de los poderosos; mujeres operadas que conducen deportivos descapotables, hombres tatuados con cuerpos de gimnasio y anabolizantes, bolsos de Vuitton, Chanel o Rolex... Es Puerto Banús, la pasarela del lujo kitsch.

La última vez que Laura paseó por allí, hace más de veinte años, se cruzó con Julián Muñoz, que había dejado de ser alcalde de Marbella hacía poco. En aquella época, salía en las revistas a todas horas por su noviazgo con la Pantoja. Aquel día no iba con la cantante, pero llevaba alrededor un enjambre de cámaras. ¿Fue entonces cuando la ciudad dejó de ser el lugar más chic para las vacaciones y se convirtió en el escenario de una película cutre de mafiosos? No lo sabe, para ella solo era su pueblo.

Debería darse la vuelta, pero ha evitado planteárselo en frío para que el sentido común no la haga arrepentirse, es una temeridad, pero sus pasos la conducen al Orphan's. Cruza uno de los pasadizos que conectan el muelle con la avenida de Julio Iglesias. Allí, en una

bocacalle, está el pub. Antes de entrar, se intenta convencer de que está haciendo lo correcto. Tiene que regresar pronto a Madrid para retomar su trabajo en la fiscalía. Se acerca el día del juicio contra Trevor Strummer, uno en el que no puede fallar, por lo que significará en su carrera y también por Melca, que ha puesto su vida en sus manos. Sin embargo, no quiere marcharse sin una pista sólida. Lo que ha conseguido de Gorbachov hasta el momento es demasiado endeble, no bastará para que el fiscal impulse la investigación en esa dirección y deje de acusar a su madre.

A esa hora, las nueve de la noche, el Orphan's se despereza lentamente. Apenas un grupo de jubilados británicos atiende a un partido de rugby en la pantalla gigante, colocada al fondo del local. En la barra vegetan dos parroquianos de mediana edad, uno en cada extremo, con sendas pintas de Guinness y la mirada perdida, posiblemente no son sus primeras cervezas. El local se debe de animar bien entrada la noche, después de que sus clientes hayan terminado con las cenas en los restaurantes de lujo. Laura se acomoda en uno de los taburetes mientras espera a que el camarero se fije en ella. Coge un posavasos de la marca Harp y lo observa. No tiene nada de particular, pero la vecina de Gorbachov los colecciona. Regalo de él, entre otros tantos, así que por fuerza tenía que ser un cliente habitual del pub.

Saca el móvil, le ha llegado un mensaje de su hermana Natalia: «No me puedo creer que estés en Marbella y no me hayas llamado para cenar conmigo». Laura tuerce el gesto. Si Nata se ha enterado de su visita, su padre también lo sabrá. Le molesta el esófago al tragar, como si se le hubiera clavado una espina. Un plato de patatas fritas rebosantes de kétchup que el camarero sirve a uno de los parroquianos le da arcadas, las patatas parecen gusanos enredados en una masa viscosa. Hace un esfuerzo por mantener el control.

Antes de volver a Madrid, quizá le convenga quedar con Natalia, por insufrible que sea. Su hermana habla sin filtros, para bien y para mal, lo que la convierte en una buena fuente de información. ¿Por qué no aprovecha una comida con ella para indagar sobre su padre, sobre la relación que mantenía con su madre, sobre sus tejemanejes con los rusos? El camarero parece acusar por fin la presencia de Laura y se acerca a ella.

—¿Tienes vino blanco? ¿Godello?

—No vas en serio. ¿Entras en un irlandés para pedirte un vino?

El camarero habla un buen castellano, aunque conserva un ligero acento británico mezclado con el malagueño. Es alto, rubio, fuerte, con los ojos azules y los brazos llenos de tatuajes. Encajaría a la perfección con el paisanaje de Puerto Banús, un chico al que le gusta aparentar que es un delincuente, aunque se pague el alquiler poniendo pintas en una taberna.

—Ponme una cerveza rubia que no sea muy fuerte, media pinta.

El camarero vuelve al cabo de un par de minutos con la bebida.

—Una Harp Lager, es de la misma casa que hace la Guinness, pero rubia y ligera, te va a gustar.

—Hablas muy bien, ¿vives aquí desde hace mucho?

—Quince años, *mi arma* —bromea con acento andaluz—. Soy malagueño como el que más. ¿Tú?

—Yo de Marbella, pero llevaba sin venir años. Está muy cambiado, ya no conozco a nadie.

—Ahora me conoces a mí. Me llamo Finn.

El chico se ha acomodado al otro lado de la barra; de todos los clientes del Orphan's, Laura es la única que le interesa. Ha dejado caer una mirada a su escote, como si analizara la mercancía antes de decidirse a pujar por ella. Ella le pregunta por el origen de sus tatuajes y él se enreda en misticismos baratos para justificar el

símbolo del infinito, la catrina o el tribal con el que decora ambos brazos. Laura atiende con una mezcla de falsa admiración y prevención, sabe que al chico le gusta sentirse peligroso.

—¿Se montan jaleos en el pub?

—Algún borracho que no sabe dónde está ni quién soy yo —le responde Finn—. Pero te juro que ya no se les olvida.

—Yo conocía a un tío... No sé a ti, pero a mí me daba miedo. Creo que venía mucho por aquí: ruso, con una mancha en la frente, le llamaban Gorbachov por eso, ¿te suena?

—En Marbella hay muchos que viven de las apariencias y luego son unos cagados, pero... el puto Gorbachov...

—A mí me trataba bien. ¿Sabes por dónde puede estar ahora?

De repente, toda la atención que Laura había conseguido de Finn desaparece. Se aleja de ella con una excusa murmurada entre dientes, y se siente una apestada. Uno de los hombres que había en el extremo de la barra coge su pinta y también se marcha, es la calma que precede a la tormenta, y ella no entiende qué ha podido provocar esta tensión hasta que, reflejado entre las botellas del pub, ve a un pelirrojo que se acerca en su dirección. Cuando se gira confirma su primera intuición: Liam Burke ha ahuyentado a todos y, ahora, coge un taburete para sentarse al lado de Laura.

—No creo que los rusos vayan a aparecer por el Orphan’s. Ni esta noche ni nunca. Gorbachov y Putin ya no son bienvenidos. Como tú.

¿Qué clase de idiota es? No debería haber entrado y, ahora, cuando ve cómo otros dos clientes se marchan con prisa del pub, puede que sea demasiado tarde para escapar.

—Entonces será mejor que pague y me vaya.

Busca en el bolso un billete de diez, no va a esperar el cambio, pero cuando lo pone sobre la barra, la mano de Burke cae sobre su muñeca como un cepo.

—Me ofendes. ¿Cómo vas a pagar tú en mi bar?

—Soy una mujer con pareja. Una invitación se podría malinterpretar, señor Burke. —A veces, a Laura le gustaría ser capaz de cerrar la boca a tiempo, pero las palabras salen de entre sus labios como el chorro de agua de una tubería rota. A borbotones.

—¿En qué momento te ha parecido buena idea venir a reírte a mi puta casa?

Los ojos nerviosos de Laura buscan una escapatoria. Los clientes de otra mesa se ponen en pie porque Burke ha levantado mucho la voz al decir «mi puta casa», cada sílaba ha sonado como un martillazo. Hay un hombre de unos sesenta años en la otra punta de la barra, un inglés con la calva quemada por el sol; se plantea pedirle ayuda, gritarle que salga a llamar a la policía, pero la mirada errabunda del inglés, su vaivén etílico incluso aunque esté sentado, le hace descartar la idea: está tan borracho que probablemente no pueda ni encontrar la puerta. La mano de Burke aprieta aún con más fuerza la muñeca de Laura.

—Vine buscando a una persona, no sabía que era vuestro pub.

Pero la verdad a medias no convence a Burke. Ha leído cientos de informes policiales sobre los Huérfanos, sabe de qué son capaces. Trevor Strummer es el más impulsivo, no el más violento. Aunque nunca se han reunido pruebas suficientes como para ir a juicio, Burke carga con varios homicidios: unos magrebíes que traían droga desde Algeciras, una albanesa que decían que controlaba las rutas para llevar la mercancía a Europa...

—¿Por qué no traes a nuestra amiga al reservado, Burke? Hablaremos más tranquilos en privado.

Una corriente fría recorre el espinazo de Laura. Al fondo del bar se ha abierto una puerta de cristal esmerilado amarillo y verde y ha sido como si una ráfaga de aire polar se hubiera colado desde el

exterior. Chris Griffin impone más al natural que en las fotos; rubio, de piel pálida, como el traje de tres piezas color hueso que lleva a pesar del calor, contrasta con la corbata, de un tono berenjena llamativo. Con modales de lord inglés, hace un gesto ampuloso para apartarse e invitar a Laura al reservado, donde, bajo las lámparas verdes, se adivinan algunos asientos, una mesa de billar, una diana.

—En realidad, sería mejor que me marchase. Mi hermano me está esperando.

La mano de Burke, aferrada a su muñeca, le recuerda que no es libre. Con el leve tirón que daría un dueño a su perro, indica el camino que debe seguir Laura. Mira atrás, al inglés borracho, a Finn, el camarero, que ha preferido darle la espalda y simular que seca unos vasos. No tiene alternativa.

—¿Te refieres a Sergio Pastor? Seguro que no le importa esperar. Lleva toda la vida esperando. —El comentario de Griffin arranca una carcajada de Burke.

Nota que le tiemblan las piernas. Camina hacia el reservado, pero los irlandeses no le permiten sentarse allí. Griffin abre una portezuela que da acceso a un pequeño almacén y tiene la sensación de dirigirse al patíbulo. La mano de Burke abandona su muñeca para colocarse en la espalda y empujarla dentro. Cierran la puerta con llave y Laura se muerde el interior de la boca hasta sangrar. ¿Cómo ha podido ser tan imprudente?

—¿Dónde puedo encontrar a Gorbachov? Es importante.

Cree que es mejor atacar que adoptar el papel que le corresponde, el de víctima. Los Huérfanos están detrás de todo lo que le ha pasado a su madre, ellos enviaron a Gorbachov para presionarla, para que Strummer no acabe en la cárcel; juegan con su miedo, pero ella también tiene sus armas. Las pupilas de Burke flamean de rabia, es evidente que le gustaría romperle hasta el

último hueso. Griffin contiene mejor las emociones, aunque se advierte un latido en las sienes que indica un principio de ira. Con un ademán, la invita a sentarse en una silla desvencijada.

—¿Por qué te interesa tanto Gorbachov?

El almacén es un desorden de cajas de cartón arrumbadas, jarras y barriles de cerveza, taburetes rotos, una estantería de metal con archivadores y una máquina de pinball estropeada. ¿Es allí donde se reúnen para hablar? ¿O la han traído para torturarla? ¿Para que confiese, por ejemplo, cuál es la dirección de Melca? Sin testigo, no hay caso contra Strummer, como tampoco lo habría si la fiscal fuera asesinada.

—Mi madre ha sido acusada de un delito que no ha cometido. Sucedió en Madrid y tengo pruebas de que quien lo hizo fue, en realidad, Gorbachov. No sé por encargo de quién.

Laura los encara con su mejor mirada acusatoria, esa que cree que nunca le falla en la sala del juzgado, pero no provoca en los Huérfanos más que una sonrisa burlona.

—He oído que se zumbó a Víctor Zamora y luego lo mató a puñaladas —se ríe Burke—. ¿Es verdad que le cortó la polla? Joder con Marimar, ¿quién lo iba a decir?

—Mi madre no lo hizo. Sí que hubo una amputación, los ojos de Zamora. ¿No es eso lo que hacen siempre los rusos?

—¿Ahora también eres policía? —Griffin se desabotona la chaqueta para sentarse frente a ella—. Has ido siguiendo la pista de Gorbachov hasta el Orphan's...

—Sé que viene mucho por aquí.

—¿Qué estás buscando en realidad, Laura Pastor? ¿No tienes bastante con nuestro hermano? Además, ¿nos quieres cargar con algo en lo que no tenemos nada que ver?

—Trevor Strummer cometió un homicidio y cumplirá la pena máxima porque no quiso firmar un acuerdo, y, cuando demuestre que vosotros contratasteis a Gorbachov, iréis detrás.

No sabe de dónde sale el puño de Burke, no lo ha visto venir, pero vuela junto a su cara para estrellarse contra un tablón que hay a su espalda.

—¿Qué pasaría si no salieras nunca de aquí?

—Que dentro de cinco minutos tendríais en el bar a toda la policía de Marbella. Muy rápidos tenéis que ser para hacerme pedazos y tirarme al váter. ¿En serio te crees que soy tan gilipollas como para venir aquí sin avisar a nadie?

—Estás llamando a la puerta equivocada. —Griffin saca un paquete de John Player. Laura acepta el cigarrillo que le ofrece—. Hace más de un año que no tenemos relación con los rusos. Ni con Putin ni con Gorbachov.

Griffin saca un Dupont de plata del chaleco y enciende el cigarrillo de Laura antes que el suyo.

—Los muy imbéciles eligieron mal. Se dejaron llevar por el dinero a corto plazo, no por los que iban a asegurarles la jubilación en Marbella. —Burke pasea como un animal enjaulado por detrás de su hermano. Sigue la línea que ha abierto Griffin, aunque preferiría reventarle la cara a Laura como ha reventado el tablón de madera.

—¿Para quién trabajan ahora los rusos? —pregunta Laura.

—¿Dónde vive Melca? —replica Griffin—. Esto es una negociación.

—Pides demasiado a cambio de un nombre.

—Si, además del nombre, te diera las pruebas para meterlo en la cárcel y que Marimar fuera libre, ¿tú me dirías dónde ha escondido la policía a Melca?

Griffin es el que más miedo le da de los dos, piensa Laura. Burke podría matarla sin pestañear, no teme a la policía, confía en que

saldría adelante como si fuera una especie de héroe bendecido por Dios, pero Chris Griffin es una serpiente que te va envolviendo hasta que, sin darte cuenta, acaba por morderte y por inyectarte el veneno.

—Sabes que te ofrezco un buen trato —insiste Griffin—. Melca cambia de opinión y no declara o, simplemente, desaparece. Tu carrera en la fiscalía no se vería resentida, he oído que estás bien colocada para ser la próxima fiscal general.

—Trevor Strummer es un asesino y merece ir a la cárcel.

—Hay muchos asesinos, Laura, y la mayoría están en la calle.

—Sé que el mundo está lleno de hijos de puta como Strummer, pero vuestro hermano es mi hijo de puta. Es al que puedo meter en la cárcel.

Griffin tiene que parar a Burke, que parece dispuesto a arremeter contra ella como un búfalo; no soporta cómo Laura habla de Strummer.

—Hay otros asesinos a los que podrías llevar a prisión —le responde Griffin sin alterarse—. Por ejemplo, tu padre.

Laura da una profunda calada para llenar el silencio. Se ha quedado sin respuesta. Nota el humo flotando en su estómago vacío. Griffin se acoda en sus rodillas, se inclina hacia ella, obligándola a mirarlo. Exhala una nube de humo que la envuelve.

—Gorbachov y Putin trabajan en exclusiva para Alberto Pastor desde hace un año. ¿Quieres que te ayude a demostrarlo?

Laura mira los ojos azules de Griffin, no adivina en ellos ningún engaño. Es un trato honesto: en lugar de condenar a Strummer, condenar a Alberto Pastor. ¿Cuál de los dos merece mayor pena?

—Piensa en tu madre. Marimar no es una mujer que sepa desenvolverse en prisión.

—¿Qué pruebas tienes de que mi padre contrató a Gorbachov? ¿Cómo voy a demostrar en un juicio que él mató a Víctor Zamora y no mi madre?

—Tenemos que ir poco a poco, Laura. Si quieres que te ayude, tú también me tienes que ayudar a mí.

El rostro asustado de Melca, su indecisión a la hora de testificar, ¿no le haría un favor si le ahorrara ese trance? Podría conseguir el compromiso de los Huérfanos para que no le hicieran daño. Strummer sería libre, pero encerrar a su padre a cambio no le parece una mala opción. Tira al suelo el cigarrillo y lo pisa con furia. Se pone en pie.

—Te has equivocado conmigo, Griffin. Yo no negocio. —Camina decidida hacia la puerta, que sigue cerrada con llave—. ¡Abridme!

Burke hace lo que ella pide. Griffin tampoco intenta retenerla, pero antes de abandonar el almacén y salir tan rápido como puede del Orphan's, Burke le susurra al oído:

—Al final lo harás. Por las buenas o por las malas. Tú eliges.

16

Frigiliana, Setenil de las Bodegas, Grazalema o Ronda son de una belleza tal que un sitio como Alfarnate —un pueblo blanco, aunque no tan de postal como los anteriores— pasa desapercibido en las rutas turísticas. En lo que se conoce como la Alta Axarquía se encuentra esta pequeña localidad de unos mil habitantes que vive de la agricultura y la ganadería pese a estar tan cerca de Marbella, Fuengirola, Estepona o tantos otros lugares bendecidos por el turismo. Aras se ha instalado en una casa en las afueras, por detrás del cementerio. Ni siquiera ha ido a comprar nada al pueblo, adquirió todo lo que necesitaba —apenas tabaco y un par de botellas de ginebra— en Casabermeja, antes de llegar. Pasa el día entre sus cuatro paredes, oculto, con miedo a que alguien lo vea, los hombres de Alberto Pastor deben de buscarlo hasta debajo de las piedras. Solo se atreve a subir por la noche a la terraza para que le dé un poco el aire.

Pretende que su presencia allí sea la de un fantasma. No sabe cuánto tiempo necesitará para que se olviden de él en Málaga, porque no se imagina lejos de Flor para siempre. A ella es a la única a la que ha llamado para decirle que estaría fuera unos meses. Flor no hizo muchas preguntas, solo se quedó con su número de teléfono —el que le dieron los Huérfanos— para hablar con él si lo necesitaba.

Aunque no tiene un saco para entrenar, ha creado una rutina de ejercicios para no perder la buena forma que había alcanzado antes

del combate: carrera en el sitio, flexiones, sentadillas y levantamiento de unas pesas rudimentarias que se ha fabricado él mismo con materiales de obra que ha encontrado en el sótano. Lo fundamental es matar el tiempo y llegar cansado a la noche para poder dormir sin dar vueltas en la cama.

Mientras entrena, se acuerda de la primera vez que entró en un gimnasio, en la barriada de 25 Años de Paz. Era mal estudiante, un chaval cargado de rabia por el abandono de su padre y muy apegado a su madre, que trabajaba en lo que fuera para que a su hijo no le faltara nada. En el gimnasio mandaba Paco Corredor, un hombre de unos sesenta años, con muy mala leche, que había llegado a combatir en su juventud por el título de campeón de Europa del peso wélter. Con su abultada tripa, nadie podría pensar que en otros tiempos había pesado menos de sesenta y siete kilos. Siempre contaba que había tenido la mala suerte de enfrentarse a un italiano, Giovanni Benvenuti, que era muy superior a cualquiera de sus rivales y que nada más empezar el combate le dio la primera hostia y él ya no supo ni dónde estaba hasta que en el tercer asalto lo remató. Corredor lo cogió bajo su protección y le enseñó todo lo que sabía de boxeo. Aras encontró en ese deporte su manera de canalizar la agresividad y la frustración.

El verano que cumplió dieciocho años fue distinto a todos. Se mezcló con un grupo de gente en el que no encajaba: eran pijos, hijos de familias de dinero de Marbella. Se los presentó Salva, que entrenaba en el mismo gimnasio que él. Lo más normal habría sido que saliera una noche con ellos y nada más, pero se enamoró como un idiota de una chica, nunca le había pasado antes: noches de insomnio pensando en ella, los nervios cuando andaba cerca, cuando lo miraba, la torpeza a la hora de elegir las palabras. Si hubiera tenido dos dedos de frente, habría puesto tierra de por

medio, pero le resultaba imposible y, al mismo tiempo, era incapaz de acercarse demasiado, de decirle lo que sentía. Una noche, hubo un altercado en una discoteca del Puerto Deportivo, el Tatoo, y todo se torció. Ella le dijo que volverían a verse, pero ya no hubo más mensajes ni le cogió el teléfono, desapareció de su vida.

Fue un golpe de realidad: ¿quién se creía él? No era más que un mal estudiante, hijo de una armenia y un padre ausente, ¿cómo iba a tener alguna posibilidad con la hija de una de las personas más influyentes de Marbella?

Quién sabe si aquella fue su única oportunidad de tener una vida normal. A partir de ahí, la suerte le dio la espalda: a su madre le detectaron un cáncer de mama en estadio cuatro, no había dinero, él empezó a combatir para ganar unos euros en contra de la opinión de su entrenador: todavía no estaba preparado, se cargaría su carrera. Su madre murió dos años más tarde y solo le dejó un montón de deudas y el dolor de su ausencia; después, Paco Corredor se quedó en el camino por un infarto, la única figura paterna que había tenido. Él se despeñó por la noche marbellí: malas compañías, algo de droga, mucho de alcohol. Tuvo un accidente de moto que lo apartó del boxeo. Relaciones esporádicas, como con la madre de Flor, Raquel, con la que llegó a casarse. Relaciones que ya nacían torcidas, porque en el fondo él seguía siendo un adolescente sin rumbo incapaz de asumir responsabilidades. La cagó con Raquel y con Flor cuando era una niña: una vez separado, convenció a su exmujer de que le dejara ocuparse algunos días de su hija, pero bebía hasta caer redondo, y más de una vez Raquel se encontró a Flor, con apenas tres años, sola en casa mientras Aras estaba en el bar. Perdió la oportunidad de ver crecer a su hija.

Aunque suene contradictorio, con el regreso a los campeonatos de las MMA, por muy amañados que estuvieran los combates, había rescatado su carrera y tenía una vida algo más ordenada, bebía menos. Estaba recuperando a Flor. Aspiraba a ser decente, pero llegó el combate en el que tendría que haber caído en el primer asalto y tomó la mejor decisión para su dignidad y la peor para su futuro: mantenerse en pie. No se arrepiente: si el pago para que su hija lo vuelva a mirar con amor, para que le perdone todo el daño que le ha hecho, es convertirse en un prófugo, así sea.

No hay nada que hacer, siempre que avanza en su ronda de ejercicios se pone a dar vueltas a los recuerdos de juventud, el repaso de su vida malograda. Es como un acto de masoquismo. Pero le gusta notar la distancia que ha tomado con el pasado. No cae en el victimismo, no se reboza en la culpa. Se acepta como es: un hombre sin suerte, un superviviente. Interrumpe el entrenamiento cuando suena el móvil. Es su hija.

—Hola, Flor...

Del otro lado del teléfono llega un llanto histérico acompañado de ruidos y golpes contra una puerta.

—Papá, vienen a por mí...

El tono de voz, picado de interferencias, es angustioso.

—¿Quién va a por ti? ¡Flor! ¡¿Qué pasa?!

Un estruendo, un soniquete de fondo, como la melodía de un móvil, un jaleo informe y un grito desgajado de Flor, roto de miedo. La señal se corta, no hay nadie al otro lado que responda a la desesperación de Aras.

—¡Flor! ¡Flor! Contéstame, ¡¿estás ahí?!

17

Hacía casi veinte años que no veía el faro y le sorprende lo bajito que es; lo recordaba más alto y más grande. El Puerto Deportivo también le resulta más pequeño. ¿Cómo puede contener ese lugar tantos recuerdos de su vida? Le da la sensación de que todo ha cambiado mucho, y, sin embargo, permanece el malestar de pisar esas calles empedradas. No lo reconocerá delante de él, pero Guillermo tenía razón: volver a Marbella no es fácil. El espectro de su padre la acompaña a todas partes, él no necesita hacer acto de presencia: el alivio que sintió al pensar que no había participado en la trampa a su madre se ha desvanecido. Desde que los Huérfanos lo señalaron, se nota ansiosa, un poco mareada, débil, como si una gripe empezara a tomar cuenta de ella. Debe hacer un esfuerzo por mantenerse en el presente, pero no es fácil, oye el rumor del pasado abriéndose hueco dentro de ella como un torrente, los viejos traumas pugnando por instalarse en su cabeza, o aún peor, por aparecer ante sus ojos con todos sus contornos.

Baja a la zona de negocios del Puerto Deportivo donde Dani regenta su pequeña escuela de buceo. Es tarde y solo están abiertos los locales de ocio nocturno, se adentra entre los pasadizos y se encuentra con un local que hoy es un bar, Babylon; cuando ella tenía diecisiete años, era la discoteca Tatoo. No sabe por qué no cayó en esto cuando Dani le dijo que la esperaba en el Puerto Deportivo, debería haber tenido la precaución de no pasar por allí. Ahora es tarde, los recuerdos acuden a ella como un alud.

La canción del verano de 2004 era «Dragostea din tei», de O-Zone, nadie sabía qué decía la letra, ni siquiera en qué idioma estaba, pero todos la cantaban: *María ji, maría ju, maría jaja...* No paraban de reírse mientras se la inventaban, eran felices de la manera que solo se puede ser en la juventud. Ella y sus compañeros y compañeras del instituto se metían en el Tatoo y se revolucionaban en cuanto sonaba aquel galimatías: Mónica, Rosa, Salva, hace tantos años que no sabe nada de ninguno de ellos... El que no bailaba era Aras, siempre tan serio; un año mayor que los demás, se acodaba en la barra con su copa —una copa que le duraba toda la noche, no tenía dinero para más y no se dejaba invitar— y miraba alrededor como si fuera el guardaespaldas de sus amigos. No sabía cómo había llegado Aras al grupo, no era del instituto, no era de la misma clase social que los demás, tampoco marbellí —solo sabía que su madre era armenia—, quizá fuera amigo de alguno de los chicos. A Laura le encantaban sus ojos, oscuros y enmarcados por unas pestañas tan largas que parecían postizas, los pómulos salientes en un rostro de piel dorada, sus manos fuertes, su educación de otro tiempo, siempre tan callado, tan dispuesto a acompañar a casa a alguien si bebía de más. Por muy correcto que fuera con todos, Laura sabía que con ella había algo especial, por cómo se miraban, por cómo lo descubría pendiente de ella cuando bailaba en la pista del Tatoo. ¿Por qué no le decía nada? ¿Era timidez? Laura lo tenía decidido: si Aras no tomaba la iniciativa, lo haría ella y sería esa misma noche. Su amiga Mónica le sugirió una estrategia que a ella le había funcionado con Salva: tenía que pedirle a Aras que la acompañase a la calle con una excusa, por ejemplo, que estaba mareada, y besarlo cuando estuvieran a solas.

Le pareció un buen plan, lo iba a hacer, pero primero fue al baño: quería comprobar si estaba guapa, a lo mejor ponerse un poco de

brillo en los labios. En la puerta la abordó uno de esos colombianos tatuados que a veces aparecían en la noche marbellí.

—Te llevo mirando toda la noche.

Se intentó desembarazar de él sin siquiera mirarlo.

—No sabes lo dura que me la pones.

Ahí lo miró por primera vez y se asustó, no estaba borracho, tenía una mirada fría que anticipaba que no se trataba de ningún juego. Era uno de esos chulos que paseaban por la zona de Puerto Banús con descapotables de lujo. Las marbellíes vivían al margen de esa gente, los veían, pero no iban a los mismos sitios, no se conocían. No sabía qué pintaba ese colombiano en el Tatoo.

Quiso seguir adelante sin hacerle caso, pero él la empujó y la encerró en el baño.

—¡Déjame en paz!

—Antes vamos a pasarla chévere.

De un zarpazo le arrancó el top. Laura no llevaba sujetador y se quedó con los pechos al descubierto. Intentó taparse, el colombiano le apartó las manos y le agarró con la boca un pezón, mientras pugnaba por bajarse los pantalones. Laura echó mano al dispensador de jabón, metálico, y le golpeó en la cabeza. No le hizo mucho daño, pero sí consiguió aturdirlo lo suficiente para zafarse de él, alcanzar la puerta y salir del servicio gritando. El colombiano la persiguió por el pasillo, y la habría atrapado de no ser por Aras, que, no sabía por qué, tal vez porque ella tardaba demasiado, había ido a buscarla. Al descubrir la situación, trató de retener al tipo, que empezó a llamarla puta. En pleno forcejeo, acusaba a Laura de calientapollas, de querer follar y luego arrepentirse. Ella salió corriendo cuando Aras lo derribó de un cabezazo en la nariz. Fuera del Tatoo, helada por la humedad de la noche, se dio cuenta de que estaba desnuda de cintura para arriba y se cubrió los pechos,

avergonzada. Culpable. Sucia. Aras apareció poco después. Se quitó la camiseta y se la dio para que se vistiera.

—¿Quién era ese tío?

—No sé, un cerdo. Me ha intentado violar.

—Hay que llamar a la policía.

Con qué facilidad se quiebra una noche que prometía ser la más feliz de su vida.

—No, solo quiero coger un taxi. Quiero irme a casa —respondió entre lágrimas.

Aras la acompañó a una parada cercana. Laura sabía que él quería protegerla, acompañarla hasta la puerta de su casa, pero la tragedia no había terminado. El colombiano volvió con dos amigos. La vio desde una bocacalle y la señaló, como el cazador marca la presa. Aras se enfrentó a ellos; a pesar de que era fuerte y sabía pelear, no pudo con los tres. Lo agarraron entre dos, y el tercero le propinó una tanda de puñetazos en la cara, en las costillas.

Laura pensaba que luego se ocuparían de ella, pero salieron varios hombres de otro de los bares y los colombianos se marcharon. Aras sangraba en el suelo. Alguien debió de llamar a una ambulancia y ella había telefoneado a su padre. Alberto Pastor no tardó ni diez minutos en aparecer, acompañado de Marimar, poco después de que lo hiciera la ambulancia.

Ella, conmocionada, era incapaz de contar lo que había sucedido. Sus padres no la atosigaron a preguntas, la metieron en el coche para sacarla de allí cuanto antes y le concedieron todo el tiempo necesario. Poco a poco se tranquilizó y reunió el valor necesario para contar lo que había pasado en el Tatoo. Describió al colombiano que la había asaltado en el pasillo del baño. Lo que le hizo dentro. Cómo un amigo evitó que fuera a más. Ya en casa, su madre la acompañó a su cuarto y la arropó igual que cuando era una niña, le acarició el

pelo y Laura se fijó en que llevaba un anillo de oro con un diamante. El contraste la golpeó con fuerza, ella estaba en un pozo de fango y su madre brillaba con reflejos dorados.

Esa noche pensó que algo le había sentado mal, quizá los nervios le habían revuelto el estómago. Estaba asqueada, veía su cuerpo agredido reflejado en los espejos del Tatoo. Sintió una arcada. Se detestaba y no entendía por qué. Ella sabía que no era culpable de lo que había pasado, pero una vocecita en su interior le susurraba que sí lo era, que de alguna manera había convocado al colombiano. Nada más despertar, vomitó. Cuando se sintió mejor, escribió a Aras para ver cómo estaba. Él le contó que tenía una costilla rota y la cara inflamada por los golpes, pero estaba en casa, a salvo. Quedaron en verse pronto. Laura todavía no se atrevía a salir a la calle sola.

Por la tarde, Alberto le dijo que quería invitarla a cenar. Ella no se sentía con ánimo, pero su padre insistió: no permitiría que este suceso marcara su futuro. Debía seguir con la vida de adolescente libre que llevaba hasta ese momento. Fueron al restaurante del Olivia Valere. Su padre escogió vieiras, su madre una crema de langosta, ella un hojaldre de lenguado y langostinos. A su alrededor, se desplegaba la *jet set* marbellí, el habitual desfile de modelos maravillosas y hombres de gimnasio. A mitad de la cena, su padre le pidió que mirara a una de las mesas del restaurante.

—¿Es él? —le preguntó.

Laura sintió cómo se le anudaba el estómago. A solo unos metros de ellos estaba el colombiano del Tatoo. Comía y bebía rodeado de amigos y de mujeres.

—Tranquila, no tengas miedo, estás conmigo —la calmó Alberto.

Apenas pudo contener la arcada. Se fue al servicio, vomitó y ya fue incapaz de permanecer en el restaurante. Sus padres la vieron

tan pálida que decidieron volver a casa de inmediato. Hicieron el viaje en silencio. Marimar encendió la radio. Sonaba un disco de José Luis Perales, solía ponerlo cuando iban de viaje en familia, pero ni siquiera «¿Y cómo es él?» pudo crear cierta atmósfera de normalidad.

Dos días después, mientras removía los cereales en la leche, apareció una noticia en la tele: un hombre había sido tiroteado al llegar a su casa en una urbanización de Marbella. Murió en el acto. Era colombiano y lo reconoció por las imágenes que el reportaje emitió de él cuando aún vivía. Sus tatuajes. Su gesto de chulería.

Una oleada de placer la recorrió al pensar en las balas atravesando su piel, reventándole el corazón, fracturándole el cráneo, en ese violador ahogándose en su propia sangre.

Pero de inmediato se sintió mal, casi enferma; ¿qué era lo que estaba sintiendo?

Fue como si, hasta ese momento, hubiera estado escuchando una conversación entre murmullos al otro lado de una puerta cerrada. No le había prestado demasiada atención, no había intentado averiguar qué se decía. De repente, esa puerta se había abierto de par en par y escuchaba alto y claro una sucesión de frases lapidarias: Alberto Pastor está vinculado a la mafia. Alberto Pastor está metido en negocios ilegales. Alberto Pastor no tiene escrúpulos. Cuidado con él, porque si te enfrentas a Alberto Pastor estás muerto. Palizas. Incendios en locales que no interesan. Ejecuciones. Alberto Pastor, el hombre que jugaba con ella cuando era una niña, es un asesino.

Todo eso que se susurraba a su alrededor, que nadie se atrevía a decirle a la cara, cobraba de pronto el tinte negrísimo de la más espantosa de las verdades.

A Laura la succionó un abismo oscuro y profundo. Alberto pensaba que la pobre padecía un shock postraumático por la agresión sexual.

Ella no fue capaz de aclarar que no era eso lo que le pasaba. ¿Cómo decirle a su padre, al que adoraba, que había descubierto su cara oculta? No era capaz de digerir la revelación, no podía lidiar con una ambigüedad tan descarnada. Padre amoroso y a la vez asesino, ambas facetas entrelazadas en una sola alma. El Alberto que cantaba mal a José Luis Perales, el hombre divertido que conocía a todo el mundo en Marbella, el que se echaba la partida de dominó con los pescadores en el bar del mercado o se bañaba con sus hijos en la piscina y jugaba a las ahogadillas. Y el hombre con sicarios a sueldo, que manejaba el delito que estaba enquistado en Marbella como un cáncer: muertes, chantajes, palizas. Todo habitando el mismo cuerpo.

Sentía una repugnancia indescriptible. Somatizó toda esa ansiedad, ese pánico y ese asco en la comida: imaginaba el langostino en el Olivia Valere, los cereales... El recuerdo le daba ganas de vomitar. La visión de su cuerpo en el espejo del baño mientras el colombiano la forzaba la asaltaba de vez en cuando. Se veía a sí misma como un monstruo deforme. Al principio era capaz de comer un poco; pasadas unas semanas, la repugnancia que le provocaba cualquier alimento era tan intensa que no podía echarse nada al estómago. Alberto se preocupó por ella y, cariñoso, intentó ayudarla, pero Laura no soportaba su cercanía, su contacto, lo rechazaba como si fuera un reptil viscoso. Su madre se desvivía por ella, la intentaba convencer de que comiera algo, le preparaba platos ligeros... Con el paso de los meses, Laura perdía más y más peso. Una noche, se atrevió a preguntar a Marimar si era verdad todo lo que decían de su padre.

—Tu padre tiene dos caras. Quédate con la que conoces. Te quiere de verdad. Olvídate de la otra cara.

Laura no podía olvidar esa otra cara. Era la que predominaba en sus sueños, en su cabeza, en su corazón dolido. La otra —la bondadosa, la divertida— se iba desdibujando. Marbella era un hervidero continuo de noticias relacionadas con la delincuencia: prostitución, tráfico de cocaína y de armas, ajustes de cuentas. La casa donde vivía, los lujos de los que disfrutaba, ¿venían de ese agujero? ¿Todo a su alrededor estaba manchado de sangre?

Aras intentó quedar con ella, pero Laura lo evitó. Tampoco fue capaz de volver al instituto. Se aisló de todos sus amigos. Le daba vergüenza ser quien era. Su aversión a la comida fue a más; llegó a pesar apenas treinta kilos. Después de varios psicólogos y consultas médicas, no les quedó otro remedio que ingresarla. La trasladaron a una clínica en Madrid, donde tuvieron que ponerle una sonda porque su debilidad era tal que en cualquier momento podía sufrir un infarto o un fallo sistémico.

Fue allí, lejos de Marbella y lejos de su padre, cuando empezó a recomponerse. Una de las medidas de la clínica era cortar cualquier relación con el exterior, y, para Laura, eso fue un regalo. No tenía que compartir cercanía con su padre. Con ese hombre al que había adorado y que ahora veía como era: un asesino, un psicópata quizá. Mantuvo esa distancia todo el tiempo que pudo. Pasó un año en la clínica, donde consiguió aprobar el bachillerato y la prueba de acceso a la universidad. Decidió matricularse en Derecho, como su padre, aunque no quería ser como él, todo lo contrario: no quería librar del castigo a los culpables, quería meterlos en la cárcel. Quería demostrarle a todo el mundo que ella no era como Alberto Pastor. Rompió todo contacto con él y con la ciudad donde había nacido. Era un cortafuegos que necesitaba para mantener su salud. Para no volver a despeñarse en esa anorexia nerviosa que casi acaba con su vida.

—¿Por qué no has venido a la escuela?

Su hermano Dani la ha encontrado allí, sentada en un escalón en el puerto, con la cabeza entre las manos.

—¿Estás bien?

—Recordaba la última vez que vine aquí.

—¿Estabas llorando?

—Da igual.

—Marbella no te sienta bien. No tendrías que haber venido.

Laura no está segura. Quizá sea verdad, quizá sea Marbella, quizá sea la proximidad con su familia, quizá sea ella misma, que no consigue liberarse de los recuerdos, como si, en realidad, no hubiera superado nada. Una chica bronceada, guapa, que lleva una camiseta y la parte de debajo de un bikini, se acerca a ellos.

—¡Dani! No has avisado de que te ibas. Hay que preparar los grupos de mañana por la mañana.

—Perdona, ahora te iba a llamar. Estrella, te presento a mi hermana, Laura.

Las dos chicas se saludan. La joven tiene los ojos claros y sonríe también con ellos.

—Estrella trabaja conmigo en la escuela de submarinismo, es muy buena.

—¿Qué tal se trabaja con mi hermano?

—Mejor cuando no está en la escuela metiéndose en todo —bromea Estrella—. Yo me encargo de los grupos. Vosotros, id por ahí a cenar algo. Pasadlo bien. Y encantada.

—Es muy guapa —le dice Laura a Dani cuando se ha alejado lo bastante.

—Sí. —Dani no quiere decir nada más sobre ella, como si le resultara incómodo que las dos se hubieran conocido—. ¿Vamos al Diamante?

—La verdad es que no tengo mucha hambre.

Los lugares más populares de Marbella son el territorio de Alberto Pastor: el Diamante, el bar Francisco o la pista de petanca de la avenida del Mercado, la lonja. La posibilidad de encontrarse con él en cualquiera de estos lugares le pone mal cuerpo: el antiguo asco a la comida, el pinchazo en el esófago al tragar, la incomodidad al verse reflejada en un espejo, porque detestaba su cuerpo y porque no soportaba ser quien era: la hija de Alberto Pastor. Todas esas sensaciones han regresado. Recuerda cuando escarbaba en las sesiones de terapia y aparecía una contradicción aún más perturbadora: amaba a su padre y, al mismo tiempo, le gustaría verlo muerto, destripado como un conejo cazado por un águila.

Dani la coge de la cintura. No necesita preguntarle para darse cuenta de que se encuentra muy mal. Laura apoya la cabeza en su hombro; hay algo en su olor, en la ligereza que transmite que le resulta sanador, como una brisa capaz de llevarse las preocupaciones. Le gustaría conservar esta sensación, pero cada vez está más convencida de que no podrá volver a Madrid sin enfrentarse a su padre.

18

Durante el viaje a Málaga la ha llamado una y otra vez con el corazón desbocado, con la mente llena de malos presagios. No ha recibido respuesta. Dos veces ha estado a punto de salirse de la carretera, todavía no entiende por qué no se ha matado al volante, por qué sus piernas y sus manos reaccionan con buenos reflejos en las situaciones de peligro. Pisa a fondo el acelerador del Ford Fiesta, que temblequea como si fuera de papel, está conduciéndolo al límite de sus posibilidades. Se siente agarrotado, casi muerto de preocupación y de tristeza anticipada, las explicaciones que su cerebro da a los gritos de Flor, a que su exmujer tampoco conteste al teléfono, lo sitúan en escenarios aterradores.

Son casi las dos de la madrugada cuando llega al portal, y nadie atiende al telefonillo. No sabe qué hacer. Si a esa hora se pone a tocar a los timbres de los demás pisos, lo más normal es que alguien avise a la policía, y ahora no se puede permitir tener un lío con ellos. La suerte viene en su ayuda, un chico joven se acerca con las llaves en la mano, tan borracho que le cuesta atinar con la cerradura. Se tambalea y apoya la frente en la puerta, intenta embocar la llave de nuevo, pero falla. Aras no aguanta más: aparta al chico y se encarga él de la cerradura. Por fin, la puerta cede. El joven recupera sus llaves, entra en el portal y se pone a vomitar junto al ascensor. Aras sube los escalones de dos en dos, no tiene tiempo para socorrer al borracho.

El edificio se encuentra en el barrio de Lagunilla, una zona de gente obrera, y no parece muy cuidado: peldaños irregulares, paredes desconchadas... Raquel y Flor viven en el tercer piso. El corazón le da un vuelco cuando llega a la puerta. Al empujarla, descubre que está abierta. Entra con prevención, con todos sus sentidos alerta.

—¿Flor? ¿Raquel?

No hay respuesta. Ningún ruido que delate vida en el interior. Se adentra en el piso, pero no lo conoce. Nunca ha estado allí, su mujer no le dejaba pasar, siempre esperaba a su hija en el coche, en la calle. Tantea con la mano por la pared hasta dar con el interruptor del salón. La luz confirma sus peores presentimientos, todo está tirado por el suelo: los cajones, las figuritas, una lámpara. Rastros de una pelea, quizá de un registro caótico, ¿qué podían buscar aquí? Tras el sillón, sobresalen unos pies descalzos. Lo rodea a toda prisa para descubrir el cuerpo. Es Raquel, junto a su cabeza se ha formado un charco de sangre seca. Está muerta.

—¡Flor! ¡Flor!

Corre angustiado hacia el interior de la casa. Irrumpe en el dormitorio de Raquel. Luego en el siguiente. Ve una foto en la mesilla en la que aparecen los dos juntos, Aras y Flor, cuando ella era un bebé. Detecta en esa vieja imagen los ojos del borracho que era, la cara abotargada junto a la inocencia de Flor, tan pequeña, tan frágil. Empieza a construir una fortaleza en su interior con la posibilidad de que su hija no estuviera en la casa, puede que viera lo sucedido y huyera, quizá perdió el móvil en el camino. A esas horas tal vez esté en la comisaría, a salvo al lado de un policía... Entonces se fija en el cuarto de baño. El marco de la puerta desportillado, como si alguien la hubiera abierto de una patada.

Como el que se acerca a un abismo, Aras avanza hacia el baño. Llega al umbral y lo primero que distingue es la loza del lavabo rota, sucia de sangre. Luego, la ve a ella. A Flor. Yace en el suelo. Parece que lleva un moño, pero es un pegote de masa encefálica reseca alrededor de su cabeza, de cuando el impacto del cráneo contra la loza fracturó el hueso. Se arrodilla a su lado y la abraza. Le estremece la gelidez del cuerpo. También las notas pálidas en la piel amoratada. Los ojos de Flor están en blanco, se han vuelto hacia arriba en las cuencas. La boca entreabierta, rosada, ¿cuáles serían sus últimas palabras? ¿El último aliento que, por mucho que pegue su cara a la de ella, ya no puede sentir?

Aras no es consciente de cuándo empieza a llorar, solo de que las lágrimas arden al descender por su cara. Abraza a su hija aún con más fuerza, como si quisiera esconderla dentro de él.

La culpa cabalga en su interior como un ejército de caballos atronadores, clavando los cascos con tanta fuerza que duele, un castigo que sabe que merece: ¿cómo pudo pensar que escaparía indemne de Alberto Pastor?

19

Aunque Puerto Banús sea más famoso, el verdadero lujo de Marbella está en Puente Romano. Allí no hay turistas que van a ver a los millonarios como si fueran monos de feria y a fotografiarse delante de sus coches, tampoco nuevos ricos exhibicionistas, allí está el dinero de toda la vida: grandes fortunas de veraneo, árabes que poseen palacios por todo el Mediterráneo, los dueños de las mansiones de La Zagaleta o de Sierra Blanca, los hijos del poder, tanto español como extranjero. Y a su lado, como siempre ocurre en Marbella, los jefes de las diversas familias que controlan los negocios ilegales: drogas, prostitución, tráfico de armas.

Nata se está retrasando, son ya las tres y Laura se arma de paciencia. Quería salir pronto para Madrid. Pide una copa de vino blanco mientras la espera en el Nobu, un restaurante japonés con influencias peruanas. Desentona un poco, porque no lleva ropa de firma, y está segura de que los que pasean por esa especie de pueblo andaluz de casas blancas que es Puente Romano, los que duermen en el hotel de cinco estrellas o en los apartamentos de lujo en primera línea de playa, ya han detectado que el vaquero y la blusa rosa son de Zara, que ella es una intrusa.

—¡Laura, cariño! ¡Estás preciosa! Te sientan de maravilla esos kilitos.

—Gracias, Nata. Tú también estás espectacular. —Laura hace un esfuerzo por no fijarse en los numerosos retoques estéticos de su hermana, en la cara paralizada, en los ojos que, a fuerza de

estiramientos, se han vuelto asimétricos: el derecho más cerrado que el izquierdo—. ¿Cuánto tiempo hace de la última vez? ¿Seis años?

—Cenamos en el chino del Palace. Yo estaba con Rachid, un argelino guapísimo y carísimo, ¿te acuerdas de él? Dios, cuánto me hizo sufrir, pero cuánto le quería. Podría haber sido el hombre de mi vida si no lo llegan a deportar. Desde entonces, odio Madrid. Esa ciudad es fatal para la piel y para mi corazón.

Está tan acelerada y tan disparatada como siempre. Lleva un modelito de firma dos tallas más pequeño, pero luce orgullosa ese escote generoso que realza sus pechos, que también deben de estar operados, porque Laura no recuerda que su hermana tuviera las tetas tan grandes. De todos modos, con lo cambiada que está le cuesta incluso recordar que es la mayor de todos; los retoques le han fabricado una de esas caras impersonales, con cierta cualidad de máscara, que le corresponde a alguien de entre treinta y setenta años.

—¿Has visto lo bonito que está Puente Romano? Yo abrí aquí una coctelería, aunque la tuve que cerrar. Fui una visionaria. Me adelanté. La historia de mi vida. Ahora, es el mejor sitio de Marbella.

—¿Estás trabajando en algo?

—Diseño joyas y algo de ropa. Mira, estos pendientes los he diseñado yo. Oro rosa de dieciocho quilates con malaquita. Se parecen un poco a unos de Bulgari, pero los míos son más bonitos. ¿Quieres unos?

—No creo que pueda pagarlos.

—Cariño, eres mi hermana. Te haría precio. Dos mil euros. ¿Has pedido? —pregunta echando un rápido vistazo a la carta. Laura sabe que no hace falta que responda a todo lo que dice Nata, ella tampoco lo espera. Es una metralleta a la que no le importa

demasiado lo que los demás digan, solo escucharse a sí misma—. ¿Te apetece una ensalada de bogavante con aliño picante de limón?

—No tengo mucha hambre.

—Perfecto. La ensalada, dos tiraditos y un tartar de salmón con caviar. Y una copita de champán, para que brindemos por el reencuentro de las hermanas más guapas de toda Marbella.

Laura confía en que Nata se haga cargo de la cuenta. Pide una botella de Ruinart Blanc de Blancs que cuesta doscientos veinte euros. Empieza a pensar que ha sido un error quedar con ella, a Laura le cuesta sacar a Nata de la conversación frívola, centrada en las parejas: Laura le habla de Guillermo, y pasan enseguida a los múltiples amoríos de Nata, todos ellos desastrosos, porque asegura que siempre se enamora como una perra y luego los hombres le hacen daño.

—Se aprovechan de que tengo demasiado corazón —confiesa haciéndose la víctima—. ¿Has podido hablar con mamá?

Laura se sorprende del giro en la conversación, por fin puede dirigir el tema hacia lo que le interesa.

—¡Una asesina! ¡Dios mío! Duermo fatal desde que lo sé.

—Mamá no ha matado a nadie. De eso...

—¿Qué me he perdido? Estaba en un hotel de Madrid con ese hombre, ¡su amante! ¡Víctor Zamora! Y estaba muerto. ¿Es verdad que le habían cortado el pene?

—Nata, por favor. Basta. No puedes creerte todos los bulos que corren por ahí. Le sacaron los ojos, no sé por qué tienen que inventarse otra cosa, ya es bastante desagradable la realidad. Estamos hablando de tu madre. Y ella no es ninguna asesina. Le tendieron una trampa. ¡No puedes tomarte esto como si fuera un cotilleo más de Marbella!

—Me haces daño, Laura. Tú no estás en mi piel, no sabes lo que sentí cuando supe que era Víctor Zamora, un hombre veinte años más joven que mamá...

—¿Lo conocías?

—Trabajó una temporada en el casino, hasta que papá lo echó, no sé por qué. —Baja la voz para soltar una confidencia—: Una vez me acosté con él, con Víctor Zamora, mamá y yo hemos compartido un amante. Yo no sé cómo voy a superar esto. Con meditación trascendental, con terapia...

Laura tiene que contenerse; le gustaría soltarle un bofetón, pero ha quedado con ella para tratar de sacarle información, con la esperanza de que así se ahorre el encuentro con su padre. El camarero trae los platos que han pedido, Laura se moja los labios con el champán. El alcohol arde en su estómago vacío. Lleva demasiadas horas sin probar bocado.

—Nata, tú has vivido los últimos tiempos en casa de papá y mamá. Estabas más cerca que nadie de ellos. Seguro que has visto cosas...

—Cariño, yo he atravesado una época muy difícil. Estaba demasiado volcada en los demás y mi terapeuta me enseñó que a la primera a la que tenía que cuidar era a mí misma. He estado muy centrada en amarme, en valorar mi creatividad, mis joyas... No te voy a negar que ha habido alguna recaída con hombres, tengo un imán para atraer a niñatos narcisistas y mentirosos.

—Entonces, jamás notaste que papá maltrataba psicológicamente a mamá.

—¿Malos tratos? ¿En serio? ¿Eso te ha contado mamá? —Nata rellena su tercera copa de champán—. Yo vivo en la casa de invitados, pasaba días sin verlos, pero... Laura: era como siempre. Papá vive para sus negocios, para el casino. Y sí, alguna vez se

hablaba de que tenía compañía, últimamente decían de una brasileña, Edinara. Pero ¿cuándo no ha sido así? Nunca han sido relaciones serias. Y a mamá no parecía molestarle: ella ya no iba a muchos eventos, pasaba tiempo en casa, creo yo, o de compras. A las dos nos sientan muy bien las compras... Yo quiero creerte: es decir, que mamá no le hizo nada a Víctor Zamora. Pero si no fue ella...

—Tú no solo vives con ellos. Vas mucho al casino o aquí, a Puente Romano. Sé que conoces a los que trabajan para papá.

Por primera vez, Nata guarda silencio. Da un sorbo más de champán y mira suspicaz a Laura, casi con una sonrisa pilla.

—¿Con quién estoy hablando ahora? ¿Con mi hermana o con la fiscal? —Se mete un tiradito en la boca que saborea con exageradas muestras de placer—. Cariño, no estás comiendo nada.

—Nata, mamá no va a aguantar mucho en la cárcel. Y creo que puedo demostrar que ella no lo hizo.

—¿Y esperas que yo te pueda ayudar? —Nata pone un mohín de tristeza exagerado, como una niña enfurruñada—. Yo pensaba que esto era un bonito reencuentro entre hermanas, pero no sé, me da la sensación de que te mueve otro interés. He desarrollado un detector especial para los que no me tratan con honestidad.

—He quedado contigo porque necesito saber cosas de papá —se lanza Laura, consciente de que su hermana es más lista de lo que se empeña en aparentar, que no merece la pena esconder sus verdaderas intenciones—. Creo que es él quien ha movido todo para que esto pase.

—Papá no ha salido de Marbella.

—Él no, pero uno de sus sicarios sí. Un ruso con una mancha en la frente. Gorbachov. ¿Lo conoces?

—Gorbachov siempre va con otro ruso, uno bajito, con cuerpo de gimnasio. Putin. No son de los que vienen a Puente Romano ni se dejan ver en las discotecas.

—Entonces, ¿dónde los puedo encontrar?

—No puedes ir a hablar con ellos así, sin más. ¿Tú sabes las cosas que han hecho esos rusos? Cariño, mira que tengo mal ojo para los hombres, pero ni yo me acercaría a ellos.

—Si sabes dónde están, dímelo. Gorbachov ha desaparecido de su casa; del otro, de Putin, no sé ni dónde vive.

Cualquier atisbo de frivolidad se ha esfumado del rostro de Nata, que hunde la mirada en su plato, como si, a sus casi cuarenta y tres años, fuera una niña que tiene miedo de una reprimenda. En otra mesa, un árabe rodeado de su familia trata de manera áspera a la camarera. Algo en la atmósfera ha cambiado, un olor eléctrico, unas nubes que ensombrecen el habitual blanco radiante de Marbella, parece que el invierno se ha precipitado sobre ellas. Su perfume primero, un *aftershave* intenso, y luego su voz, más cavernosa de como la recordaba, anticipan su presencia.

—Quinito, tráeme una silla, anda.

El camarero acude solícito, Laura aparta la mirada como si todavía pudiera evitar verlo.

—Gracias, salao. Y dale un beso a tu madre, que venga un día al casino, que hay que celebrar que la radioterapia ha matao al bicho.

El camarero, Quinito, promete trasladar los besos.

—¿Va a tomar algo, señor Pastor?

—Alberto, coño, Alberto. No, gracias, Quinito. Saludo y me marcho. No quiero interrumpir aquí a mis niñas, que estarán confabulando contra mí. Eso sí, esta cuenta la pago yo. Apúntamela.

Cuando el camarero se marcha, el silencio se hace más espeso. Aunque insiste en no mirarle, Laura sabe que su padre sonríe. Nota

su mano pesada aterrizando sobre la suya. La retira con rapidez y la esconde bajo la mesa.

—Estás en Marbella y ni una llamada.

—Llevamos veinte años sin hablarnos, no pensé que tuviera que llamarte.

Ha envejecido bien, conserva la galanura. Ha perdido algo de pelo, se nota que ralea en algunas partes, pero las canas le confieren un atractivo de galán antiguo. Laura escucha el ruido de tubería obstruida que hace al respirar, aún debe de fumar puros. Ni tampoco habrá dejado los gin-tonics. Y, sin embargo, lo que predomina en su aspecto es la sonrisa bien apoyada por unos ojos pequeños y brillantes, una combinación que transmite felicidad, atención, cariño. Esa sonrisa ilumina la terraza del Nobu y ahora se dirige a Laura, una sonrisa magnética.

—Tu madre está en un momento difícil, creo que es un buen motivo para dejar a un lado nuestros problemas. Ahora lo más importante es ella.

—Para mí, ella siempre ha sido lo más importante.

—¿Por qué estás buscando a los rusos?

¿Cómo ha podido saberlo su padre? ¿Habla con los Huérfanos o fue Finn, el camarero del Orphan's? ¿Y si su fuente de información es Pino, el agente del ECO? No le extrañaría. Los tentáculos de Alberto Pastor se extienden por toda Marbella.

—¿Me vas a decir tú dónde encontrar a Gorbachov?

Alberto deja escapar una risa, parece decir «vaya par de huevos que tiene mi hija».

—Si quieres saber algo sobre ellos, lo mejor es que lo hables conmigo, no que vayas preguntando por toda Marbella. Pero no hoy. Seguro que Nata y tú tenéis muchas cosas que contaros. Ven

mañana a comer a casa. Hablaremos de Gorbachov, de mamá, de todo lo que quieras.

Laura se queda paralizada cuando su padre se inclina para darle un beso en la frente. Sus labios pegajosos, su aroma colándose dentro de ella... Es como sentir que un veneno recorre su sangre para ir directo a los órganos vitales y paralizarlos. Deja que pase un tiempo después de que Alberto se haya ido, ni siquiera Nata se atreve a romper el silencio. Su cuerpo está a punto de quebrarse en mil pedazos, siente que, si se levanta, podría deshacerse, pero no aguanta más en esa mesa. Con brusquedad, se pone en pie y sale tan rápido como puede de Puente Romano, sin despedirse de su hermana. A su lado, como estelas borrosas, los clientes millonarios, las risas, los vapores de los spas, los perfumes y las mujeres hermosas que pasean del brazo de narcotraficantes. Mareada, alcanza la salida del centro comercial: su padre se ha colado de nuevo dentro de ella. Recorre el torrente sanguíneo, infectándola, es tan real como una intoxicación y su cuerpo termina por reaccionar. Se dobla por la mitad y cae de rodillas al suelo, junto a la carretera, para vomitar.

No ha comido nada. Solo puede expulsar una bilis ácida. Suda y tiembla, helada.

Debería coger el coche ahora mismo. Debería huir de Marbella. De Alberto Pastor. Pero, si se marcha, sabe que nada salvará a su madre de la condena.

En su cabeza resuena de nuevo la advertencia de Guillermo.

«Te estás metiendo en la boca del lobo».

Ya está dentro.

SEGUNDA PARTE

—

LOS PASTOR

Marbella, 1988

—¿Por cuánto dinero dejarías que tu hijo de once años pasara el día con Michael Jackson?

Alberto Pastor sonríe, le gusta arrancar las conversaciones con una provocación. Pero toca hueso con su socio, Leo Domínguez, serio, profesional, insobornable, ni siquiera pretende aceptar el puro que ha comprado Alberto para celebrar el éxito en su último caso. Odia la frivolidad de su compañero, que se reboza en la conversación del verano, el concierto de Michael Jackson en Marbella, el primero que da en España, y su paseo por la ciudad con un niño británico de once años.

—No me vengas con tonterías, Alberto. ¿Cómo has conseguido que declaren inocente al chino?

—Miguelito el lotero dice que el Rey del Pop, a cambio de un día con el niño, les regaló a los padres un Rolls-Royce. —Alberto no consiguió entradas para el concierto, quizá por eso da tanto pábulo a los rumores que circulan en el pueblo—. Yo por un coche, no, pero por un chalecito en Nueva Andalucía le dejo a mi Sergio dos semanas.

—¿Te das cuenta de dónde nos estás metiendo? —Leo se resiste a abandonar el tema.

—En el negocio —le responde al fin—. Los casos ganados llaman a más clientes.

—¿A qué clientes?

«A cualquiera», le gustaría responder a Alberto, pero se contiene y enciende el puro con sonoras caladas. Leo Domínguez y él montaron el bufete hace un año en un apartamento interior de un edificio viejo de la avenida de Ramón y Cajal, en Marbella. Dos abogados ambiciosos, recién salidos de la universidad y colegiados; hasta hace unos meses solo habían tenido algún caso del turno de oficio, una pelea entre vecinos, tres o cuatro reclamaciones de multas... En algún momento de desánimo pensaron en cerrar y buscar empleo en otros bufetes, porque apenas llegaban a pagar el alquiler. Hasta que la suerte, tan esquiva a veces, les sonrió; en una guardia del turno de oficio, a Alberto Pastor le tocó la lotería: un homicidio.

El acusado se llamaba Qiang, un emigrante chino de dieciocho años. Había reventado la cabeza de un hombre —otro chino— con un martillo, después le desencajó la mandíbula, le sacó la lengua y se la clavó a un banco de la calle. El caso era imposible de defender: un indigente africano había sido testigo de todo. Qiang no hablaba ni una palabra de español y no tenía el menor interés en explicarle lo sucedido a Alberto, como si le diera igual que lo condenasen.

—Hay clientes que es mejor que no entren en este bufete. No hicimos Derecho para defender casos así.

—De los principios no se come, Leo. En cambio, de que en el Diamante y en el bar del mercao digan que hago milagros en el juzgado, sí. A ver si el rumor llega hasta el hotel Los Monteros y un poco del dinero que llueve en esta ciudad nos cae a nosotros.

—No te engañes a ti mismo, Alberto: no haces milagros, haces trampas.

En los meses que llevan trabajando juntos, ha comprobado que no comparte con Leo ni objetivos ni métodos. Alberto Pastor tiene veintisiete años y se quiere comer el mundo. No estaba dispuesto a

dejar pasar ese caso y usó todos los subterfugios que no aparecen en los libros de Derecho, eso que su socio llama «trampas»: un supuesto especialista que testificó que los negros no distinguen bien a los chinos, para anular la rueda de reconocimiento; un experto en lenguas africanas para demostrar que el traductor no podía captar los matices del dialecto de Benín que usaba el testigo e invalidar su declaración; un fallo en la cadena de custodia, para crear dudas de que el martillo ensangrentado hallado en las inmediaciones fuera el que se usó en el crimen... También le ayudó que la familia del muerto, un chino llamado Ye Xing, a quien en Marbella conocían como Joselito, no pareciera confiar en la justicia española y no colaborara con la fiscalía.

—Leo, no se puede vivir con miedo a lo que vendrá: vamos a disfrutar del momento, llama a tu mujer y venís a cenar con Marimar y conmigo. Me han dicho que han abierto un restaurante chino nuevo en el paseo marítimo. ¿Firmamos la paz con un rollito de primavera?

El timbre retrasa la respuesta de Leo, que quiere convencerse del optimismo de Alberto. Esa determinación ha sido clave muchas veces en su vida, no solo a la hora de montar el bufete, sino también durante la carrera, para ganarse la simpatía de algunos profesores, o en Marbella, para conseguir una cita con la que hoy es su esposa. Puede que no sea el abogado más ortodoxo, pero Alberto Pastor tiene un don para obtener de la gente todo lo que quiere.

—Yo no he pedido nada —dice Alberto a un repartidor chino que le ha entregado un paquete.

—Es un regalo.

El repartidor se marcha y Alberto abre el paquete en la mesa del despacho. Estalla en una carcajada cuando saca un envase de cartón con unos rollitos de primavera dentro.

—El chino me da las gracias. No me mires mal, Leo: ¿no nos hacen lo mismo los clientes del campo? En lugar de rollitos, nos mandan gallinas o conejos.

Alberto abre ahora una caja que lleva impreso un dragón rojo. Espera un plato de cerdo agridulce o de tallarines, pero lo que hay dentro es una montaña de billetes de diez mil pesetas. Calcula que debe de haber cerca de diez millones. El precio de un piso pequeño en Marbella.

—No aceptes ese dinero, Alberto —le advierte Leo.

Y él sonríe ante el guiño del destino, por fin favorable, y también porque encuentra algo cómicos los escrúpulos de su socio.

Marimar se ríe, como si se hubiera levantado un día de Reyes y el salón estuviera lleno de juguetes.

—¿Cuánto?

—Ya te lo he dicho.

—Dímelo otra vez, que me gusta escucharlo.

—Diez millones, pero hay que apartar la mitad para Leo, por mucho que diga que no quiere tocar el dinero.

Están algo achispados y también eufóricos. Juntos desde los diecisiete años, con tres hijos —la menor, Laura, de pocos meses—, su vida no ha sido fácil. Se casaron en contra del parecer de sus familias, ambas de extracción muy humilde, agricultores en el caso de Marimar, tenderos del mercado en el de Alberto, y remaron mucho para salir adelante por sus propios medios. Ella ha sostenido la exigua economía familiar trabajando en los hoteles de Marbella, sus jornadas eternas limpiando habitaciones han sufragado la carrera de Derecho de Alberto y todavía pagan buena parte del alquiler del bufete. Sin embargo, Marimar siempre ha tenido fe en él:

estaba convencida de que Alberto iba a triunfar, que iba a sacar a la familia del diminuto piso donde viven en Manilva, lo único que se pueden permitir. Y, ahora, ese dinero le da la razón.

—Podemos comprarnos un piso en Marbella —sueña Marimar en voz alta.

—Yo me esperaría. Es mejor que seamos prudentes. De momento, lo que sí puedes hacer es dejar de limpiar la mierda de los turistas.

Brindan por el futuro, radiantes. Por muy exótica que sea la decoración, la pareja es el centro de las miradas en el Hong Kong, el restaurante chino donde han decidido celebrarlo. Marimar y Alberto son jóvenes y guapos, están llenos de una energía contagiosa. Se besan, enamorados. Él se plantea cancelar la cena, coger una habitación en cualquier hotel y pasar la noche haciendo el amor con su esposa.

—¿Alberto Pastor? Perdonen que interrumpa.

Una mujer asiática se ha acercado a su mesa. No debe de ser muy mayor, quizá no tenga ni cuarenta años, pero sus ropas —una falda larga de cuadros y una blusa gris sacada de un mercadillo— y el pelo recogido de cualquier manera hacen que parezca una anciana.

—Me llamo Mei, aunque aquí me conocen como Hermana Mei. Hoy le he mandado un obsequio a su oficina, espero que no le haya molestado. Solo quería que supiera que estoy muy agradecida por lo que ha hecho por Qiang.

Habla un español fluido, puede que lleve años en España, aunque Alberto no la había visto nunca en Marbella. La comunidad china ha ido creciendo de manera silenciosa. Lo que sucedió con Qiang es una excepción: se mantienen tan lejos de los vecinos del pueblo como de los problemas con la policía.

—Era mi obligación como abogado.

—Yo estaba fuera de España cuando sucedió —le dice Mei, como si su presencia hubiera hecho que todo fuera diferente, que el chino fallecido siguiera con vida—. Qiang tiene mucho que aprender todavía, pero nació en el condado de Qingtian igual que yo, me siento responsable. Y ahora estoy en deuda con usted.

—Creo que su deuda ha quedado saldada con el envío a mi despacho.

—En el negocio necesitamos abogados, no para asuntos tan tristes como el de Qiang: simples contratos, licencias, compra de locales... ¿Podría contar con usted? Me vendría bien un abogado español para tratar con las autoridades locales. A una emigrante como yo le cuesta a veces entender cómo funciona este país.

—Estaré encantado.

La Hermana Mei les dice que están invitados, les recomienda que prueben la pata de cerdo al estilo Qingtian y se despide con una respetuosa reverencia. Marimar tiene que hacer un esfuerzo para contener su felicidad hasta que ella está lejos.

—¿Qué acaba de pasar?

—Que vamos a tener ese piso en Marbella antes de lo que pensábamos —sonríe Alberto. Está seguro de que su suerte ha cambiado.

Los meses siguientes son una locura en el bufete, tienen más trabajo del que pueden asumir, se ven obligados a contratar a dos becarios para hacer frente a todo. Además, Leo se niega a trabajar en nada que tenga que ver con su nueva clienta china.

—Son contratos como los de cualquier otro negocio: alquileres, licencias... —Pero la insistencia de Alberto no agrieta la postura de Leo.

—Nos conocemos desde hace años. Puedes ser muchas cosas, Alberto, pero no eres ningún ingenuo. Es dinero sucio, vendrá de las drogas o de la extorsión. Quién sabe si no está conectado con alguna tríada china.

La ruptura entre los dos socios no tarda en producirse. Leo se queda con el piso interior de Ramón y Cajal, Alberto se muda a un bonito despacho en un edificio de estilo andaluz de la plaza de la Victoria. Uno seguirá con los casos del turno de oficio y las multas, el otro trabaja casi en exclusiva para la Hermana Mei. Leo presume de integridad y Alberto de éxito; la amistad entre los dos, forjada desde los primeros días en la facultad en Málaga, se mantiene unos meses a base de llamadas ocasionales y de alguna que otra cerveza. Hasta que dejan de acudir juntos a la partida de dominó y decae la costumbre de tomar el aperitivo en el bar del mercado. La amistad se rompe sin discusiones, sin gritos, sin una charla serena. Una distancia sorda se impone entre ellos y deja un rescoldo de inquina en las brasas de lo que fueron. Si se cruzan por las calles de Marbella, se saludan con un gesto frío.

La Hermana Mei —Alberto ha aprendido que lo de «Hermana» es una especie de título informal, el modo en que la comunidad china reconoce su autoridad, algo así como el padrino de los italianos— no le ha mentido: la mayor parte del trabajo tiene que ver con licencias de importación, compras de locales y, de vez en cuando, algún permiso de obras. Por eso le extraña su llamada para que la acompañe a una negociación en una urbanización de lujo auspiciada por ella en San Pedro de Alcántara. No sabe qué tiene que hacer allí, solo que el socio de la Hermana Mei, un constructor local, se ha pasado del presupuesto y acumula retrasos.

Viajan en el asiento trasero de un Mercedes algo antiguo que conduce Qiang, silencioso como siempre. Aunque Alberto le haya evitado una condena de cárcel, mantiene con él una reserva hosca y una presencia casi invisible.

—Quería hablarte del guanxi*, una tradición de mi país. En español se traduce como* corrupción*, pero no es eso. Lo más cercano para explicártelo es un refrán: «Amor con amor se paga». Tú me ayudas a mí, yo a ti; tú me cuidas a mí, yo a ti. Si me demuestras que puedo confiar en ti, tendrás mi vida en tus manos y yo la tuya en las mías. Para siempre, ¿me entiendes?*

—Los españoles somos duros de mollera —se ríe Alberto.

—Tú no eres como los demás.

La frase es halagadora, pero Alberto detecta el aroma del peligro. Si hubo algún momento en el que dar marcha atrás, es probable que fuera ese. «Tú solo tienes que estar aquí para ver todo lo que suceda y, si algún día te preguntan, contar la verdad», le dice Mei cuando están llegando a la urbanización. Qiang aparca en un solar donde se acumula material de obra.

—¡Los chinos me tocáis la polla! —El constructor con el que se reúnen es un hombre colérico que trata con desprecio a la Hermana Mei. Ella lo acusa de haber desviado parte del presupuesto—. Los cojones, yo no me lo he llevado crudo. ¿Quieres que termine la obra? Paga más.

A un gesto de Mei, Qiang coge una pala arrumbada junto a un saco de cemento y golpea con ella al constructor, que se desploma con la nariz rota. No tiene tiempo de dolerse de la fractura, porque Qiang descarga una serie de diez o doce golpes más en su cabeza, que termina hecha añicos. «Parece un tarro de mermelada destrozado», piensa Alberto, en plena parálisis por el horror que

acaba de presenciar. ¿Este es el hombre al que ha evitado la pena de prisión? Tal vez tenía razón Leo con sus dudas morales.

—Si alguien te pregunta, di la verdad: a esta hora, los tres estábamos en tu despacho, discutíamos unos contratos —le recuerda Mei.

Cuando llega a la casa en Nueva Andalucía donde se acaban de mudar, la encuentra vacía. Marimar se ha ido a la playa con los niños. En la terraza, se sirve un whisky, pese a que son las once y media de la mañana. Necesita detener el remolino de sentimientos que se agolpan en su interior. Culpa, miedo, pena por ese hombre al que ha visto morir, por su familia. Mientras saborea el whisky, se pregunta cómo aplastar esas reacciones; lo único que importa es la cantidad de dinero que le pagará la Hermana Mei por cumplir con el guanxi*, esa cadena de favores a la que sabe que ya está atado de por vida. Por eso, cuando unos días después unos policías se presentan en el bufete para preguntarle dónde estaba el martes a las diez y media, no titubea.*

—Aquí, en mi despacho reunido con Zhang Mei y un empleado suyo, Qiang.

El agradecimiento lo trae el mismo mensajero chino que hace meses le llevó los rollitos de primavera al bufete que compartía con Leo. Junto a una botella de baijiu*, un licor marca Wuliangye, hay una nota, «El amor con amor se paga», y un paquete con diez millones de pesetas en billetes de diez mil. Desde niño, había visto cómo Marbella crecía y se inundaba de dinero, cómo los ricos celebraban fiestas a las que Marimar y él nunca estaban invitados. Eso se ha terminado para siempre.*

«Si un día vuelve Michael Jackson a Marbella —piensa—, estaré en primera fila».

1

—¡¿Un robo en casa?! ¿Quién coño roba en el barrio de Lagunillas? Se roba en un chalet de La Malagueta, del Limonar, no en un piso de Lagunillas. ¿Os estáis riendo en mi puta cara?

La rabia ha levantado un dique contra el dolor. Aras no quiere contenerse cuando la policía le relata la reconstrucción de los hechos. Lanza la silla donde estaba sentado, que se estrella contra la pared del despacho de la comisaría. Los dos inspectores se ponen en pie, el más joven está tentado de empuñar su arma, son conscientes de que serían incapaces de reducirlo.

—¿Y por qué no me acusáis a mí? Puestos a decir gilipolleces, a lo mejor he sido yo el que ha matado a mi exmujer y a mi hija.

—Señor Rodríguez, ¿por qué no se tranquiliza y se sienta?

—Me llamo Babayan. Aras Babayan —remarca negando el apellido de su padre—. Y no, no pienso tranquilizarme.

Se asfixia en ese despacho. La mirada perezosa de los agentes, como dos perros vagabundos hartos de reyertas, le convence de que solo quieren cerrar el caso lo antes posible e irse a dormitar a sus casas. De no ser por el testimonio del vecino borracho que le abrió la puerta, le habrían colgado el doble crimen a él.

—Llamadme cuando sepáis algo que tenga sentido.

Sale de la comisaría empujado por la furia. Le bastaría un motivo absurdo, una mala mirada, un traspiés con un transeúnte, para meterse en una pelea. Golpear a alguien hasta matarlo se le figura una manera perfecta de descargar la ira que electrifica cada

centímetro de su cuerpo. Pero tiene que ser sensato. Tiene que domar sus impulsos: ¿quién va a vengar a Flor si él se pierde?

Camina a paso rápido, sin rumbo, cruza la plaza de los Cristos mientras rumia la explicación que le ha dado la policía: un atraco. Alguien irrumpió en la casa, en un forcejeo mató por accidente a su exmujer, a Raquel. La empujó y, al caer, tuvo la mala suerte de golpearse la nuca contra una mesa del salón. Su hija debió de presenciar la escena y se encerró en el baño. Ese fue el momento en el que lo llamó. Pero Aras estaba demasiado lejos, no podía hacer nada para evitar lo que sucedió a continuación. El ladrón reventó la puerta del baño de una patada y cogió a Flor del pelo. Estrelló su frente contra la loza del lavabo al menos cuatro veces, hasta matarla. Puede que tomara esa decisión porque ella lo había visto, porque tenía miedo de que su hija pudiera denunciarlo a la policía.

Su deambular lo arrastra por el barrio de La Goleta para desembocar en el laberinto de calles del centro. Un yonqui, le dijo el policía más joven: «La heroína está repuntando. Hacen cualquier cosa por una dosis; atracar un piso de Lagunillas o de Palma-Palmilla. Hasta les roban el monedero a las ancianas en el Mercadona». Imbécil. Aras no es consciente de que lo ha dicho en voz alta: ¿qué yonqui es capaz de reventar una puerta de una patada? ¿Qué adicto puede romperle la cabeza a una adolescente contra la loza? Si apenas tienen fuerzas para mantenerse en pie.

«Estás solo», se dice Aras. Ha empezado a sudar y las ideas que atraviesan su mente no hacen sino encender aún más la rabia. «Entraría buscando joyas o dinero de su exmujer», le ha dicho el policía más viejo, el que supone al mando. Raquel no tenía joyas y no cree que encontraran más de cincuenta euros en su bolso. Pero a los policías les ha bastado esa justificación absurda. ¿Y si no son dos vagos, sino dos corruptos a sueldo? Por un instante, se plantea dar

media vuelta. Ir a la comisaría y esperar a que los policías terminen su turno. Asaltarlos en el aparcamiento o cuando lleguen a sus casas. Hundirles un puño en el estómago que les haga vomitar, seguir pegándoles hasta que le digan quién los ha comprado para enterrar este caso.

Sin embargo, no lo hace. Se ha quedado paralizado. No sabe cómo, su paseo lo ha llevado hasta la plaza de San Ignacio. Allí discutió con su hija, había bebido demasiado y, una vez más, la había defraudado. Recuerda lo guapa que estaba, se empezaba a convertir en una mujer hermosa y fuerte. El dique que había levantado contra el dolor se resquebraja y, como una avalancha, las instantáneas de su niña cuando era un bebé, cuando la recogía del colegio, su sonrisa una Navidad, un abrazo, el olor de su pelo, la suavidad de sus manos, su gesto de orgullo entre el público del Marbella Arena, todo cae sobre él, hasta la imagen de su cara deformada por los golpes, muerta. Estalla en un llanto que le impide respirar. Se apoya en una pared para dejarse caer al suelo. Siente que su cuerpo no será capaz de soportar tanto dolor, que su corazón reventará en cualquier momento y piensa: «Por favor, que así sea».

—¿Estás bien?

Un niño se ha acercado a él. Lleva una pelota bajo el brazo, la boca sucia de chocolate. Aras compone lo que él piensa que es una sonrisa. «¡Mateo!», oye que lo llama la madre, puede que temerosa de que su hijo se acerque a alguien como él. El niño obedece y se aleja para refugiarse en la cintura de su madre. ¿Por qué él no estaba en Málaga? ¿Por qué no pudo proteger a Flor?

«Papá, vienen a por mí...», eso fue lo último que escuchó. Luego los ruidos, la melodía de un móvil, los gritos. Si hubiera grabado la llamada, ahora podría escarbar en ella para buscar alguna pista que le señalara el camino.

Se pone en pie. Es posible que la mayoría de la gente de la plaza esté mirándolo. Tampoco le importa. Ahora se enfrenta al penoso rito de la despedida: mañana le entregarán el cuerpo de su hija, cuando hayan terminado la autopsia. Entonces podrá velarla, incinerarla, enterrarla. Tiene que avisar a sus amigas, ¿o eso lo hará la familia de su exmujer? Recuerda que una vez Flor le habló de Berta; una compañera del instituto que trabajaba algunas tardes en una tienda de ropa de bebé en la calle Salinas.

Cruza la riada de turistas que desciende por Larios, va fijándose en los escaparates, no recuerda el nombre del sitio. La calle Salinas se estrecha a medida que avanza por ella, como un embudo. En la curva que descubre al fondo la torre de la catedral, encuentra la tienda. A través del cristal del escaparate ve a una chica de la edad de Flor. No hay clientes a esas horas y, no sabe si aburrida o triste, ella juguetea con el móvil al otro lado del mostrador.

Se siente ridículo nada más entrar, al verse rodeado de vestidos y peleles hechos a mano, rosas, blancos y azules, patucos y faldones. Huele a Nenuco. Berta levanta la mirada de su móvil y debe de reconocerlo, porque de repente sus ojos se humedecen y sale para darle un abrazo.

Es el primer abrazo que recibe desde que su hija murió.

Aras ha esperado a la hora del cierre. Acompaña a Berta hasta Lagunillas, ella también vive en el barrio de su hija. Aunque sea una extraña, a Aras le ha resultado reconfortante poder hablar de Flor con alguien que la conocía, alguien que la quería. Se han reído cuando Berta ha recordado anécdotas del instituto; un tonteo con un chico, un examen en el que copió, la primera vez que dieron una calada a un cigarrillo. Mercedes Guillén era una idiota que se cebó

con Flor, intentó hacerle *bullying*, hasta que un día ella la esperó a la salida del instituto y le dejó las cosas claras. Merceditas se fue a casa con tres dedos rotos.

—Sin embargo, desde hace unos días, estaba asustada —le confiesa Berta.

Se han sentado en un banco de la plaza de la Victoria, lo que llaman el Jardín de los Monos.

—A Flor le gustaba venir aquí, decía que antes había monos, que los robaron para llevarlos a Gibraltar. ¿Será verdad?

—No creo. —Aras no quiere que Berta entierre esas sospechas que acaba de exponer—. ¿Por qué crees que tenía miedo? ¿De quién?

—No sé. El otro día, cuando salía con Flor del instituto... Joder, parece mentira que esté hablando así. «El otro día». —Un nudo en la garganta impide a Berta continuar. Aras la coge de la mano, a él también le cuesta contener las lágrimas—. Había un hombre calvo, muy cachas, estaba en una moto y..., no sé... A Flor le dio mal rollo, como si lo conociera.

—¿Se había metido en problemas? No tengas miedo, Berta, cuéntamelo. Necesito saberlo. Si Flor iba con gente poco recomendable.

—Conseguimos unas invitaciones para el Casino Benamar. —Aras tiene que hacer un esfuerzo para no interrumpir el relato de Berta. Hace tan poco, en la plaza de San Ignacio, Aras vio esa invitación, le pidió que no pusiera un pie en el casino—. Nos las había dado un tío que conocimos una noche que salimos por Marbella. A las dos nos hacía ilusión: nunca habíamos ido a uno de esos sitios de lujo y nos compramos unos vestidos con lo que teníamos ahorrado. La noche empezó bien, divertida. Nos entraron dos hombres mayores; nosotras no queríamos hacer nada con ellos, solo cenar en el casino,

beber un poco, mirar a toda la gente que va por ahí... Flor y yo teníamos una seña si la cosa se ponía rara para salir corriendo, pero ya sabes cómo era, no sabía callarse. Esos tíos empezaron a reírse del combate en el Marbella Arena, le dijeron que tú eras un borracho y un pringao... y Flor le tiró una copa a la cara. El tío no se cortó, le soltó una hostia. No se lio más porque llegó la seguridad del casino.

Aras se ha quedado congelado. Recuerda la pequeña brecha que cruzaba el pómulo de Flor cuando lo visitó en el vestuario. Le dijo que se había dado con una puerta. El hielo que está quemándole por dentro le dice que, de una manera de la que todavía no está seguro, él es responsable de lo que ha pasado. Que sin él, hoy Flor estaría viva.

—Desde esa noche, Flor tenía miedo: yo creo que pensaba que ese tío iba a ir a por ella.

—¿Quién era ese hombre?

—Nosotras no sabíamos que era tan importante, nos enteramos después.

—Su nombre, Berta.

—Uno de los Huérfanos. Liam Burke.

2

—¿Quiere algo de beber mientras aviso al señor?

—Un agua con gas, si eres tan amable.

Laura no conoce a la chica marroquí, uniformada, que le ha abierto. Lleva veinte años sin pisar esta casa y Jasmina no tiene más de veintitrés o veinticuatro. Todo ha cambiado, le resulta imposible encajar el enorme espacio en el que espera con el salón de su memoria, cuando era una adolescente y pasaba horas tumbada en el sofá viendo capítulos de *Sexo en Nueva York*. Ahora la distribución es diferente, nota la mano de un interiorista que lo ha amueblado para que resulte fotogénico, no para vivirlo. Unos soldados de terracota sobre una consola, regalo de la Hermana Mei, son los únicos supervivientes de aquel salón del pasado; no le gustaban entonces y tampoco le gustan hoy. Las reproducciones de los guerreros de Xiam le provocaban una inquietud cuyo origen no era capaz de definir, como si la estuvieran vigilando. Hoy sabe que esa intuición de la adolescente tenía una base: la Hermana Mei es la sombra que envuelve Marbella. Su nombre apareció en la instrucción del caso contra Trevor Strummer, está por encima de los Huérfanos, como supone que también está por encima de su padre.

Jasmina le trae el agua con gas y le adelanta que pasarán muy pronto al comedor, antes de disculpar el retraso de su padre. «Ojalá no viniera nunca», piensa Laura. No pegó ojo la noche pasada. Insomne, se sumergió en el caso de Strummer, la declaración de Melca; intentaba mantener su pensamiento lejos de su padre, de la

inminente comida en la casa de su infancia, pero con una recurrencia masoquista caía una y otra vez en él, en Alberto Pastor. En la incapacidad física que sentía en su presencia, como si, en lugar de su padre, tuviera que sentarse junto a un cadáver putrefacto, como si la mano que posó sobre ella no fuera más que huesos.

Pasea por el salón entre obras de Jaume Plensa y Manolo Valdés, cuadros de Barceló y Saura, un Tàpies con tonos ocres. Quiere ahuyentar la ansiedad que anida en su interior. Se detiene delante de un aparador de líneas nórdicas donde destaca una fotografía enmarcada en plata de sus padres, cuando eran muy jóvenes, puede que ni siquiera hubiesen cumplido los treinta: posan en alguna calle del casco antiguo de Marbella, cogidos de la cintura, enamorados. Alberto vestido con un traje que le sentaba como a Marcello Mastroianni en *La dolce vita*. Marimar se estaba riendo con una transparencia infantil, seguro que su padre había provocado esa risa, le llega el eco de aquella felicidad que Laura también vivió cuando era solo una niña, como si sonara en alguna de las habitaciones interiores de la casa.

—¿Pasamos a comer?

A Laura le sorprende la presencia de Sergio. Su hermano se acerca a darle dos besos, y al verlo en un traje de corte italiano que seguramente ha costado una fortuna le asalta el pensamiento de que no es más que una mala imitación de su padre en la fotografía.

—No sabía que ibas a estar en casa.

—Papá te ha preparado una encerrona —le dice con una sonrisa.

A ella, la broma de Sergio le suena a amenaza.

—Después de tantos años, es lo mínimo que merezco. Pero tened en cuenta que mi teléfono siempre está geolocalizado por la policía. Por si se os ocurre hacerme cachitos y tirarme a la basura.

—Lo hemos pensado, pero deshacerse de una fiscal da muchos problemas. Se van a enfriar los entrantes.

Sergio se aparta para señalarle el camino al comedor. Laura se ha visto alguna vez con Nata y de manera más habitual con Dani; sin embargo, a Sergio llevaba sin verlo desde que se marchó de Marbella. Han hablado por teléfono, cada vez con menos frecuencia; se han enviado fotografías; ella ha mandado regalos a los hijos de Sergio por sus cumpleaños, en cumplimiento de una tradición absurda que no podía romper. Nunca se entendieron, ni siquiera cuando eran adolescentes, y Laura sabe que esta visita no va a cambiar las cosas.

—He empezado ya, que me muero del hambre —los avisa Nata, que está sentada a la mesa dando cuenta de un plato de almejas al vapor y con una copa de vino blanco en la mano. Se ha puesto un pareo por encima del bikini, el suelo a sus pies está mojado, debe de venir directamente de la piscina climatizada.

—¿No podías secarte y vestirte un poco para la comida?

—Ay, Sergio, de verdad, cariño: ¿cuándo te metieron el palo por el culo para que seas siempre tan estirado?

Laura contiene la risa mientras se sientan. Sergio bufa, no es difícil adivinar que, si de él dependiera, Nata no solo estaría fuera de la casa, sino también del país.

—Ten cuidado la próxima vez que hagas una visita a tu cirujano, Nata —le dice Sergio mientras sirve una copa de tinto a Laura—. La gente tiene accidentes con la anestesia. No quiero que tengas que vivir el resto de tu vida con un pañal.

—Ni caso, Laura: si Sergio me escuchara y cogiera una cita con mi terapeuta, tendría un enfoque mucho más holístico de la vida. Sería más feliz. Pero está empeñado en ser un amargado. ¿O es que estás

así por el combate del Marbella Arena? Pobrecito: no siempre se puede ganar. Antes o después tendrás que aprender eso.

Sergio se queda mudo. Deja la copa de vino en la mesa. Su gesto de superioridad se ha desvanecido y Laura se pregunta qué fibra ha tocado Nata para congelar a su hermano de esa manera. Cuentas pendientes, venganzas privadas, no lo sabe, tampoco le importan demasiado los dramas subterráneos de su familia.

—Ponme una copa, Sergio —dice Alberto al irrumpir en el salón—. Hay que brindar por tener de regreso a Laura.

Ella aparca la tentación de aclarar que no está de regreso. Que si ha acudido a esta casa solo ha sido porque no quiere volver a Madrid con las manos vacías. Necesita algo para demostrar que ese patriarca que se sienta ufano a la cabecera de la mesa, consciente de su atractivo otoñal, es el responsable del asesinato de Víctor Zamora y de que su madre esté en la cárcel. Resultaría torpe decir algo así, de modo que se refugia en el vino y en fingir que come algo de los diferentes platos que va sirviendo Jasmina.

Reina una atmósfera frívola que, conforme avanza la comida, enferma a Laura: ¿es que todos han olvidado que Marimar está en una prisión? El sol malagueño atraviesa los ventanales e ilumina ese comedor vestido de blanco. Las conversaciones viajan del último restaurante de moda en Marbella a una subasta donde Sergio quiere comprar una obra de Susana Solano o la maña que tiene la nueva cocinera para clavar el punto de los pescados. Alberto cuenta una anécdota de Luisita la Larga, su pareja de petanca y famosa por su habilidad para sisar la cartera a los turistas, que arranca las risas de Nata y Sergio. Laura detesta esta normalidad y apenas encuentra fuerzas para intervenir. La exaspera el narcisismo infantil de su hermana, las miradas censoras de Sergio, que desde que tuvo ese intercambio con Nata vigila cada uno de sus movimientos, como un

entomólogo analizando el comportamiento de un insecto, el parloteo desenfadado de Alberto, la perfecta imagen del padre orgulloso de una familia bien avenida. Ojalá los platos que había traído Jasmina estuvieran bañados en raticida y, de pronto, su familia empezara a vomitar sangre hasta derrumbarse sin vida sobre la mesa.

—¿Nos tomamos el café en el jardín? —le propone su padre cuando la criada recoge los postres.

—Apenas has comido —le hacer notar Alberto.

—Me parecía de mal gusto irme a mitad de la comida para vomitar —ironiza Laura—. Ya comeré algo cuando vuelva a Madrid.

—¿Has tenido una recaída?

—Nunca me levanté, papá, ¿no sabes eso? La anorexia es para toda la vida, como tu adicción al dinero. Eso no se cura. Se aprende a vivir con ello.

—No te he pedido que vinieras para discutir.

—Me dijiste que ibas a contarme algo de esos rusos: de Gorbachov y de Putin. Ya hemos hecho el teatro de la familia feliz. ¿Vas a alargarlo mucho más?

Se han sentado en una zona en sombra del jardín, al lado de la piscina y rodeados de rosales. Corre una brisa fresca. Estos últimos días el calor está dando una tregua. Jasmina trae los cafés y un plato con galletitas que ninguno probará.

—He hablado con el director de la prisión —dice Alberto cuando la criada se ha marchado—. Por eso he llegado tarde a la comida. Tu madre está vigilada. Hay una presa de confianza en su celda.

—Mi madre no debería estar ahí.

Laura mira con rabia a Alberto, aprieta los dientes, la representación del marido afligido la hiere tanto como si le hubiera

soltado un guantazo.

—Los dos somos abogados: hay una acusación de homicidio, una orden de prisión sin fianza. No va a ser fácil conseguir su libertad. He intentado contratar al mejor penalista del país, pero...

—Mamá ya tiene a un buen abogado: Guillermo Arias.

—Un buen abogado no es el mejor. Laura: el futuro de tu madre está en juego.

La postura de su padre le parece demencial, que sea capaz de colocar su preocupación por encima de la de Laura. ¿Y si se deja de subterfugios ella también? ¿Y si le escupe a la cara que es un asesino, que sabe que él diseñó esta emboscada para castigar a Marimar?

—Mi madre no cometió ningún asesinato. Todo esto ha sido una trampa.

Alberto pierde la mirada en los reflejos que el sol dibuja en la piscina. «Marimar», murmura, pero luego guarda silencio, como si buscara el valor para seguir hablando.

—Hace mucho tiempo que te marchaste, Laura. Tu madre ha cambiado. Es culpa mía no haberme dado cuenta antes de lo que estaba pasando, no le di la importancia que se merecía. Yo pensaba que podía ser una depresión, no llevó bien la menopausia y hace años que toma ansiolíticos, pero la cosa fue a peor: empezó a tener un comportamiento errático, imaginaba conspiraciones, se inventaba que yo confabulaba contra ella...

—La engañabas con otras mujeres.

Él abre los brazos, como restándole importancia.

—Siempre he estado con otras mujeres, pero eso no significa que dejara de amar a tu madre. Era nuestro pacto.

—¿De los dos? ¿Seguro? ¿O fue algo que mamá se tuvo que tragar?

—¿Crees que Víctor Zamora es el primer amante que tiene? Hubo otros. Menos ruidosos, desde luego. No sé cómo pudo enredarse con él: tuve que despedirlo del casino porque era un ludópata y porque nos estaba robando. Supongo que fue otra de las malas decisiones de Marimar. En el último año, empeoró: podía pasarse dos semanas sin levantarse de la cama y, de repente, salir para gastarse una fortuna en vestidos y joyas. Después, llamaba a la policía para denunciar robos que no se habían producido. Quería despedir a todo el servicio. Fui un idiota: pensaba que intentaba llamar mi atención, cuando lo que pasaba era que estaba atravesando una crisis. No sé qué enfermedad tiene, cariño, pero sí sé que lo que más necesita es un psiquiatra. Y si no pueden asignarle uno en esa prisión, tendrán que trasladarla a otra.

Laura no sabe qué responder: la confesión de su padre parece sincera y de pronto se presenta ante sus ojos como un aliado fiable, tanto como aquel hombre que, cuando era una niña, la enseñó a nadar en la piscina. Podía confiar en él porque estaba segura de que nunca dejaría que se hundiera. El mismo hombre que besaba a su madre cada mañana, cuando desayunaban juntos antes de que los niños fueran al colegio y él, al bufete.

—No supe estar a su lado. Ella se sentía muy sola y yo no supe estar a su lado. ¿Con quién podía contar? —continúa Alberto—. Su hija mayor es un desastre que no sabe qué hacer con su vida y que solo piensa en sus amantes y en la próxima operación de estética. El pequeño desperdicia su vida con turistas que quieren jugar a ser el comandante Cousteau y, cuando no trabaja, está pegado a esa chica en silla de ruedas. Tu hermano Sergio vive para el casino y para sus críos. Y tú..., bueno, tú, Laura, tú no existías. ¿A quién tenía Marimar? A nadie. Se fue hundiendo sin encontrar ninguna ayuda.

La culpa va creciendo dentro de Laura: la descripción que acaba de escuchar de la vida de su madre no es ninguna locura. El abandono emocional donde estaba atrapada tuvo que ser duro y ella también es responsable: por protegerse de Marbella, le dio la espalda. Pero de repente siente que se está dejando llevar por una de las artimañas de Alberto; su padre ha conseguido colarse en su cabeza para plantar una semilla de desconfianza hacia su madre. Pero no va a funcionar. Recuerda los días que pasó con Marimar en Madrid, su desamparo y su miedo al principio, la felicidad cuando creyó que había cortado el lazo con su terrible marido.

—Ella solo necesitaba alejarse de ti —se revuelve—. ¿Vas a decirme lo que sepas de esos rusos o vas a seguir lloriqueando como una plañidera?

Alberto sonríe. Da un sorbo a su café, que ya se ha enfriado. Le gusta la inteligencia de Laura, le gusta que haya derribado la figura paterna del pedestal.

—Gorbachov y Putin. Hace mucho que no sé nada de ellos.

—No es lo que me han contado a mí.

—¿Prefieres creer a esos hijos de puta de los Huérfanos antes que a tu padre? Llevas el caso de Trevor Strummer: sabes qué tipo de personas son.

—Prefiero creer a cualquiera antes que a mi padre.

—¿Qué te han dicho? ¿Que los rusos trabajan para mí? No es verdad. Putin y Gorbachov organizan algunas veladas de boxeo en el Marbella Arena, nosotros movemos apuestas deportivas en el casino, esa es toda la relación que tengo con ellos.

—¿Para esta mierda he tenido que tragarme toda una comida? Me dijiste que me hablarías de ellos.

—Si te hubiera pedido que vinieras para hablar de mamá, ¿lo habrías hecho?

Laura se da cuenta de que no va a sacar ninguna información de su padre. Tiene que volver a Madrid y lo hará con las manos vacías. Solo hay una cosa que cree que ha cambiado: su miedo paralizante a Alberto Pastor. Cuando se levanta y lo mira sentado en la silla del jardín se le antoja un seductor trasnochado, de una época que ya no existe. Ha dejado de asustarla.

—¿De verdad crees que yo lo organicé todo? —le pregunta él cuando ya se está alejando—. ¿Me crees capaz de hacerle eso a tu madre?

Nata ha debido de contárselo. Cometió el error de confiar en ella. Alberto da un nuevo sorbo a su café y ni siquiera la mira cuando ella se marcha sin responder. A cada paso en la hierba del jardín, se reafirma: su padre es capaz de hacerle eso a su madre y cosas mucho peores. Un hombre anticuado, puede ser, pero peligroso todavía.

3

Sergio ha conducido con su Brabus hasta el Mirador del Higuerón, desde allí se ve bien el peñón de Gibraltar. No es que tenga nada especial, aparte de las bonitas vistas, solo que allí llevó su primer coche el día que su padre se lo regaló. Fue en el año 2000, con el carnet de conducir aprobado el día anterior, un Golf GTI blanco. Se sintió libre por primera vez, libre para ir adonde quisiera, subir por las carreteras de la sierra, llegar a Ronda, ir a Málaga o a las playas de Cádiz, salir de Marbella, donde solo era el hijo de Alberto Pastor.

Después de la comida, antes de irse a hablar a solas con Laura, su padre le había pedido que lo esperara en el despacho. Los vio charlar en el jardín y pensó que ella, más delgada, aunque sin ser el esqueleto que abandonó Marbella hacía veinte años, se parecía a su madre, igual que Dani. Él, en cambio, había heredado los rasgos del padre. No fue capaz de decidir a quién se parecía su hermana Nata, quizá a la madre del cirujano plástico que le había hecho todos los retoques.

Su padre entró malhumorado en el despacho. Laura lo alteraba. Siempre lo había hecho, desde que era una adolescente. Y, después, a lo largo de los años, una simple mención porque había terminado la carrera o había aprobado las oposiciones le torcía el gesto. Sergio esperaba que su paso por Marbella fuera lo más fugaz posible: no le apetecía soportar los cabreos de Alberto por una hija que lo había despreciado.

—He hablado con la policía. —Sergio quería sonar tranquilizador—. Están tratando el homicidio de la hija y la exmujer de Aras como un robo con violencia. Alguien tendría que decirles a esos rusos que no hacía falta llegar tan lejos. ¿Quién ha sido? ¿Putin o Gorbachov?

—A los rusos les diré lo que me salga de los huevos.

Su padre se sirvió un whisky y se dejó caer en el sillón junto al ventanal.

—¿Cómo coño le vamos a pagar a la Hermana Mei el dinero que le debemos? Treinta millones —murmuró Alberto—. ¿Qué puedo hacer? ¿Vender mi participación en el casino? Ni siquiera creo que eso lo cubra: tendría que hipotecar esta casa porque esos putos Huérfanos nos han metido un topo que somos incapaces de encontrar. ¡Porque no podemos organizar ni una apuesta más!

La protesta de Alberto se transformó en ira. Sus gritos resonaron por la casa. Más de cuatrocientos metros cuadrados habitados solo por el servicio, que ya estaba acostumbrado a las explosiones de Alberto y, también, a no prestar atención a nada de lo que dijese. Por su propio bien. Sergio, sin embargo, no pensó que estuviera tan atormentado por la presión de la Hermana Mei: le dio la impresión de que había encontrado una excusa para dejar escapar su rabia, que en realidad venía de la conversación con Laura.

—He investigado a Souza y está limpio. Perdió casi un millón de euros en el combate de Aras —le dijo cuando notó a Alberto más tranquilo.

—Me da igual. No quiero volver a trabajar con él.

Sergio prefirió no defenderlo en ese momento, pero tendría que hacerlo. João Martins Moreira Souza, el representante portugués de deportistas, era la figura clave en los amaños de las apuestas. Su cartera de representados incluía a futbolistas, jugadores de ping-pong, tenistas o jinetes de concursos hípicos, y muchos estaban

dispuestos a fingir una lesión o a dejarse ganar un partido a cambio de unos euros.

—Hoy, mientras comíamos, Nata me ha dicho algo que me ha hecho pensar. —Comprobó que tenía la atención de su padre antes de continuar—. Se ha reído de que el combate de Aras no saliera bien, y yo no le había contado nada. Supongo que tú tampoco.

—¿Desde cuándo se puede discutir algo serio con tu hermana?

—En realidad, no es tan difícil que lo supiera: siempre está vagando por la casa, ha podido escucharnos...

—¿Qué coño estás insinuando?

—No digo que lo haga a propósito, pero ¿qué vida lleva Nata? Es un caos: sale, bebe, se mete de todo, vuelve a casa con el primero que encuentra. ¿Quién te dice que no se haya ido de la lengua? Muchas veces no se acuerda ni de con quién ha estado: ¿y si alguien se está aprovechando de ella? Saben que es nuestro punto débil.

Alberto rumió en silencio la teoría de Sergio. No podía negarla, coincidía con él en que la vida de Nata era una montaña rusa de parejas, adicciones, subidones y descensos a la depresión.

—Creo que estás viendo fantasmas. Mejor céntrate en buscar al armenio. Tiene que aparecer, ¿o es que no va a ir al entierro de su hija?

Sergio disimuló su decepción, su padre prefería obviar la hipótesis de Nata, quizá porque él se la había planteado antes de que Alberto se diera cuenta. Nunca asumía que su hijo pudiera tener buenas ideas.

—Y otra cosa. ¿Te has deshecho ya del coche hortera que te has comprado?

—Quería hablarte de eso, papá. No sé por qué tengo que venderlo, es un coche muy bueno.

—Llama demasiado la atención. No quiero ese coche igual que no quiero que lleves un colgante de oro con un kaláshnikov. —Y con un gesto le dio a entender que la conversación había terminado.

En el Mirador del Higuerón piensa que es una tontería enrocarse con el tema del Brabus. Es un hombre con más de cuarenta años, tiene una esposa muy guapa y dos hijos sanos, una casa bonita, y, por muy mal que vayan los negocios, seguirán ganando mucho dinero. Solo tienen que conseguir aplacar a la Hermana Mei, porque tanto su padre como él saben que sus amenazas no caen en saco roto.

—¿Qué tal ha ido el día? —le pregunta a su esposa al llegar a casa.

—Como todos. En la Diputación no tenemos muchos sobresaltos. ¿El tuyo?

—No me hagas hablar.

Candela, su esposa, es gaditana, aunque vive en Marbella desde muy joven: su padre llegó de funcionario al ayuntamiento cuando ella tenía quince años. A Sergio le parece perfecta: divertida, muy atractiva, buena madre y buena esposa. Se conocieron en el casino, ella ganaba un dinero de crupier mientras estudiaba. Después terminó la carrera de Periodismo y lo dejó; ahora trabaja en el gabinete de prensa de la Diputación de Málaga. Si de algo están orgullosos los dos es de que su empleo no tiene nada que ver con el de Sergio, ni los Pastor han influido para que fuera contratada. Aunque Candela no quiere involucrarse en los negocios de su familia política, es la mejor asesora que puede tener Sergio.

—Mi padre quiere que me deshaga del coche.

—No me extraña. Es como anunciar que tienes negocios sucios. Parece el coche de un mafioso. Cómprate uno normal.

—Podrías apoyarme un poco.

—Eso es lo que hago. Intento que no acabes en la cárcel.

Aprovechan que los dos han llegado pronto a casa para bajar con los niños a la piscina de la urbanización. A Candela no le gustan los chalets y se han instalado en el piso donde vivió la familia Pastor antes de construir la casa de Sierra Blanca. Está delante de la playa de La Fontanilla, muy cerca del hotel Don Pepe. El piso es enorme y con buenas vistas, nada que envidiar a las urbanizaciones más exclusivas de Marbella.

—Un día de estos iré al concesionario, a ver cuánto me dan por él —asume Sergio—. Joder, es que no sé por qué mi padre se tiene que meter en esto. Tengo una hermana borracha, un hermano que va de hippy, otra anoréxica a la que de repente le ha dado por reaparecer y una madre en la cárcel acusada de asesinato. Y parece que lo más grave de todo es que yo me compre un puto Brabus.

—¿Laura está en Marbella? Me gustaría conocerla. ¿A qué ha venido?

—En realidad, no tengo ni idea. Puede que sea por algo de mi madre. Con suerte, ya debe de estar camino de Madrid. No va a hacer falta presentártela.

—¿Es eso lo que te tiene así? ¿Tu madre?

—Es absurdo lo que ha hecho. Una locura. Pero no sé de qué me sorprendo: no hay nadie cuerdo en la familia Pastor. Mi padre dice que está pendiente de ella; el juez que lleva el caso, Higueras, es amigo suyo de hace tiempo.

—¿Entonces?

Sergio mira a sus hijos chapotear en la piscina. El pequeño, Paquito, intenta subirse a una colchoneta. Está demasiado cerca del

borde y de repente tiene miedo de que vuelque y se golpee contra el cemento. Lanza un grito para reconvenirle y que deje de hacer el tonto. Candela se enciende un cigarrillo. No lo presiona, nunca lo ha hecho.

—Tenemos una deuda demasiado grande con la Hermana Mei. Podríamos taparla con un par de apuestas bien armadas, pero..., no sé, Candela. Nos tienen cogidos por los huevos.

No necesita explicarle más. Ya le ha hablado antes del topo que está pasando información a los Huérfanos. De cómo actúa la Hermana Mei cuando alguien incumple un pacto, cuando se rompe ese puto *guanxi* y ella decide que no está recibiendo el «amor» que merece. Candela lo coge de la mano mientras Sergio no deja de mirar a sus hijos: sabe que tiene miedo por ellos.

—Tengo que irme —dice de repente, y se despide de Candela con un beso—. ¿Me dejas las llaves de tu coche?

No es fácil anticipar las andanzas de su hermana Natalia, pero está seguro de que en algún momento saldrá de la casa en su Porsche 911 Cabrio negro. Hay que joderse que ella pueda tener ese coche sin que su padre le diga nada y que él tenga que deshacerse de su Brabus. Sergio la espera a la salida de la urbanización Sierra Blanca, en el Toyota Corolla azul de Candela. Se siente como un detective de tercera, sentado dentro del coche, pero la pista de Nata es lo único a lo que puede agarrarse.

Son las siete de la tarde cuando ve salir el Porsche. Lo sigue a una distancia prudencial. Nata aparca en un local de manicura para una sesión de uñas. Él espera con calma leyendo las noticias deportivas en el móvil. Después se dirige a las tiendas caras de la avenida Ricardo Soriano. Entra en Ruz Joyeros —allí fue donde Sergio

encargó el anillo de pedida para Candela— y sale con una bolsita. Algo ha comprado. Quizá los pendientes que lleva puestos, le parece que antes no los llevaba, luego dirá que los ha diseñado ella. La sigue a pie porque ella no vuelve a por su Porsche, pasea hasta el parque de la Constitución. No sabe adónde va, ha ido dejando atrás todos los pubs donde podría entrar a tomar algo. Debe de haberse citado con alguien.

Al llegar al aparcamiento del edificio Skol, se detiene junto a un Bentley blanco. El conductor estaba esperándola y se baja para abrirle la puerta. Su pelo desordenado y rojo es inconfundible: Liam Burke. Se saludan con un beso rápido y salen del aparcamiento. Sergio está demasiado lejos de donde ha aparcado su coche, es inútil intentar seguirlos. Pero ha tenido tiempo de hacerles una fotografía con el móvil. Sabe que, de otra forma, su padre sería incapaz de creerlo, porque, en realidad, parece una locura que su hermana se esté follando al líder de los Huérfanos.

4

Ha parado en el restaurante María Belén, a la altura de Tembleque, para tomar un café y un pincho de tortilla. Conforme se alejaba de Málaga, Laura ha ido recuperando el control de su cuerpo, como si se liberara de unas cadenas. Siente alivio, pero al mismo tiempo no deja de pensar que sus reacciones al estar cerca de su padre y su aversión a la ciudad tienen algo de ridículo. Es como una imitación cutre de Superman y su intolerancia a la kryptonita.

Cuando regresa al coche, ve que tiene varias llamadas perdidas. Se ha dejado el móvil, pero no tiene el número agendado, debe de ser cualquier teleoperador que quiere venderle algo. Arranca y conecta el teléfono para poner música. Suena la maqueta de los Corazones Salvajes, el grupo de Guillermo. Nunca se lo dirá, teme que se lo crea demasiado y la obligue a escuchar todos los días su música, pero hay algo reconfortante en esas canciones de *cowboys* y mujeres fatales en tugurios polvorientos junto a la autopista. Le hacen sentir en casa, a salvo, como si la voz de Guillermo fuera el antídoto de la kryptonita.

Vuelve a sonar el móvil, de nuevo el número desconocido, y su intención es rechazar la llamada, pero es torpe con la tecnología y consigue todo lo contrario. De repente, la voz de una mujer suena a todo volumen por los altavoces del coche.

—¡Está aquí! ¡¿Me oyes, Laura?! ¡Te he llamado mil veces! ¡Está aquí!

Le cuesta identificarla, porque sus gritos saturan el sonido, y está tan asustada que su voz no suena como si fuera la suya. La de Melca.

—Tranquilízate: ¿quién está ahí?

—¡No lo sé! Me ha seguido al salir del curro y sigue ahí abajo, en la calle. ¡¿Y si entra, Laura?!

—Echa la llave. Apártate de las ventanas. ¿Has llamado a la policía?

—¡No van a venir! ¡Les he dicho que van a matarme, pero les ha dado igual! ¡A todo el mundo le da igual! ¡Estoy sola!

—No lo estás, Melca: voy a llamar yo también a la policía. Seguro que llegan muy pronto. —Por los altavoces, ahora solo oye el ruido de la respiración nerviosa de Melca—. Hazme caso. Cierra con llave, aléjate de las ventanas. No va a pasarte nada.

El trayecto desde Tembleque hasta el barrio de Manoteras, donde vive Melca, lo hace muy por encima del límite de velocidad. Sabe que en las próximas semanas le llegará una colección de multas. Puede que no esté ganando demasiado tiempo, apenas unos quince minutos, y supone que la policía habrá llegado mucho antes que ella, pero no levanta el pie del acelerador. En el caso de otra testigo, no le habría dado crédito, pero Melca no tiene por qué fantasear cuando dice que alguien la está siguiendo para matarla. Si los Huérfanos fueran capaces de localizarla, está segura de que eso es lo que harían.

—No era más que un vagabundo. El pobre iba tan borracho que no entendía qué había hecho. Lo hemos llevado a un albergue.

En algo menos de una hora, Laura ha dejado su coche en la calle Vélez Rubio y se ha presentado como fiscal a la pareja de policías que charlaba junto a su coche patrulla. Respira aliviada, por fin. Todo ha sido un ataque de pánico de Melca.

—Gracias, de verdad.

—Nos vamos a quedar por aquí una hora o así, pero no sé si esa mujer debería tomarse una pastilla para los nervios. ¿Quiere que avisemos al SAMUR?

—No hace falta. Yo me encargo de ella.

La casa de Melca está en un bloque obrero de ladrillo visto y cinco plantas, con un ascensor anexo a la caja de la escalera, un lujo que muchos vecinos del barrio todavía no tienen. Pasa los días entre ese piso que le facilitó la fiscalía y el establecimiento de uñas postizas en la Gran Vía de Hortaleza. Una vida de reclusión que se ha visto obligada a llevar desde que se convirtió en la testigo clave del juicio contra Strummer.

—Lo dejo, no voy a testificar —le dice nada más abrir la puerta.

Tiene el rímel corrido por las lágrimas. Aunque su nivel de ansiedad ha bajado, Laura detecta un movimiento nervioso en los dedos de su mano derecha. Se pasea de un lado a otro, siempre lejos de las ventanas, como si todavía temiera que una bala atravesara el cristal y pudiera matarla.

—Me estoy volviendo loca. Cada vez que un hombre se me acerca, me salta el corazón, ¿y si es uno de ellos? Voy mirando a todo el mundo como si fueran a atacarme. Llevo dos años aquí y todavía no me he atrevido a cruzar el parque de Manoteras.

No debería hacerlo, Laura lo sabe bien: hay líneas que no se pueden rebasar. Los miedos de Melca están justificados y no terminarán con el juicio, ni siquiera con la condena de Trevor Strummer. Si fuera su amiga, le diría que hiciera la maleta y desapareciera del país, pero no lo es. Es la fiscal y su obligación es atar las pruebas suficientes para que Strummer no salga de prisión,

aunque eso convierta la vida de Melca en un infierno. Por eso se arrepiente incluso antes de decirlo en voz alta:

—¿Por qué no te vienes a dormir a mi casa? Te puedo ofrecer un buen vino y kilos de helado de Strawberry Cheesecake, no creo que haya mucho más en la nevera. Las dos necesitamos una borrachera y olvidarnos de todo por una noche.

La propuesta es extraña también para Melca, pero al menos consigue detener por un instante sus paseítos de un lado a otro del salón. Se la queda mirando con un gesto tan desvalido que Laura siente ganas de darle un abrazo. Pero un instinto de decoro le insinúa que es mejor mantener las distancias.

Melca no puede parar de reír, y eso que la anécdota que le está contando Laura no es tan divertida. Es culpa de la botella de vino blanco que se han bebido y, tal vez, de haber encontrado el espacio para liberar la tensión, como cuando en una película de terror un personaje cuenta un chiste y el público, que en otra película solo habría sonreído, estalla en una carcajada.

—No se había dado cuenta, te lo juro. Estaba bailando en mitad de la discoteca, con el culo al aire. La falda se le había quedado enganchada a una planta que había al lado de la barra. Aras, un amigo de ese verano, y yo fuimos corriendo a taparla. Pero en realidad, a todo el mundo le daba igual: así era Marbella en los dos mil. Julián Muñoz y la Pantoja, obras por todas partes, coches de lujo... Todo valía. Era como una de esas fiestas en las que nadie quiere que se haga de día.

Da un trago a su vaso de vino para disimular la ola de tristeza que siente nacer en el estómago. Melca no sabía que Laura se había criado en Marbella, nunca habían cruzado esa frontera de intimidad

que, esta noche, han rebasado de sobra, aunque a Laura le cuesta rememorar las luces de su adolescencia, ese tiempo ingenuo y feliz de su último verano, antes de que la realidad apareciera a su lado sin ninguna de sus máscaras. Todos esos recuerdos terminan hundiéndose en la oscuridad: hablaba de sí misma cuando decía que vivían una fiesta. Ella era más consciente que nadie de que el día iba a llegar y, entonces, tendría que enfrentar la realidad. Que esa corrupción que de un lado era lujo y fiesta, revistas del corazón y desfiles de famosos, del otro era la historia de familias y empresas extorsionadas, de violencia, de muerte. Un péndulo que se movía al son que marcaba su propio padre.

—Yo llegué a Marbella más tarde, en el 2010, y estuve poco. Un año. Luego me fui a Málaga.

—¿Cuántos años tenías?

—Diecisiete. Y ya pasé demasiados en Comares. —Laura conoce el pueblo, arracimado en lo alto de una montaña en la Axarquía, con tradición de viñedos—. Mi padre vendimiaba y siempre andaba quejándose de que yo no lo ayudara en la faena. Quejándose y sacando a pasear la mano cuando se tomaba cuatro vinos. Y mi madre callada como una tumba. Se ponía a fregar y a hacer ruido con los cacharros para no oírme llorar. Cuando me fui pensé que vendrían a cogerme de los pelos y a llevarme de vuelta, pero no lo hicieron. Yo creo que hasta se alegraron.

Laura rellena las copas de vino y abre un sobre de jamón que ha encontrado en el frigorífico, debió de dejarlo Guillermo, mientras Melca le cuenta sus años de camarera hasta que, después de hacer un curso de manicura, consiguió trabajo en un local de uñas.

—Lo único que echo de menos de mi pueblo es a mi hermano pequeño, Ginés. —Solo con nombrarlo, se le humedecen los ojos—. Tenía dos añitos cuando me fui y era la cosa más guapa que hayas

visto: rubio, ojos verdes... Pero tuve que dejarlo al lado del borracho de mi padre.

—¿No has vuelto a verlo?

—Un par de veces. Ya tiene dieciséis. Quería llevármelo a Málaga, con mis ahorros iba a alquilarme una casa con dos habitaciones.

El gesto de impotencia de Melca explica lo que querían decir esas palabras que no logra articular: ha perdido el control de su vida, y todos los planes que acariciaba con tanto mimo han saltado por los aires.

—Yo también tengo un hermano pequeño: Dani. Y también es lo mejor que ha salido de mi familia. —Laura alza su vaso—. Brindemos por los hermanos pequeños.

Chocan sus vasos. Melca se abriga con una manta en una esquina del sofá. Por la noche, la temperatura baja bastante en Madrid, no como en Marbella. Se agradece un poco de frío después de tantos meses de calor asfixiante. Laura se levanta para sacar otra botella del frigorífico.

—No sé si tengo valor para testificar en el juicio.

Se sienta a su lado. Va a seguir bebiendo hasta que caiga inconsciente, es la única manera que se le ocurre para apagar la máquina de su pensamiento, que tan pronto va del juicio contra Strummer al desamparo de Melca o a la situación de su madre.

—Estoy un poco borracha, pero ¿quieres que te diga la verdad? El problema no es el juicio, Melca. El problema es que salieras con vida aquella noche. Tendrías que haber muerto, como Ramón Castillo. Da igual que testifiques. Puedes hacer las maletas y largarte al Polo Norte. A los Huérfanos eso no les importa: son unos asesinos y tú eres un cabo suelto. No van a permitir que sigas con tu vida. Por eso mismo, tienes que ayudarme a meter en la cárcel a ese puto loco de Strummer. Ya que te odian, échale huevos, dales motivos. Vamos a

conseguir la máxima pena para ese cabrón. Y luego te ayudaré en todo lo que pueda: dinero, un trabajo fuera de España, hasta podemos hacer algo con tus datos personales para que sea más difícil localizarte.

Melca se abraza a sí misma, en silencio. Laura teme que el alcohol le haya hecho ser demasiado cruda. Puede que acabe de perder a su principal baza en el juicio. Entra un mensaje de Guillermo en el móvil —«¿Puedes hablar?»—. Le sorprende, son casi las dos de la mañana y las conversaciones a esas horas nunca traen buenas noticias. Se disculpa con Melca y se aleja a la cocina para llamar.

—¿Qué ha pasado?

—Tu madre ha tenido una crisis nerviosa, Laura. Me han avisado de instituciones penitenciarias. Está bien, no te asustes.

—¿La han llevado al hospital? Quiero ir a verla.

—No puedes. No está en el hospital. El juez Higueras ha autorizado el traslado a Fontcalent. A Alicante.

—¿A la cárcel psiquiátrica? ¡Será hijo de puta! ¡Es mi padre! ¿No lo ves? Es él quien ha forzado al juez.

—Laura, no vamos a adelantarnos. Cojo un AVE a primera hora de mañana, haré las gestiones para que puedas visitarla. Lo primero es que Marimar esté bien atendida.

Lanza la copa de vino contra la pared y en el estruendo de cristales reverberan la impotencia, la rabia y, después, las lágrimas. ¿Cómo puede ser su padre tan cruel? No le basta con implicar a su madre en un homicidio, tiene que llevarla a una prisión psiquiátrica, rodearla de un dolor infernal. «Lo que más necesita es un psiquiatra», le dijo en el jardín de la casa. ¿Es que no hay manera de cortar los tentáculos de Alberto Pastor?

De repente, el calor de un abrazo la sorprende. Es Melca, que no le pide explicaciones. Solo la consuela envolviéndola con ternura.

Laura sabe que debería ser ella la parte protectora, pero no tiene fuerzas para devolver las posiciones a su situación natural. Poco a poco, su llanto se apaga en el pecho de Melca.

5

—¿Cómo lo habéis visto?

—No habla de otra cosa: de Melca, le va a arrancar los ojos. ¿Qué más ha dicho que le quería hacer? —le pregunta Griffin a Amber, que ha pasado tras la barra para tirar dos pintas de Harp.

—No sé qué mierda de unos ratones enanos. Que se los iba a meter por el culo.

—Es un puto loco. —Burke no puede evitar reírse. Hasta la versión más retorcida de Trevor Strummer le parece divertida—. ¿Te acuerdas de lo del italiano ese?

—Se estaba tirando a un siciliano que había montado una tienda de productos de importación —le cuenta Griffin a Amber, que pone las pintas con la cantidad perfecta de espuma sobre la barra—. Trevor se enteró de que les pasaba información a unos argelinos y se fue a buscarlo después de que cerrara el negocio. Le hizo una mamada y, cuando el siciliano la tenía bien dura, se la metió en el cortafiambres. Le hizo lonchas la polla.

—El pobre nunca ha tenido suerte con las parejas —se ríe Amber.

Burke echa de menos a Strummer en esta hora de la noche, cuando Finn, el camarero, ya se ha marchado, han bajado el cierre y el Orphan's es solo para ellos. Se siente como cuando se emborrachaban en The Left Hand, en Belfast, y planeaban su siguiente golpe para seguir creciendo. Strummer siempre aportaba las ideas más descabelladas; si le hubieran hecho caso, habrían convertido la ciudad en un matadero. Por suerte, los planes de

Griffin, aunque más sinuosos, les reportaban más dinero y con menos sangre.

—¿Has pensado que, quizá, nos venga bien que Trevor se pase un tiempo apartado, Liam? Al menos hasta que nos quitemos de en medio a Alberto Pastor.

—Si fueras a la cárcel, ¿a ti te gustaría que nos quedáramos de brazos cruzados? No voy a permitir que se pase veinte años ahí dentro.

—Dentro de un par será más fácil sacarlo con la condicional —insiste Griffin—. Yo lo quiero mucho, pero tú lo sabes: Trevor estaba fuera de control. Se había vuelto despistado. Antes no habría puesto a ese camionero a llevar un cargamento y, menos todavía, le habría dejado ir con su putita. Tenemos a Pastor con el agua al cuello, no podemos dejar que se nos escape.

Burke da un trago a su cerveza. Amber se ha apartado disimuladamente de ellos, sabe mejor que nadie cuándo la conversación es un tema exclusivo de la familia de Huérfanos.

—¿Qué te ha contado Nata? —pregunta Griffin ante el silencio de Burke.

—Es nuestro hermano, Chris. Es posible que nos dé problemas, pero son nuestros problemas. Ya hablaremos cuando esté fuera. Hay que encontrar a esa Melca, Strummer tiene razón: si desaparece, no hay testigo ni hay condena.

—Lo estoy intentando, pero, de momento, ninguno de mis contactos en el juzgado sabe nada. La fiscalía ha controlado mucho quién tiene la información de su domicilio.

—Debería haberle dado de hostias a Laura Pastor hasta que nos lo dijera. —Burke vacía de un trago lo que le queda de pinta. No espera una respuesta de Griffin. Sabe que una fiscal es intocable, en España se permite que la violencia escale hasta cierto punto, pero

los policías y los jueces están por encima, hay que medir muy bien las consecuencias antes de hacerlo—. Voy a mear.

Tambaleante, la melena roja de Burke se aleja hacia los baños. Amber tira otra cerveza.

—¿Quieres una? —Griffin la rechaza con un gesto triste—. Liam tiene razón, cariño: Trevor no es capaz de pasar inadvertido en prisión. Se meterá en líos. Le subirán la condena. Hará que la provisional sea imposible.

Amber rodea la barra y abraza a Griffin, que hunde la cabeza en sus pechos mientras ella le acaricia el pelo.

—Supongo que tengo miedo —le confiesa él—. Hasta ahora, ha ido saliendo de todas, pero llegará un día en que Strummer no salga. Y no te hablo de la cárcel: iremos a recogerlo a la morgue porque alguien le habrá pegado un tiro entre ceja y ceja.

Siente el beso cálido de Amber en la cabeza. Tendrá que acostumbrarse a vivir con la inseguridad de cuál será el futuro de Strummer, no puede cuidar de él las veinticuatro horas. No es su madre, solo su hermano.

El estruendo de la puerta del baño y los gritos de Burke, «¡Suéltame, hijo de puta!», deshacen el abrazo de Amber y Griffin. Él corre a buscar la pistola que esconden bajo la barra, pero no tiene tiempo de llegar. Burke cae al suelo del pub, la sangre de un labio partido gotea en la madera.

—No te muevas o le parto el cuello.

Rápido, Aras levanta a Burke y rodea con el brazo su garganta como si fuera una soga. Con la otra mano lo agarra de la madeja de pelo rojo. Con un movimiento seco podría partirle la nuca.

—¿A qué viene esto, Aras? Teníamos un acuerdo. No sé por qué te complicas la vida. —Griffin quiere sonar conciliador, es consciente de que, en esta situación, tiene todas las de perder.

—Suéltame o te juro que te mato —se revuelve Burke.

Aras presiona con más fuerza para dejarlo sin aire. El pelirrojo patalea al borde de la asfixia. En el taburete, Amber da un sorbo a su cerveza, tranquila.

—Si quisiera matarlo, ya lo habría hecho —le dice a Griffin.

—¿Qué quieres?

Sabe que su chica tiene razón. Aras debió de colarse en el bar cuando todavía estaba abierto y ha esperado escondido en el almacén que hay junto a los baños hasta que ellos se han quedado solos, hasta que Burke ha ido a mear y ha decidido que ya era el momento oportuno.

—Amber se equivoca. Si está vivo es porque quiero que veas cómo tu hermano muere. Yo voy a tener ese detalle contigo, Griffin. El mismo que no tuvisteis conmigo y con mi hija. Ni siquiera me dejasteis despedirme.

—¿Qué hija?

El desconcierto de Griffin es real. El rostro de Burke se amorata, falto de oxígeno, ya no tiene fuerzas para forcejear.

—Suéltalo, no seas idiota —le ordena Amber—. Ellos no le han hecho nada a ninguna hija tuya.

—Amber te está diciendo la verdad. Ni siquiera sabía que tuvieras una.

—¿Estás seguro? Se llamaba Flor. Ella y una amiga fueron con vosotros al Casino Benamar. Este hijo de puta —dice anudando aún con más fuerza el brazo alrededor del cuello de Burke— le soltó una hostia, le partió el pómulo y ahora... ¿a quién habéis mandado para que lo haga? ¿O lo hicisteis vosotros?

—¡Suéltalo, Aras, lo vas a matar! ¡Nosotros no hemos tocado a tu hija! ¿Por qué no hablas con ella? ¡Pregúntaselo!

Una mirada desamparada de Aras viaja de Griffin a Amber, detecta su miedo y, también, su incomprensión. Libera a Burke, que se derrumba en el suelo, tosiendo, con arcadas, mientras recupera el aire. Griffin corre a ayudarlo.

—Mi hija está muerta. Tuvo ese encontronazo con vosotros y ahora está muerta. Un tío la seguía desde la puerta del instituto: uno bajo, medio calvo, mazado de gimnasio. —Aras recopila lo que sabe, como si fueran pistas de un acertijo que termina en los irlandeses.

—¿Putin? —le pregunta Griffin mientras ayuda a Burke a sentarse en una silla. Amber llena un vaso de agua—. Por lo que dices, parece él. ¿Qué hizo?

—Entró en casa de mi exmujer. La mató a ella y, después, a mi hija. Le rompió la cabeza contra la loza del lavabo. —Su murmullo es como el de un paciente de hipnosis, sin emoción, plano.

—Eres un idiota —dice Burke después de beber agua—. ¿Por qué cojones iba a hacerle yo nada? ¿A mí qué coño me importa una puta medio armenia?

Aras clava una mirada llena de furia en el irlandés. La rabia corre de nuevo por sus venas y siente la tentación de lanzarse sobre él, de golpearle hasta que no le quede un hueso entero.

—Piensa, Aras, ¿qué ganamos nosotros haciéndote daño? Hicimos un trato; te hemos pagado lo que acordamos, ¿has mirado tu cuenta? Deberías preguntarte a quién beneficia lo que ha pasado con tu hija. —Griffin se ha hecho con una pistola y le apunta, más como defensa que porque vaya a disparar. Aras piensa por un instante que le daría igual que una bala le atravesara el pecho. Al menos, eso serviría para aplacar el dolor que apenas puede soportar —. ¿Quién suele trabajar con los rusos? Con Putin, con Gorbachov...

—Alberto Pastor —murmura Aras. Se siente el alumno que no ha sido capaz de responder a la pregunta más obvia del profesor.

—Ha ido a por ti. Está tan asustado que no mide lo que hace. A lo mejor solo ha matado a tu hija para hacer que volvieras, para cazarte en el entierro.

La lógica de Griffin no admite réplica. Es sencilla, transparente. Y Aras suma a su dolor la culpa: Flor ha sido la víctima de sus decisiones. Si se hubiera caído en el primer asalto, ella estaría viva.

—¿Dónde está ese Putin?

—Últimamente lo buscan mucho. Laura Pastor, la hija de Alberto, también anda detrás de él. Pero la verdad, no tenemos ni idea. Creo que a veces montaban veladas de boxeo en el Marbella Arena, pero no sé si seguirán haciéndolo. —Griffin no ha dejado de apuntar a Aras, aunque ahora parezca un boxeador sonado que ya solo puede encajar golpes—. Deberías largarte de Marbella. Vuelve a Alfarnate, es lo más inteligente.

—Si no te mata Alberto Pastor, lo haré yo —jura Burke desde su silla.

Aras descarga en su estómago un puñetazo que vuelve a cortarle la respiración. Griffin amartilla el arma, pero no se decide a disparar porque el armenio sale del pub como si los Huérfanos fueran poco más que espectros.

El frío de la noche hiela la cara de Aras y las lágrimas que caen por sus mejillas. La ciudad está muerta a esas horas, las luces de las farolas no iluminan más que a un perro callejero que se esconde en las sombras. La tentación de acabar con todo es tan grande como el deseo de una copa para el alcohólico. Ni siquiera la mención a Laura se abre paso en su pensamiento; el recuerdo de la hija de Pastor fue algo que ocupó buena parte de su vida durante años. Esta noche, sin embargo, ha desaparecido de la conversación interior que atruena en su cabeza: él tiene la culpa de que su hija esté muerta, él provocó esos golpes contra la loza, él tiene que vengar a Flor y,

después, tal vez llegue la paz. Después, quizá se permita terminar con el dolor.

6

No es capaz de fijar la mirada. Vagabundea de un lugar a otro, sin enfocar nada concreto. No se ha dado cuenta de que un hilo de baba le resbala por la comisura de los labios. Laura quiere secárselo, pero es el funcionario de prisiones quien lo hace. Es como si hubieran pasado decenas de años sin verse, como si Marimar se hubiera hundido en un estadio avanzado de alzhéimer. Su mano izquierda, sobre la mesa, temblequea; es otro de los efectos secundarios de la medicación.

—Mamá, soy yo... ¿Puedo tocarla? —le pregunta al funcionario conteniendo la rabia. Sin embargo, al apoyar la mano sobre la de Marimar, ella la retira como si hubiera recibido una descarga eléctrica —. ¿Qué coño le habéis dado?

No sabe qué se va a desbordar primero, si la frustración o las lágrimas.

—Eso él no puede saberlo —intenta tranquilizarla Guillermo—. Después hablaremos con su psiquiatra.

—Mi madre no necesita ningún psiquiatra. No debería estar aquí: vosotros sois los que vais a conseguir que se convierta en una enferma.

El funcionario es inmune a las acusaciones de Laura, debe de estar acostumbrado a recibirlas. Ella decide no insistir; en su lugar, vuelve a poner su mano sobre la de Marimar y, esta vez, su madre no la retira. ¿Está mirándola? Es como si sus ojos fueran dos náufragos que han encontrado una madera a la que aferrarse, a ella.

—Mamá, estoy aquí. No voy a dejarte sola.

—No va a parar hasta destruirme...

Marimar ha musitado esas palabras sin apenas fuerzas.

—Estoy intentándolo, te juro que hago todo lo que puedo.

Pero Laura sabe que ya no habrá respuesta. Marimar la mira como si no la conociera, perdida en el mar de pastillas que le han dado. No puede soportar más la impotencia, ser testigo de su tortura sin poder aliviar el sufrimiento. Se levanta arrastrando con estrépito la silla y sale casi a la carrera de la sala de visitas.

En la calle, el sol de Alicante quema. Cierra los ojos con fuerza, no va a permitir que se derramen más lágrimas, aunque le escuezan. Ya lloró bastante la noche pasada, al lado de Melca. A Marimar no le ayuda tener a su hija hundida en la tristeza. Guillermo llega a su lado poco después, se ha quedado hablando con el jefe de la sección psiquiátrica. No le dice nada, sabe que Laura necesita su tiempo. Ella abre los ojos, mira hacia el descampado que rodea el Centro Penitenciario de Fontcalent, la única prisión psiquiátrica de España que tiene plazas para mujeres, y donde se tratan tanto enfermedades mentales como toxicomanías. Es una prisión de los años ochenta, con instalaciones que se han quedado anticuadas y con muchos más internos de los que puede albergar. A Laura no le sorprendería que, en momentos de crisis o con pacientes violentos, se tomara la medida de atarlos a la cama.

—¿Qué excusa de mierda te ha dado el médico para tenerla como si fuera un zombi?

—El psiquiatra que la vio en Alcalá Meco diagnosticó que tu madre tenía ideas autolíticas. —Guillermo se arma de paciencia para explicárselo, conoce a Laura y sabe que el mal humor va aparejado

al sarcasmo y al desprecio. No se espera otra cosa que un exabrupto cuando termine de hablar, pero, aun así, lo hace—. Marimar tiene ideas suicidas, de ahí que hayan tenido que administrarle esa medicación: para evitar que se haga daño a sí misma. En ese sentido, aquí, en Fontcalent, va a estar mejor vigilada que en ninguna otra prisión.

—Es increíble esto, sí. Parece un sanatorio de lujo en los Alpes suizos. Por favor, Guillermo: no intentes venderme esto como si no fuera la mierda que es.

Laura abre los brazos para que Guillermo otee el lugar: aunque la cárcel quiera parecer un centro médico, tiene el aspecto desangelado e insalubre de su entorno. Zarzas y coches abandonados entre ellas, una carretera que muere a las puertas de la prisión, porque ¿quién querría adentrarse en esas tierras si no es porque tiene que venir a Fontcalent?

—Te dije que el juez Higueras comía de la mano de mi padre. Ayer mismo me dijo que lo que necesitaba mi madre era un tratamiento psiquiátrico: ¿y qué ha hecho? Encerrarla en este manicomio para acabar con ella. No le vale con mandarla a la prisión, ni siquiera con matarla: lo que quiere es hacerle el máximo daño posible. Y cuanto más tiempo, mejor.

—Tu padre puede tener amigos en todas partes, pero no puede torcer un procedimiento judicial.

—¿Ah, no? ¿Y quién se lo va a impedir? ¿Tú? Porque de momento lo estás haciendo de puta pena.

Guillermo prefiere no continuar la discusión. Calla. Busca las gafas de sol en el bolsillo interior de la chaqueta. Un coche llega al control de acceso. Familiares que se enfrentan a la penosa obligación de visitar a un hermano, un marido, un hijo que no solo han cometido

un delito, sino que además sufren la condena de una enfermedad mental.

—Lo siento, perdóname... Tú no tienes la culpa de esto.

Él acepta las disculpas de Laura, que se refugia de inmediato en un silencio marmóreo.

No vuelven a hablar hasta que están en el AVE de regreso a Madrid. Guillermo ha visto cómo ella repasaba el informe de la policía del caso Strummer. Le gustaría que confiara más en él, que volcara su atención en ese juicio, que puede ser crucial en su carrera. Son muchos los que apuntan a Laura como próxima jefa de la fiscalía, pero nota que pasa las páginas demasiado rápido, incapaz de concentrarse en el caso. Supone que la imagen de Marimar anulada por la medicación en esa sala invade una y otra vez su pensamiento.

—No he tirado la toalla con el ruso, Gorbachov —le dice Guillermo —. Pasé el nombre, Vitali Baburin, pero mis contactos en la policía no han encontrado a nadie con ese nombre alojado en Madrid la noche de autos.

—Podríamos ir a los ochocientos cincuenta hoteles de Madrid a preguntar a los recepcionistas por si estuvo un tío con una mancha en la frente. —El sarcasmo de Laura es algo así como una bandera de la paz. Entiende que es una búsqueda imposible.

—Y ni siquiera así. Faltarían los dieciséis mil pisos turísticos. Y que Vitali se haya registrado con su nombre. Pero repasaré los testigos del bar donde tu madre y Víctor Zamora se tomaron una copa. Y el personal del hotel Emperador...

—Sé que haces todo lo que puedes.

Al otro lado de la ventanilla, el cielo ha ido perdiendo la luminosidad del levante y se torna cada vez más gris.

—¿Estás segura de que quieres que siga con la defensa de tu madre?

—No hay un abogado mejor. —La respuesta de Laura no suena tan convincente como a ella le gustaría.

—Déjame hacer mi trabajo, Laura. El problema no es el juez Higueras ni tu padre, ni siquiera ese tal Gorbachov. El problema es que tenemos a una mujer con el cadáver de su amante de esa noche en una habitación de hotel. Una mujer que supuestamente le ha propinado más de treinta puñaladas y le ha sacado los ojos. Ha dejado rastros de ADN por todas partes... Y, por si fuera poco, la cámara de seguridad del pasillo no grabó a nadie más que a ella. A esas pruebas nos enfrentamos. Yo haré todo lo que pueda para que se investigue cada detalle, intentaré conseguir la libertad bajo fianza y, si el psiquiatra tiene razón y tu madre necesita ayuda médica, buscaré la mejor clínica posible para ella. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—No sirve de nada luchar contra fantasmas.

—La realidad ya nos da bastantes problemas. Tu padre, Higueras, incluso Gorbachov, nos quitan fuerzas para lo que de verdad importa.

Laura asiente con un cabeceo y pierde la mirada en el paisaje; una nube oculta el sol y despliega su sombra sobre los campos.

—Quiero pensar que es mejor que la tengan medicada, así por lo menos no es consciente de dónde está. ¿Tú crees que sufre menos?

—Creo que su sitio no está en Fontcalent. Pediré al juez que anule el traslado.

Laura apoya la cabeza en el hombro de Guillermo. Él le acaricia el pelo.

—Deja que yo me encargue de todo. Céntrate en el caso de Strummer, eso te mantendrá ocupada.

Ella asiente con un leve cabeceo. Cierra los ojos, le gustaría dormir y despertar ya en Madrid, cuando Guillermo y ella cojan diferentes taxis en Chamartín. Él pensará que va camino de casa; ella no ha querido contarle que, mientras iba a la cafetería para comprar unos cafés, ha hecho una búsqueda en internet: dentro de dos días se celebra una velada de boxeo en el Marbella Arena; lo único que sacó de su viaje a Marbella fue que Putin y Gorbachov solían estar involucrados en estos eventos. Ha llamado a la fiscalía para avisar de que estaría un par de días fuera por asuntos familiares y ha dado la orden de que alojen a Melca en un piso diferente. Aunque no era más que un vagabundo lo que detonó su crisis de ansiedad, sabe que se sentirá más segura en otra casa. Al menos hasta que llegue el día del juicio. Luego ha escrito a su hermano Dani para avisarle de que mañana dormirá en su casa.

«¿No has tenido suficiente Marbella para unos cuantos años?», le ha contestado él. Laura le ha respondido con el GIF de un muñeco que ríe a carcajadas hasta que le explota la cabeza. Solo pensar en el regreso le pone mal cuerpo, pero tampoco hay otra opción para dar con Gorbachov. La exposición de Guillermo ha sido bien clara: Marimar no tiene ninguna posibilidad de escapar de esta trampa. No existe abogado que pueda desmontar las pruebas abrumadoras que hay en su contra. Lo único que podría salvarla sería encontrar al verdadero asesino, a Gorbachov. Aunque eso signifique regresar al lodazal de mafias de Marbella y tener cerca a Alberto Pastor.

Marbella, 2004

—Estás preciosa, Laura, no le hagas caso al idiota de tu hermano —le dice Alberto mientras ella termina de maquillarse en el espejo de la entrada. Le da un beso en la frente—. Pásatelo bien.

Laura se marcha, la ve cruzando el jardín de la casa por al lado de la piscina. Sergio está tumbado en el sofá viendo un partido de fútbol, él es quien le ha dicho a Laura que va «pidiendo guerra» con ese vestido. A veces, Alberto se pregunta por qué su hijo tiene comentarios más propios de un anciano que de un chico de diecinueve años. En el suelo, Dani juega con unos bloques de construcción, los ha desparramado por todo el salón; no lo habían planeado, pero desde que Marimar le dijo que estaba embarazada, él se convenció de que debía celebrar la llegada de Dani con la misma ilusión que sus otros hijos. Nata ha debido de irse con Marimar a pasar la tarde a un spa; se resiste a estudiar ninguna carrera, como hace Sergio o planea Laura, es difícil conseguir que se centre en algo, salta de una cosa a otra igual que un colibrí libando flores. ¿Cómo ha podido tener unos hijos tan diferentes, si a todos los ha querido por igual? Está orgulloso de Laura, ella es su mejor trabajo; lista, divertida, tenaz, guapa, pero eso no reduce lo que siente por el resto. ¿Es esto la felicidad? Un montón de hijos corriendo entre los muros del chalet de Sierra Blanca. Nunca pensó que podría ofrecer una vida con tanto lujo a su familia.

—Cuando vuelva tu madre, dile que he salido un momento, que no se me ha olvidado nuestra cena de aniversario.

Son veinte años casados, eso merece una celebración. Pero primero debe ocuparse de un asunto personal.

Es extraño que Leo, su antiguo socio, quiera hablar con él. Hace mucho que no se ven, la separación fue un tanto amarga, pero no se le da la espalda a un viejo amigo. Lo ha citado en el Estrecho, le gusta ese modesto bar en la calle San Lázaro. Quizá Leo esperara que se vieran en el Grill del Marbella Club o en el Olivia Valere, pero Alberto prefiere un ambiente más local. Se abre paso entre la parroquia que se amontona en la barra. Felicita a Moisés, que ha vuelto a ser padre hace unas semanas. Isabelita le da un abrazo, agradecida porque le encontró un puesto de trabajo a su hijo en la obra del casino. Alberto no le dice que es un vago y que la mitad de los días no se presenta; le da igual, seguirá pagándole por ella, por Isabelita: la mujer se ha pasado la vida limpiando hoteles y no tiene la culpa de que su hijo sea un inútil. Ildefonso, el dueño, le ha reservado una mesa en el salón. Leo lo está esperando con una cerveza y una tapa de callos con garbanzos. Alberto pide a Ildefonso que les traiga una botella de Emilio Moro y una ración de langostinos al pilpil antes de saludar a Leo.

—Qué alegría verte, estás igual que siempre.

Es una verdad a medias. Físicamente, puede que no haya cambiado, pero ha desaparecido esa superioridad moral con la que Leo lo miraba, ahora no es tan distinta a la de esos marbellíes de la barra del Estrecho que se acercan a Alberto como si fuera un ídolo.

—Necesito ayuda. He cerrado el despacho.

Leo no ha esperado a que trajesen el plato de langostinos ni ha preparado el terreno con preguntas de cortesía sobre la familia o la salud. Está incómodo en el salón del Estrecho, no hay apenas espacio entre las mesas, las conversaciones son ruidosas.

—Siempre supiste que con los clientes del turno de oficio las perspectivas no eran muy buenas.

—Tendría que haberlo dejado antes, pero el caso es que traté de aguantar y ahora le debo dinero al banco. Van a embargarme la casa si no encuentro trabajo pronto. He oído que estás metido en el nuevo casino de Benalmádena y, no sé..., pensé que a lo mejor necesitabas un abogado.

—En realidad, ese casino es propiedad de la Hermana Mei. Yo solo lo voy a dirigir. Ella es mi única cliente.

—Lo sé.

—Hace como quince años me dijiste que tu moral te impedía trabajar para ella.

Siente una gran satisfacción al restregárselo; todavía recuerda el desprecio con el que lo trató cuando Alberto decidió tragarse su integridad a cambio de ganar un buen dinero; el gran Leo Domínguez no, Leo Domínguez quería cambiar el mundo, defender a los justos, él nunca sería un corrupto como Pastor.

—Mis circunstancias han cambiado. Tengo un hijo, mi integridad no pone comida en la mesa.

Aunque podría seguir con esa humillación, decide que ha sido suficiente por hoy. Conversan con un cariño impostado y brindan por el reencuentro, pero el rictus amargo de Leo y la sonrisa de superioridad de Alberto empañan el momento. Él no prueba los langostinos, se reserva para la cena con Marimar. Bebe dos copas de vino, consulta su reloj, se despide de Leo y le promete que le buscará algo. Hay muchas oportunidades en Marbella, aunque solo

para aquellos que son capaces de dejar los escrúpulos a un lado. Es una lección que aprendió hace mucho tiempo y que le ha servido para no parar de crecer. Después de años encargándose de los asuntos legales de la Hermana Mei, está a punto de dar un gran salto.

—El juego, el juego va a dar mucho dinero. El legal y el ilegal —le dijo la Hermana Mei cuando lo citó en la trastienda de su bazar, rodeada de falsificaciones de camisetas del Real Madrid y el Barcelona—. ¿Tú crees que serás capaz de dirigir el Casino Benamar?

Ha aprendido a admirar la visión para los negocios de la Hermana Mei. Desde que se instaló en Marbella, ha tejido un entramado que le genera enormes beneficios con el mínimo riesgo. En lugar de meterse en el tráfico de drogas o de personas, ella se hizo con el control de las rutas. Todos en Marbella necesitan un camino para introducir cocaína o inmigrantes, para sacar dinero negro rumbo a paraísos fiscales o para distribuir sus mercancías. Ahí es donde ella lo controla todo: aduanas, puertos, carreteras, aeropuertos. Todo aquel que quiere hacer un negocio ilegal en Marbella debe pagarle una comisión a la Hermana Mei. Por eso, cuando le dijo que el siguiente paso era el juego, Alberto Pastor no dudó en aceptar el encargo.

—Hay muchos a los que les gustaría estar en tu lugar —le advirtió Mei—. ¿Sabes lo que eso significa? Puede que te veas obligado a hacer determinadas cosas.

No es un ingenuo. Estar en esa posición genera envidia y obliga a defenderse. Ha sido testigo de los ataques que ha sufrido la Hermana Mei y, también, de cómo los ha resuelto. Entiende qué significa «determinadas cosas».

—Hoy he comido en el Marbella Club con Nata. He pensado que nos podríamos apuntar a clases de golf —le dice Marimar cuando se sientan a la mesa del restaurante.

Él se palpa el bolsillo de la americana para verificar que el regalo de aniversario está en su sitio. Sonríe a su mujer y se prepara para escuchar las novedades.

Forman un buen equipo. Ella se ocupa de la casa, de los hijos, de que él se pueda dedicar a trabajar al cien por cien para que la familia nunca vuelva a pasar dificultades, como de recién casados. Además, ejerce de consejera. Alberto se desahoga con ella, le cuenta sus desavenencias con algún cliente o sus dudas ante algún encargo de la Hermana Mei que bordea peligrosamente las fronteras legales, y Marimar le da su opinión sabiendo cuál va a ser la reacción de él: un rechazo inicial dictado por el orgullo, una rumia posterior que dura varios días y una conclusión muy parecida a lo que ella le aconsejaba, presentada como una idea propia. Es siempre así, a ella no le importa, su influencia es evidente por mucho que él pretenda minimizarla. Pero esta vez Alberto prefiere guardarse para sí su encuentro con Leo. Sabe lo que su mujer le diría: «No le hagas ningún favor. Te trató con desprecio y te acabará dando problemas».

—¿Golf? Yo prefiero la petanca.

—Por favor, Alberto. ¿Vas a llevar a Björn Borg a jugar a la petanca? ¿A Gunilla von Bismarck? Vamos a jugar al golf. Mira a ver de qué club nos tenemos que hacer socios.

Los dos se ríen. Se saben dos intrusos en la alta sociedad marbellí y todavía se divierten como niños al codearse con los que protagonizan los reportajes del Hola*.*

—¿Has tenido tiempo de mirar el presupuesto? —pregunta Alberto.

Se refiere al presupuesto de la cocina del casino. Marimar se está ocupando de eso y también de reunirse con arquitectos y diseñadores para montar un espacio funcional y atractivo, con algún toque moderno. Alberto, por su lado, se encarga de la selección del personal para la parte de restauración, espectáculos, salas de juego, seguridad y zona comercial. La Hermana Mei fue clara: el casino se usará para apuestas ilegales y para lavado de dinero negro, pero también debe ser rentable por sí mismo.

Como siempre que cenan juntos, la conversación transcurre entre temas de trabajo y de familia, las dos patas de su vida, pero Marimar se las apaña para introducir en la charla algún cotilleo social, algo que Alberto disfruta más de lo que quiere aparentar. Tras los postres, pide una botella del mejor champán francés y le ofrece un brindis a su mujer.

—Por estos veinte años maravillosos. Por los próximos veinte.

Ella se ruboriza al comprender que le ha comprado un regalo. Marimar no lo ha hecho, no son las bodas de plata, es un aniversario más... Pero sobre el mantel hay una cajita que abre con curiosidad. Dentro, un anillo de oro con un diamante incrustado. ¿Cuánto puede valer esa joya?

—Estás loco, Alberto. Esto cuesta una millonada.

—Tú sí que vales una millonada. Además, vamos a ganar tanto que deberías comprarte una gargantilla a juego. Pruébatelo.

Ella se lo pone en el dedo anular de la mano izquierda. El diamante refulge y crea juegos de luz con el anillo dorado. Marimar sonríe emocionada. Coge la mano de su marido y la besa.

Alberto tiene un discurso preparado para hablar del futuro. Espera inaugurar el Casino Benamar a finales de año, en cuestión de tres años van a ser ricos, muy ricos, si es que no lo son ya. Pero el timbre de su Nokia 1100 le sobresalta. Cuando descuelga, oye la voz

angustiada de su hija Laura, que no le da ninguna explicación, solo le ruega que vaya a recogerla.

—¿Dónde estás? ¿En el puerto? No te muevas, ahora mismo voy.

—¿Qué ha pasado? —se inquieta Marimar.

—No lo sé, es Laura. Vamos.

Salen del restaurante sin pagar la cuenta, ya se ocupará otro día de eso. Se montan en el coche y salen quemando ruedas. En el Puerto Deportivo hay una ambulancia que atiende a un amigo de Laura. Ella está muy nerviosa, bajo los efectos de una fuerte impresión o quizá al borde de una crisis de ansiedad. Sin saber lo que ha pasado, Alberto saca a su hija de allí y la mete en el coche antes de que la policía le pida los datos, no quiere que se vea implicada en nada raro.

En el coche, le pregunta qué ha ocurrido. Laura llora y se cubre el rostro con las manos. Marimar le pide a Alberto que pare en el arcén. Pasa a los asientos traseros y la abraza un instante, después clava su mirada compasiva en ella para que se lo cuente todo.

—Fue un colombiano, en el baño —balbucea—. Me iba a violar...

Poco a poco, completa el relato de lo que ha pasado. El asalto en la discoteca y la posterior pelea fuera, la intervención de ese amigo suyo que evitó que la cosa llegara a mayores. Laura llora y Marimar la abraza y trata de confortarla. Alberto quiere saber más, pide una descripción del colombiano, la estatura, el color del pelo... Pero Laura no atina a describir bien al agresor. Esa noche, Marimar se queda sentada en el borde de la cama acariciando el pelo de su hija, que se enreda en el anillo de oro. Cuando se duerme, se reúne en el salón con su marido, que sirve dos vasos de whisky.

—¿No deberíamos denunciarlo? —pregunta Marimar.

—Calma, hay que pensarlo bien —responde Alberto, serio. No cree en las casualidades. Que un colombiano ataque a su hija justo ahora

tiene una lectura evidente. Van a por él.

Tan pronto amanece, se encamina a la tienda de la Hermana Mei. No sabe por qué se compró una casa en la calle del Ciervo, en la urbanización de Los Monteros. Un chalet espectacular donde apenas pasa cinco horas al día. El tiempo de dormir y de acostarse con algún niñato sueco o danés. Es la única debilidad que le conoce, esa afición a los jovenzuelos nórdicos. El resto del tiempo se recluye en su miserable bazar.

—Mi hija ha tenido un problema en el puerto, han intentado violarla. Ha sido un colombiano. No sé si estoy viendo fantasmas, pero se decía que había unos colombianos interesados en el Casino Benamar.

—¿Y qué vas a hacer?

Encorvada detrás de su mostrador, la Hermana Mei ni siquiera lo mira, ocupada en revisar unas anotaciones en chino de una libreta. Alberto toma conciencia de que no es tan ajena a lo que ha pasado, que quizá detrás de los colombianos esté ella misma. Un examen para que le demuestre de qué es capaz.

—¿Quiénes son?

—Los colombianos no saben pasar desapercibidos. —Es Qiang quien le responde. La sombra de Mei está sentado en una silla de anea en la puerta del bazar. Le sorprende oírlo hablar, no suele prodigarse a pesar de su buen castellano—. Muchas noches cenan en el Olivia Valere.

Alberto va ensamblando las piezas. Que la Hermana Mei lo está poniendo a prueba le parece evidente. Incluso le señala dónde encontrar al colombiano. Al llegar a casa, comparte con Marimar su preocupación.

—No me malinterpretes —le dice—. Lo más importante aquí es el bienestar de Laura. Pero también está en juego el casino. Si

defraudo a la Hermana Mei, me puede apartar del negocio.

—Lo importante es la niña, Alberto.

La respuesta de Marimar tiene toda la carga de una reprimenda, pero al decirla se toca el anillo que todavía lleva puesto, como si se estuviera despidiendo del diamante, de la vida de lujo en la que se estaban instalando.

Convencen a Laura de salir a cenar. Necesitan confirmar quién es el agresor.

—¿Es él? —le pregunta Alberto cuando están en una mesa del Olivia Valere.

A solo unos metros de ellos, Laura reconoce al colombiano que la asaltó en el Tatoo. Come y bebe rodeado de amigos y de mujeres.

—Tranquila, no tengas miedo, estás conmigo —dice Alberto.

Marimar asiente, como para transmitirle a su hija todo su apoyo. Laura toma aire.

—Sí, es él. El de rojo. El del collar con una virgen.

Laura se levanta para ir al baño y cuando vuelve la palidez en el rostro preocupa a sus padres. En el camino de regreso a casa, no hablan del tema. Tampoco lo hacen en los días siguientes. Laura ha decidido no contar nada a sus hermanos. Alberto y Marimar respetan su decisión. Es mejor que sea un secreto entre ellos.

Dos días después, mientras desayunan, aparece una noticia en la televisión: un súbdito colombiano ha sido tiroteado al llegar a su casa.

Marimar trata de fingir naturalidad untando mermelada en el cruasán. Alberto coge la taza de café, pero le tiembla el pulso al notar la mirada de su hija sobre él y el café se derrama sobre el mantel. Abandona la estancia con el pretexto de ir a buscar una bayeta, pero en realidad está huyendo de la mirada acusatoria de su

hija, porque sus ojos se han teñido de reproche, de asco y de miedo.

7

El Marbella Arena fue en otros tiempos la plaza de toros de Puerto Banús. Ahora se ha convertido en un moderno recinto para todo tipo de eventos, desde conciertos hasta veladas de las MMA o de boxeo, como la de esta noche. No parece que sea de las más importantes, no hay ningún título en juego. El plato fuerte parece ser el combate entre Ezequiel García, el Potro de Antequera, y un púgil francés, Mamadou Nashar, pero no ha suscitado suficiente interés como para que se agoten las entradas.

Desde su asiento, Laura puede ver la zona vip de la pista: junto al ring, hay varias mesas, como si fueran las del reservado de una discoteca, los camareros atienden a las personalidades allí sentadas. Ese público debe de ser el mismo que ha desfilado con coches deportivos y se ha detenido en el *photocall* de la entrada. Los repasa buscando entre las mesas a Gorbachov o a Putin. Puede que, si están implicados en la organización de este tipo de veladas, se acerquen a saludar a las personalidades invitadas. Pero no ve a nadie que responda a su descripción. Sí reconoce en primera fila a su padre y a su hermano Sergio. Una camarera uniformada les sirve unas copas mientras dos mujeres —una española y una marroquí, no recuerda los nombres que ha vociferado la megafonía del Marbella Arena— se matan a puñetazos en el ring. El juego de luces y pantallas gigantes muestra detalles de las caras ensangrentadas de las púgiles. No llevan casco ni guantes, y la sangre no tarda en aparecer en los nudillos, en las brechas de la ceja; la española ha

encajado un golpe que le ha hinchado un ojo, no cree que vea más que sombras con él.

Le cuesta entender este espectáculo de violencia, la euforia con la que el público celebra cada puñetazo, cada herida, cada suspiro de dolor. No le resulta tan extraña la indiferencia con la que su padre y Sergio lo disfrutan en la primera fila. Les salpica el sudor y la sangre, pero ellos dan sorbos a sus copas sin alterarse lo más mínimo, como si estuvieran viendo un ballet ruso desde el palco de un teatro. Unas mesas más allá de la de Alberto y Sergio, Laura ve a los Huérfanos. Griffin, en un traje blanco, está sentado junto a una pelirroja a la que dedica todas sus atenciones, galante. Debe de ser su novia, Amber. También está Burke, acompañado de una latina de poco más de veinte años, pero él solo tiene ojos para las mujeres del ring. La española, que llevaba todo el asalto encajando golpes, ha soltado un directo al estómago de la marroquí que la ha dejado sin aliento. Burke se ha puesto en pie para gritar, como otros muchos espectadores, para que aproveche el momento y la remate. La púgil no lo duda: descarga una serie de golpes en la mandíbula de su contrincante. Los micrófonos disimulados en torno al ring amplifican los impactos de los guantes y los quejidos. El último puñetazo, el que ha tumbado a la marroquí, viene acompañado del crujido de un hueso. Le ha partido la nariz.

Puede que este lugar no haya cambiado tanto: antes se celebraba el sufrimiento de un animal. Hoy sustituyen al toro por seres humanos.

Apaga el móvil, es la séptima llamada de Guillermo a la que no contesta. Le escribió antes solo para asegurarse de que esas llamadas no tenían nada que ver con su madre. Él no sabe que volvió ayer a Marbella, quizá sea injusta, pero prefiere posponer las explicaciones a su regreso a Madrid, porque contárselo ahora solo

serviría para discutir y eso es lo último que necesita: no quiere escuchar que su búsqueda de Gorbachov es absurda; que esperar encontrarlo en un evento multitudinario es poco menos que creer en los milagros; que, en el fondo, esta obsesión por volver aquí, por estar cerca de su familia, es una forma de autocastigo por haberse alejado de su madre.

Su conciencia ya se encarga de machacarla con todos estos pensamientos, no le hace ninguna falta que, además, Guillermo se lo diga en voz alta.

Una música atronadora resuena en el Marbella Arena. Los focos iluminan al público mientras las pantallas emiten repeticiones de los mejores golpes del último combate. Un hombre limpia con una mopa un charco de sangre que ha quedado en la lona. Laura abandona la grada por uno de los vomitorios y se deja llevar por la corriente de espectadores que va en busca de una cerveza y un perrito caliente al bar. Hay personal de seguridad controlando el flujo de gente, aunque no sabe a qué empresa pertenecen, puede que sean exclusivos del Marbella Arena. Un gorila con el pelo teñido de rubio vigila unas escaleras para impedir el acceso: deben de llevar a los vestuarios.

Pide unas patatas fritas con kétchup y una Coca-Cola, y, cuando busca hueco para salir del bar con su compra, lo ve: le sorprende reconocerlo tan rápido, como si solo hubieran pasado unos días desde que se vieron la última vez, cuando en realidad han pasado años. Ha cambiado mucho, apenas queda rastro de aquel muchacho que todavía era un niño, aunque tuviera el cuerpo de gimnasio, pero no duda. Es él, es Aras.

Laura lo pierde, tapada por las personas que se agolpan en el bar. Cuando logra superarlas, Aras ya no está allí. El pasillo se extiende a ambos lados con un goteo de espectadores que vuelven a sus

asientos y que no son él. Por la megafonía, el locutor ya anuncia el siguiente combate. Puede que haya sido solo un espejismo, un espectro del pasado. Es curioso, su amistad fue breve, nunca hablaron demasiado, ni siquiera se cogieron de la mano, pero aun así Laura la recuerda como si hubiera sido su primera historia de amor. Una que no tuvo ni besos ni despedidas.

Se dispone a regresar a su asiento cuando lo ve de nuevo. Aras está bajando las escaleras donde antes había un guardia de seguridad impidiendo el paso. Llevada por la curiosidad y una frágil intuición —¿y si Aras tiene alguna relación con Gorbachov?— decide seguirlo. Y, en su descenso, desemboca en las entrañas del Marbella Arena. La música de la velada reverbera en los pasillos vacíos. No sabe qué dirección elegir, de modo que al final opta por seguir las señales que marcan el camino a los vestuarios. Deja puertas a los lados que ignora adónde conducen. No hay rastro de Aras ni de ningún miembro del equipo de seguridad. Continúa caminando con la sensación de que se está adentrando en un laberinto del que no sabrá salir. De pronto oye un fuerte golpe metálico seguido de un grito, parece un insulto, aunque en un idioma que no entiende, puede que ruso. Mira a su alrededor para ubicar el origen, pero no se decide a retroceder hasta que oye una voz: «¡¿Dónde cojones está Putin?!», y entonces corre hacia una de las puertas que ha dejado atrás. Los ruidos se suceden, todo apunta a un forcejeo. «¡Te juro que te mato!», cree entender a continuación.

Abre la puerta sin pararse a pensarlo, y un guardia de seguridad rapado al cero, de aspecto eslavo, se gira hacia ella apuntándola con la pistola.

—*Uydi otsyuda!!* ¡¡Largo!!

Laura levanta las manos, asustada. El eslavo tiene el uniforme medio roto, un labio partido. Se seca la sangre con el dorso de la

mano. En el suelo ve al guardia con el pelo teñido de rubio. Y también ve a Aras, que se está incorporando; ha debido de recibir también algún golpe.

—¡Te he dicho que te vayas! ¡Fuera! —le vuelve a gritar el de la pistola.

—Él se viene conmigo —responde Laura con una seguridad que a ella misma le sorprende—. ¿O prefieres que venga a decírtelo mi padre? Supongo que conoces a Alberto Pastor.

Toda la agresividad del eslavo se esfuma. Ya no sostiene el arma con la misma determinación de antes. Cruza una mirada con el guardia teñido de rubio, que sangra por una herida en el pómulo. Luego, con un gesto, indica a Aras que salga de allí. Laura nota que él está dudando qué hacer: no quiere marcharse, quiere terminar lo que sea que estuviera haciendo.

—Vamos, Aras, por favor.

Él decide salir de la habitación ante la insistencia de Laura, que cierra la puerta cuando está fuera y deja escapar un suspiro de alivio. Se alejan de allí a toda prisa y, cuando salen a la calle, ella esboza una sonrisa. De alguna manera cree que acaba de devolverle a Aras el favor que le hizo cuando ella era solo una adolescente en el Tatoo y aquel colombiano intentó violarla.

8

—Ezequiel García, el Potro de Antequera, es favorito en las apuestas.

Sergio se mantiene en contacto con la zona de apuestas deportivas del casino para informar a su padre.

—¿Has hablado con su entrenador?

—Sí, me jura que nadie los ha tocado. Ni los Huérfanos ni nadie, pero eso no quiere decir nada.

Alberto Pastor mira de manera disimulada a la mesa de los irlandeses. Griffin se ríe de algo que ha dicho Amber. A Burke le da igual estar en público y manosea a su última novia, una mexicana, mientras esperan a que empiece el combate estrella de la velada. ¿Cómo ha podido meterse Nata en la cama con ese hijo de puta? La fotografía que le enseñó Sergio impedía negar la evidencia. Si no fuera por la protección de la Hermana Mei, ya habría borrado la chulería de Burke con un balazo en la cara.

—Ha pasado poco tiempo desde el último combate. Es posible que piensen que no es prudente torcer también este —especula Alberto.

—Esos putos Huérfanos son cualquier cosa menos prudentes.

Por una vez, Sergio tiene razón. Quizá es que se está haciendo mayor y le duele más de lo que pensaba que su propia hija esté arruinándole el negocio. Hace tiempo que asumió que Nata no era la hija que a él le habría gustado tener. Desordenada, ególatra como una niña pequeña, caprichosa, siempre en una montaña rusa emocional, le ha decepcionado mucho y de muy diversas maneras: con sus matrimonios absurdos, con sus gastos desorbitados, con

espectáculos de borracheras y drogas. Pero nunca pensó que podría ser tan estúpida como para acostarse con uno de los irlandeses.

—¿Hay apuestas fuertes a favor de la caída en el cuarto? —pregunta Alberto después de que Sergio consulte una vez más con el casino.

—Todavía no. Ya sabes, las apuestas fuertes se hacen en el último momento.

Alberto no está nada seguro del plan que ha diseñado Sergio. Estos días se han asegurado de que Nata escuchara sus conversaciones y no se han cansado de repetir que Ezequiel, el Potro de Antequera, perdería por KO en el cuarto asalto. No han recurrido a ningún intermediario, Sergio ha comprado directamente al entrenador y a Ezequiel, Souza no ha participado, por lo que solo hay tres personas en el secreto. Alberto, Sergio y Nata. Si Ezequiel no se deja ganar en el cuarto asalto, será evidente que todas las filtraciones han salido de Nata.

—¿Y tu hermana?

—He hablado con Jasmina. Sigue en casa.

La velada no está muy bien organizada y el tiempo entre una pelea y otra es excesivo. Lejos de ellos, los Huérfanos beben cervezas y comen los platos de jamón que traen los camareros. Mucha gente se acerca a saludarlos. En pocos años en Marbella se han hecho populares.

—Apuesta algo a favor de Ezequiel —decide Alberto—. No demasiado, pero que vean movimiento de dinero, no vayan a estar pendientes de las apuestas, como nosotros.

Sergio se levanta para llamar al casino. La última persona a la que quería ver en el mundo cruza la zona VIP y se sienta junto a Alberto Pastor: la Hermana Mei.

—Vosotros aquí, los Huérfanos... ¿Me pierdo algo?

—Hoy no hay apuestas, no te esperaba.

—No me vas a decir que has venido porque te gusta el boxeo.

—¿Quieres beber algo? ¿Te pido un agua con gas?

—Alberto, creo que nos conocemos bien. ¿Qué vas a hacer?

—Disfrutar del combate. Tomarme un par de copas y, luego, volver a casa.

—No te estoy hablando de esta noche. Te hablo de mañana.

—No sé a qué te refieres.

—Sé que estás pasando una temporada difícil. La situación de Marimar también me da pena a mí, pero la tristeza no puede detener los negocios.

—Te he prometido que te pagaré la deuda.

—Sé que lo harás. Sé que volverás a ganar mucho dinero con los amaños, pero hay cosas que no podemos perdonar. No importa quién las haya hecho. ¿Recuerdas? Tú y yo hicimos un trato, el *guanxi*. Lo que nos une está por encima de cualquier otro lazo.

—¿Cuándo te he fallado?

La Hermana Mei echa una mirada a la mesa de los Huérfanos. Se arrebuja en la rebeca negra que lleva, no debe de haberle costado más de tres euros.

—¿Desde cuándo sabes que tu hija Nata se acuesta con Burke?

—¿Y tú?

Mei no responde, compone lo más parecido a una sonrisa que es capaz de armar. Alberto piensa rápido: ella tiene ojos en cada rincón de Marbella, le ha sorprendido muchas veces porque estaba al tanto de secretos que nadie conocía; sin embargo, en esta ocasión está casi seguro de que la información no ha llegado por ninguno de los conductos habituales de la Hermana Mei. No cree que haya sido idea de Burke, él no es tan retorcido, pero sí Griffin: ya que van a perder

a su topo, ¿por qué no usarlo para poner entre la espada y la pared a Alberto? Un golpe más para seguir hundiéndolo.

—Sabes cuánto aprecio a Qiang. Tú lo conociste cuando llegó a España, era un bruto de dieciocho años, aunque con los años lo he ido puliendo. Me daría mucha pena perderlo, es casi un hijo para mí. Pero si un día Qiang me hiciese perder dinero, no lo dudaría.

El locutor del estadio los obliga a callar. La música y su voz atronadora presentan a Ezequiel García, el Potro de Antequera, y a Mamadou Nashar. Las luces parpadean al ritmo de la música mientras los púgiles cruzan el pasillo que los conduce al ring. El público grita y aplaude, es el momento más divertido de toda la velada. Alberto se pega al oído de Sergio, que ya se ha sentado a su lado.

—Vete a casa, encuentra a Natalia y sácala de Marbella. Llévala adonde sea.

—Todavía no sabemos si...

—Haz lo que te digo. Después no habrá tiempo.

Sergio obedece y sale de la pista mientras, en el ring, Ezequiel encadena una serie de golpes que debilitan la defensa de Mamadou. Al lado de Alberto, la Hermana Mei observa con pereza el combate, como si no le hubiera ordenado hace un instante, si se confirma que Nata es el topo, que la ejecute. Ese es el castigo que ella ha decidido: que Alberto Pastor mate a su propia hija.

9

—¿Te duele?

Aras y Laura están en la terraza del Tonis Pizza, a solo dos minutos del Marbella Arena. Él apoya un hielo envuelto en un pañuelo sobre el labio partido. No responde, la mira como si todavía estuviera analizando si puede confiar en ella.

—¿Así te presentas siempre? La hija de Alberto Pastor.

Ella sonríe. A pesar de la distancia, se puede oír la música de la velada de boxeo.

—¿Es tu forma de darme las gracias? Al entrar en ese cuarto no me dio la impresión de que fueras ganando.

—No tenía ninguna intención de ganar.

Ha cambiado, no solo físicamente. Adivina en su rostro la huella de otras cicatrices. Otras peleas. Sigue estando en forma, el cuerpo musculado, aunque haya cumplido los cuarenta años, recuerda que era un año mayor que ella. Pero es en su mirada de ojos rasgados donde nota una mayor diferencia. No queda ni rastro de la ingenuidad adolescente, no existe ese brillo que tenía cuando le quedaba toda una vida por delante. Ahora están empañados de una bruma de cinismo, no, de tristeza y derrota, de dolor.

—¿Has vuelto a Marbella? —le pregunta él.

—Solo para un par de días.

—Sigues en Madrid.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Te he visto alguna vez en los periódicos. Fiscal. Supongo que tengo que darte la enhorabuena.

—No hace falta. Mi único mérito es que fui una buena estudiante. En aquella época no tenía otra cosa que hacer.

—Me refiero a que te veo bien. Me dijeron cómo tuviste que marcharte...

—Ah, la anorexia nerviosa. —Laura hace un gesto dándole a entender a Aras que no tiene que disculparse, no le importa tocar ese tema—. Gracias. Eso sí que merece una enhorabuena; no fue fácil salir de la clínica y llevar una vida más o menos normal.

Se crea un silencio en el que ninguno de los dos se siente incómodo. No hay mucha gente en el centro comercial, las tiendas ya han cerrado y solo quedan los últimos clientes de los restaurantes. Algunos pagan su cuenta. La camarera se acerca para preguntarles si van a tomar algo más y, como si despertara de un sueño, Laura le dice que no, que están bien así. Cuando se quedan solos, ella da un sorbo al café que ha pedido.

—Te debo una disculpa. Por no despedirme —se atreve a decir.

—Hace demasiados años de eso, Laura.

Es la primera vez que dice su nombre y le gusta cómo suena en los labios de Aras.

—¿Y tú? ¿Cómo te han ido las cosas?

Él deja en la mesa el hielo. Hace buena temperatura esta noche y se ha deshecho, ha empapado el pañuelo.

—No quiero aburrirte.

—Inténtalo. Hasta que me veas bostezar —bromea ella.

—No me apetece hablar.

Ha sido tajante, como un cuchillo. Él se pone la chaqueta. No le ha entrado frío, simplemente se va a marchar y Laura no quiere que eso suceda todavía.

—Por lo menos dime cómo has llegado a ese cuarto del Marbella Arena, con dos tíos deseando matarte. ¿Sabes una cosa? Creo que es la primera vez que alguien me apunta con una pistola. Debería haberme cagado encima.

—Has mantenido muy bien el tipo.

—¿Quién es Putin, Aras? —Él no disimula la sorpresa cuando escucha el nombre, ha estado deseando hacerle esa pregunta desde que salieron de la plaza—. Te oí preguntarles por él antes de entrar.

—Un tío al que es mejor no acercarse. Eres fiscal: sabes que esta ciudad está llena de hijos de puta.

—No hizo falta que me hiciera fiscal para descubrirlo: tenía al mayor hijo de puta de Marbella en mi propia casa.

—Por eso no volviste nunca.

—Ni siquiera por Navidad. Se me quitaron las ganas de comerme las uvas con un asesino.

Nota un cambio en la actitud de Aras, la distancia con la que la estaba tratando se acorta, descubrir que Laura no defiende a su padre levanta sus reservas.

—Si no has venido para ver a Alberto Pastor, ¿qué te trae a Marbella?

—Mi madre. —Valora contarle toda la situación, pero decide que es demasiado pronto. Aunque se sienta en confianza con Aras, no deja de ser un extraño—. Ha tenido problemas legales y quiero ayudarla.

—¿Por eso buscas a Putin?

Laura se siente desarmada por la pregunta, ¿cómo puede saberlo?, pero no necesita preguntárselo.

—Tú también conoces a las Huérfanos. Ellos me dijeron que ibas buscándolo.

—Creo que puede ayudarme con el caso de mi madre.

Aras esboza una pequeña sonrisa. No se le escapa que Laura está evitando contarle el fondo del problema.

—Ha salido en los periódicos, Laura. Sé que está detenida por un homicidio.

—Si ya lo sabes, ¿por qué me preguntas?

—Para comprobar si confías en mí. —Aras se levanta, es evidente que ella no ha superado la prueba—. Ha sido un placer volver a verte.

—¿Y tú, Aras? ¿Por qué buscas a Putin? ¿Te vas a ir sin decírmelo?

—Si vuelves a escuchar algo de ese puto ruso, será que está muerto.

—No, Aras, por favor. —Lo ha cogido de la muñeca cuando ya se marchaba—. Necesito hablar con él. Es el único que puede ayudarme a sacar a mi madre de la cárcel.

—Ese no es mi problema, Laura. Lo dicho: ha sido un placer volver a verte.

No puede retenerlo. Aras le da la espalda y se aleja con paso lento y las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta. En la pizzería están apilando sillas. La camarera le dice que van a cerrar ya. Es una sensación extraña: se siente como un edificio al que le han cortado los pilares de la primera planta. Por ahora, las consecuencias son sutiles, una grieta en el segundo piso, una ventana que cierra mal en el tercero, pero el edificio ha perdido estabilidad y, en cualquier momento, llegará el derrumbe.

10

Sergio baja del coche y comprueba que el de Natalia está aparcado bajo el emparrado del jardín. La ha llamado varias veces, pero no ha recibido respuesta y, aunque conoce la vida extravagante de su hermana, empieza a inquietarse. Jasmina sale de la casa principal. Lleva una bandeja con dos botellas de champán y se encamina a la casa de invitados.

—¿Es para mi hermana?

La criada marroquí baja la vista.

—¿Jasmina? —insiste.

—Señor, no quiero tener que entrar ahí.

—No lo hagas. Llévatelo de vuelta a la nevera.

Ella obedece y se aleja aliviada. Según se acerca a la casa de invitados, donde Natalia hace su vida, gana presencia la música de dentro. «Bulería», de David Bisbal, Sergio no soporta sus gorgoritos. Empuja la puerta y capta de un vistazo el desastre del salón: ropa por todas partes, botellas de champán, restos de patatas fritas en boles. Un gato atigrado lame el jugo de unas aceitunas, ¿desde cuándo tiene su hermana un gato? Da igual que Jasmina limpie todos los días, ella siempre tiene la casa hecha una pocilga, no sabe cómo su padre le consiente vivir ahí. Hay un abrigo de hombre colgado de la silla de la cocina. Recorre el pasillo que conduce al dormitorio. El volumen de la música se vuelve insoportable, ni siquiera en una discoteca lo pondrían tan alto.

El pasillo hace una ele, y, al girar, Sergio se plantea darse la vuelta sin más, ya se le ocurrirá alguna excusa que esgrimir ante su padre, lo mejor que podría pasarle a su familia es que la Hermana Mei les quitara el problema de Nata. Pero al final se impone el deber. Entra en el cuarto, apaga el altavoz y el silencio añade un tinte aún más patético a la escena que tiene ante sus ojos: tres hombres desnudos y una chica también desnuda y con una peluca rosa se quedan paralizados, como si se hubieran encendido las luces en el cuarto oscuro de un pub. Nata, en el centro de la orgía, murmura un «sigue» que nadie atiende, tampoco sabe a quién se dirige, si al hombre que tiene a su espalda o a la chica de la peluca rosa que está entre sus muslos. Otro de los hombres, un chaval que no debe de tener más de veinte años, mira su pene sin saber qué hacer con su erección. El africano que estaba masturbándolo ha empezado a reírse como un idiota al ver a Sergio en la puerta del dormitorio.

—¡Fuera de aquí! —les grita—. ¡Largo!

Pero ninguno reacciona. Su abulia le hace pensar que han consumido un cargamento de drogas, además del alcohol que había por el salón. Coge unos vaqueros que hay en el suelo y se lo lanza a uno de los hombres.

—Sergio, ¿no te han enseñado a llamar a la puerta?

Nata es la única que parece más o menos despierta en ese grupo de zombis. Ha cogido una bata de satén para taparse, aunque a Sergio le da tiempo a ver que se ha hecho un tatuaje tribal por debajo de los pechos. Una información que no necesitaba tener.

—¡¡He dicho que os vayáis de una puta vez!!

Agarra al africano, que sigue riéndose como si se le hubiera averiado un mecanismo, y lo empuja al suelo. Tira de la muñeca de la chica de la peluca rosa. «¡Vístete!», le ordena. Ella trastabilla, se

le ha ladeado la peluca y le tapa los ojos. Uno de los chicos le da un empujón a Sergio.

—¿Quién cojones eres tú?

Sergio saca una pistola de la chaqueta y se la pega a la frente.

—Vuelve a tocarme.

—¿Ahora también llevas pistola? —Nata se ríe mientras los demás recogen a toda prisa sus cosas—. No tenías bastante con el Brabus, ahora una pistola, ¿para cuándo el diente de oro?

Sergio abre un armario y lanza una maleta a la cama. No soporta el olor a sexo que flota en la habitación.

—Mete lo que te haga falta para un fin de semana, nos vamos.

—¿Adónde vamos? ¿Te has vuelto loco?

—O sales en menos de diez minutos o van a venir a por ti.

—¿Quién? ¿Por qué?

—Eso deberías habértelo preguntado antes de follarte a Liam Burke.

Los compañeros de orgía de Nata enfilan el pasillo en dirección a la salida. El africano hace un amago de despedirse de la anfitriona, pero Sergio lo espanta con un gesto y el otro echa a correr. Nata no está haciendo el equipaje. Ha cruzado los brazos y mira a su hermano con aire desafiante.

—Dime qué coño está pasando.

Sergio no contesta. Llena la maleta con prendas que va cogiendo al tuntún, blusas, pantalones, dos jerséis, algo de ropa interior que encuentra en un armario. Un abrigo. Cierra la maleta y arrastra a Natalia del brazo hasta la calle. Allí está el Audi Q7 que ha cogido en el concesionario en lugar del Brabus. No ha sido fácil desprenderse de ese coche, lo echa de menos, le habría gustado quedárselo. Se nota muy cansado. El coche no es lo importante, lo que le agobia es no ser dueño de su vida. Cada movimiento que hace lo dirige su

padre, ya solo le falta que opine cuándo y cómo debe hacerle el amor a su esposa.

—No me muevo de aquí hasta que me digas adónde vamos —le dice Nata.

Sergio guarda la maleta en el asiento de atrás y luego sube al coche. Nata tarda una eternidad en seguirlo y, cuando se sienta a su lado, se lleva la mano a la cabeza.

—Me está entrando una jaqueca horrible, no se puede cortar el rollo de esa manera, Sergio. Como con los astronautas, necesito despresurizar antes.

Sergio arranca y sale de la casa. Vigila los retrovisores, no se fía de que Qiang o alguno de los sicarios de la Hermana Mei esté merodeando por allí.

—Cariño, ¿vas a seguir mudo mucho más tiempo? ¿Qué más da que me haya acostado un par de veces con Burke?

—Eres imbécil, Nata. No sé en qué momento empezaste a ser tan imbécil, pero, la verdad, no creo que tenga arreglo. Lo de casarte con un actor cocainómano o desaparecer con un futbolista argelino tiene su pase, hasta nos reímos cuando se lo contamos a los amigos. Pero esta vez te has coronado.

—Espera, ¿quién me está echando la bulla? Es que todavía estoy un poco puesta. ¿Eres el superdotado de la familia? Ah, no, que esa es Laura. Tú eres Sergio, ¿no? El perrito faldero de papá. De verdad, no sé cómo te aguanta Candela, con lo mona que es.

—A mí me da igual que la Hermana Mei te cuelgue de un puente, Nata. Tu vida hace años que me da igual: métete lo que quieras, ponte bótox hasta en los párpados, acuéstate con media Marbella. Pero no nos toques los cojones con el negocio.

—Vuestro negocio a mí me da igual.

—Ese terapeuta tuyo tan maravilloso, ¿cuándo te va a decir que lo que te pasa es que eres tonta? Te acuestas con Burke, que está con una modelo mexicana de revista, ¿tú te crees que lo hace porque le gustas?

—No te imaginas cómo soy en la cama.

—Ni ganas. Nata: te ha estado tirando de la lengua. Te ha estado sacando qué combates amañábamos para jodernos. Tú le das igual.

La mirada de ella se pierde en la noche de la autovía. Puede que le esté bajando el efecto de las drogas o que las palabras de Sergio le hayan hecho daño.

—¿Adónde vamos?

—Al aeropuerto. Te monto en el primer vuelo que salga de España y luego ya veremos qué hacemos.

—Yo no le he contado nada a Burke. Hemos echado un par de polvos, ya está.

—Cállate, Nata, por favor. Cuando te metes pastillas y cocaína no sabes ni cómo te llamas.

El coche engulle kilómetros. Sergio quiere desprenderse de su hermana lo antes posible y empezar a pensar en cómo pagar la deuda con la Hermana Mei. Resuelto el problema del topo, tiene que contactar con Souza para que el agente vaya preparando un nuevo amaño, es la manera más rápida de hacer dinero.

El móvil se conecta al manos libres cuando responde a una llamada de Alberto Pastor.

—No es ella.

Él sigue conduciendo, no sabe bien a qué se refiere su padre.

—¿Me oyes, Sergio? No es ella.

Nata mira a su hermano con una sonrisa torcida, va a saborear cada segundo de este momento.

—¿Estás seguro? —pregunta Sergio.

—Ezequiel se ha caído en el cuarto asalto. Tu hermana no le ha contado nada a nadie. Lo único que has conseguido con toda esta estupidez es que Mei vea que estoy desesperado.

Sergio conduce en silencio. El asfalto suena bajo las ruedas del Audi. Nata tiene que hacer un esfuerzo para no estallar en una carcajada.

—Hola, papi. Soy Nata, estás en el manos libres. ¿Todo va bien? Suenas preocupado.

—Sí, cariño. Estoy bien.

Alberto cuelga. Nata se acomoda en su asiento mientras Sergio se aferra al volante, la mirada fija en el horizonte. No soportaría girarse hacia su hermana.

—Sergio, ya que estamos en el coche: ¿por qué no me dejas en el Orphan's? Me he quedado a medias y no es bueno que un orgasmo se haga bola dentro. A lo mejor Burke está libre esta noche para mí. Si te apetece, te tomas una cerveza con nosotros.

Lo peor no son las burlas de Nata, Sergio es consciente. Lo peor será su padre. Su error tendrá un castigo.

11

Se ha pedido un Larios en la Bodega San Bernabé, en la calle de Carlos Mackintosh, junto al parque de la Alameda. No ha sido intencionado, el lugar lo ha elegido Salma, pero aquí estuvo con Laura hace muchos años. Le molesta que su cabeza le traiga esos recuerdos, como si todavía pudiera disfrutar de algo bueno cuando a su vida no le queda otro motivo que vengar la muerte de Flor. Y, sin embargo, Laura sigue revoloteando en su pensamiento: recuerda que se pidió un zumo de piña cuando estuvieron en la bodega; que vestía un top azul calado que dejaba intuir un sujetador rosa; que le encantaba cuando ponían en un bar aquella canción imposible, «Dragostea din tei», se lanzaba a la pista a bailar; la recuerda fuera del Tatoo, cuando su padre vino a recogerla y fue la última vez que la vio.

—Tienes mala cara, ¿has tenido combate esta noche?

—Me he retirado —responde Aras a Salma. Lleva un hiyab amarillo que resalta sus ojos—. ¿Cómo está tu padre?

—Quejándose de todo, como siempre. Creo que no le queda ni un hueso que no le duela.

—Un día tengo que ir a hacerle una visita.

Bilal, el padre de Salma, entrenaba en su mismo gimnasio. Soñaba con que su hija lo retirara del boxeo antes de que lo dejaran sonado. No llegó a tiempo. En un combate, le destrozaron el riñón, y Bilal se retiró por un sangrado interno que le dejó el órgano inservible y un puesto bajo en la lista de espera de pacientes para trasplantes.

Salma lo ha mantenido desde entonces. La chica podría haber tenido una carrera, pero ha encontrado la manera de aprovechar su talento y subsiste con la informática, haciendo trabajos aquí y allá, no siempre legales.

—Necesito que me desbloquees un móvil.

Aras coloca un iPhone sobre la mesa.

—Eso es fácil. Por veinte euros te lo hago en cinco minutos.

—En ese móvil hay una aplicación, se llama Ghost. Es un sistema de mensajería. También necesito que me la desbloquees.

Salma cambia su gesto de suficiencia.

—¿De dónde has sacado este teléfono?

Aras no le va a decir que, en el forcejeo que tuvo con los de seguridad del Marbella Arena, le robó el móvil al que llevaba el pelo teñido de rubio. Sabe que los sicarios de Marbella tienen su propio sistema de comunicación.

—¿Cuánto me va a costar, Salma?

—Doscientos euros.

—Eso es un robo.

—Si fuera fácil de desbloquear, lo llevarías a cualquier pakistaní.

—Está bien. Por tu padre, por Bilal. Cómprale unos sobres de jamón, que yo sé que él se salta a Alá y a lo que haga falta por un buen jamón. ¿Cuándo lo tendré?

—Ven a mi casa mañana.

Ghost es uno más de los programas de mensajería que circulan entre los delincuentes hasta que la policía logra desencriptarlos. Es lo que pasó con Encrochat, con Anom y con Matrix. El negocio de las telecomunicaciones también tiene un nicho entre narcotraficantes y sicarios.

Salma se marcha con su dinero, él pide un Larios más. Mañana irá al barrio de pescadores. Muchas de las casas bajas se han convertido en restaurantes de pescado para turistas, pero en la calle principal, la de Guadalete, quedan algunas ocupadas por las familias de toda la vida. Allí se mudó hace tiempo Bilal con su hija Salma. Sabe que tendrá que aceptar un café con Bilal y también que no podrá evitar sentir una punzada de envidia cuando entre en su hogar: las cosas no han sido fáciles para él, la jubilación del boxeo llegó acompañada de un montón de problemas médicos, pero tiene a su hija a su lado. La verá crecer y enamorarse, la verá feliz y la acompañará cuando esté triste. Nada de eso le sucederá a él con Flor, de la que ya solo tiene el pasado. El recuerdo de su féretro entrando en un nicho, la imagen que ningún padre debería tener.

Se mantuvo apartado del reducido grupo que asistió al entierro de Flor: cuatro chicas de la edad de su hija, entre ellas Berta, la única a la que conocía, y el hermano de su exmujer. Tenía miedo de que algún matón estuviera rondando el cementerio para darle caza. Esperó a que los enterradores terminaran de sellar el nicho y, cuando todos se marcharon, se acercó a la tumba. Leer el nombre de su hija y las fechas de nacimiento y defunción en el cemento fresco lo rompió. El llanto le hizo caer de rodillas y gritó de rabia. Si alguien estaba vigilando, acababa de descubrirse, y no le pareció una mala idea que se presentara algún sicario que lo destrozara a golpes. Sin embargo, en el cementerio no apareció nadie. Puede que se hubieran dado por satisfechos con la ejecución de Flor y su madre y que él ya no le importara a nadie.

«Concéntrate —se repite Aras mientras bebe—, no puedes descomponerte, todavía no». Mañana, Salma le dará acceso a Ghost y repasará las conversaciones del guardia de seguridad. Espera que su intuición resulte acertada. Que encuentre el contacto de Putin. Ya

que al ruso parece que se lo ha tragado la tierra, tendrá que hacer que sea él mismo quien salga de su escondrijo: «Alberto Pastor necesita verte», le escribirá. Lo citará en Alfarnate, en la casa donde los irlandeses lo escondieron después del combate. Está apartada del pueblo, nadie escuchará las súplicas del ruso. Piensa hacerlo sufrir, no lo dejará morir hasta que le diga qué le hizo a su hija.

12

—En Madrid siempre se me olvida que en el cielo hay estrellas.

Laura está un poco colocada, ha dado unas caladas a un porro de su hermano Dani y lleva toda la noche bebiendo vino con él, con Ingrid y, desde hace un rato, con Estrella. Ha sido una noche agradable, siempre lo es cuando tiene a su hermano pequeño al lado.

—Qué suerte tienes con este sitio. Es un paraíso.

La mesa bajo el emparrado y la hierba húmeda que anima a descalzarse en el jardín de la casa de Istán hace que quiera alargar la noche tanto como pueda. Ella pretendía acostarse pronto; tiene que volver a Madrid temprano. Mañana empieza el juicio contra Strummer y, aunque la primera jornada solo consta de formalidades, no quería llegar sin descansar. Había repasado el caso, se lo sabe de memoria, en realidad no lo necesita, y luego cenó con Dani e Ingrid.

—¿Malleolus? —se sorprendió cuando su hermano sacó el vino—. Yo pensaba que los medio hippies solo tomabais té matcha.

—Tu hermano es un hippy un poco raro —se rio Ingrid.

—Algo me tenía que quedar de la familia, papá traía los mejores vinos a casa, me acostumbré. Y las copas deben ser finas, que en un vaso el vino no sabe igual. ¿Quieres?

Ingrid se había vuelto a encargar de la cena. No dejaba de admirarle su independencia a pesar de la silla de ruedas. Laura tardó en enterarse del accidente, de lo contrario habría viajado a Marbella para estar con ellos. Fue hace cinco años y nunca había querido

indagar mucho, solo sabía que Dani se sentía culpable; él era el instructor, el encargado de revisar las bombonas de oxígeno que lo causaron.

—Me gustaría visitar a mamá —le dijo más tarde Dani.

—Claro. Le diré a Guillermo que organice una visita. Así también os conocéis, aunque no sé si ahora está enfadado conmigo: no le dije que venía a Marbella y creo que me ha pillado. En los mensajes solo me habla de mamá, ni un beso ni nada. He creado un problema para ver cómo dos locas se mataban a palos en un ring.

—Y para cenar con tu hermano. —Dani brindó con una sonrisa.

Ella le dio la razón. Esa cena merecía el viaje. Prefirió omitir el extraño encuentro con Aras, la coincidencia de que él también estuviera buscando a ese Putin. Su reaparición en la vida de Laura revoloteaba en su cabeza como un pájaro atrapado en una jaula.

—A lo mejor no cuidé de mamá como debería —confesó Dani cuando se terminaron la primera botella—. Siempre la he visto como una extensión de papá. Nunca levantaba una voz contra él.

—¿Y qué querías que hiciera? Dani, tienes que verla como lo que era: una mujer maltratada. No se atrevía a llevarle la contraria.

—Ella sabía de los negocios de papá, como todos. Se ha aprovechado del nivel de vida que le daba.

—Estaba en una cárcel de oro. Sabes cómo es papá: puede ser el más cariñoso, el más divertido y, al mismo tiempo, el más retorcido. ¿Te parece normal la que ha armado cuando mamá ha cogido las maletas? Cargarle el asesinato de Víctor Zamora. Hay que ser psicópata y enfermo...

Dani aireaba el vino de su copa, Ingrid le agarró la mano, debió de notar su incomodidad.

—¿Averiguaste algo de la hermana de Víctor Zamora? —recordó Laura.

—Intenté hablar con ella en el puerto, pero no quiere verme ni en pintura. Y no me extraña. Le echa la culpa a papá de que Víctor se arruinara con las apuestas y a mamá de matarlo ahora que levantaba cabeza.

—¿Levantaba cabeza?

—No sé a qué se refería.

—¿Se lo preguntaste?

—Solo le faltaba escupirme, no estaba para muchas preguntas. —Dani se puso en pie, no quería seguir con esa conversación—. Voy a por otra botella.

—Sois los únicos que habéis salido de la casa de Sierra Blanca y no podéis hablar de otra cosa, siempre de Alberto Pastor —le dijo Ingrid cuando Dani entró en la casa—. A tu hermano no le sienta bien. Cuanto más lejos de ellos estemos, mejor. Son muchos años escuchando que está tirando su vida a la basura.

Laura estuvo a punto de responderle que lo entendía, pero que ahora esa distancia era imposible: su madre estaba en una cárcel psiquiátrica, atiborrada de medicamentos, convertida en una inválida, pero no quería estropear la noche.

Dani regresó con el vino, y, poco después, también se unió a la cena Estrella, la compañera del negocio de submarinismo de su hermano. Retomaron el sendero de las risas y de las anécdotas, de la conversación intrascendente que tanta falta hace algunas veces. Dani preparó un porro que fue pasando de mano en mano, siguieron bebiendo e Ingrid se despidió, estaba cansada.

Es muy tarde ahora, en el jardín, pero Laura está fascinada con ese cielo tan luminoso de Istán, incluso le ha parecido ver pasar una estrella fugaz.

—¿Has pedido un deseo? —le pregunta Dani.

—Tener las tetas tan grandes como Nata. —Y todos estallan en una carcajada—. Va en serio: le salieron las tetas muy pronto, con doce años como mucho, y yo, que tenía nueve, le rezaba todas las noches al Señor que me pusiera unas como las de ella.

—Supongo que a Nata no le parecían tan perfectas —bromea Dani.

—Se ha puesto más, ¿verdad? Es que cuando comí con ella me parecieron enormes.

Dani no puede parar de reír mientras rellena el vaso de Estrella.

—Se sabe cuándo está Laura en Marbella porque a Dani le salen hoyuelos en las mejillas de tanto sonreír. Eh, espera, a ti también se te forman, Laura. Debe de ser genético.

—Yo no quiero más —dice Laura tapando su copa.

—No me has dicho qué te parece este vino —le dice Dani a Estrella.

—Estupendo. Yo creo que da las mismas notas en nariz que en boca.

—Serás idiota. —Dani empuja en un juego a Estrella—. Mejor, cállate.

—Eso fue lo que me dijo el otro día que comimos en Málaga. ¿A ti te parece normal? Las mismas notas... ¡Será atontao!

Laura se incorpora, tambaleante, le va a costar llegar hasta el sofá para dormir. Los ve bromear, divertirse, nota la complicidad entre los dos y no puede evitar pensar que quizá la relación de su hermano con Ingrid no sea tan perfecta como parece, que entre Dani y Estrella hay algo más de lo que ellos mismos quieren reconocer.

Se derrumba en el sofá, agotada, y su último pensamiento antes de dormirse es para Aras.

13

Ha tenido un mal día y no parece que vaya a mejorar. Se levantó temprano, fue a pasear por la playa de Nagüeles, pero la mañana resultó ventosa, el verano toca a su fin, y terminó refugiándose en una cafetería. Rechazó una llamada de su hijo Sergio. No tenía ganas de hablar con él ni de volver a casa y cruzarse con Nata. Fue a jugar a la petanca a la plaza Manuel de Falla, y allí estaban los de siempre: Gonzalo el Manco y la Alemana hicieron pareja y ganaron; la suya, Luisita la Larga, no le echó en cara que no hiciera ni un buen lanzamiento, pero es que Alberto no estaba inspirado. Otras veces, cuando andaba con el ánimo bajo, se había juntado con los compañeros de la petanca o con la parroquia del Estrecho, y siempre le había sentado bien olvidarse durante un rato de quién era, actuar como un marbellí más. Eso es lo que le decía a Marimar cuando ella le preguntaba por qué seguía alternando tanto con esa gente, pero la verdad es otra: le gusta sentirse admirado, pasear entre el pueblo y que lo traten con la devoción de un elegido, alguien que puede solucionar sus pequeños problemas con un chasquido de dedos. Hoy, sin embargo, no ha sido así. Tenía la sensación de que Gonzalo el Manco y la Alemana ya no se dirigían a él con el respeto habitual, que Luisita la Larga pensaba que Alberto Pastor había dejado de ser el hombre más temido y querido de Marbella.

Son fantasías. ¿Qué sabrán esos pobres desgraciados de su vida? Ninguno puede imaginar la posición de debilidad en la que se encuentra. El plan de Sergio para desenmascarar a Nata solo ha

servido para demostrarle a la Hermana Mei que anda como pollo sin cabeza. Que le debe una fortuna y no tiene ni idea de cómo hacer frente a esa deuda. Que sigue completamente perdido con el topo que hay dentro de su negocio.

Comió en casa un arroz a la cazuela que le preparó Jasmina y luego se echó una buena siesta, pero se levantó con la misma sensación de impotencia. Al vestirse para ir al casino, se descubrió más viejo de lo que se recordaba en el espejo. Estaba perdiendo pelo por la coronilla, varias arrugas rayaban su rostro y sus ojos, antes tan vivos, se estaban apagando bajo una nube acuosa. Quizá ya era demasiado mayor para esta vida. Hubo un momento en que, ingenuo, pensó que un día alcanzaría la cima y que a partir de entonces todo sería disfrutar las mieles del éxito. Pero, en realidad, uno nunca deja de escalar. La cima se aleja a cada paso y lo que llamas altura es solo la medida del daño que aguarda si resbalas. Demasiados cadáveres a su espalda, demasiada gente deseando ver cómo Alberto Pastor rueda ladera abajo por la montaña y se estampa contra una roca.

Se encerró en su despacho del casino tras dejar claro que no quería ver a nadie, ni siquiera a Sergio. Necesitaba tiempo para planear cómo enfrentar esta situación. Y ahora, un minuto atrás, un empleado de seguridad acaba de venir a decirle que los Huérfanos estaban allí y que querían hablar con él.

Se enciende un puro cuando Liam Burke y Chris Griffin entran en el despacho. No le gusta su actitud, no le gusta que miren a su alrededor como si ya estuvieran pensando de qué modo van a redecorar su despacho. Burke se repantiga en un sillón antes de que Alberto lo invite a hacerlo. Griffin, impecable como siempre en un traje sastre color burdeos, permanece de pie.

—¿Tenías amañado el combate de ayer? —le pregunta Burke—. Me pareció que estabas muy nervioso y que respiraste cuando el Potro de Antequera cayó a la lona.

—Debieron de ser las luces, Burke, que te dieron una impresión equivocada. Estaba muy tranquilo.

—¿Puedo? —pregunta Griffin señalando un sillón, Alberto le da permiso y también toma asiento—. No queremos entretenerte. Lo mejor será que vayamos al grano.

—Soy todo oídos.

—Te estás derrumbando, Pastor —suelta Burke sin preámbulos—. Tu casa hace agua por todos lados.

—Y habéis venido a que os dé las gracias, ¿no? Porque si estoy en esta situación es por vuestra puta culpa.

—Nosotros no hemos metido a tu mujer en la cárcel.

—¿Por qué no os mantenéis lejos de mi familia?

—Yo lo intento —interviene Burke—, pero es que a tu familia le van las pollas pelirrojas.

—Por favor —media Griffin antes de que la conversación se despeñe—. Creo que somos capaces de tratar este asunto como adultos.

—¿Y cuál es el asunto? El imbécil que hay a tu lado se está acostando con mi hija.

—Si la cosa va a más, vendré a pedirte su mano. Me apetece tener un nieto de los Pastor para soltarle collejas cuando me dé la gana.

—Y a mí meterte un hierro hirviendo por el culo, Burke, pero no siempre conseguimos lo que queremos. Deberíais haberlo aprendido: este casino es mío, el negocio del juego es mío. No lo vais a tener. Nunca.

—Creo que ya no estás en posición de decir eso. —Griffin no altera su tono de voz educado, por muy tensa que sea la conversación—. Sabemos la deuda que has contraído con la Hermana Mei. Y también sabemos que no tienes manera de pagarla.

—Lo que pase entre la Hermana Mei y yo no es cosa vuestra.

—Sé que sois amigos desde hace muchos años. Pero también que la amistad no significa nada para ella cuando se trata de dinero. Y es mucho dinero, Alberto.

—¿A qué habéis venido? ¿A ofrecerme un préstamo en cómodos plazos? Me bastaría con que dejarais de joder mis apuestas o con que me digáis qué topo habéis metido en mi casa.

—Eso son acusaciones muy feas, Pastor. —Es obvio que Burke se divierte con su falsa inocencia—. Nosotros no hemos hecho nada.

—Un día podré demostrarlo y te tragarás esa sonrisa de gilipollas.

—Escúchame, Alberto. Tenemos una oferta —tercia Griffin—. No eres el único con problemas. Ya lo sabes, nuestro hermano Trevor Strummer está en prisión.

—Era cuestión de tiempo. Strummer no sabe controlarse.

—Creo que nos podemos ayudar mutuamente. Estamos dispuestos a pagar tu deuda con la Hermana Mei, a firmar una paz.

Alberto da una profunda calada a su puro, no esperaba que Griffin saliera por ahí, aunque sabe que ahora viene la contraprestación, nada es gratis en este mundo y menos un acuerdo con los Huérfanos.

—¿Qué queréis a cambio?

Se arrepiente de su pregunta. Es una muestra de debilidad, la prueba de que está atrapado. En otros tiempos los habría echado a patadas de su despacho por faltarle al respeto, por tratarlo como si fuera un pordiosero.

—Tu hija Laura es la fiscal del caso de Strummer —destapa Griffin sus cartas—. Ella podría hacer que el juicio no terminara en una condena.

—Estáis locos. No conocéis a Laura.

—Todo el mundo tiene un precio, Alberto. Seguro que tu hija también.

—No va a arruinar su carrera por vosotros.

—No lo haría por nosotros. Lo haría por ti, por su padre.

—Deberíais dejar que Strummer se pudriera en la cárcel. Olvidadlo.

—Piénsalo. —Griffin se estira el traje al levantarse. La reunión toca a su fin—. Nadie quiere tener en contra a la Hermana Mei. Tú tampoco. Sería una solución perfecta.

Burke echa una mirada a Alberto antes de seguir a Griffin camino de la puerta.

—Puedes hacerte de rogar, pero sé que te parece un buen trato, Pastor.

Alberto aprieta los dientes, como si estuviera esperando a quedarse solo para dejar salir la rabia, para arramblar con todo lo que hay en la mesa, reventar uno de los monitores de seguridad con un cenicero y hacer trizas un palo de Brasil que decora el despacho. Sin embargo, cuando los Huérfanos se marchan, se le dibuja una sonrisa.

El día empezó mal, pero ha terminado mucho mejor de lo que esperaba.

Marbella, 2022

—Todas las mesas abiertas.

Alberto Pastor levanta su copa de champán en un reservado del Casino Benamar y brinda con la Hermana Mei, las salas están llenas de jugadores.

—Tampoco nos ha ido tan mal —admite Mei—. Hay un proverbio chino que dice que los buenos se conforman y los mejores se adaptan.

—¿Por qué no te acercas a la barra y le dices a Miguel que nos traiga otra botella? —le pide Alberto a Camila, una brasileña preciosa que estaba enroscada en su pecho. Necesita intimidad para preguntarle a Mei lo que le ronda la cabeza—. Hiciste un buen negocio con los Huérfanos.

—Otro proverbio chino dice que la riqueza viene de todas partes.

—¿Hay algo para lo que no exista un proverbio chino? Por ejemplo, para cuando te sale un grano dentro de la oreja, que dan mucho por culo. O para cuando uno tiene la sensación de que lo están dejando de lado.

—Alberto, la envidia empobrece el alma. Hay para todos. Tú habla con ese representante portugués, Souza se llamaba, ¿no? Céntrate en el negocio de las apuestas. Deja que los Huérfanos se ganen un dinero con la droga.

Se moja los labios con el champán. No le gusta cómo están creciendo los irlandeses. Trevor Strummer es un descerebrado; Liam Burke tiene agallas, pero tampoco es él quien le preocupa de verdad. Chris Griffin se cree que vive en una colonia, o por lo menos viste como si fuera uno de esos ingleses que pensaban que descubrieron Marbella a mediados del siglo pasado, solo le falta el monóculo, pero es listo. Sabe moverse para ganarse la simpatía de la Hermana Mei.

—Tengo que irme. —Mei echa una mirada en la mesa de la ruleta, un jovencito rubio con aire de vikingo está perdiendo todas sus fichas. Es uno de los hombrecitos que pasan por su cama—. Voy a sacarle unas fichas más, no está teniendo suerte.

—¿Cómo te gustan tan jóvenes, Mei? Están a medio cocer.

—Cada uno tiene sus manías. Yo no digo nada de tu querencia por las brasileñas. —Se alisa la falda y la blusa cuando se levanta, Alberto cree que nunca la ha visto con una prenda de color—. ¿Has visto últimamente a Leo Domínguez? Tu amigo tenía que entregarme unos contratos hace dos días y ni siquiera me coge el teléfono.

—Hablaré con él.

—Dale un beso a Marimar de mi parte. ¿Cómo está?

—De pruebas médicas, anda regular del estómago, pero seguro que no es nada.

Camila regresa a la mesa poco después de que se haya ido la Hermana Mei, pero a Alberto se le han quitado las ganas de seguir bebiendo champán. Ha llamado a Leo, su móvil no le ha dado señal, y el desasosiego ha ido creciendo dentro de él, como si supiera que se avecina una catástrofe.

—Me ha surgido algo, guapa, pero tú quédate, es una pena desperdiciar este champán.

Alberto se despide de Camila con un beso. En realidad, le aburre su compañía, no cree que vuelva a llamarla. De camino a casa, se sorprende pensando en su vida, no es un hombre que suela hacer repaso de los años vividos. Piensa en sus hijos. Sergio está tomando responsabilidades en el casino, y no porque él haya sido el heredero elegido, sino porque no puede contar con ningún otro. Nata es una inconstante caprichosa que no quiere responsabilidades. De Laura, que está ganando prestigio en la fiscalía, solo sabe a través de los periódicos; a veces, la echa de menos, en especial cuando piensa que a ella sí le podría plantear todas las dificultades del negocio, que sabría aconsejarle mejor que nadie. El pequeño, Dani, tiene la cabeza llena de utopías revolucionarias, de sueños de libertad anticapitalista, es un botarate, quién sabe si con los años entrará en razón y se dará cuenta de que la vida es otra cosa; aun así, le admira cómo se ha adaptado a su vida nueva, después de que el año anterior Ingrid se quedara en una silla de ruedas. Piensa que esa abnegación no es tan distinta de la que él siente por Marimar: su relación hace mucho que empezó a mostrar grietas. La rutina, las vidas paralelas que el trabajo los ha obligado a llevar, los fueron alejando y, sin embargo, aunque él alterne con alguna que otra chica, sabe que nunca se separarán. Crearon una vida en común cuando eran casi adolescentes, juntos lograron salir de la miseria, el amor que siente por su esposa está por encima de toda duda. Quizá la tristeza de ella y la mala racha de su matrimonio se deban a que han conseguido prácticamente todo menos tener la familia con la que habían soñado.

—¿Te ha dicho algo el médico? —le pregunta cuando entra en el dormitorio. Ella ya se ha tomado sus ansiolíticos, estaba a punto de dormirse.

—Que hay que esperar a la prueba de mañana. Cree que es diverticulitis.

—¿Qué es eso?

—Algo del intestino. Tengo que estar en ayunas y beber mucha agua.

—Mañana te acompaño al hospital.

—No hace falta. Entre que me cojan y la tomografía, voy a perder toda la mañana.

Alberto no admite discusión. Irá con ella. Antes de acostarse, vuelve a llamar a Leo. Su teléfono sigue sin dar señal.

Marimar tiene cita en el Hospital Internacional de Marbella. Le han dicho que no tardarán en prepararla para la tomografía de contraste, tienen que inyectarle antes el tinte. Aunque lo niega, Alberto sabe que está nerviosa: a una cierta edad, cada prueba médica es un seguro de malas noticias. Entonces, le sorprende que Leo le llame. No ha dado respuesta a ninguna de sus preguntas —«¿Dónde coño te has metido? La Hermana Mei quiere verte»—, solo lo ha citado en una taberna de la barriada de Puya, en la calle Rodrigo de Triana.

—¿Tiene que ser ahora?

—Es urgente —le ha respondido Leo.

Alberto ha esperado a que Marimar se fuera con las enfermeras. Le han dicho que en una hora, como mucho, habrán terminado. Sale del hospital, no necesita coger el coche. La calle Rodrigo de Triana está a solo unos minutos.

—No es buena idea hacer esperar a la Hermana Mei —le dice cuando encuentra a Leo en una mesa del fondo de la taberna—. Necesita no sé qué contratos que le estabas tramitando.

—No se los voy a dar. —Leo levanta la mirada que tenía hundida en un gin-tonic. Demasiado pronto para darle al alcohol—. No voy a trabajar más para esa mujer.

—Esa ginebra debe de estar aguándote el cerebro. No digas tonterías.

—Se ha acabado, Alberto.

—¿De verdad crees que eso es algo que puedes decidir tú? —Alberto baja el tono de voz. Apenas si hay clientes en la taberna, pero el camarero no les quita ojo—. No me toques los huevos.

—¿Es que no te das cuenta de lo que hemos hecho, de en qué hemos convertido Marbella?

Puede que Leo no esté borracho, puede que sea peor: que haya perdido el contacto con la realidad, habla como un orate.

—Marbella está de maravilla. Yo estoy de maravilla, como tú: ¿o no te acuerdas de que estabas a punto de perder la casa? Ahora tienes un chalet estupendo, ¿y cuánto cuesta la chaqueta que llevas? ¿Mil, dos mil euros? No me vengas con tonterías, Leo, que ya no tenemos dieciocho años.

—Mi hijo está en la cárcel, Alberto. En Alhaurín.

Alberto compone un gesto de sorpresa. La confesión de Leo cae como una bomba sobre el mantel y él comprende que no es momento para bromas ni para frases hechas.

—No lo sabía. ¿Qué le ha pasado?

—Se enredó con los de la Mocro Maffia, se enganchó... Lo pillaron con veinte kilos de hachís en el ferri de Algeciras.

—Lo siento. Tenías que habérmelo contado antes; algo podremos hacer para que le den la condicional. Jesús María es el director de la prisión, es un buen amigo.

Pero Leo cabecea como si Alberto no hubiera entendido ni una palabra de lo que le ha dicho.

—¿Te acuerdas de Toño, el hijo del Rubio? También está en Alhaurín. ¿Y Javier el Trampas? Quiso poner una discoteca y se la quemaron. Y así todos los que conocemos desde chavales, los que no se han metido en negocios de drogas se han enganchado a ellas; unos se han ido de Marbella, otros no han pasado de camareros. Los que intentan salir adelante de una forma decente tienen que lidiar cada día con rusos, con marroquíes o saudíes, con colombianos... Pagarles una mordida es lo de menos. El problema es que no les gustes. Van a ir a por ti. Solo se habla de Puerto Banús, de los coches de lujo, pero ¿en qué se ha convertido esta ciudad? Es el patio de recreo de la mafia. Les hemos dado Marbella a cambio de unos euros.

—Estás deprimido, lo entiendo. Tu hijo está en la cárcel, es un adicto... Pero no saques las cosas de quicio. ¿Por qué no coges a tu mujer y te vas unos días de vacaciones al Caribe?

—A lo mejor tú puedes mirar para otro lado. Yo no, no lo soporto.

—Ni que hubieras matado a alguien.

—No hace falta. Le arreglo los asuntos a esa china. Una mafiosa de una tríada. Yo no aprieto el gatillo, Alberto, ni tú, pero sabemos que lo hacen.

—Leo, te has vuelto gilipollas.

—He colaborado en la destrucción de esta ciudad, y ahora tengo que ayudar a arreglar un poco este desastre. Lo sé todo: negocios, comisiones, testaferros... He decidido hablar con la policía. Y te va a salpicar, lo siento. Por el casino, porque tú también has estado al lado de la Hermana Mei.

—¿Hablar con la policía? Pero ¿te has vuelto loco? ¿Así es como me agradeces lo que hice por ti?

—Te estoy avisando, Alberto. ¿Por qué te crees que te he llamado? Sal de España esta misma semana. Vete con Marimar a un país sin

extradición. Tus hijos a lo mejor pueden quedarse, que aleguen que ellos no sabían nada.

Leo se levanta. Apoya su mano en el hombro de Alberto antes de marcharse.

—Lo siento —le dice—. La copa está pagada.

Leo camina despacio por una de las calles que rodean el Complejo Deportivo Antonio Serrano Lima, muy cerca de allí. Se ha alquilado un pequeño piso en la calle de Ojén; en el momento en que decidió colaborar con la policía también supo que su vida correría peligro y que le convendría desaparecer. Por ahora, se aloja en este piso. En unos días se marchará con su esposa a un pueblo del sur de Francia. Hay poca gente en la calle, las instalaciones deportivas están vacías, los chavales vegetan en los colegios y los institutos. El edificio donde vive sigue en obras y tiene que atravesar un túnel de andamios para llegar al portal. Es entonces cuando lo sorprende una presión fría en el cuello. Intenta liberarse, es un cinturón que le aprieta y lo aprisiona contra su atacante, que no es otro que Alberto Pastor. Siente su respiración caliente en la oreja, su cuerpo sudado contra la espalda mientras no deja de tensar el cinturón en su cuello. Le falta el aire, trata de gritar, pero no lo consigue, sus manos forcejean cada vez con menos fuerza, hasta que renuncia a liberarse.

Alberto sigue apretando unos segundos más, incluso cuando el cuerpo de Leo se viene abajo. Puede que esté solo inconsciente, así que hunde con todas sus fuerzas el cinturón en su cuello y solo lo suelta cuando tiene la certeza de que ha muerto. Comprueba que no tiene pulso y, tras echar un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie lo ha visto, se pone el cinturón y se marcha con paso tranquilo rumbo al hospital.

—En la prueba no hemos detectado nada peligroso, pero tendrán que esperar a la cita con el especialista —los informa el técnico que ha hecho la tomografía.

Marimar está cansada, pero también hambrienta, lleva en ayunas desde ayer.

—¿Adónde quieres ir? —le pregunta Alberto al salir—. Te has ganado un buen desayuno.

Ella le arregla la camisa, no sabe por qué la lleva tan arrugada.

14

Laura conduce por una carretera de montaña en dirección a Alfarnate. El navegador la lleva desde Loja, así que no ha tenido que pasar por Málaga o Marbella, tal como esperaba. Ha amanecido hace un par de horas, eran las dos de la mañana cuando recibió el mensaje de Aras en el que le revelaba que tenía a Putin: «Me dijiste que necesitabas verlo. Si te das prisa, podrás hablar con él». Salió de la cama, cogió el coche y se puso en marcha.

Su cabeza es una tormenta y necesita aplacarla, concentrarse en lo inminente, el encuentro con ese ruso que puede darle la libertad a su madre, pero no es fácil, ha sido una semana complicada.

El juicio contra Trevor Strummer no tardó en torcerse: después de la declaración de los policías que lo detuvieron, las pocas evidencias físicas con las que contaba se fueron desvaneciendo. Strummer había tenido tiempo de deshacerse de la ropa que llevaba antes de la detención, debió de quemarla porque nunca dieron con ella, pero sí que tenían una pisada en la sangre que Ramón Castillo dejó en el asfalto y una muestra de ADN de Strummer en sus uñas. Un pelo. Laura había citado a dos peritos para que confirmaran la fiabilidad de los análisis, hasta había logrado un informe en el que, por el tipo de pisada, se podía asegurar que la huella coincidía con la de Strummer. Sin embargo, Losada, el abogado de Strummer, demostró que se había roto la cadena de custodia de esas evidencias —Laura está segura de que compró a los policías para arruinar las pruebas— y al juez no le quedó más remedio que excluirlas del juicio. Durante

estas jornadas del proceso, Losada ha sostenido la patraña de que Strummer había hecho un viaje de turismo a Madrid y que había tenido la mala suerte de parar a descansar un rato en el mismo parking en el que había estacionado el camión de Ramón Castillo, con el que no tenía ningún vínculo. La policía, al buscar al asesino del camionero, se había confundido: su defendido no solo era inocente, sino que además era una víctima.

Fue frustrante escuchar a Losada desarrollar su defensa. Un ejemplo perfecto de la pantomima en la que puede convertirse un juicio: todos los presentes sabían que Strummer era culpable, que su abogado no hacía más que mentir, que se habían manipulado las evidencias para excluirlas del proceso, que se estaban agarrando a las grietas de un sistema legal tan garantista que a veces dejaba escapar al asesino por un vicio de forma o porque había comprado la mano que debía custodiar las pruebas.

Liam Burke, Chris Griffin y Amber no se perdieron ni una sesión. No estaban allí solo para apoyar a su hermano, querían dejar patente la amenaza. Que el juez supiera con quién se las vería si la sentencia no les era favorable. Trevor Strummer, en el banquillo de los acusados, vivió esos días con la misma actitud relajada con la que uno asiste a un partido de tenis. Charlaba con su abogado, se reía cuando el juez desestimaba las protestas de Laura, bostezaba sin pudor, con aire de aburrimiento, soltaba una especie de chiflido entre sus dientes mellados para poner nerviosos a los testigos en sus declaraciones. Como si ese juicio no fuera el suyo, como si se supiera intocable.

Javier Grimaldo, el fiscal jefe, se tomó un café con ella al final de una de las sesiones. Estaba preocupado por el curso del juicio y, lo que es peor, por la estabilidad emocional de Laura. «¿Estás bien? Estoy al tanto de la situación de tu madre. ¿Quieres que te

sustituya?», le preguntó. No hizo falta que fuera más concreto, había presenciado los interrogatorios y pensaba que se estaba dejando avasallar por el abogado de Strummer.

«Tranquilo. Todo lo que ha pasado hasta ahora era de esperar», le respondió ella, como si tuviera bajo control lo que estaba sucediendo en la sala. Pero no era así. Laura notaba cómo iba perdiendo la batalla y que, además de las triquiñuelas de Losada o las presiones de los irlandeses, ella tenía parte de culpa. No estaba al nivel, le faltaba concentración. Por mucho que lo negara, la situación de Marimar la estaba afectando. No había podido volver a visitarla en Alicante, no había tenido tiempo, solo había hablado un par de veces por teléfono con ella y tampoco habían sido exactamente conversaciones: Laura se interesaba por el estado de su madre, le preguntaba qué había comido y qué tal había dormido, pero al otro lado solo escuchaba una respiración débil y sibilante. Estaba tan medicada que todo lo que le decía Laura le sonaba como un idioma extraño, ininteligible, y por eso no respondía. Solo en la segunda llamada, poco antes de colgar, la escuchó decir en un murmullo: «Yo no puedo vivir así...».

Laura no logró dormir esa noche. Se sentía en el centro de una catástrofe natural. Nada de lo que hiciera servía para detener los tsunamis, los terremotos que estaban destruyendo su mundo. Ella era insignificante a su lado.

Temió que la noche de insomnio le pasara factura en la declaración de Melca. Por fortuna, no fue así. Losada, el abogado de Strummer, intentó minar la credibilidad de la testigo haciendo un repaso pormenorizado de todo el alcohol y la droga que había consumido esa noche para que el juez tuviera que dudar de la identificación que Melca había hecho de Strummer. Arruinadas las pruebas forenses, el testimonio de Melca era fundamental. Cuando

llegó su turno, Laura le brindó la confianza suficiente para que relatara con seguridad cómo sucedió todo. Derrumbó todo el trabajo de Losada con una pregunta que ninguno de los Huérfanos esperaba.

—Es cierto que, en una noche en la que hubiese consumido alcohol y diferentes drogas, habría sido difícil reconocer al acusado. Sobre todo, si hubiera sido la primera vez que lo veía en su vida. Si hubiera sido un desconocido. Sin embargo, usted ya había visto antes a Trevor Strummer, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Puede detallarnos en qué circunstancias lo había visto?

—El día que salimos de viaje, Ramón paró en una calle del Faro de Calaburras, en Mijas. Me dijo que tenía que hablar con su jefe. Yo me quedé en la cabina del camión, y entonces lo vi salir de una casa que tenía una verja verde.

—¿A quién vio salir? ¿Está ese hombre en la sala?

—Sí, creo que sí —contestó, y la pequeña duda obedecía a que contaba con protección y estaba declarando detrás de un biombo.

—¿Es este hombre? —Laura le mostró una foto de Trevor Strummer.

—Sí, es él. Iba en bañador y chanclas. Habló un rato con Ramón y volvió a la casa.

—Señoría, que conste en acta que la testigo ha identificado en esta fotografía al acusado —dijo Laura acercando la fotografía al estrado.

—Está bien, señora fiscal. Prosiga.

Laura regresó junto a Melca.

—¿A qué hora fue ese encuentro?

—A las once y media de la mañana, más o menos. Acababa de hablar con una compañera de la manicura.

Laura sintió cómo la atmósfera del juicio cambiaba, la prepotencia del abogado de Strummer se había evaporado y se respiraba una electricidad que le hizo recordar por qué había estudiado Derecho, por qué había decidido ser fiscal: presentó ante el juez Cáceres las pruebas que sustentaban el testimonio de Melca, registros de su móvil, su geolocalización, los datos de que la casa descrita era propiedad de Liam Burke, sintió cómo la ley aplastaba a la mentira.

Quiso celebrar el vuelco que había dado al juicio con Guillermo, ya solo le faltaba el interrogatorio a Strummer para que el proceso quedara listo para sentencia y estaba segura de la condena, pero la noche no fluyó como esperaba. Ella presionó a Guillermo, quizá demasiado, para que consiguiera sacar a Marimar de la prisión psiquiátrica de Fontcalent, y, como él no hacía más que esgrimir los problemas jurídicos a los que se enfrentaba, Laura dejó caer un comentario del que se arrepintió al instante.

—Mi padre me dijo que deberíamos contratar al mejor abogado.

—Perfecto —le respondió él—. Contrata a quien quieras. ¿Quién soy yo para llevarle la contraria a tu padre? Lo que diga Alberto Pastor es santa palabra. Me alegra que haya bastado un viaje a Marbella para convertirte en una hija tan obediente.

—Vete a la mierda, Guillermo.

No se terminó la cena. Se marchó a su casa y, después de una ducha, se acostó. En el fondo se merecía esa respuesta, era ella quien había puesto en duda su trabajo cuando sabía que estaba haciendo todo lo que estaba en su mano. Hasta que no se abriera una falla en la acusación contra su madre, era culpable a todas luces, ningún juez le daría el más mínimo beneficio. Apenas había conciliado el sueño cuando sonó el mensaje de Aras que la puso de nuevo rumbo al sur, a Alfarnate, a la promesa de que podría hablar con Putin.

15

La ubicación que le ha mandado Aras la lleva a una casa de pueblo en la calle del Panteón, detrás del cementerio. Ha debido de verla llegar porque la puerta se abre antes de que llame. Laura hace un esfuerzo por mantener la compostura al verle los nudillos manchados de sangre y las salpicaduras en su camiseta. Siente un vértigo difuso dentro de ella, no sabe si es el temor a que el ruso esté muerto o a estar ingresando en un área peligrosa.

—¿Dónde está?

—Es duro el cabrón —le responde Aras con el aliento cargado de alcohol—. A ver si tú que eres fiscal puedes sacarle algo. Está arriba.

Se aparta para que ella entre. El interior de la casa es una cueva, las ventanas están tapadas con cartones. Le llega un olor agrio y sucio, a sudor, a vasos de ginebra. Duda si dar un paso atrás y volver al coche, sería la decisión más prudente, y, sin embargo, continúa. Una fuerza tira de ella, la expresión perdida de Marimar, su voz como un lamento, «yo no puedo vivir así», y avanza hacia unas escaleras que suben hacia la falsa, el espacio donde antiguamente se guardaba el forraje. La poca luz que se adentra en la casa se apaga cuando Aras cierra la puerta.

El olor se hace más intenso y también más desagradable conforme asciende las escaleras. Se tapa la nariz y la boca con el pañuelo del cuello. No es solo sangre, sudor y alcohol, son heces y orines, puede ver esa amalgama de excrementos mezclados con la sangre haciendo una plasta a los pies del hombre. Está desnudo, atado a

una silla en mitad de la habitación. Una columna de luz polvorienta atraviesa un ventanuco e ilumina al ruso, que tiene la cabeza sin pelo caída sobre el pecho. ¿Está muerto o solo inconsciente? Debe de tener unos cuarenta años y, aunque no es muy alto, su cuerpo está esculpido en horas de gimnasio, pero su figura en la silla es la de un títere al que le han cortado los hilos, nada que ver con el sicario peligroso que Laura había imaginado.

—¿Está vivo?

Por respuesta, Aras le lanza un cubo de agua a la cara y Putin revive, desubicado, inmerso en una pesadilla de la que no consigue despertar. Le faltan varios dientes. Los ojos están hinchados y negros, como higos oscuros a punto de reventar, la nariz, fracturada, la cara renegrida por plastas de sangre reseca, una sangre que en cambio supura, intensa y viva, de unos cortes en el pecho seguramente practicados con el cuchillo que Aras sostiene en las manos y con el que juguetea clavándolo y desclavándolo contra un viejo trillo de madera. Esas heridas, todavía frescas, dibujan ríos de sangre hasta la cintura y gotean a sus pies.

—Dios mío...

Es todo lo que logra decir Laura, que tiene que darle la espalda a Putin.

—No pensaba avisarte. Son dos días ya. Dos días sin comer ni beber, cagándose y meándose encima, recibiendo hostias... Pero es de piedra, el muy cabrón, ¿a que sí, Putin? ¿A que eres de piedra?

Aras está borracho. Por el suelo ruedan dos botellas de Larios vacías.

—Hay que llamar a una ambulancia.

—No vas a llamar a nadie. —En su tono no hay sombra de simpatía, solo amenaza—. Este hijo de puta va a morir, ¿sabes por qué? Porque me da igual que lo confiese o no, yo sé que es un

asesino, yo sé que se merece morir. Esto no es la sala de ningún juzgado. —Aras deambula por la habitación, inestable—. Díselo tú, Putin. Dile por qué vas a morir.

—Yo... no he hecho nada...

Apenas puede hablar. Le cuesta también respirar. Aras se ríe como un idiota y, después, le hunde un puñetazo en el estómago. Putin sufre una arcada, pero solo expulsa babas.

—¡¡Díselo!! —insiste el armenio.

Está fuera de sí. Laura mira las escaleras, tiene miedo, pero no se ve capaz de salir de la casa antes de que él le dé alcance. Ha cometido un error al confiar en Aras, porque en realidad es un hombre al que no conoce, nada le garantiza que esa violencia que ha desatado contra el ruso no se vuelva ahora contra ella.

—Su hija... —balbucea el ruso con los dientes que le quedan tiznados de sangre—. Su hija... La mataron y se piensa que yo..., que... Yo no le hice nada. Lo juro. —Levanta la cabeza con un enorme esfuerzo para mirar a Aras, las lágrimas anegan sus ojos—. Te juro que yo no le hice nada.

—Eres un hijo de puta mentiroso.

Da la espalda a Putin. De repente, toda esa furia que Laura había detectado ha cobrado otro sentido, es desesperación, es desvalimiento, es dolor.

—¿Tienes... tenías —se corrige Laura— una hija?

—Entró en la casa de mi exmujer —Aras va cogiendo las botellas que encuentra en el suelo, busca un poco de ginebra, pero todas están vacías—, mató a Raquel y luego fue a por mi hija. A por Flor. La cogió en el baño, le dio cuatro o cinco veces contra el lavabo, hasta que le partió la frente y la mató. Tenía dieciocho años.

Aras empina una botella hasta que una gota resbala a su boca. Mira a Laura. No llora, puede que ya no le queden lágrimas.

—Sé que fue él. Me da igual si lo reconoce o no.

Es evidente que no es así. Si lleva dos días buscando esa confesión es porque Aras sabe que, si no la consigue, la sombra de la duda lo perseguirá: ¿y si Putin no lo hizo? ¿Y si el verdadero asesino de su hija sigue vivo?

—¿Crees que matarlo te va a aliviar? ¿Que vas a sentir menos dolor?

—No te he avisado para que me hagas de psicóloga, Laura.

—Tampoco lo has hecho porque te importe lo que yo necesito.

—Tiene que ver con tu madre, ¿no? ¡¡Vamos!! Pregúntale.

Laura hace un esfuerzo para contener el asco que le provoca el olor que despide Putin y se acuclilla a su lado. El ruso está tiritando.

—¿Tienes frío? ¿Dónde está su ropa?

Aras le señala una esquina de la falsa, donde se amontonan una camisa, unos vaqueros y otras prendas. Laura coge una chaqueta y cubre los hombros de Putin.

—Te prometo que no voy a dejar que te haga más daño. Vamos a llamar a una ambulancia y te vas a poner bien, pero necesito que me ayudes. ¿Cómo te llamas? Tu nombre no es Putin...

El ruso la mira solo un instante, es difícil saber si con esos ojos inflamados es capaz de ver algo, para seguir después en silencio. Es como si tuviera que concentrar todas sus fuerzas en la tarea de seguir respirando.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Gorbachov? Es amigo tuyo, ¿verdad? Siempre trabajáis juntos.

De nuevo, no hay respuesta. Laura registra la chaqueta del ruso, busca en los bolsillos algo que pueda servirle para hacerle hablar. Saca un móvil. Cuando Aras lo ve, se acerca a ella para desbloquearlo.

—La contraseña se la saqué el primer día. 2000. El año en que Putin se convirtió en presidente. Es un cachondo el ruso. ¿A que sí? ¿A que eres la monda? —Lo agarra del cuello.

—¡Suéltalo! —le ordena Laura—. Déjame a mí.

Como si estuviera en uno de sus combates, Aras se retira a la esquina. Laura repasa las últimas llamadas para buscar aquellas que son más frecuentes. Todo el mundo tiene sus puntos débiles. De la misma manera que Burke y Griffin son la debilidad de Strummer, espera hallar la de Putin. Una llamada de ese listado la paraliza, aunque no es una sorpresa.

—¿Conoces a Alberto Pastor?

—No sé quién eres..., pero... vete..., porque no vas a salir...

—Trabaja para tu padre, Laura —interrumpe Aras la amenaza de Putin—. No es más que un mierda que mata por encargo. Y los dos sabemos quién da las órdenes.

Laura busca con la mirada a Aras, pero, en la sombra del altillo, no puede ver su cara. No sabe si se ríe o si se apiada de ella. El nudo de la situación se tensa, ambos buscan al mismo culpable, a su padre, aunque ella no se decida a reconocerlo.

—¿Quién es Dasha? ¿Tu novia? ¿Tu hermana?

Laura repite el nombre, Dasha, es con quien más llamadas ha cruzado Putin. Puede que no sea nadie, aunque por la expresión del ruso cree que ha acertado, esa tal Dasha significa mucho para él.

—Él no le hará nada. Ni a Dasha ni a ti. Te dejaremos ir, te lo prometo. —Laura coge de la barbilla a Putin, lo obliga a mirarla—. Pero para creernos que no le hiciste nada a su hija, tienes que decirnos alguna verdad. ¿Qué sabes de Gorbachov? Vamos, no seas idiota. Te estoy dando una oportunidad. Si me voy, en cuanto salga por esa puerta, te va a matar.

—No sé dónde está Gorbachov. —Y en su tono, Laura adivina que ha derribado la resistencia del ruso—. Hace un par de semanas me dijo que le había salido un trabajo en Madrid, que tenía que ocuparse de alguien y que, luego, estaría un tiempo fuera.

—¿Te dijo de quién tenía que encargarse? —Ante la negativa de Putin, Laura insiste—: ¿Quién le hizo ese encargo?

—Alberto Pastor.

Era la respuesta que esperaba, pero no por eso le impacta menos: su padre, tejiendo en la sombra el plan para destruir a su madre.

—Suéltalo —ordena a Aras—. Se lo he prometido.

Él no se mueve de su rincón.

—Está diciendo la verdad. Hay que darle de beber y curarle las heridas. Si sabe algo de lo que le pasó a tu hija, no te lo va a decir en estas condiciones.

—¿Qué estás haciendo? ¿Salvarle el culo a tu padre?

—Quiero acabar con él tanto como tú y, para eso, necesitamos a Putin. Él nos puede ayudar a meterlo en la cárcel. Te aseguro que no hay nada que desee más.

Le sorprende que Aras salga de la esquina y, parsimonioso, corte las bridas que mantenían a Putin atado a la silla. El ruso apenas puede ponerse en pie. El armenio lo carga por debajo del hombro.

—Ahora vamos a descansar —le dice Laura—. Nos tienes que ayudar a entender lo que pasó con la hija de Aras, ¿lo harás?

Putin parece que ha asumido que no le queda otra salida que colaborar. De repente, el móvil del ruso empieza a sonar en la mano de Laura. Esa melodía ridícula transforma la expresión de Aras, que había adquirido un tinte manso, para encresparla. Todo sucede tan rápido que ella no es capaz de reaccionar ni de entender qué resorte ha activado la melodía del móvil en Aras, pero él coge a Putin de la nuca y lo empuja hacia delante, hacia el trillo de madera. Le

estampa la cara contra el pedernal, pero no se detiene ahí. Sigue golpeando la cara de Putin contra el trillo hasta que no es más que un amasijo de carne informe, rotos todos los huesos, hasta que los tablones se parten y Putin es un cuerpo sin vida. Aun así, Aras sigue estrellándolo una y otra vez, como si no pensara detenerse hasta que el ruso no fuera más que polvo.

—¡¡Para!! ¡¡Aras, para!!

Cuando lo hace, el cuerpo del ruso se derrama en el suelo. Su rostro ha quedado irreconocible, como una mancha de pintura roja y negra entre la que se cuelan los destellos blancos del hueso.

—Estás loco. ¡No quiero volver a saber de ti en mi puta vida!

Laura corre escaleras abajo. Sale a la luz de un día que la deslumbra y no se detiene. Cree que, si lo hace, Aras le dará alcance.

No sabe que él no ha salido tras ella. Se ha sentado en la falsa, junto al cadáver de Putin, y se ha roto en un llanto que no puede controlar.

16

—¿Te importa si me quedo a dormir?

Dani le ha abierto la puerta de su casa sin hacer más preguntas. Estaba demasiado nerviosa como para conducir del tirón hasta Madrid. Su hermano ha llamado a Estrella para que ella se hiciera cargo de la escuela de buceo esa tarde.

—¿Dónde está Ingrid?

—Ha ido a rehabilitación. Tengo que recogerla luego.

—¿Puedo darme una ducha?

Necesita desprenderse de todos los olores que había en el altillo de esa casa en Alfarnate. Cierra los ojos bajo el chorro de agua caliente. Teme que las imágenes de la tortura a Putin la entierren como un alud: el hombre desnudo atado a la silla y, después, la furia sin control de Aras, la repetición de golpes hasta que la cara del ruso quedó desfigurada. Pero no sucede así. ¿De dónde viene entonces este malestar? ¿Qué es esto que apenas la deja respirar?

Desde los diecisiete años, cuando su padre vengó la agresión del colombiano del Tatoo a su manera, ha sido consciente de hasta qué punto imperaba la violencia en su mundo. Ajustes de cuentas, disparos por la espalda, palizas, pero siempre la ha vivido como una espectadora desde la barrera; en el salón de su casa las noticias aparecían en la televisión; las fotografías de cadáveres, de sangre en las aceras de Marbella y, más tarde, cuando empezó a ejercer como abogada, desde la seguridad de su despacho. Leía informes, revisaba las fotografías de la Científica en las que aparecía todo tipo

de violencia, de pandilleros a mafias, de accidentes a casos de violencia de género. Su punto de vista era meramente profesional, eso se decía cuando otros compañeros le comentaban que no habían podido dormir por las fotos de una autopsia o por la barbarie de algún crimen. Laura no se alteraba tanto porque sabía que la separaba muy poco de ese muestrario de horrores humanos, apenas una persona, su padre o el acusado que se sentaba en el banquillo, pero siempre creyó que, si tuviera que ser testigo directo de algo así, no lo soportaría.

Sin embargo, lo ha sido y no encuentra dentro de ella el desasosiego que debería encontrar. Todavía bajo el chorro de la ducha identifica qué es eso que le hace temblar y que no es la sangre del ruso, ni siquiera su muerte o la violencia de Aras: es que en ningún momento se ha planteado llamar a la policía.

Ha erigido toda su vida alrededor de la idea de la ley. De todo ese compendio de derechos y obligaciones, de límites legales que son los que garantizan que los seres humanos no se comporten como animales, o, al menos, que no lo hagan sin temor a una condena. Es la ley la que permite aspirar a un mundo justo, uno en el que los más fuertes no impongan su fuerza. Ha creído en la necesidad de esa ley como el católico cree en Dios, con una convicción inquebrantable. No es una ingenua, sabe de todos los defectos que tiene el sistema, pero aun así es el mejor escudo para protegerse de seres como Trevor Strummer, como Alberto Pastor, como Aras.

Y, aun así, cuando se ha visto implicada en una situación de extrema violencia, no ha pensado en llamar a la policía. ¿Qué clase de fiscal es? ¿En qué se ha convertido? Un aire frío, siniestro, recorre su espina dorsal y asume que podría perdonar lo que Aras ha hecho. Quería vengar la muerte de su hija. Encuentra justificación a sus

actos como encuentra lógico que ella haya aprovechado la tortura de Putin para sonsacarle información.

Cuando sale de la ducha y limpia el vaho del espejo, no se reconoce en el rostro que contempla: ¿qué tiene dentro?, ¿qué sombra está creciendo en su interior? Siente un escalofrío porque, sea lo que sea eso que está desarrollándose, le da miedo. Hay una parte de sí misma que le asusta.

—¿Me vas a contar qué ha pasado?

—Mejor no, Dani —le dice cuando se juntan en el salón.

Su hermano no insiste. Ha sacado una bandeja con una taza de café y un plato con bizcocho. Para su sorpresa, Laura descubre que tiene hambre y come con avidez. Su incapacidad para comer cuando está en Marbella se ha disipado.

—Es bizcocho de limón. Lo ha preparado Ingrid.

Dani la observa comer en silencio.

—Sal de aquí. Vuelve a Madrid. Esta ciudad no te sienta bien.

—¿Me das un abrazo?

Su hermano se sienta junto a ella y la abraza. Laura cierra los ojos. Le gusta cómo huele Dani, a sal y a libertad. Es un bálsamo que le devuelve la esperanza.

—No debería decirte nada, pero... he vuelto a hablar con la hermana de Víctor Zamora. Ella no tenía ni idea de que mamá y Víctor tenían un lío.

Laura se separa ligeramente de Dani, expectante, y él continúa hablando:

—Me ha dicho que Víctor le dejó un mensaje el día antes de su muerte. Le decía que estaba seguro de que conseguiría anular todas sus deudas, que iba a empezar una nueva vida.

—¿Te dijo cómo?

—Por algo que había grabado, no le dijo qué. Podía ser un vídeo o un audio, no lo sé. Tampoco tenía ni idea de qué era lo que había grabado, pero por lo visto era algo gordo con lo que se iba a sacar un dinero...

—Un chantaje. ¿A papá?

—Su hermana no lo sabe. Ni vio ni sabe dónde puede estar esa grabación. Ni siquiera está segura de que sea verdad.

No es mucho, piensa Laura, pero prefiere no decirle nada a Dani. Intenta aparentar normalidad, que el estado en el que llegó a su casa fue una crisis pasajera. Solo necesita descansar y, en cuanto se sienta mejor, emprenderá el viaje de regreso a Madrid. Dani le ofrece su habitación, él tendrá que ir más tarde a por Ingrid.

En la cama, más calmada, Laura repasa lo que le dijo Putin: Gorbachov tenía un trabajo en Madrid hace dos semanas, que debía eliminar a alguien por orden de Alberto Pastor. La fecha coincide con el día en que Víctor Zamora fue asesinado, pero más allá de fortalecer la convicción de que Marimar es víctima de una emboscada, ¿de qué más sirve? Putin ya no existe. No puede confirmar su declaración ante ningún policía. Es posible que Aras haya troceado su cuerpo para deshacerse de él, o quizá mañana el hallazgo del cadáver de Putin abra los informativos. Sería la manera de Aras de mandar un mensaje a Alberto Pastor. ¿No fue él quien ordenó a Putin que hiciera lo que hizo con su hija? Debería dejar tirado el cuerpo del ruso en la puerta del chalet familiar en Sierra Blanca, así Alberto sabría que el próximo iba a ser él.

Todo el dolor proviene del mismo punto, como un río putrefacto que se bifurca en varios arroyos pero nace de una misma fuente envenenada: es Alberto Pastor destruyendo la vida de su madre, la de Aras y la de todo aquel que se cruce en su camino. ¿Cómo puede

pensar nadie que es un buen hombre? ¿Es que no ven que detrás de esa fachada amable hay un monstruo?

—¿Salimos a dar un paseo?

Apenas hay luz, no sabe cuántas horas lleva durmiendo, si es que está despierta, porque no encuentra ningún sentido a esa voz, a esa silueta enorme a los pies de su cama.

—Vamos, Laura, necesito hablar contigo.

No espera a que se levante. Su padre sale de la habitación y Laura se incorpora. Le duele la cabeza, todavía le cuesta encajar la presencia de Alberto allí, en la casa de Dani. Se lava la cara con la esperanza de que, en efecto, todo esto sea una pesadilla. Que la realidad se desgaje de alguna manera surrealista, con cielos de colores imposibles o lo que sea. Cualquier cosa que le demuestre que es un juego de su imaginación la aliviaría, pero no es así. Cuando sale al jardín de la casa, su padre la está esperando.

—¿Conoces el Castaño Santo de Istán? Una vez hice una excursión con tu madre para verlo. Todavía no habíais nacido. Fue un día muy bonito, quizá alguna vez podamos ir juntos, está a unos kilómetros —le dice después, paseando por las afueras del pueblo.

Al llegar al mirador Tajo Banderas, el sol se está poniendo por detrás de la sierra y tiñe de naranja el pueblo acunado entre montañas. Ella prefiere no responder al comentario de su padre, sabe que no lleva a ningún sitio.

—No es la vida que había planeado para mi hijo, paseando turistas en barca y encerrado en este pueblo, pero supongo que él es feliz.

—Si alguna vez te hubieras molestado en escuchar a Dani, lo entenderías.

Él encaja la pulla con un gesto breve, casi imperceptible. Siguen paseando en silencio.

—¿Qué quieres? —le pregunta al final Laura, directa—. Tengo que volver a Madrid.

Alberto Pastor tarda unos segundos en responder, como si realmente le costara hacerle esta confesión.

—Tengo problemas. Sí, no me mires así: soy humano, a veces yo también necesito ayuda.

—Y has pensado que soy la persona adecuada —responde con cinismo.

—Créeme si te digo que preferiría no estar aquí. Laura, hemos tenido contratiempos con las apuestas. Alguien de dentro le ha estado pasando información a los Huérfanos, nos han arruinado varios amaños.

—Combates de boxeo...

—El último, de las MMA, sí.

—¿Es posible que conozca al luchador? De cuando vivía en Marbella. Un chico de ascendencia armenia, Aras.

Conoce ese gesto de su padre, lo recuerda de la infancia, cuando ella le contaba una mentira pero él prefería no descubrirla. Alberto siempre sabía si Laura le ocultaba algo y ella se derrumbaba ante esa mirada, no hacía falta que él le insistiera para que confesara la verdad. Sin embargo, hoy, en Istán, frente a esos ojos ya flanqueados por filas de arrugas, Laura no titubea. Le sostiene la mirada sin miedo. No va a contarle que se ha reencontrado con Aras ni que sabe que él ordenó la muerte de su exmujer y su hija.

—No es por eso por lo que he venido. Ya encontraré la manera de recuperar el control de las apuestas. Mi problema es un número. Treinta millones, Laura. Eso es lo que le debo a la Hermana Mei.

—Y quieres que yo te eche una mano. Es mucho para el sueldo de una fiscal.

—No te voy a pedir que me des dinero. Tengo quien haga el pago de esa deuda.

—¿A cambio de qué? No creo que nadie te regale treinta millones por nada.

—A cambio de que tú pongas en la calle a Trevor Strummer.

—Los Huérfanos —se da cuenta Laura—. Es la hostia. ¿De verdad tienes el valor de venir a pedirme algo así? Joder, sí que estás desesperado.

—Sé que las cosas entre nosotros se estropearon hace mucho tiempo. Como sé que estás convencida de que yo tengo algo que ver con la situación de tu madre, pero te juro que te equivocas. Yo quiero a tu madre, jamás le haría pasar por lo que está pasando.

—Y por eso has hecho que el juez Higueras la traslade a la prisión psiquiátrica.

—Pensé que era lo mejor. ¿Quieres que la devuelvan a Madrid? Haré lo que pueda. Ahora tienes que confiar en mí, por mucho que me odies.

—Te has vuelto loco, de verdad. No sé si será la edad o qué, pero has perdido la cabeza si piensas que voy a hacer algo por sacar a Strummer de prisión. Es un asesino y es donde debe estar. Me da igual que te arruines.

—No pagar una deuda con la Hermana Mei no se soluciona con la ruina. Solo se soluciona con dinero.

—Tú elegiste esta vida. Es asunto tuyo.

—No, no lo es. La Hermana Mei me necesita con vida, es la única forma que tiene de cobrar. No me va a castigar a mí, sino a mi familia, a tus hermanos, a los hijos de Sergio, a tu madre, a ti... No lo hagas por mí, hazlo por ellos.

Laura no espera a que su padre termine de hablar. Le da la espalda y se aleja dejándolo abandonado en el mirador de un pueblo donde ya se encienden las farolas. Se hace de noche y ella sueña con que bajen los lobos de la sierra y se abalancen sobre su padre cuando vaya de camino al coche. Que le muerdan el cuello y la cara, que claven sus dientes en esas carnes bronceadas hasta matarlo. Hasta hacer desaparecer el problema que ha estado jodiendo toda su vida.

17

—¿Está todo cerrado con la danesa?

Los camareros pasan las bandejas con los canapés y las copas de vino y cerveza. João Souza no para de coger de unas y de otras, con especial atención a los platos de jamón. Sergio Pastor conserva la misma copa de vino desde que acabó la rueda de prensa para presentar el torneo. El lugar no puede ser más elegante, es la casa club de la Finca Cortesín, en Casares, uno de los mejores clubes de golf de España, con dieciocho hoyos, mantenido con agua regenerada, donde hasta el césped es respetuoso con el medio ambiente. Un campo tan bien considerado que se ha disputado en él la Volvo World Match Play Championship en varias ocasiones y la Solheim Cup 2023, la Ryder femenina. Hoy se presenta uno menor, el Andalucía Sol Golf Challenge, que se celebrará dentro de unas semanas.

—Tres dobles *bogeys* en tres hoyos seguidos.

—¿Llamará mucho la atención?

El portugués se encoge de hombros, en un torneo de aficionados sería normal que un jugador cometiera esos fallos, en uno de profesionales no es algo tan común.

—Es la manera de que podamos sacar más beneficio con las apuestas. No queremos un *banker*, una de esas apuestas casi seguras, queremos una cuota por encima del cinco por ciento, y para eso no podemos hacer cosas normales.

João Martins Moreira Souza fue deportista profesional, aunque ahora padece un sobrepeso que disimula con camisas hawaianas muy holgadas. Jugó al fútbol en la cantera del Sporting de Lisboa, donde coincidió un año —aunque nunca en el campo— con Cristiano Ronaldo. Era un centrocampista combativo, sin demasiado talento; tuvo un par de temporadas buenas en el Oliveirense, en la segunda división de su país, después fichó por un equipo de la segunda B española, lo que ahora es Primera Federación: el Algeciras. Fue entonces cuando él y Sergio Pastor se conocieron. Primero se hicieron amigos de tomar una copa de vez en cuando, después socios en los negocios. Souza ha resultado mejor empresario de deportistas que jugador, y tiene ojo para descubrir qué competidores recibirían con agrado un buen incentivo. Esta vez se ha fijado en una golfista que tiene problemas con las drogas. Por alguna razón, todavía no ha dado positivo en ningún control antidopaje.

La danesa Alma Hansen es una buena jugadora, aunque no haya cumplido las expectativas que se crearon sobre ella cuando a los dieciséis años ganó el Junior World Golf Championship de San Diego, en California. Ahora tiene veintitrés y hace dos que no gana ningún torneo, pero su nombre todavía suena en los eventos menos punteros, como este de Andalucía Sol. Souza nunca revela a qué ha recurrido, puede que Alma tenga una deuda o sepa que se avecina una suspensión por dopaje y necesite dinero. Da igual, el hecho es que hará tres *bogeys* y cuatro si hiciera falta.

—Por si acaso, le he mencionado de pasada lo que sucedió con la familia del armenio después de no cumplir su compromiso de caer en el primer asalto —dice Souza, y, ante un gesto de incomodidad de Sergio, continúa—: Yo también he perdido dinero en las últimas apuestas, no quiero que se repita. Las cosas, cuanto más atadas, mejor. Y si Aras no cuidó a los suyos, peor para él.

—Nosotros no tenemos nada que ver con eso.

—No, claro... Ha sido casualidad —ironiza el portugués—. Sergio, coño, que somos amigos. ¿Esto también es casualidad?

Le muestra una noticia en el teléfono móvil: ha aparecido el cadáver de un súbdito ruso en una cuneta, en la sierra de las Nieves.

—Yo sabía que me sonaba la cara del muerto —comenta Souza—. ¿No es Putin?

—Los calvos mazados se parecen todos unos a otros, ni idea —le molesta la ligereza con la que habla Souza, no sabe cuántas veces le ha pedido que no toquen esos temas en lugares públicos—. Nosotros somos empresarios y nos dedicamos al dinero, no a los ajustes de cuentas. Tres dobles *bogeys* en tres hoyos seguidos y todos seremos felices.

—Ahí traen más jamón. ¿No te apetece un poco?

Sergio conduce el BMW M4 que solía usar Marimar antes de marcharse a Madrid. Le da la impresión de que llama más la atención en ese descapotable blanco que en el Brabus, pero ya no hay marcha atrás. No va a rumiar la pérdida del Brabus, se dice por enésima vez, pero lo cierto es que lo seguirá haciendo.

La noticia de la aparición del cadáver de Putin le llegó unos minutos antes de empezar la rueda de prensa, no fue Souza quien se la descubrió. Llamó de inmediato a su padre, pero no le respondió. Alberto y él apenas han hablado desde el desastre con Nata. Siente que ha perdido la poca confianza que tantos años le ha costado alcanzar. Su padre se muestra más reservado que nunca, casi no pisa el casino y, cuando lo hace, no le deja entrar en el despacho. Supone que anda maquinando algo, Alberto no es el tipo

de persona que se queda de brazos cruzados ante el problema de treinta millones de euros que tienen con la Hermana Mei, pero no imagina cuál es la solución que ha encontrado. Le da miedo pensarlo. El caso de Aras es un ejemplo de que está fuera de control: enviar a Putin a matar a su familia era innecesario, un error de bulto, ¿para qué hacer tanto ruido por un luchador rebelde?, solo sirve para ponerse en el punto de mira de la policía: a las autoridades no les gusta que aparezcan víctimas que no forman parte del crimen organizado, en esos casos suelen esforzarse por encontrar al culpable. Espera que la aparición del cadáver del ruso ponga fin a esa investigación. Sin embargo, no le dirá nada de esto a su padre, nunca se atrevería a decirle que se ha equivocado. «Tenemos que hablar», dice un mensaje de Alberto que acaba de entrarle en el móvil.

Del Finca Cortesín Golf Club al restaurante El Parador, en Playa Bonita, hay casi ochenta kilómetros, algo más de una hora. Tiempo de sobra para, si Sergio hubiera estado atento, percatarse de que un Dacia blanco lo sigue, a veces con un coche entre ellos, otras con dos. Dentro va Aras, que no siempre se concentra lo suficiente y ha estado a punto de perder al BMW, sobre todo en el peaje.

Aras no hizo nada por ocultar el cadáver de Putin, se limitó a sacarlo de la casa de Alfarnate, meterlo en el maletero y tirarlo en una cuneta de un camino vecinal de la zona. Como esperaba, no han tardado ni un día en encontrarlo. La policía da por hecho que es ruso por un tatuaje en su espalda: *svoboda*, escrito en letras cirílicas, que significa «libertad», quizá recuerdo de algún paso por la cárcel en su país de origen. Lo que todavía no sabe es si han descubierto su

identidad, tampoco le importa. Quería enviar un mensaje. Espera que haya llegado a oídos de los Pastor.

La resaca martillea su cabeza con un dolor persistente. Los rayos de sol aguijonean sus ojos, solo quiere terminar con esto lo antes posible, aunque durante el viaje resuene en su memoria lo que le dijo Laura: «¡No quiero volver a saber de ti en mi puta vida!». Tiene problemas más graves que ese, pero le afecta. ¿Rabia, odio, asco, qué sintió hacia él cuando perdió el control y mató a Putin? Laura no podría entenderlo: esa melodía ridícula del móvil del ruso fue la misma que escuchó en la última conversación con Flor, mientras su hija gritaba aterrada. Un instinto animal tomó posesión de él, ese hombre había cogido del pelo a Flor, la había estrellado hasta matarla contra el lavabo; un túnel se formó en su visión: solo veía al ruso y solo sentía el deseo irracional de destruirlo, de arrancarle la carne de los huesos, de reventar todos sus órganos.

¿Y después? Laura se marchó, asustada. Se llevó esa mirada que, durante un segundo, le había recordado a la adolescencia, cuando se enamoró como un loco de ella. Echó de menos aquella candidez, la pureza que se va perdiendo con el curso de la vida, hasta que todos los sentimientos acaban infectados de rencor, de envidia o de deseo de poder. Esa pureza ya solo la encontraba en el amor por su hija. Pero ¿servía de algo la venganza? Después de matar a Putin, de tener su rostro destrozado a los pies, se derrumbó: ¿qué satisfacción había en matar al asesino de su hija? ¿En qué aliviaba su dolor? El vacío que sintió fue tan intenso que le hizo llorar.

Un nombre, Alberto Pastor, le sacó de ese agujero. Necesitaba más. Acabar con el sicario solo era un paso para llegar al verdadero culpable. El hombre que, siempre desde lejos, ha marcado toda su vida: primero apartando a Laura de Marbella, luego corrompiendo su carrera deportiva, destruyendo la poca autoestima que le quedaba y,

al final, quitándole lo único que amaba en esta vida. Cuando Putin acudió a su encuentro, cuando cayó en el engaño de citarlo a través de Ghost haciéndole creer que era Alberto Pastor, llevaba una pistola Glock de nueve milímetros. Ahora esa pistola viaja en la guantera del Dacia que robó en Málaga.

Sergio Pastor sale de la carretera en el desvío de Mijas Benalmádena y de allí sigue hasta Playa Bonita. Aparca el coche y camina hasta el restaurante El Parador, en la playa. Desde su Dacia, que detiene a poca distancia, Aras presencia el encuentro de Sergio y Alberto, que espera a su hijo en una de las mesas de la terraza. Palpa su bolsillo, allí está la Glock de Putin.

Se le ocurre de repente, ¿cuándo va a tener otra posibilidad así? Los dos hombres que pueden haber ordenado la muerte de su hija están juntos en un lugar desprotegido, si dispara y se larga estará en pocos minutos lejos de allí, aunque ponerse a salvo tampoco sea una prioridad.

Busca un buen ángulo de tiro, los dos están en la mesa, de perfil al mar. Primero disparará a Sergio, ya que Alberto tendrá menos reflejos por la edad. Aunque no es un gran tirador y solo ha disparado a botellas cuando era mucho más joven, esos dos son un blanco fácil. Examina la mesa por si algo le estorba: hay una botella de Contino blanco, pero está apartada, no le impedirá acertar. Se aferra al arma, pero en el último instante no se decide a sacarla y disparar. Algo empieza a bullir en su interior, una inquietud, un aviso. Una voz le susurra que desista.

Acelera muy despacio y se aleja del restaurante sin entender qué le está pasando. ¿Por qué no ha disparado? ¿Está volviendo a fallar a su hija? Conduce por el paseo marítimo, algo mareado. Y de pronto cree ver a Flor con la misma mirada de decepción con la que lo miró en la plaza de San Ignacio, ¿se está volviendo loco? Su hija se

desvanece en el paseo igual que apareció, como si el viento se la llevara, pero algo ha cambiado dentro de él, una catarsis que le hace entender todo con una claridad absoluta. No queda rastro del mareo ni de la resaca. ¿Qué está haciendo? Él no es un asesino, no es el monstruo que vio en la mirada de Laura cuando acabó con Putin, no es esa persona, y sabe que ese no es el camino para hacer justicia por la muerte de su hija. Se ha dejado arrastrar por la rabia, sin darse cuenta de que eso lo estaba convirtiendo en alguien a quien su hija detestaría.

Es posible que sea demasiado tarde, ha cruzado una frontera. Hay cosas que ya no puede remediar. Lo que le hizo a Putin, la decepción de Laura, nunca podrá ser la persona que era hace veinte años, aquel Aras queda demasiado lejos y quizá en su vida ya no quepa la redención. Pero al menos no dejará que la rabia aniquile lo poco bueno que sobrevive en él, aquello que su hija sí veía: el valor, la honestidad.

Matar a Alberto Pastor y a su hijo solo volvería a hundirlo en el vacío que sintió al matar a Putin. Va a hacer justicia, sí, va a hacer que los Pastor paguen por lo que han hecho, pero el camino no es meterles una bala en la cabeza. El camino es llevarlos a juicio, obligarlos a confesar lo que hicieron y a asumir una condena. Dejarlos vivir, pero quitándoles todo lo que han conseguido a base de violencia.

Eso es lo que Laura también decía buscar. Puede que, al final, sus caminos tengan que volver a cruzarse.

18

—El juez Higueras ha aceptado mi solicitud —le dice Guillermo al teléfono—. Va a sacar a tu madre de Fontcalent para ingresarla en una clínica de Madrid bajo custodia policial... Laura, ¿estás ahí? Es lo que querías.

—Sí, es lo que quería. Es una noticia estupenda.

—Voy al juzgado y, en un receso, hablamos de qué clínica puede ser la mejor.

Laura cuelga. El semáforo se ha puesto en verde, pero no pisa el acelerador hasta que el claxon de los coches que tiene detrás la sacan de la parálisis en la que ha caído con esa llamada. Su padre sigue adelante con este juego cruel, demostrándole que el futuro de Marimar está en sus manos, le basta una llamada para enviarla de un lugar a otro como si fuera un bulto.

Cuando deja el coche en el parking de los juzgados, se toma unos segundos antes de coger el ascensor. Es el último día del juicio, tiene que hacer un buen interrogatorio, por la confianza que Melca ha depositado en ella, porque este mundo será un poco mejor si Trevor Strummer está entre rejas. Tiene que expulsar a Alberto Pastor de su cabeza como si fuera una avispa que amenaza con su aguijón mientras ella conduce.

—Turismo. De vez en cuando, me gusta venir a Madrid. A ver las luces de Navidad, he ido a un par de partidos del Madrid, o a

musicales de la Gran Vía. Me encanta *El Rey León*. Mi favorito.

Strummer podría haber exigido responder en su idioma natal, el inglés, pero ha renunciado a la traducción: habla un castellano con acento andaluz mezclado con el británico, como también ha desestimado su derecho a no responder a las preguntas de la fiscalía. Sentado en la silla con su metro cincuenta escaso, han tenido que bajar el micrófono para ponerlo a la altura de su boca, se le ve relajado, con una seguridad en sí mismo que Laura cree que la beneficia.

—El parking del hotel Eurostars Arenas de Pinto no parece la mejor elección para hacer un descanso en su viaje a Madrid. Estaba muy cerca de la ciudad. ¿Qué le hizo detenerse allí?

—Me estaba planteando alojarme en ese hotel. Queda a un cuarto de hora del Parque Warner. Me gusta *El Rey León*, pero es que me gusta más todavía Batman. Lo malo es que no me dejan montarme en algunas atracciones, por la altura. Iba a comprarme unas botas con calzas para llegar al mínimo.

Strummer se ríe con su dentadura mellada. Los dos años de cárcel han musculado aún más su cuerpo, que tensa la camiseta que se ha puesto bajo la chaqueta; ha debido de pasar los días de internamiento haciendo pesas. Laura ve cómo el juez sonríe cuando el acusado bromea con su altura y, por unos segundos, teme que los Huérfanos lo hayan comprado. Aparta esa idea, sabe que el juez Cáceres ha llevado otros juicios contra el crimen organizado y no le ha temblado el pulso en la sentencia.

—Un zapato del número treinta y ocho le costará encontrar —intenta retomar Laura—, no es una talla habitual en un hombre. Como la que se encontró junto al cuerpo de Ramón Castillo.

Losada, el abogado de Strummer, protesta por la alusión a una prueba que ha sido excluida y el juez le da la razón. Puede parecer

que Laura está perdiendo el control del interrogatorio: en la primera fila de la sala, Burke, Griffin y Amber sonríen satisfechos al ver cómo la fiscal no logra hacerse con Strummer, que sigue aliñando cada respuesta con sarcasmos mientras sostiene la estúpida versión de que todo se basa en una identificación errónea, que él no fue quien asesinó al camionero. Sin embargo, no es más que un teatro: Laura quiere que Strummer se crea ganador para que se confíe, para que caiga en su trampa sin apenas darse cuenta.

—No, no vi a Ramón Castillo en ningún momento —responde a una pregunta de Laura—. Estuve en el coche dormitando y luego salí a estirar las piernas. Me di un paseo por allí y cuando me dirigía al hotel para ver si tenían habitación, me detuvo la policía.

—¿Un paseo por el polígono industrial?

—Me fijo en qué camiones compran los transportistas... Me gusta mirar las naves y cómo trabajan la carga y descarga. ¿No se ha fijado nunca en cómo se organizan? Si se hace bien, se puede ganar mucho tiempo.

—No, la verdad, nunca me he fijado ¿Qué clase de camiones había en ese polígono?

—Un Volvo FH Aero blanco, precioso, y un Renault Truck T que debía de ser por lo menos de 2015. Estaba machacado. ¿Quiere también las matrículas?

—No, gracias. Ya me ha demostrado sus dotes de observación.

—Cada uno es bueno en lo suyo, es normal. Y mi negocio es la importación y exportación.

—Además de regentar un pub en Marbella, The Orphan's.

—Eso es un capricho que monté con mis hermanos.

Strummer lanza un guiño a Burke y Griffin. Laura se da cuenta de que Losada, el abogado del acusado, ha empezado a dudar del

rumbo de sus preguntas. Lo ha visto tentado de protestar, pero no ha conseguido encontrar una excusa.

—Como usted es tan observador y sabe tanto de camiones y de transportistas, entiendo que se fijaría en que el camión de Ramón Castillo estaba aparcado a menos de veinte metros del suyo. Un Scania de la serie P, blanco.

Strummer tarda un segundo de más en contestar, no se lo esperaba. Laura evita mirar a Losada, que seguramente seguirá intentando descifrar la estrategia.

—No, no me di cuenta.

—¿Cómo es posible, señor Strummer? Se queda con todos los camiones que se cruzan en su camino, ¿y no ve que tiene aparcado al lado uno de su propiedad?

—Ese camión no era mío.

—¿Y de quién era? Ramón Castillo le dijo a la testigo protegida: «Tengo que hablar con mi jefe», cuando fue a verle al chalet de Liam Burke en Marbella. Usted salió y vio que allí estaba el camión.

—Eso no es verdad.

—¿Qué es lo que no es verdad, señor Strummer? Ha quedado demostrado que Ramón estuvo en esa dirección, que condujo su camión hasta allí y que le consideraba su jefe.

—No puede demostrar que yo lo tuviera contratado.

—No, no puedo hacerlo. Como no puedo demostrar que usted fuera quien le ordenó llevar el cargamento de cocaína que Ramón entregó a los magrebíes, razón por la que usted fue a buscarlo a Madrid para vengarse por darle un vuelco.

—¡Protesto! —estalla Losada—. Argumentativo. Está presentando como hechos cuestiones no demostradas y que no forman parte de este juicio.

—Hágase constar la protesta en el acta —dice el juez Cáceres.

—Es cierto que Ramón Castillo no tenía contrato con el señor Strummer —continúa Laura—, sino con una empresa llamada Three Little Boys, cuya propiedad es opaca. Sin embargo, es curioso que otros tres trabajadores de esta empresa presentaran denuncias por agresiones contra el señor Strummer. Tiene sus nombres y la copia de las denuncias en las pruebas presentadas, señor juez.

—Ninguna de esas denuncias llegó a juicio —vuelve a protestar Losada—, además de que no son el asunto que se trata en esta sala.

—En dos de los casos, los demandantes fallecieron en accidentes de tráfico antes de que hubiera fecha de juicio —explica Laura—. En el tercer caso, el de un vecino de Benalmádena, fue retirada, a pesar de que había presentado un parte de lesiones con tres costillas fracturadas y traumatismo renal cerrado.

Mientras Laura espera a que el juez revise las pruebas que le acerca el procurador, su móvil empieza a vibrar. Echa un vistazo y le extraña que sea su hermano Sergio quien la llama, pero cuelga sin responder y mira a Trevor Strummer; toda esa suficiencia de la que hacía gala se ha desvanecido. Mueve nervioso una pierna. Ve en sus ojos cuánto le gustaría responder a sus preguntas con un puñetazo.

—Se admite la prueba presentada por la fiscalía —dictamina el juez.

—No sé con qué objeto ni qué aporta a este proceso —protesta débilmente el abogado defensor.

—Sirven para hacer un retrato del carácter violento del señor Strummer —remacha Laura—. Y, si no le importa, me gustaría volver sobre el hecho de que el acusado no reconociera un camión que estaba haciendo un trabajo para él.

El español de Strummer se resiente: los nervios, la rabia porque es consciente de que Laura lo ha desnudado en su testimonio, le impiden encontrar las palabras que busca. Vibra una segunda vez el

móvil, de nuevo es Sergio, y en esta ocasión, lo apaga. Ha terminado la parte fundamental del interrogatorio, pero quiere disfrutar lo que queda, regodearse en cómo se deshace Trevor Strummer, incapaz de dar una sola respuesta coherente a sus preguntas.

19

Sale de la sala en un receso. Laura busca su móvil, quiere contarle a Melca cómo ha destrozado a Strummer, está convencida de que conseguirá los veinticinco años de condena por asesinato con ensañamiento. Sin embargo, cuando enciende el móvil aparece una catarata de avisos de llamadas perdidas, doce, trece, de Sergio y de Nata. Al levantar la mirada, ve que Guillermo avanza hacia ella por un pasillo. Su gesto fúnebre le anticipa que algo ha pasado. Algo muy grave.

—¿Has hablado con Sergio? —le pregunta él nada más llegar a su lado—. Te ha estado llamando, pero no respondías y ha conseguido mi número. Estabas en la sala, ¿no?

—¿Qué ha pasado?

Guillermo la coge del brazo para apartarla del bullicio de la puerta, donde se amontonan público y letrados del juicio.

—Se trata de tu hermano Dani. Ha habido una explosión en su casa.

—¿Una explosión? ¿De qué? Si ni siquiera tienen gas... ¿Él está bien? Quiero hablar con Dani.

—Ahora no puedes. —Guillermo le coge el móvil en el que ella había empezado a buscar el número—. Está bien, sí. Ingrid y él están bien, pero los han trasladado al Hospital Clínico de Málaga.

Laura exhala aire, más que aliviada, intentando tranquilizarse al descubrir que no ha pasado lo peor.

—¿Seguro que están bien?

—Después de hablar con tu hermano, he llamado a Miguel Ros, es el coronel de la Comandancia de Málaga. Me ha dicho que todavía tienen que hacerles pruebas, pero que no parecía que tuvieran nada grave.

—¿Por qué has llamado a la Guardia Civil?

—Istán entra en su demarcación y... la explosión, Laura: no creen que haya sido un accidente.

—¿De qué estás hablando?

—Lo más seguro es que fuera un artefacto explosivo.

Laura regresa a la sala envuelta en una nube. Guillermo ha insistido en que no está en condiciones de continuar con el juicio, pero no ha logrado convencerla. Ella le ha dicho que solo faltaba una formalidad para dar el proceso como listo para sentencia, ha mentido. Cruza la sala camino de su silla sin oír el ruido del público al sentarse ni el de los letrados y procuradores que ocupan sus lugares, no hay más sonido dentro de su cabeza que lo que le dijo su padre en Istán: «La Hermana Mei no me va a castigar a mí, sino a mi familia, a tus hermanos, a los hijos de Sergio, a tu madre, a ti... No lo hagas por mí, hazlo por ellos».

Es posible que el procurador le haya dicho algo, pero Laura no lo ha oído. El juez vuelve a la sala. Piensa en Dani e Ingrid, en el mundo que intentaban construir al margen de lo que significa ser un Pastor. En su precioso jardín, en el emparrado, los limoneros. En esa casita blanca que ha saltado por los aires.

Un artefacto explosivo. No es la primera vez que se usan bombas en Marbella.

Cree que el abogado defensor está exponiendo sus conclusiones.

En la primera fila del público, Burke y Griffin la miran con una media sonrisa, como si supieran lo que ha pasado.

«No lo hagas por mí, hazlo por ellos».

Laura hunde la mirada en su mesa, aunque no la fija en ningún punto. No sería capaz de vivir con la culpa de la muerte de Dani o la de cualquier otro de sus hermanos sobre su conciencia. Es posible que no sean capaces de entenderse, pero los quiere. Tanto como quiere a su madre; ¿y si vuelven a atacar a Dani? ¿Y si la siguiente víctima es Marimar?

Mira hacia donde está Trevor Strummer. Alguien ha tenido que decirle lo que han hecho en Marbella, porque ya no ve al hombre nervioso e impotente que había dejado tras el interrogatorio.

Imagina el fuego arrasando la casa de su hermano, Dani desesperado por poner a salvo a Ingrid, atrapada en su silla de ruedas. Nunca olvidarán este terror.

—Es el turno de la acusación.

Laura levanta la mirada, no sabe cuántas veces la ha llamado el juez.

—Por favor, señora fiscal, es el momento de sus conclusiones.

Laura mira el micrófono que flota delante de su boca. Presiona el botón que se enciende con una luz roja y suena un ligero acople en la sala. Todos la están mirando. Todos esperan sus palabras.

¿Qué es lo que debe decir?

«No lo hagas por mí, hazlo por ellos».

¿Qué pasa con mi vida, con mi carrera?

«La Hermana Mei no me va a castigar a mí».

¿Y Melca? No puedo decepcionarla así.

«A cambio de que tú pongas en la calle a Trevor Strummer».

Basta, por favor. ¡Basta! Yo no he pedido estar aquí.

«No lo hagas por mí, hazlo por ellos».

—Señora fiscal, ¿va a ratificar las conclusiones de su escrito de acusación? —le insiste el juez arrancándola del diálogo infernal que se ha entablado en su cabeza.

—Señor juez —logra articular Laura. Su vuelta a la realidad también le descubre que hay un murmullo generalizado en la sala—. Señoría, quiero modificar las conclusiones provisionales. Retiro la acusación contra el señor Strummer.

El murmullo se convierte en un guirigay. No sabe si Guillermo está también en la sala, no se atreve a levantar la cabeza de la mesa para encontrarse con su mirada de decepción o con la soberbia de los irlandeses. El juez pide silencio.

—Señora fiscal, ¿sabe lo que significa retirar la acusación? El acusado sale libre de los cargos y usted nos ha hecho perder el tiempo a todos. ¿Puedo saber a qué se debe su cambio de parecer?

—He comprendido que no hay carga probatoria suficiente, señoría.

Un agujero se abre a los pies de Laura. Es una traición a Melca, lo sabe, es la puntilla a su carrera en la fiscalía, está burlándose de la ley que tanto respetaba y dejando libre a un asesino despiadado. Le gustaría que ese agujero negro la succionara y la escupiera a un lugar muy lejano para no tener que enfrentarse a Guillermo ni a los compañeros de la fiscalía, un lugar donde ni ella recordara cómo se llama: Laura Pastor. Un apellido que es una condena.

20

Decenas de gatos de la suerte lo saludan levantando su patita izquierda desde una estantería de la trastienda del bazar.

—No están saludando —lo corrige la Hermana Mei—. Lo que hace el Zhaocai Mao con su pata es atraer la riqueza.

—Desde luego, a ti te ha funcionado —responde con una sonrisa Alberto Pastor.

—Tú tampoco te puedes quejar. —La Hermana Mei sirve dos tacitas de *baijiu*, el licor típico de su región, y deja sobre la mesa la botella roja de Wuliangye, la marca que abre en las grandes ocasiones—. Esta mañana se han ingresado los treinta millones en mi sucursal de Medellín.

—Te dije que te pagaría.

—Nunca lo dudé; son muchos años juntos, Alberto. Te conozco bien.

Beben las tazas de *baijiu*, es su manera de firmar la paz, o al menos un armisticio.

—¿Te acuerdas de la primera vez que nos vimos?

—¿Cómo lo voy a olvidar? En un restaurante chino, el Hong Kong, después de que consiguiera la libertad de Qiang.

—En esa época eras un abogado novato, aunque se veía que eras ambicioso.

Los dos recuerdan algunos momentos de una relación que los ha hecho envejecer juntos, como si nada de lo que ha pasado en las últimas semanas hubiera sucedido: ni las amenazas de Mei ni el

miedo de Alberto a su castigo. Se detienen en aquella primera caja con billetes de diez mil pesetas, el pacto de hermandad que firmaron —el *guanxi*—, la inauguración del casino... También la coartada que Alberto le brindó cuando Qiang se deshizo de un constructor o la conveniente muerte de Leo Domínguez, el amigo con el que Alberto abrió su primer bufete.

—Tantas experiencias juntos y, a veces, aún logras sorprenderme.

Los gatitos emiten un *tac tac* con cada movimiento de sus patitas, como si fueran un reloj. En la mesa de cristal, las fichas de Go esperan a que alguien continúe la partida que la Hermana Mei está jugando. Están solos, ella no ha citado a Qiang, Alberto sabe que es su manera de demostrarle su confianza.

—La persona que entregó el dinero en Medellín es el contacto de los Huérfanos en Colombia.

La red de sucursales de Mei se extiende por todo el mundo; allá donde hay un inmigrante de la provincia de Qingtian, hay un punto de la *hawala* de Mei. Medellín, Ciudad de México, Miami, pero también pueblos que no sabía ni que existían en la América profunda o en los países escandinavos. Podría competir con Barclays o con cualquier otro banco internacional.

—¿Qué más da quién entregara el dinero? Lo que cuenta es que ya es tuyo.

—Tienes razón, pero aun así... Me ha hecho pensar: sé que no tienes mucho aprecio a los Huérfanos, los culpas de todo, y... el día antes de que se produzca el pago, Trevor Strummer sale en libertad. En un juicio que lleva tu hija Laura.

—Simple coincidencia.

La Hermana Mei rellena las tazas de *baijiu* y Alberto cree ver en su rostro la sombra de una sonrisa. Mei no especula, tiene ojos y oídos

en toda Marbella. Debe de estar al tanto del pacto que selló con los irlandeses.

—¿Cómo está Laura? Me acuerdo de cuando vivía aquí, era una niña preciosa.

Alberto coge la taza que Mei le tiende. El *baijiu* es fuerte, más de cincuenta grados, y tiene un ligero sabor a soja y a anís. Solo Mei es capaz de beberlo como si fuera agua.

—Y creo que ha tenido una buena carrera en la fiscalía.

—Así es.

—Una mujer comprometida con la ley, y, en el último momento, he oído que retiró su acusación contra Trevor Strummer. No sé qué pudo hacerle cambiar de opinión.

La Hermana Mei cierra la botella de Wuliangye.

—Tengo que marcharme —le dice Alberto—. Mi hijo...

—Dani, sí. Lo sé. En el fondo, tuvo suerte de que no le pasara nada. Ni a él ni a su pareja.

—Mucha suerte.

—De verdad, esto no me lo esperaba, Alberto. Nunca pensé que serías capaz de hacer algo así. Pensaba que la familia era tu límite, pero ahora veo que no.

—No creerás de verdad que fui yo.

La Hermana Mei prefiere no responder. No necesita la confirmación de Alberto Pastor.

—Tengo que ir al hospital. Esta desgracia al menos nos servirá para que toda la familia esté más unida que nunca, aquí en Marbella.

—¿Laura también está aquí?

—Laura también. Todavía no lo sabe, pero vendrá.

Alberto sale a la calle Alonso de Bazán. Están a finales de septiembre y luce un sol radiante, ese verano en el que se sumerge

la ciudad durante más de seis meses. Cada vez que visita a la Hermana Mei en su trastienda se queda con la misma sensación: la de venir de una especie de lago subterráneo cuyas aguas se ramifican no solo por Marbella y Málaga, sino también por todo el globo, desde la provincia de Qingtian hasta Estados Unidos. Unas aguas de las que, aunque no sean conscientes, bebe todo el mundo.

TERCERA PARTE

—

LA HERMANA MEI

Hong Kong, 1980

El bazar se llama Xìng Yùn, «la buena suerte», como si quisieran convocarla desde el cartel que colgaron sobre la puerta el día que lo inauguraron. En los dos años que Mei y su marido, Xen Hao, llevan en Hong Kong la ha habido buena y mala: se han mantenido y, además del negocio, han conseguido un pequeño apartamento de alquiler en un rascacielos desde el que pueden ver la isla de Stonecutters y el contorno urbano de Tsim Sha Tsui. Lo peor es que Mei ha comprendido que no puede contar con su esposo, que se pasa el día bebiendo cerveza barata y apostando en garitos inmundos el poco dinero que ganan, mientras ella se encarga de abrir la puerta del negocio cada mañana, de barrer y limpiar, de los números, de regatear con los clientes y proveedores y, lo más importante, de negociar con las tríadas que le cobran por protección.

Hay docenas de tríadas: la 14K, la Banda Roja, la Xiu Xao... Mei se ha aprendido el nombre de todas, cada una de ellas domina un barrio o unas calles. Son una especie de poder paralelo que, al mismo tiempo que cobra una mordida a los comerciantes o dirige los negocios del juego y la prostitución, los ayuda cuando tienen problemas. La tríada Tiān Xià es la que controla la calle Des Voeux Road West, donde Mei abrió su bazar. Cada mes, un Bastón Rojo, algo así como un general de la tríada, la visita para cobrar por la protección. Mei es consciente de que, si no paga, un día podrían

destrozarle el local o incluso algo peor. Pero su margen de beneficios es muy exiguo. Le gustaría pagar algo menos, ahorrar y ayudar a su familia en Qingtian; el deber de un chino es cuidar de sus padres y garantizarles una vejez confortable. Si emigrara a Europa, le resultaría todo más fácil, ganaría mucho más dinero, pero para eso necesita un capital para empezar.

—No puedo pagar tanto. Déjame que hable con el Cabeza de Dragón.

—Más te vale que el Cabeza de Dragón no sepa ni que existes.

Ella mira con ojos suplicantes al Bastón Rojo que le reclama el dinero, pero sabe que no hay nada que hacer. Poco a poco, se ha familiarizado con la estructura de la organización. Como en una pirámide, en la cúspide está el Cabeza de Dragón. Se le llama también el número 21, resultado de la multiplicación del 3, que simboliza la creación de la fortuna, por el 7, que simboliza la muerte. El Cabeza de Dragón de la tríada Tiān Xià es Ma Yueh-sheng —un hombre famoso por su crueldad— y por debajo de él merodean los Bastones Rojos, que son los encargados de mantener el orden por medio de la violencia y de cobrar las comisiones. Hay otros muchos cargos dentro de la organización, como el Abanico de Papel Blanco o el Maestro del Incienso, cada uno responsable de cuestiones distintas, desde los rituales de acceso hasta las labores administrativas. Todos tienen poder, pero el que más interesa a Mei es otro de los más importantes, el Cabeza de Serpiente, el encargado de la emigración ilegal. No se puede llegar a Europa sin su ayuda. Y él no hará nada por ella si no se lo encarga el jefe máximo.

—Si quieres que el Cabeza de Dragón baje el precio de tu protección, entrégale a Xu Jian.

Mei se lo entregaría de buena gana, si pudiera hacerlo. Xu Jian, al que todos llaman «el lobo solitario», es un antiguo Bastón Rojo de la región de Fujian que se ha levantado contra el poder de Ma Yueh-sheng. Ella solo lo ha visto un par de veces, parece salido de una película americana de gánsteres chinos: chaqueta de cuero, pelo engominado, cigarrillos muy finos y muy largos. Una vez entró en el bazar y se interesó por una escultura de un tigre; después de regatear, decidió llevársela gratis y Mei no pudo impedirlo. Le gustaría vengarse de aquello.

Hasta que se casó, a los dieciséis años, Mei nunca había salido de Qingtian, y los primeros meses en Hong Kong tuvo que aprender a moverse en un mundo distinto al suyo: de su pequeño pueblo rural a una gran ciudad de capitalismo despiadado, de las viejas tradiciones de respeto y sabiduría milenaria al poder y la amenaza de las tríadas, de los días que se suceden iguales a no saber qué deparará el nuevo amanecer.

Las jornadas en las que el negocio es rentable, cuando se venden en una sola tarde tres o cuatro esculturas de piedra verde de las que traen de Qingtian —dragones retorcidos o tigres rugientes—, a Mei le gusta cruzar al dai pai dong *que hay enfrente de su bazar antes de regresar a casa. Es un puesto callejero semicubierto, con un toldo raído y mesas plegables en las que sirven cerveza Tsingtao muy fría y platos de marisco seco. Hace unos años habría sido indecoroso que una mujer como ella se sentara sola a beber una cerveza —en Qingtian se vería como un verdadero escándalo—, pero las tradiciones cambian poco a poco y Hong Kong no es tan pacato como su pequeño pueblo; Mei no es la única que disfruta de un momento de soledad en ese bar, y lo necesita antes de volver a su*

apartamento y encontrar allí a su esposo vibrando con una película de artes marciales después de haber pasado la tarde perdiendo dinero en un tugurio de mahjong*.*

Está sentada allí cuando ve pasar un plato de abalón seco —oreja de mar—, una exquisitez que ella no podría pagar ni aunque hubiera vendido diez budas de jade. Al ver quién se comerá ese plato nota un acceso de vértigo: Xu Jian, el lobo solitario. Si consigue avisar de su presencia allí al Cabeza de Dragón de la tríada a la que paga por protección, se habrán acabado sus problemas. Pero ¿cómo hacerlo?

Durante los siguientes minutos no deja de observar a su presa. En lugar de la cerveza Tsingtao del resto de las mesas, bebe un whisky escocés que rellena de su botella de Johnnie Walker Black Label. La cabeza de Mei no para de idear la forma de sacarlo de allí. Su bazar tiene un sótano que usa de almacén, con una buena cerradura para evitar robos; si consiguiera que el lobo solitario bajara allí, le sería imposible escapar. No se le ocurre cómo hacerlo. Tal vez podría avisarle de que lo han descubierto, ofrecerle un escondite hasta que pase el peligro, pero él desconfiaría de la maniobra. Entonces, Mei advierte la mirada del lobo solitario sobre ella y el corazón le da un vuelco cuando el hombre levanta su whisky a modo de saludo y, acto seguido, se acerca a su mesa.

—Una mujer tan atractiva no debería beber sola —le dice.

Mei no sabe si el lobo solitario la ha reconocido del día que se llevó un tigre gratis, pero no es así. Está un poco borracho, se traba en cada zalamería, y ella comprende que el azar le ha servido en bandeja una posibilidad, la de la seducción. No es una mujer especialmente atractiva, es consciente de esa limitación, pero compone con facilidad el personaje de la mujer disponible, casquivana. Parece suficiente para el lobo solitario, que la sigue hasta la tienda y no duda en bajar las escaleras hacia el almacén

con la promesa de sexo fácil. Mei se sorprende a sí misma cuando le concede el primer beso, fogoso; no siente ninguna culpa. Son solo unos segundos. Ella sabe que cualquier excusa es buena para salir un instante del almacén y echar la llave a la puerta. Eso es justo lo que hace. Los gritos del lobo solitario suenan cada vez más alarmados al otro lado. Mei se lleva la mano al corazón, que late con fuerza. Tiene en su sótano al hombre más buscado por la tríada de su barrio. Ya solo queda llamar a uno de esos chicos que hacen recados en la calle para que vaya a dar el aviso.

—¿Lo tienes encerrado?

Lo último que podía esperar Mei era que el Bastón Rojo viniera acompañado por Ma Yueh-sheng en persona, el jefe de la tríada, y por otro hombre vestido de negro y de aspecto terrible, con la cabeza afeitada a excepción de una larga coleta, y que nadie le presenta. Es la primera vez que ve al Cabeza de Dragón, y su aspecto no encaja con lo que ella esperaba: lo imaginaba mucho mayor y es todavía joven, poco más de cuarenta años, aunque transmite un aire tranquilo y venerable, muy alejado de la reputación que tiene de hombre cruel.

—Dame la llave. Debes tener cerrado el local tres días.

—Yo vivo de mi bazar.

—No te preocupes, te daremos más dinero del que habrías ganado de mantenerlo abierto.

—¿Puedo estar aquí? No quiero que mi esposo se entere de lo que pasa, y si no estoy en el bazar preguntará.

—No será agradable, pero nadie te va a echar. Esta es tu casa.

Durante el primer y el segundo día, a Mei no le permiten bajar al almacén, los gritos de dolor del lobo solitario resuenan por toda la

tienda. Ella teme que se oigan incluso en la calle. Otros miembros de la tríada vienen al bazar, bajan comida o bebida al sótano, del que no han salido ni el Cabeza de Dragón ni su acompañante, el inquietante hombre de negro. Ella mata las horas haciendo inventario o jugando partidas de Go contra sí misma.

Al tercer día, el jefe de la tríada la invita a bajar.

—Sabes hablar y callar cuando corresponde cada cosa. Otras habrían huido o habrían exigido explicaciones.

El lobo solitario ha perdido el aspecto altivo del vividor que come abalones y los acompaña con whisky para que todos sean conscientes de su poderío. Tiene las manos atadas a la espalda y la cabeza hundida sobre el pecho. Da la impresión de estar muerto, aunque, si se escucha con atención, se puede distinguir el sonido sibilante de su respiración, trabajosa, débil... Bajo él se extiende un charco de sangre en el que flotan partes de su cuerpo: un dedo, media oreja... Está marcado por cientos de cortes y muchas mutilaciones: pezones, dedos, un ojo...

—Que quienes no obedezcan las leyes mueran cortados por cuchillos en mil pedazos —sentencia tranquilo el Cabeza de Dragón.

Es su brutal interpretación de la muerte de los mil cortes o de los cien pedazos, el Ling Xi, la que se aplica a los siervos que han tratado de matar a su amo. Los cortes deben ser dolorosos, sin llegar a matar al condenado antes de haberle infligido un sufrimiento atroz. La pericia del verdugo se mide por los cortes que haya practicado antes de la muerte, pueden ser cientos, pueden llegar a tres mil.

El verdugo, el hombre de negro con la larga coleta y mirada de reptil que acompañaba a Ma Yueh-sheng a su llegada, es uno de los mejores; a una señal de su superior, levanta la cabeza de Xu Jian y, con precisión quirúrgica, acerca el filo del cuchillo a su mejilla y

dibuja una elipse en la piel, que se desprende como una lámina. Mei no aparta la mirada. Advierte que el Cabeza de Dragón la observa y sabe que debe demostrar entereza.

—Esta noche acabaremos. Antes de que vengas por la mañana para abrir tu negocio todo estará limpio, nos habremos llevado el cadáver y tu sótano lucirá tan inmaculado como antes de que llegáramos. Quiero agradecerte lo que has hecho por mí. Extiende la mano.

Mei no puede dudar, no delante de ese hombre. Ma Yueh-sheng, con un cuchillo, le abre la piel de la palma con un corte limpio y a continuación se hace otro él mismo en la de su mano derecha. Después, frota su mano con la de Mei y la sangre de ambos se mezcla.

—Esta es la forma más poderosa del guanxi*. Es un pacto de honor eterno, Hermana Mei. Nos une la sangre, la confianza, la lealtad: puedes pedirme lo que quieras, pero el verdadero beneficio para los dos llegará en el futuro. ¿Hay algo que desees?*

Mei intuye que está cambiando su suerte, que la vida se le abre de pronto como un paraíso lleno de posibilidades. No quiere que la mirada del Cabeza de Dragón pierda ni un ápice de intensidad, no quiere que se rompa el hechizo que los envuelve.

—Quiero ir a Europa —dice con firmeza.

1

—Dicen que tienes encerrada en casa a tu hija Laura. Me gustaría saludarla.

La Hermana Mei tiene la vista clavada en la máquina tragaperras. Va introduciendo monedas con aire robotizado. Pero Alberto no se engaña: le interesa mucho más la conversación que sacar el premio.

—Está cansada, demasiadas emociones.

No le dice que Laura lleva una semana metida en la cama, que ha perdido tanto peso como brillo en sus ojos, que apenas tiene fuerzas. No responde llamadas de nadie, ni siquiera de su novio. Los primeros días, cuando la repercusión por el juicio de Strummer se extendía por los corrillos judiciales, por las tertulias y por los periódicos, ella se mantenía en pie, como una leona malherida dispuesta a morir matando. Pero eso duró apenas quince días. Cuando se apagaron los ecos del escándalo llegó la abulia, que al principio se parecía a la apatía y algo más tarde se reveló como lo que era: una depresión. No le quiere dar detalles a la Hermana Mei, no le dice que Laura ya no habla de su madre ni pregunta por su hermano favorito, Dani. Pero esa mujer adicta a las tragaperras tampoco necesita detalles, los adivina.

—Eres un vampiro, Alberto. Le chupaste la sangre a tu mujer, ahora se la chupas a tu hija.

—No estamos aquí por ser buenas personas —le devuelve él la pulla.

Ella no desmiente la acusación y se deja arrullar por la música estridente de la máquina (sí, a ella la arrulla) y por el rumor del casino a medio gas. Las de los miércoles son noches tranquilas en el Benamar; hay clientes, pero no tanto como los viernes o los sábados, cuando el barullo de turistas que se mueven de mesa en mesa impide las conversaciones tranquilas. Una mujer muy guapa destaca en una de las ruletas, le han dicho a Alberto Pastor que es una *influencer* muy conocida, aunque a él no le suena de nada. Aun así, ha ordenado que la obsequien con una botella de champán. No está seguro de si es un gesto excesivo, le cuesta adaptarse al nuevo canon de la fama. Antes las celebridades salían en las portadas del *Hola*, ahora surgen de las redes sociales y él no comprende ese mundo.

—Pídeme algo de beber.

Alberto Pastor ordena al camarero que traiga la botella de Wuliangye, el licor de *baijiu* que solo consume la Hermana Mei. Son muchos años juntos, no solo conocen los alcoholes favoritos del otro, su intimidad llega mucho más lejos, son capaces de detectar los deseos que los mueven, y Alberto sabe que el comentario de la Hermana Mei sobre Laura no ha sido casual. Quiere hablar con ella y lo hará, aunque todavía no se siente capaz de adivinar para qué. Sergio se acerca a ellos con aire contrariado, el que suele adoptar en presencia de su padre.

—La *influencer* esa que anda por el casino quería grabar un vídeo y otros clientes han protestado. Cada día hay más problemas con la gente que quiere grabar dentro de la sala de juego. ¿No entienden que no es cosa nuestra, que lo prohíbe la ley?

—La gente se graba hasta en el baño. Como si su vida le interesara a alguien —reflexiona Pastor.

—Hemos hecho un buen negocio, primero con las cámaras digitales y después con las de los móviles, de alguna manera los que las compran tienen que sentir que no tiran el dinero —justifica la china—. Vamos a lo nuestro... ¿Cuándo tenemos una nueva apuesta deportiva?

—Tenemos en el bolsillo a una danesa en el Andalucía Sol Golf Challenge, pero no creo que sea seguro seguir adelante, conviene dejar pasar un tiempo.

Como siempre que habla en presencia de la Hermana Mei, Sergio advierte su desdén. No lo tiene en consideración, no lo acepta como un interlocutor válido. ¿Por qué motivo? Ella ni siquiera lo mira, su socio, la persona con la que tiene el pacto de sangre, el *guanxi*, no es él, sino su padre.

—Nos aseguraremos de que esa chica, Alma Hansen, haga lo pactado —interviene Alberto Pastor—. Sabes que en el golf no se mueve tanto dinero como en las veladas de artes marciales mixtas.

—Tenme al corriente. Voy a meter un millón de euros fraccionado entre varios apostantes.

El estruendo de monedas —acaba de ganar el premio de la tragaperras— impide que Sergio responda; él no está tan seguro de que lo de la golfista danesa vaya a salir bien. La Hermana Mei mete el dinero en una bolsa de plástico de su bazar.

—Me voy, mañana tengo trabajo.

Se levanta con su botín y, en su camino hacia la salida, se cruza con el camarero que trae el licor chino que ella misma ha pedido. Alberto le señala una mesa para que disponga la botella y los vasos e invita a su hijo a sentarse con él. Sergio vacía el suyo de un trago. El *baijiu* le quema la garganta.

—Esa mujer me detesta.

—Es una cuestión de piel, no le gustas. Tendrás que preguntarte qué es lo que haces mal, hijo.

—Me lo pregunto todos los días y no tengo ni la menor idea. Intento hacer bien mi trabajo.

—No basta con intentarlo.

—Te voy a decir lo que pienso: deberíamos parar el amaño. No me creo que los Huérfanos vayan a dejarnos en paz por mucho que llegáramos al acuerdo con Strummer. Yo no movería nada hasta que encontremos a su topo.

—¿Has oído a la Hermana Mei? No se plantea esperar. Lo que tenemos que hacer es encontrar al topo antes de que nos fastidien una apuesta más —zanja su padre—. ¿Tienes alguna sospecha?

Sergio dirige la mirada hacia la mesa de ruleta más cercana a ellos. Allí está Souza, el representante de tantos y tantos deportistas, el reclutador, la piedra angular de todo su negocio. Se está riendo junto a una mujer de aspecto brasileño, una mulata bellísima, mientras recogen las fichas de una apuesta afortunada.

—¿Souza? Confiabas en él. Me dijiste que lo habías investigado y estaba limpio.

—Perdió casi un millón en el combate de Aras, pero... He oído que está metido en una sociedad que ha comprado varios pisos de una promoción en Estepona. Se suponía que estaba al borde de la ruina.

—El cabrón está lavando dinero.

—¿Y de dónde viene ese dinero? ¿Es lo que le han pagado los Huérfanos? Es un pálpito, pero no me fío de él.

—¿Es un pálpito tan fuerte como el que tenías hacia tu hermana?

Sergio intenta pasar por alto la pulla, aunque se le clava muy adentro.

—Intento ayudar, papá. No es fácil, yo no soy brujo.

—Esa es mi desgracia —dice Alberto—. Que he tenido un hijo normal, tirando a cortito, cuando yo quería un brujo.

Se levanta con aire perezoso, le da una palmada a Sergio en el hombro y se marcha. ¿Un brujo?

Sergio se sirve otra copa, esta vez la paladea a pequeños sorbos y piensa en su vida. Escruta a Souza, como si pudiera tener una revelación mirándolo así, tan fijamente. Desea con todas sus fuerzas que sea él el topo, que no se equivoque otra vez.

Que su padre lo felicite.

2

Ha pasado un mes desde el escándalo del juicio a Trevor Strummer, un mes desde que se jodió la vida, su carrera como fiscal, su estabilidad y todo lo que había construido día tras día, durante muchos años, lejos de esta casa marbellí en la que ahora se ha refugiado. No le han comunicado si su suspensión es temporal o definitiva, aunque se teme lo peor. Su jefe en la fiscalía, su supuesto amigo con el que desayunaba pinchos de tortilla, le ha dado la espalda. Lo entiende, eso no le duele tanto como las palabras y la mirada de Melca a la salida de los juzgados.

—Me has vendido, me he jugado la vida por ti y me dejas con el culo al aire. Ojalá no hubiera confiado en ti, ojalá no me hubieras convencido de seguir adelante. Eres lo peor que me ha pasado en la vida.

Hoy se ha levantado de la cama, ha habido muchos días en el último mes en los que no ha conseguido ni eso. Tiene la intención de llamar a su madre, lo hará más tarde, cuando se vea con fuerzas. Desde que llegó, todas sus intenciones se suelen ir por el sumidero mucho antes de llevarlas a cabo. Se dijo que, al menos, entrando en la casa de su padre encontraría la manera de sacar a su madre de la cárcel, pero no ha hecho nada para acercarse a su objetivo. Una apatía enfermiza y la culpa la dejan encadenada a la cama, sin fuerzas para poner un pie en el suelo. Ha llegado a desear que su madre no se hubiera presentado aquella noche con una maleta en la puerta de su casa, nada de esto habría sucedido, nunca habría

vuelto a poner un pie en Marbella, no habría traicionado a esa chica, a Melca.

Imagina que su madre debe de estar cada día peor. Halla un extraño consuelo en sentirse alineada con ella, las dos enfermas, deprimidas, languideciendo en sendas camas. Laura en la casa de su padre, de la que huyó a los diecisiete años, Marimar en la clínica psiquiátrica de Madrid a la que fue trasladada gracias a la mediación de Alberto Pastor, un lugar más amable que la prisión de Alicante. Al menos, eso le ha contado Guillermo por correo, la única vía de comunicación que su novio ha encontrado para hablar con ella. Laura no se atreve a responder a sus llamadas. No sabe bien por qué, puede que sea la vergüenza por el juicio o esta decisión masoquista de atrincherarse en su casa de la infancia. En la boca del lobo. Desesperado por su mutismo, Guillermo se presentó un día en Marbella y su padre no lo dejó entrar. Era lo que ella quería, no estaba preparada para hablar con él. Sin embargo, notó una expresión de sadismo en su padre, feliz de quitarse al moscón de encima, de aislarla del todo, de mantenerla en su jaula de oro.

Está muy débil, no le entra la comida, solo pensar en ella le provoca arcadas, a veces piensa que se está volviendo loca. Sueña con Strummer, con su expresión intensa de desprecio y de júbilo cuando ella retiró la acusación. Mientras la miraba, mascullaba algo que no logró oír, que solo intuye. Esa frase aparece en sus sueños: «Voy a matar a la testigo, voy a matar a Melca». Sueña también con la explosión en la casa de Dani: por suerte su hermano solo pasó unos días en el hospital, el suficiente para que las pruebas médicas certificaran que no tenía nada más allá de algunos rasguños. Ingrid sigue ingresada: su salud, más delicada, se vio afectada, se fracturó un brazo y temieron que pudiera producirse una pérdida de movilidad en sus extremidades superiores. Ha ido recuperándose,

pero debe seguir con la rehabilitación. Mientras tanto, la investigación policial entró en un callejón sin salida: identificaron el tipo de explosivo —estaba fabricado con pirotecnia tipo Cobra, algo común en la Mocro Maffia—, pero no fueron capaces de averiguar quién lo había puesto ni para quién trabajaba. Todo el mundo en Marbella sabe que los sicarios de la Mocro Maffia hacen trabajos para el mejor pagador y, en el fondo, a la policía le da igual quién mueva los hilos. Se trataba de una guerra entre mafias, alguien había atentado contra los Pastor. Si los delincuentes se matan entre ellos, es algo a lo que los cuerpos de seguridad del Estado no le van a dedicar mucho tiempo. Laura podría haber señalado a los Huérfanos o a la Hermana Mei, pero tampoco habría servido de nada.

Necesita retomar las riendas de su vida, o de lo que quede de ella. Por eso se ducha y se viste. Quiere dejar de respirar el aire viciado de la casa.

Al salir a la calle, no sabe hacia dónde ir. Una mancha gris de nubes, como una acuarela, oculta el sol. Hay una luz mortecina y, aunque no haga demasiado frío, Laura se arrebuja en su chaqueta. Octubre se encamina hacia su fin y cuesta recordar los días calurosos del verano. Su coche está en el garaje, lavado, con el depósito lleno. Podría conducir sin más, alejarse, quizá no regresar nunca a Marbella. ¿Será muy difícil empezar una nueva vida lejos de todo? Sin dinero, sin un apellido como una marca de hierro candente en la piel, sin documentos, un lugar donde nadie la conozca, donde tenga que ganarse la vida de camarera en un bar, o en el campo, en la recogida de la fresa, de la uva o de lo que sea que se recoja ahora. No deja de ser lo que ella le pidió a Melca que hiciera antes de dejarla tirada. En lugar de eso, conduce hasta el centro de Marbella, aparca cerca del puerto y camina hacia la playa de la

Fontanilla, está desierta. Se quita los zapatos y se adentra en la arena, se aproxima a la orilla y se moja los pies. El frescor del agua resulta vivificante.

—Por fin sales —oye a su espalda. Reconoce la voz, es Aras.

—¿Me has seguido?

—Imaginaba que tarde o temprano saldrías de casa de tu padre.

Le inquieta que él la siga. También, de un modo turbio, que no le mienta, que no finja un encuentro casual, que prefiera admitir que la espía, como un acosador.

—¿Paseamos?

Ella va con los pies por dentro del agua, poco a poco se acostumbra a la temperatura; él, que sigue calzado, va por la arena. A Laura le habría gustado que caminaran en silencio, pero no es la idea que trae Aras.

—Estaba preocupado.

—¿De que te detengan por asesinar a un hombre?

Él no recoge la provocación.

—Estaba preocupado por ti.

Ella asiente con desprecio, como si no mereciera un solo pensamiento de nadie.

—Laura, ¿qué estás haciendo en esa casa? Has puesto en la calle a Strummer, ¿es verdad lo que se dice en Marbella? ¿Que los Huérfanos pagaron la deuda de tu padre a cambio?

—No te he pedido que me entiendas.

—Necesito saber en qué bando estás. No hace mucho me dijiste que querías acabar con Alberto Pastor tanto como yo. Que querías verlo en la cárcel. ¿Eso ha cambiado?

—Sigo queriendo lo mismo. —Y las palabras de Laura suenan como una disculpa—. Pero he hecho daño a mucha gente.

—Ni tanto daño, ni a tantos como yo.

Aras sabe de lo que habla. Él mismo tiene mucho que reprocharse; en el pasado, por su vida errática, y ahora, la muerte de su hija. Traicionó a los Pastor el día que no cumplió lo pactado en la jaula, desapareció del mapa, no estaba allí para proteger a Flor de la previsible venganza. Es verdad que no imaginaba que pudieran llegar tan lejos, pero eso no evita los remordimientos. Todo esto se lo cuenta a Laura. Se culpa, se siente infeliz, a veces parece que no puede llegar hasta el final del día. Pero hay que salir adelante. Hay que luchar. Él lo hace y a Laura no le queda más remedio que hacerlo también.

—Debes reaccionar. No puedes seguir en casa de tu padre, tienes que alejarte de él. Es un mal hombre.

—Soy su hija, quizá yo no sea mejor que él. Incluso puede que sea peor. Ninguno de los dos somos buenos, Aras: mataste a un hombre delante de mis ojos.

—Ese ruso había matado a mi hija. —Aras no responde con contundencia, como si se arrepintiera de aquella explosión de ira que acabó con la vida de Putin.

—¿Has cumplido tu venganza? Pues ya está, felicidades. Ahora desaparece, te van a matar cualquier día.

—No he terminado todavía: los dos sabemos que detrás de Putin estaba tu padre. Alberto Pastor dio la orden y va a pagar por eso. ¿Sabes que pude matarlo? Lo tuve a tiro, pero me di cuenta de algo: ni tú ni yo somos como ellos. Nos arrastran y hacen que nos convirtamos en asesinos, en monstruos, pero no lo somos, Laura.

—Yo ya no estoy tan segura.

—¿No quieres sacar a tu madre de prisión? —cambia de tema Aras —. Tienes que encontrar a Gorbachov.

—No sé cómo.

—Yo te ayudaré.

—¿Por qué? ¿Por mi cara bonita?

—Tu cara ya no es tan bonita, la has echado a perder.

Ella se queda atónita. No sabe si defenderse del insulto o admirar la transparencia de Aras, su falta de hipocresía en un mundo cuajado de ambiciosos, de arribistas y aduladores.

—Te ayudaré porque es la mejor forma de llevar a tu padre a la cárcel —añade él.

Caminan unos pasos en silencio, el tiempo que Laura necesita para pensar. Para valorar con qué armas puede entrar en esta guerra silenciosa contra Alberto Pastor.

—Mi padre cree que los irlandeses te pagaron para arruinar la apuesta.

—Me lo propusieron, yo no acepté. Lo hice por mi hija, para que no pensara que su padre era un armenio borracho y fracasado.

—Es lo que eres.

Ya está, ya le ha devuelto la ofensa. ¿O lo piensa de verdad? Da igual, Aras no se ofende, parece que la frase alimenta su victimismo, su espíritu autodestructivo y maldito.

—Lo sé. Traicioné a tu padre y encima no cobré por hacerlo. Después sí, los Huérfanos me ayudaron, me dieron un lugar donde esconderme y me hicieron una transferencia.

—No me lo creo, no pueden ser tan torpes, una transferencia deja rastro.

Es raro, pero no descabellado. En su trabajo como fiscal se ha topado con criminales buscados por la Interpol que cometen errores de principiante. Una foto en Instagram con una chica y un mojito, dando datos increíblemente precisos de su paradero: «Preciosa puesta de sol en la mejor compañía posible», y al segundo, cientos de policías geolocalizando al incauto.

—Me la hicieron desde una empresa. Se llama Father Boyle Events.

«No son tan descuidados, de acuerdo», piensa Laura, esa empresa debe de ser opaca. Aun así, es una buena pista. Seguro que Alberto Pastor estaría muy feliz de tener ese dato, sus apuestas se malogran a través de Father Boyle Events. Da igual que los Huérfanos hayan prometido una tregua y que pagaran su deuda a cambio de la libertad de Trevor Strummer: las alianzas entre familias de delincuentes duran poco; volverán a ser enemigos y le vendría bien saber el método de pago de los chantajes.

—¿Cómo crees que podrás encontrar a Gorbachov?

—A través de Strummer. Son amigos, los dos igual de salvajes. Seguro que el irlandés sabe dónde está.

—¿Y piensas preguntárselo? Strummer no es un hombre de muchas palabras.

—Sabré ganarme su confianza.

—Ten cuidado con él. Es un loco.

—¿Quieres que te ayude con Gorbachov?

—Prefiero no tener cuentas contigo, Aras.

—¿Me tienes miedo?

—Te tengo un cariño inmenso, pienso en ti y me viene a la cabeza la masa encefálica de Putin saliendo de su cráneo. Es superbonito.

—Somos iguales, Laura. Yo pierdo el control con los puños y tú con las palabras.

—Sí, al pobre Putin lo maté yo con una subordinada y un par de ironías. Son un arma mortífera. Déjame sola, por favor. He venido a la playa para respirar un poco, no para hablar contigo.

Aras no intenta prolongar la conversación. Se aleja hacia el paseo marítimo. Laura camina por la orilla a pasos cortos. Se fija en los remolinos que las olas forman en torno a sus tobillos. Le irrita Aras,

no puede tolerar que se comporte como si no hubiera sucedido nada. Pero lo cierto es que con él ha recuperado parte de su esencia, el sarcasmo, la energía para discutir, para marcar límites. Al menos no se ha sentido como una enferma, su condición en las últimas semanas.

Ha cometido errores. Se arrepiente de haber retirado la acusación, de haberse dejado asustar por la explosión en casa de Dani. Se ha alejado de su madre y de Dani porque se culpa de los infiernos en los que han caído sus vidas.

Se sienta en la arena y contempla el mar, y así se queda un buen rato, ofreciéndose al hechizo de las olas, de la brisa y de la línea del horizonte. Y, como por ensalmo, sin que se produzca un terremoto en sus entrañas, comprende que ella no es la verdadera culpable, sino Alberto Pastor. No puede bajar los brazos. Todo lo que ha hecho en los últimos meses tenía un sentido: sacar a su madre de la cárcel, demostrar que su padre le había tendido una trampa. Y no puede fallarle ahora.

De pronto siente la necesidad de verla, de estar al lado de Marimar, de pedirle que resista y prometerle que ella no parará hasta verla en la calle. No se ve capaz de hacer el viaje sola, así que llama a su hermano Dani. Solo con oír su voz al teléfono, desde el saludo inicial, advierte cuánto lo echaba de menos. Cuánto lo necesitaba.

3

Los ansiolíticos la ayudan a enfrentarse al mundo exterior, pero también le provocan un sueño invencible y Laura se queda dormida en el asiento del copiloto. No es un sueño profundo, es más bien un duermevela confuso que le impide distinguir el mundo onírico del real. ¿Es cierto que ha estado en la playa con un monstruo que hablaba con ella? No, ha estado con Aras, pero en el sueño aparece con la cara llena de pústulas supurantes, deformado. ¿Está viajando a Madrid para ver a su madre? Sí, al volante se encuentra su hermano Dani, que es un buen conductor, tranquilo y fiable. Está en buenas manos, se puede relajar. ¿Es verdad que Estrella, la compañera de Dani en la escuela de buceo, ha cocinado una lubina? Sí, ha comido en su apartamento, la casa de Istán está inhabitable por la explosión, y Dani se está quedando con Estrella mientras Ingrid convalece en una clínica. Todo eso es real, lo entiende a través de la bruma de su cabeza, que la acompaña desde hace unas semanas. También es real que su hermano ha alquilado un apartamento accesible para la silla de ruedas y que allí vivirá con Ingrid cuando le den el alta.

Pero hay algo que cobra forma en su somnolencia y no consigue discernir si es parte de su imaginación o si ha ocurrido de verdad. Estrella y Dani lavando los platos juntos mientras Laura dormitaba en el sofá. Ella dándole un caderazo, como jugando, y él devolviéndoselo. Hay algo más. Estrella preguntando a Laura cómo era Dani de pequeño. Abre los ojos y se siente aturdida, como si

acabara de tener una revelación. En el coche suena una canción que Dani tararea. Todo está bien, pero ella nota un punto de tristeza en su mirada y entonces lo comprende todo.

—¿Estás enamorado de Estrella?

Da la sensación, por unos segundos, de que él no ha oído la pregunta. Pero deja de tararear y se gira hacia ella.

—Estoy enamorado de Ingrid. —Lo dice con una sonrisa temblorosa que desmiente la convicción que trata de imprimir a su respuesta.

—Dime la verdad. Os he visto muy compenetrados.

—Somos buenos amigos, nos llevamos muy bien. Pero mi vida es con Ingrid.

—Dani...

—No quiero hablar del tema, Laura. ¿Vale?

Ella tuerce el gesto, esperaba una comunicación más fluida con su hermano del alma, pero la falta de una relación constante durante estos años, a pesar de haber estado siempre en sintonía, no lo pone fácil. Se queda mirando por la ventana y, en lugar del paisaje, se le aparecen con nitidez, como en tropel, las estampas de complicidad que ha presenciado entre Dani y Estrella.

—¿Crees que Ingrid sabe algo? —pregunta.

La apelación es terca y tiene un punto de provocación.

—Laura, sé que te gustan mucho los dramas, pero no hay nada entre Estrella y yo. Nada. Te lo aseguro.

—Nunca me has contado si te sientes culpable por el accidente de Ingrid.

Él cabecea, nervioso, intentando digerir la insistencia de ella.

—¿Qué cojones tiene que ver el accidente de Ingrid con Estrella?

—¿Por qué evitas la pregunta, Dani? Solo quiero saber cómo te sientes.

—Si yo hubiera revisado los tanques de oxígeno, nada de esto habría pasado. ¿Ya estás contenta?

—Pero ella sí los revisó. Y sabía hacerlo.

—Los revisó ella y los tendría que haber revisado yo también. ¿Me culpo? Sí, todos los días. Pero eso no quiere decir que esté con Ingrid por pena.

—Igual sientes que estás en deuda.

—¿En deuda? Joder, parece que no me conoces.

—Porque te conozco te lo digo. Si no sigues enamorado de Ingrid, no estás siendo justo contigo ni con ella.

—¡Laura, ya está bien!

—Vale, me callo. No quiero que te enfades, y menos cuando estás conduciendo. Solo te digo que te quiero y no me gusta pensar que echas tu vida a perder.

—Todos los Pastor echamos nuestra vida a perder.

Laura asiente, no hay más que repasar la historia de su familia. Dani conduce ahora más deprisa y apretando los labios.

—Lo mejor es que dejemos de hablar de esto. Ingrid es mi pareja, Estrella trabaja conmigo, nada más. Así es y así seguirá. Ahora vamos a escuchar musiquita y a cerrar la puta boca.

Ya está zanjado el tema. Los Pastor no hablan. No se cuentan sus problemas. Los Pastor avanzan con la vista al frente, salvajes y desvalidos.

Ha tocado una fibra muy sensible de su hermano. Entiende lo jodido de la situación, aunque cree que lo más honesto, por doloroso que sea, sería que Dani rompiera con Ingrid, que no esté con ella por lástima. Pero su hermano es firme, es terco, es noble, no lo hará jamás. Y no sabe si admirarlo o compadecerlo. Tampoco se siente en condiciones de dar lecciones a nadie. Ella misma esquiva a Guillermo. No se ve con fuerzas de poner las cartas sobre la mesa.

¿Lo quiere todavía? Es incapaz de darse una respuesta, tampoco quiere explorar sus sentimientos, teme encontrar las raíces arrancadas y su corazón bamboleándose como un péndulo.

4

—Se llama Melca. No creo que tarden en dar con ella, hay un par de compañeros de la trena a los que les he prometido pagarles bien si la encuentran.

Trevor Strummer ha entrado en el Orphan's y se ha acercado a sus compañeros, que están jugando al ajedrez. Griffin es el primero en levantar la mirada del tablero.

—¿Por qué no te olvidas de ella? Solo te va a traer problemas.

—Por su culpa he pasado dos años en la cárcel. No pienso quedarme de brazos cruzados.

—Veo que echas de menos tu celda, hermano —dice Liam Burke —. A mí me trae buenos recuerdos. Pero solo había ajedreces pequeños, para niños.

—Si alguien me da por el culo sin mi permiso, yo le doy más fuerte. Y esa puta Melca me quiso meter un trasatlántico entero.

—Tómate una pinta y relájate, Trevor. Olvídate de esa chica, no va a pisar Marbella en su vida —sugiere Amber. Está sentada junto a Griffin, que mueve un alfil.

—Mate en tres —anuncia.

Strummer se ríe chiflando entre sus dientes mellados.

—Estás muerto, Liam.

Griffin da la partida por terminada. Se levanta con una sonrisa.

—¿Quién quiere una pinta? Voy a servirme una.

—Tráeme una a mí —se apunta Amber.

—Contaba con la tuya.

—A mí también —pide Burke—. ¿Por qué mate en tres? No lo veo, grandísimo hijo de puta.

Finn, el camarero, aprovecha que Griffin pasa al otro lado de la barra para decirle algo.

—Hay ahí un tipo que quiere hablar contigo. Le he dicho que estabas ocupado, pero el cabrón dice que espera lo que haga falta.

Sentado en un taburete aguarda Aras, mirando cómo dos clientes juegan a los dardos.

—Pon dos pintas para Amber y para mí. Y otra para Liam de la suya, de Harp.

Griffin se acerca al armenio.

—Prefiero que nos llames antes si quieres hablar con nosotros, lo mismo no nos interesa que vengas al Orphan's. ¿Qué quieres?

—Trabajo.

—¿De qué?

—De lo que me podáis dar, aunque sabéis qué es lo que se me da bien.

—Cagarla —se ríe Griffin—. ¿Ya te has gastado lo que te dimos?

—Los entierros no son baratos. —Aras levanta una mirada vidriosa, no le importa exhibir el dolor por la pérdida de su hija—. Estoy seguro de que a veces necesitáis a alguien como yo.

—Strummer está en casa, él hace mejor que nadie las cosas que hacen hombres como tú.

—Seguro que no quiere volver a Alcalá Meco. Ahora le vendría bien no mancharse las manos.

Griffin sonríe cuando Finn sirve las pintas. Con un gesto, indica a Aras que lo siga hasta la mesa donde están sus amigos. Burke ha dejado caer su rey, ya ha comprendido que no puede escapar del jaque mate.

—¿Qué te parece, Liam? ¿Tú crees que tenemos algún trabajo para alguien como el armenio?

—¿Y este quién es? —pregunta Strummer.

—Se llama Aras —lo presenta Griffin—. Hemos tenido alguna relación con él este tiempo que has estado lejos. Tendrías que verlo pelear en la jaula, una hostia suya es como si te dieran con una barra de acero.

Strummer y Aras se miran, se miden, por un instante parece que van a saltarse al cuello el uno al otro, como dos perros de presa.

—¿Qué quieres? —pregunta Burke, que no ha olvidado su última visita al pub.

—Dinero. Me lo podéis soltar sin más, por mí de puta madre, o me podéis contratar para lo que haga falta —contesta Aras.

—Según he leído en los periódicos, el cadáver de Putin apareció cerca de Alfarnate. No sé si nos conviene tener tratos contigo. Además, ¿cómo sabemos que no nos vas a traicionar? A Pastor lo traicionaste —interviene Griffin—. Las referencias que tenemos sobre ti no son muy buenas.

—He aprendido la lección: Alberto Pastor debería estar en el cementerio, y no mi hija.

—Ahora Pastor es nuestro amigo.

—No creo que vayáis a ser amigos para siempre, un día dejará de serlo y allí estaré yo, para ayudaros con él.

Burke y Griffin cruzan una mirada, considerando la cuestión.

—Si llega ese momento, no sé si tendrás huevos —resuelve Burke.

Trevor Strummer, que no ha parado de estudiar el aspecto de Aras, interviene.

—Eso lo podemos comprobar ahora mismo. Se viene conmigo a hablar con Nicasio —anuncia a sus compañeros.

Griffin enarca una ceja, eso significa abrirle la puerta a los negocios de los Huérfanos, enseñarle la trastienda, pero la mirada de Trevor es firme y a Burke no parece disgustarle la prueba. Al menos está sonriendo, como si le divirtieran las ideas locas de Strummer.

—¿Nos vamos? —dice el armenio, aceptando el desafío.

Strummer, por toda respuesta, enfila el camino de la salida. Aras sale del Orphan's tras él. Se suben a un coche aparcado en la puerta, un Porsche Taycan.

—Mola el coche que me han regalado mis hermanos. Alemán, nunca había tenido un coche alemán. Vinieron a recogerme con él a la puerta de la cárcel, hasta le pusieron un lazo.

—¿Adónde vamos?

—¿Sabes lo que es una guardería? No de las de niños, claro, de las de drogas.

—Me lo puedo imaginar.

—Perfecto, pues ahora calla, que me gusta escuchar el sonido del motor.

Strummer conduce bastante deprisa, es agresivo también en esto. Salen de Marbella en dirección a los pueblos de la Sierra Blanca. Pasan largos minutos en silencio, es Strummer quien lo rompe.

—Así que tú eres el luchador. Estás viejo para meterte en la jaula.

—Tú también estás algo mayor para acabar en la cárcel.

Strummer lo mira con ira. De pronto suelta una carcajada.

—Eres de los bocazas, como yo. ¿Sabes lo que se dice en mi tierra? Que dos bocazas no pueden llevarse bien. Un bocazas necesita de compañero a un tipo callado y prudente. Tú y yo acabaríamos fatal.

—Yo no busco amigos, busco trabajo.

La conversación no ha empezado del todo bien. Pero Aras intuye que solo los caminos torcidos pueden provocar una conexión con Strummer. Cuenta que ha oído que era amigo de Gorbachov.

—Yo coincidía con él en el gimnasio, entrenábamos juntos de vez en cuando —explica.

—Un gran tipo, Gorbachov, bebía vodka como si fuera agua. Era uno de los mejores soldados de Marbella, qué pena que nos lo robaran los Pastor —se lamenta Strummer.

—Yo puedo ser tu nuevo Gorbachov.

—No hay nadie como Gorbachov. Tú no le llegarías ni a la suela de los zapatos.

—¿Y si no vuelve a Marbella?

—Volverá en cuanto haya algo que le interese. Yo me encargaré.

¿Significa eso que Trevor Strummer sigue en contacto con Gorbachov? Aras no está seguro, ha conocido a muchos bravucones como ese irlandés que conduce como si el coche no tuviera freno, adelantando vehículos sin tener visibilidad, atravesando líneas continuas, acelerando en tramos de velocidad limitada. Pero incluso los más fantasiosos presumen a veces de algo real. Si es así, Aras está donde quería.

Strummer va muy pendiente del teléfono. De los mensajes. Salta una llamada en el manos libres: es una conversación de muy pocas palabras.

—Tengo la dirección de la rata.

—¿Estás seguro? Dímela.

—Antes me das el dinero.

—Luego te llamo. Tendrás el dinero.

Strummer vuelve a quedarse en silencio después de cortar la llamada. Aras prefiere no indagar, no quiere parecer demasiado entrometido.

No cruzan ni una palabra más hasta llegar a una casucha en la sierra. Es de un pastor. Strummer le explica qué van a hacer: el pastor tiene una cueva en sus tierras que han venido utilizando como escondite para la droga. Les viene bien ese lugar, relativamente cerca de las calas en las que desembarcan los fardos, y libre de vigilancia policial. El pastor se prestaba a colaborar, pero ya no quiere hacerlo, se ha arrepentido, dice que no pega ojo por las noches, que no quiere el dinero.

—Habrá que pagarle un poco más, todo el mundo tiene un precio —dice Aras.

—No quiere dinero, hay que encontrar la manera de apretarlo.

—¿No os planteáis buscar otra guardería? Hay mil posibilidades.

Strummer lo mira con una sonrisa sardónica.

—A ti te han dado tantas hostias en la cabeza que no te enteras de nada. Queremos esta puta cueva. ¿Alguna pregunta más?

Aras le aguanta la mirada unos segundos. Abre la puerta del coche con un gesto brusco y baja. Se dirige a buen paso hasta la caseta destartalada del pastor, que ha salido a recibir a los recién llegados. Es un hombre de unos setenta años, con los ojos acuosos y la piel curtida en la intemperie. Una expresión amable, casi beatífica, enturbiada por el miedo. Su mujer, arrugada, morena, se agarra a su brazo.

—¿Tú eres Nicasio? —pregunta Aras con ferocidad.

—Sé a lo que vienen ustedes... —musita el hombre.

—Mejor, así me ahorro las explicaciones. Vamos a seguir usando la cueva. ¿Está claro?

El pastor menea la cabeza como un muñeco. No volverá a permitir que usen sus tierras para guardar droga. Teme tener problemas con la Guardia Civil.

—Te aseguro que es mejor tener líos con la Guardia Civil que con nosotros.

La amenaza es contundente, pero recibe como respuesta un silencio orgulloso, pétreo. A su lado, la mujer tiembla, a punto de llorar. Aras nota la vigilancia de Strummer a su espalda, está expectante por saber cómo maneja la situación.

—A ti no te puedo convencer, lo leo en tu mirada —dice el armenio —. Prefieres morir antes que ceder, he visto a muchos como tú. Pero todo el mundo tiene un punto débil.

Aras agarra a la mujer del brazo y la arrastra hasta la casucha. Ella grita y patalea. En cuanto entran, Aras da un golpe brutal con una silla contra la pared.

—No te voy a hacer daño, pero grita. Quéjate —susurra.

No es fácil saber si la mujer le está obedeciendo o si grita y llora en pleno ataque de pánico mientras Aras la emprende contra los muebles y las paredes.

—¡Suéltala! ¡No la mates!

Aras se detiene al oír la súplica de Nicasio. Sale de la casucha.

—Podéis usar la cueva una vez más —concede con la voz quebrada—. Pero solo una vez, por el amor de Dios, una y nunca más...

—Una vez. Y luego hablaremos de nuevo —zanja Aras.

Vuelven al coche sin que el irlandés añada una sola palabra.

—¿Tengo el trabajo?

—¿Por esta mierda? ¿Por conseguir la guardería para una sola entrega?

—Volveré a hablar con él y lo convenceré.

—Ya veremos. Me parece a mí que tú quieres ir demasiado deprisa. Y a mí me ponen de mala hostia los impacientes.

—Lo dices tú, que eres el mejor ejemplo de la paciencia en este mundo —se burla Aras.

De un zarpazo rápido, Strummer lo agarra del cuello.

—No te pases de listo porque te arranco la cabeza.

—Más te vale hacerlo rápido, porque como falles, te la arranco yo a ti.

El rostro del irlandés tiembla de ira. Aras trata de mantener la calma, no está dispuesto a achantarse. Por fin, Strummer libera el cuello del armenio y resopla con fuerza para tranquilizarse.

—Cómo odio a los listillos...

De pronto, se pone a dar puñetazos al volante mientras grita como un animal herido, la saliva se le escapa por sus dientes mellados. Aras aguanta el tipo, pero no es fácil compartir habitáculo con ese hombre fuera de sí.

Suena el móvil de Strummer y el irlandés se calma de golpe. Lee un mensaje que le acaba de entrar y marca un número de inmediato.

—¿Calle Leganitos?... ¿En cuál? Allí hay un montón de sitios de uñas... Okey, lo busco. ¿Estás seguro de que es Melca?

Ahora sí, Aras sabe a qué se refiere, tiene que estar hablando de esa chica del juicio, la testigo protegida. No sabe si se llama Melca, Laura se lo confirmará.

—Bájate —le ordena Strummer—. Búscate la vida para volver a Marbella.

—Estamos a más de cuarenta kilómetros y en medio del campo —protesta Aras.

Aun así, advierte la impaciencia del irlandés, la rabia contenida, a punto de explotar, y decide que es mejor no tensar más la cuerda. Se apea del coche.

El Porsche levanta una nube de polvo según se aleja por el camino. Aras llama a Laura, está seguro de que le va a interesar la información que ha conseguido. Pero el teléfono no da señal, parece apagado. Mierda, está seguro de que es urgente hablar con ella. Lo vuelve a intentar, pero nada. Se gira hacia la casucha. Allí está Nicasio agarrando la mano de su mujer, los dos sentados en un banco de piedra adosado al muro de la casa. Lo miran con aire de derrota, pero Aras cree distinguir también una nota de gratitud.

5

La clínica Esquerdo tiene reservada la tercera planta para delincuentes psiquiátricos que están pendientes de juicio. Es el caso de Marimar, que recaló aquí después de abandonar Fontcalent. La institución parece un centro normal, una residencia para drogodependientes y enfermos de anorexia o depresión, otros con trastornos esquizoides, a la orilla de la avenida de los Poblados.

Un silencio denso flota en la habitación, roto solo por los alaridos delirantes de algún enfermo de vez en cuando. Laura y Dani entienden que no es momento de abandonarse a una conversación distendida, que la clínica psiquiátrica impone sus normas incluso a los visitantes. Tampoco pueden entretenerse con el móvil, lo han tenido que dejar en la entrada. La tercera planta está custodiada por la policía.

No los hacen esperar demasiado, la puerta de la sala se abre y un celador acompaña a la sala de visitas a Marimar, que sonríe débilmente al ver a sus hijos. Nada de efusiones ni abrazos, una simple sonrisa, sin mayor muestra de interés.

—Mamá...

Se acerca a ellos, arrastra los pies y sus escasas fuerzas. Se sienta en un sofá. Junto a ella se sitúa Laura, que la coge de la mano y se enreda en excusas para justificar tanto tiempo sin visitarla. Dani ocupa un sillón frente a su madre. Ella ni lo mira. Le impresiona verla tan demacrada, con la mirada ida, que, incapaz de fijarse en ningún punto concreto, baila de un rostro al otro y de ahí a las

molduras del techo, a la pequeña estantería donde reposan algunos libros, al picaporte dorado de la puerta.

—¿Cómo estás? —le pregunta Laura cuando comprende que Marimar no escucha sus disculpas. Puede que ni siquiera sea consciente del tiempo que llevan sin verse.

—No voy a salir nunca de aquí.

—Claro que sí, mamá —dice Dani.

—Me voy a morir aquí. Me van a matar.

—Vas a salir muy pronto —le promete Laura—. Guillermo ha presentado un recurso, espera que te concedan la libertad condicional y que puedas venir a casa.

—Tu padre no lo va a permitir.

La mirada de Marimar carece de brillo, sus labios están resecos, se diría que ha envejecido diez años dentro de esos muros. Aun así, Laura aún encuentra dulce su expresión. No parece acusar la presencia de Dani, es como si no lo reconociera.

—Ha venido a verte Dani...

—¿Dani? —Se gira hacia él, pero solo un segundo. Enseguida vuelve a centrarse en Laura—. He pensado en suicidarme, pero no... No lo voy a hacer. Si tu padre me quiere matar, que lo haga él, que se manche...

—Pues claro que no te vas a suicidar, mamá. No pienses en eso. Y no pienses más en papá.

—Eso es imposible, cariño. Está dentro de mi cabeza.

Laura nota la desazón de Dani al verse ignorado de una forma tan clara. Mientras ella esté allí, eso no va a cambiar. Se levanta.

—Ven, Dani, siéntate con mamá. Yo voy a salir un minuto.

Laura cierra la puerta, está un poco mareada, quizá ha sido muy optimista al pensar que podía afrontar ese viaje desde Marbella.

Espera que su hermano venza la resistencia de su madre. Se acerca a la entrada, donde está el policía que los recibió.

—Necesito mi móvil.

—No puede entrar con él.

—Es para mirar si me ha llegado un mensaje.

En realidad, no lo espera, es solo que necesita evadirse por un momento. El vigilante le entrega su bolso. Nada más encender el móvil, ve las llamadas de Aras y escucha un mensaje.

—Strummer ha descubierto que tu testigo protegida está en Madrid y que trabaja en un negocio de uñas de la calle Leganitos. ¿Se llamaba Melca? El irlandés está de camino, va en un Porsche grande, plateado.

El mensaje es de hace varias horas. Laura no se lo piensa dos veces. No tiene tiempo de esperar a su hermano.

6

Atraviesa en coche Madrid, rumbo a la calle Leganitos; cae una fina llovizna y el tráfico está imposible, ejecuta un par de cambios de carril que provocan bocinazos entre los demás conductores, se topa con un atasco. Llama al teléfono de Melca, la chica no le contesta, lo más probable es que, después de la puesta en libertad de Strummer, se hiciera con otro número. Intenta hablar con la policía para averiguar si ellos tienen su nueva dirección, su teléfono, pero se atasca en la burocracia: aunque ella misma pidió el cambio de residencia de Melca después de que la chica sufriera un ataque de pánico al creerse perseguida, la protección policial terminó con la anulación del juicio. Está mareada, le cuesta concentrarse en la conducción, pero ahora no puede fallar. Solo tiene el dato de la calle Leganitos, de que trabaja en algún local de uñas de esa calle. Tiene que encontrarla antes de que lo haga Trevor Strummer.

Llega por fin a Leganitos, que sale de la plaza de España y desemboca en la plaza de Santo Domingo, muy cerca de la Gran Vía. Como no hay forma de encontrar sitio para aparcar, abandona el coche en una zona de carga y descarga. La multa está garantizada, pero espera que no se lo lleve la grúa. La calle está plagada de negocios orientales, restaurantes, supermercados y locales de uñas, la mayor parte tienen letreros en chino o en otras lenguas asiáticas: Sugoy Space, Yanori, Hualian, Liang You, Tay Yang Feng... Entra en el primero de los locales, debe convencer a la chica que la recibe de que no quiere que le pinten las uñas, tampoco un masaje.

—Busco a una chica española.

—Aquí no.

La chica no habla suficiente español para suministrarle más datos. Laura se va sin siquiera dar las gracias y entra en el siguiente. Allí, la encargada habla mejor y sale a la calle con ella.

—En ese local.

Le señala otro de los negocios de manicura de la calle. Hacia allá va Laura, aunque no sabe si ya es tarde para todo, quizá Strummer ha llegado antes que ella y ha cumplido con su venganza.

—Busco a Melca... —le dice a la encargada, sin rodeos ni saludos.

—No conozco a ninguna.

Laura imagina que ha podido usar una identidad falsa.

—Una chica de Málaga, delgada, morena, trabaja aquí desde hace poco. Tengo que hablar con ella, es muy urgente.

Todavía tarda unos segundos en convencer a la mujer de que sus intenciones son nobles. Y de que no hay tiempo para desconfianzas ni tonterías.

—Hoy libra. Vive en una pensión aquí cerca, en la calle de la Flor Baja.

La pensión se llama San Roque, está en la segunda planta de un edificio viejo y algo descuidado, no hay ascensor. Laura sube por unas escaleras que crujen en cada peldaño. En las paredes hay algunos desconchones. Al llegar al piso empuja la puerta, está abierta. Dentro, una especie de mostrador que debe de ser de la recepción preside el diminuto vestíbulo, aunque allí no hay nadie. Laura se adentra por un pasillo que discurre frente a ella. Una de las habitaciones está vacía, es pequeña, con una cama estrecha, una silla, un escritorio y un armario de madera. La puerta siguiente es un baño, compartido con las otras habitaciones del pasillo. La puerta contigua se abre y por ella sale una joven.

—¡Melca! —exclama Laura, que ya estaba perdiendo la fe en encontrarla.

—¿Qué haces aquí? No quiero saber nada de ti.

—Strummer te ha descubierto, está de camino.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Tienes que irte.

—Yo no me voy. Voy a llamar a la policía. Tienen que ayudarme, no pueden dejarme tirada después de todo.

Le lanza la frase a Laura como un dardo envenenado. Ella intenta razonar, puede esperar a la policía, pero ¿es esa la solución? Las dos saben que el irlandés no parará hasta matarla si sigue en España. ¿Quiere correr ese riesgo? No merece la pena mentirse: nadie puede darle la protección que ella necesita. Laura la empuja al interior de la habitación y se sitúa junto a la ventana: en la calle, ve pasar el Porsche plateado de Strummer, que aparca en un vado y se baja del coche. Ha debido de seguir los mismos pasos que Laura para llegar hasta aquí.

—¡Joder, joder, joder! Está abajo, Melca.

No hay tiempo, tienen que huir ya. Pero Melca se acerca a la ventana, aparta a Laura de malos modos y se asoma.

—Mierda...

Strummer entra en el portal. Melca coge su pasaporte y sale de la casa empujada por Laura. Bajan las escaleras a toda prisa, pero es tarde, el irlandés ya sube por el primer tramo. Corren hasta la azotea de la casa. Desde allí, pasan al edificio contiguo y vuelan escaleras abajo. Melca trastabilla en un escalón de madera desgastado, se ha torcido un pie, pero Laura le prohíbe detenerse. Salen a la calle, han logrado evitar a Strummer. Llaman a gritos un taxi.

—¿Por qué vamos al aeropuerto? —pregunta Melca después de que Laura le dé la orden al taxista.

Laura, concentrada en el móvil, busca un billete de avión al primer destino que salga de Madrid.

—Hay un avión para Berlín en dos horas. Te compro el billete.

—Dios mío, ¿qué voy a hacer yo en Berlín? —llora Melca—. He conocido a un chico, el primero desde lo de Ramón, estoy saliendo con él, no me quiero ir. Mi vida está aquí.

—Escucha. —Laura le coge la mano—. Si no sales de España, ese hombre te va a matar, ¿entiendes? Tienes que desaparecer, no hay otra opción.

Melca la mira temblando de miedo.

—Me has jodido la vida... Es la segunda vez. ¡Puta mierda!

Se pasa el trayecto hasta el aeropuerto llorando. Laura le echa un brazo por el hombro y la acuna. Ella está tan hundida que se deja consolar. Se siente más desvalida que rabiosa.

Al bajarse del taxi, Melca se agarra a Laura para no caerse, el dolor del tobillo y los nervios apenas le dejan mantenerse en pie.

—¿Y si me sigue hasta Berlín?

—No lo hará. No se va a alejar de los Huérfanos. Allí estarás a salvo. Te mandaré dinero: no te voy a dejar sola, te lo juro.

La reacción de Melca es inesperada, le da un bofetón a Laura. Después se miran, no se sabe cuál de las dos está más sorprendida.

—Vale, necesitabas darme una hostia. Y yo me la merezco. ¿Estás mejor?

Ella no responde a esa pregunta. El pánico se adueña de su expresión en un segundo.

—¡Está ahí!

Laura se vuelve hacia donde mira Melca, el punto por el que Strummer acaba de entrar en la terminal. Ha debido de seguirlas en

otro taxi, Laura iba mirando hacia atrás y no ha visto en ningún momento el Porsche plateado en el que llegó.

—¡Vamos!

Las dos corren hacia el control de seguridad. También lo hace Strummer, que va apartando gente en su persecución. Unos viajeros chinos protestan airadamente cuando él los empuja, pero no consiguen que se detenga. Laura tira de Melca, pero la chica apenas puede apoyar el pie que se ha torcido. No van a llegar al torno de acceso al control a tiempo, Laura lo comprende al darse la vuelta y ver al irlandés demasiado cerca de ellas. Se ha llevado la mano al interior de su chaqueta y adivina la forma de la culata de una pistola en su mano.

—¡Corre! —ordena Laura.

Acto seguido, suelta a Melca y se gira hacia Strummer. El irlandés sonríe, como si en el fondo le hubiera divertido esta persecución. ¿Será capaz de disparar en mitad del aeropuerto? ¿Es tan insensato? Laura lo conoce bien y sabe que la respuesta es sí. Ya se ha escapado una vez de la prisión, ¿por qué no iba a escaparse en esta ocasión? Un bebé llora en brazos de su madre. Un grupo de chavales jóvenes se ríen, ilusionados con su inminente viaje. El vaivén de pasajeros del aeropuerto es ajeno a lo que está a punto de ocurrir. Laura corre hacia Strummer, que acaba de descubrir su arma. El irlandés no se espera que ella no se detenga y que siga corriendo hasta estrellarse contra él, eso la salva de recibir un disparo. En el choque, Strummer trastabilla y cae al suelo. La pistola se desliza fuera de su alcance. Los chavales que iban de viaje gritan, dos empleados de seguridad se acercan. Laura echa un vistazo atrás y comprueba que Melca ha cruzado ya el torno, está a salvo en la cola del control de seguridad. Strummer no podrá alcanzarla. No hay razón para alargar más su presencia allí. Ambos se levantan y se

miran en silencio. Ahora es Laura la que sonríe; ha vuelto a joderlo, como lo hizo en la sala del juzgado antes de echar por tierra todo el proceso. Strummer va a decirle algo, pero un empleado de seguridad recoge la pistola y le pide la documentación al irlandés. No entiende qué ha pasado y tampoco parece hacer responsable a Laura, que finge disculparse como si hubiera sido un encontronazo casual.

Strummer no hace caso a lo que le está diciendo el guarda de seguridad. Tendrá que dar explicaciones, hasta puede que lo lleven a una comisaría, pero el irlandés solo tiene ojos para Laura. La mira fijamente mientras ella se aleja. Esa es la mirada que tantas veces se ha colado en sus pesadillas. Brillante, con un punto de locura festiva. Allí, en el aeropuerto, le sonríe enseñándole su boca mellada y traza una cruz en el aire con el dedo índice. Laura intenta mantenerse en pie, pese a su debilidad, el mareo se hace más y más intenso cuando la adrenalina empieza a abandonarla.

7

Sus ojos barren las paredes del restaurante y registran cada detalle, cada rincón. Hace muchos años que no cena allí, pero hay lugares que nunca cambian, los clásicos, los que no pueden mejorar porque son perfectos. El ambiente de La Parra, en la calle Monte Esquinza, es íntimo, mitad inglés, mitad sevillano, con azulejos mozárabes en las paredes, pero aspecto de club londinense, con algunos trofeos de caza, lámparas sobre las mesas, un piano... Aquí tuvo su primera cita con Guillermo, todavía se acuerda de lo que comieron —*steak tartar* él y pollito Marrakech ella, para acabar con un *apple crumble* a medias, platos que hoy le generan repulsión—, también de lo que hablaron, de su grupo de música country, del trabajo de Laura en la fiscalía... Han pasado desde entonces seis años y aquí es donde la ha citado él esta noche, quizá para convocar ese pasado común, como si esperara borrar el último mes y reiniciar su relación desde aquel punto lejano.

No pretende hablar de Strummer, de su intento de matar a Melca, del incidente en el aeropuerto. Todo eso seguirá agrandando la porción de su vida que mantiene oculta a Guillermo, como si Laura se hubiera convertido en un iceberg y su pareja apenas alcanzara a distinguir la cima que emerge sobre la superficie del mar. Supone que a esas horas ya habrán soltado al irlandés. Se lo llevaron detenido, pero ella ni siquiera prestó declaración. Sabe que no serviría para nada, no lo van a encerrar por unas carreras en una terminal de salidas y por llevar una pistola que no disparó. Le

habrán pedido el permiso de armas, le pondrán una falta, le darán un capón a modo de advertencia... ¿Qué sentido tenía alargar el contacto con ese animal? Pero no olvidará su mirada, su gesto de amenaza, su sonrisa diabólica.

Trata de espantar esos pensamientos mientras espera a su novio con una copa de vino blanco portugués, un Esporão Reserva. No debería beber alcohol, hace mucho que ha comido y tiene el estómago vacío, pero sin él no sería capaz de enfrentarse a este reencuentro. Ha llegado hasta el restaurante como una autómata, evitándose la pregunta fundamental: ¿qué quiere de Guillermo? ¿Recuperarlo o separarse de él?

Después de un mes de silencio, le escribió esta tarde para pedirle que investigara la empresa Father Boyle Events, la que paga los sobornos de los Huérfanos a los deportistas. Él prometió cumplir, siempre lo hace, y solo pidió a cambio verse. Como buen hombre previsible, aparece un minuto antes de la hora convenida, a las 21:59, por la puerta de La Parra, con un sobre grande en las manos. Laura apuesta a que ahí está toda la información necesaria.

—Hola.

Ninguno de los dos sabe cómo saludarse, si con dos besos formales en las mejillas o con uno en los labios. Es Laura la que se decide por este.

—Estás muy guapa.

—No hace falta que mientas.

—Sí que lo estás, aunque hayas perdido demasiado peso.

—No vayas por ahí —ataja ella, más brusca de lo que pretendía.

Señala el sobre, quiere evitar, o al menos aplazar, la entrada en asuntos personales.

—¿Es la información sobre la empresa que te pedí?

—¿Para qué la quieres?

—Tiene que ver con Gorbachov.

No abre el sobre que él le da, lo dobla y lo guarda en el bolso. El camarero se acerca y Guillermo pide una copa del mismo vino que bebe ella, aunque no ha preguntado cuál es. Un detalle tan nimio como ese irrita a Laura, ¿por qué esa sumisión en él, que siempre ha sido un hombre fuerte?, ¿por qué ese deseo de anularse para agradarla?

—¿Qué sabes de la situación de mi madre?

—Lo que te conté por mail: he pedido la libertad con cargos, estoy a la espera de la respuesta del juzgado. ¿La has visto?

—Sí, he estado con mi hermano Dani.

—Te voy a ser sincero, yo creo que lo mejor es que siga ingresada. No creo que le vaya a hacer bien estar libre.

—Deja que eso lo decida yo.

Otra vez muy brusca, ¿qué le pasa hoy? El comentario de Guillermo solo buscaba ayudar y, sin embargo, ella lo ha tomado como una agresión.

—Claro, tú lo decides. Pero en el juicio usaré la eximente de enajenación mental, y si sigue en esa clínica será más fácil.

—No quiero eximentes, quiero que defiendas su inocencia.

—Laura, sabes que las pruebas la condenan.

—¿Has tirado la toalla? Dímelo abiertamente, Guillermo. ¿Crees que mi madre es culpable?

—Creo que quizá no sea yo el abogado adecuado —responde él con un deje de hartazgo.

No ha sido capaz de contenerse más. Laura nota que ha ido demasiado lejos y debe recular. Llega el camarero para tomar la comanda, un buen momento para inspirar hondo, para serenarse, para recomponer la situación.

—Claro que quiero que la defiendas tú, eres el mejor. —Le coge de la mano, pero la suelta a los dos segundos—. Hace tiempo que no veníamos a este restaurante, no sé por qué, me gusta mucho.

—Sí, supongo que nos queda a desmano. ¿Qué tal en Marbella?

—Complicado... En unos días saldrá del hospital Ingrid. Mi hermano ha conseguido alquilar un apartamento mientras se arregla la casa, no es tan fácil encontrar algo adaptado para la silla de ruedas. Dani no iba a meterse en la casa de mi padre y ha estado viviendo con una compañera de la empresa de submarinismo, Estrella. —Da un sorbo a su copa de vino, le preocupa el futuro de su hermano, está convencida de que se está negando lo que siente y así solo será infeliz—. Le va a costar volver a vivir con Ingrid.

—Se supone que se aman, eso lo engrasa todo.

Si no ha sido un reproche, lo ha parecido. Hay un silencio incómodo, ninguno de los dos quiere continuar por ahí.

—¿Y tu padre?

—Tengo poco contacto con él. Uso la casa como un hotel. Estoy más con Dani —miente para no admitir que apenas ha salido de casa—. También hago lo posible por localizar a Gorbachov. Su compañero, el otro, al que llamaban Putin, apareció muerto.

—Ten cuidado.

—Lo sé.

Él se interesa por los pormenores de la muerte del ruso y ella se sorprende de su capacidad para mentir, para relatar lo sucedido sin entrar en detalles, sin mencionar a Aras, sin incluirse en la escena del crimen. Más territorio oculto para Guillermo. Llega la cena: él come con apetito, ella se limita a probar la comida, a desmontar el plato, a ofrecerle un poco con la esperanza de que se coma la mitad; intenta no pensar en el asco que le produce cada bocado que traga, no sabe si tendrá que ir al baño a vomitar. La charla es insustancial:

la nueva maqueta que ha grabado su grupo, la separación de unos amigos comunes —la primera boda gay a la que asistieron juntos—, la sentencia absolutoria para un defendido de Guillermo que hasta él estaba convencido de que era culpable... Temas que a ninguno de los dos les interesan, maniobras de distracción para evitar hablar de ellos mismos.

Antes del postre, ella se va al baño. Para su sorpresa, él la espera con cara de pocos amigos.

—¿Has vomitado la cena?

—No digas tonterías —se defiende Laura.

—No sé para qué hemos quedado, pero no me voy a marchar sin que hablemos de verdad. Si sigues así te vas a morir, igual que tu madre. Deberías ingresarte, tú eres la primera que sabe cómo puedes acabar.

—Como vayas por este camino, te juro que me levanto y me largo a mi casa.

—¿Eres consciente de que no puedes seguir en Marbella, con tu padre?

Por respuesta, Laura cumple su amenaza. Sale a la calle Monte Esquinza y toma aire mientras él paga la cuenta. Quiere irse, no aguanta sus reproches ni sus cuidados. En realidad, no aguanta su amor. Tiene un agujero negro en el estómago, un remolino que parece transmitir veneno a todo su torrente sanguíneo. Guillermo no se ha equivocado cuando la ha acusado de vomitar.

—¿Has venido en moto? —le dice al verlo salir—. Yo me voy a coger un taxi. Supongo que lo más fácil es bajar a Almagro.

Guillermo no hace ademán de acompañarla, ni siquiera se despiden, la ve marchar sola. Antes de que llegue a la esquina, Laura se desploma. Corre hacia ella y la incorpora, Laura recupera la consciencia, aunque está muy desorientada. Él hace una llamada.

—Sí, es una mujer de treinta y nueve años, se ha desmayado en la calle.

—¡Cuelga!

Lo ordena desde su nebulosa. No quiere una ambulancia. Anticipa la conversación de su novio con los médicos, contándoles que seguramente no habrá comido en muchas más horas de la cuenta, que es anoréxica. Todo por su bien, porque está muy preocupado. Si llega la ambulancia que él está pidiendo, la ingresarán, quizá varios días. Le da un manotazo y le tira el móvil al suelo.

—¡Deja de tratarme como a una inútil!

—Laura, necesitas ayuda.

—¿En qué puto momento te has convertido en mi padre? No soy una niña.

Se levanta, recoge su bolso, se recompone con gestos bruscos.

—Siéntate un rato, respira hondo —le pide él.

La agarra del hombro y ella se escabulle del contacto físico.

—No me toques.

—¿Por qué cojones te empeñas en castigarte? Sabes que eres una enferma, necesitas ayuda médica. ¿Qué estás haciendo? ¿Matarte porque no estuviste al lado de tu madre todos estos años?

—Vete a la mierda. Quiero estar sola, Guillermo. ¿Vale?

—¿Qué te ha pasado en Marbella? Antes no eras tan cobarde. Antes se te podía decir la verdad.

—No quiero verte más. No puedo. Estoy hasta arriba y no tengo el cuerpo para tus estupideces. Si quieres dejar el caso de mi madre, lo entiendo perfectamente. Busco otro abogado.

Él suelta una risa de incredulidad. Cuando ve que ha levantado la mano para subirse a un taxi, la coge del brazo y tira con fuerza para encararla.

—¿Esta es tu solución? ¿Salir corriendo?

—Hay otro hombre —suelta ella.

—¿Qué? No me lo creo.

—Un antiguo novio, de cuando era joven en Marbella.

—No es cierto.

—Pues no te lo creas. Pero déjame en paz.

Se sube al taxi y cierra de un portazo.

La rabia que siente Guillermo aplasta por unos momentos la preocupación por esa mujer que se aleja. No entiende lo que ha pasado, en qué momento empezó a perderla, no sabe si Laura se ha marchado al calor de un arrebato o si lo ha hecho para siempre.

El agua de la ducha está tan caliente que duele. Pero se queda un rato bajo el chorro, como si necesitara limpiar la conversación con Guillermo, su actitud hacia él. Ha sido injusta, lo sabe. Ha sido muy dura. Él tenía razón. ¿Por qué se comporta así, como si estuviera buscando castigarse? No entiende lo que le está pasando. Al salir de la ducha se mira en el espejo, cubierto de vapor. Lo desempaña y se queda contemplando su cuerpo. Es verdad que está mucho más delgada, seguro que ha perdido cerca de diez kilos en las últimas semanas. Ya casi no puede ni cogerse un pellizco de carne de la cintura. La belleza de su cuerpo se ha esfumado, se ha transformado en un cadáver.

Se envuelve en el albornoz y va al salón a reunirse con Dani, que está viendo un partido de la NBA. Con tristeza, comprende que no conoce a su hermano, ni siquiera sabía que le gustaba el baloncesto. Pero también comprende que necesita acurrucarse a su lado, que esa es la definición más cercana de hogar que puede componer en ese momento. Dani la abraza y ella se siente confortada por su olor, por su tacto, por su silencio. No le pide nada más a la vida.

Cuando suena un mensaje en su teléfono, supone que es Guillermo. Quiere ignorarlo, pero se siente culpable y no desea añadir más sal a la herida. Tal vez sea hora de entonar una disculpa. Coge el móvil. El mensaje es de un número que no tiene en la agenda: «Soy la Hermana Mei, quiero verte».

Marbella, 1997

Donde de verdad se encuentra a gusto la Hermana Mei es en el pequeño despacho que está en la trastienda de su bazar, el Guanxi, en el centro de Marbella. Lo llamó así como homenaje al pacto de sangre con el líder de la tríada, Ma Yueh-sheng, que es lo que le permitió viajar a Europa veinte años atrás. Pasa la mayor parte del día allí, rodeada de cajas de artículos que proceden de fábricas de toda China, con su libreta, el ordenador portátil y una caja fuerte en la que se guardan muchos más millones de pesetas, de dólares, de libras o de francos que en ningún otro lugar de la ciudad y quizá de Andalucía. Hoy tendrá que salir de su búnker: aunque evita los actos sociales, debe asistir a un evento del que todo el mundo habla, la inauguración de la nueva discoteca de Olivia Valère.

Una de las aficiones de la Hermana Mei es leer las revistas españolas del corazón, gracias a eso reconoce esa noche a muchos de los famosos que pululan por los salones del lugar, decorados con un barroquismo hortera que le produce un rechazo invencible. Naomi Campbell, que sale de un sonado romance con Joaquín Cortés, el bailarín español, es quien ha cortado la cinta de inauguración simbólica con unas tijeras de oro. También distingue a otras modelos como Claudia Schiffer y Kate Moss, a los habituales Gunilla von Bismarck y Alfonso de Hohenlohe —una muestra del glamour perdido de la ciudad—, al tenista Boris Becker, Enrique

Iglesias... Se dice que Sean Connery y Bruce Willis llegarán en cualquier momento. Todos tienen mucho dinero, pero, si se excluye a los jeques árabes, nadie llega a la fortuna que ha amasado esa mujer china encorvada y de aspecto anodino, incómoda en el vestido de noche, que está deseando volver a casa y quitarse los zapatos que la están matando.

No es su ambiente y, además, está preocupada, ¿quién le asegura que ese local, mezcla de Europa y de Babilonia, no se va a venir abajo? No se fía de las construcciones de lujo de su querida Marbella, las licencias que se otorgan tienen más que ver con el dinero de los promotores —y el que están dispuestos a repartir— que con la calidad del proyecto o los materiales. Justo en la puerta coincidió con el alcalde, Jesús Gil y Gil, un personaje más de esa orgía de desproporciones. Nunca ha hablado en persona con él y no sabe si lo aborrece o lo admira: es el causante de lo mejor de la ciudad, pero también de lo peor. Tuvo que esperar a que él entrara para poder pasar ella. Allí estaba Olivia Valère, que recibía a los invitados uno a uno con su sonrisa encantadora, su acento francés y su vestido negro de alta costura, como si cada uno de ellos gozara de su amistad en exclusiva.

—¿Qué tal te lo pasas?

Su mano derecha, Alberto Pastor, también anda por ahí. Él se adapta mejor a esos ambientes, le gusta sentirse elegante de vez en cuando con su pajarita, aunque no se deja deslumbrar por el despilfarro de estas fiestas. Tiene el don de integrarse con la misma facilidad en esa alta sociedad, con los políticos y con la gente del pueblo de toda la vida. Fue una buena idea captarlo para sus negocios, es capaz de trabajar veinticuatro horas al día y es tan ambicioso como ella. Qué pena que su esposo, Xen Hao, no sea como él, le habría evitado muchos dolores de cabeza. Da igual que

sean ricos y se hayan comprado una magnífica casa en Los Monteros, él hace lo mismo de siempre: ver películas de Bruce Lee y Jackie Chan, apostar en páginas de internet de Hong Kong y fumar cigarrillos americanos sin parar, enciende uno con la colilla del anterior. Sigue siendo un vago, pero además ahora es soberbio, trata a los demás como esclavos, viste siempre con trajes blancos y lleva el pelo engominado. En los últimos tiempos ha dejado la cerveza china que compraba antes y bebe whisky escocés, también consume cocaína de vez en cuando. Se cree un mafioso de una película de serie B. Su marido se ha convertido, más que en un estorbo, en un problema que pronto tendrá que afrontar. La última vez que lo vio, hace media hora, bailaba con una colombiana, Ana Sofía. La mitad de los hombres de la fiesta desearía estar con ella, ¿qué interés puede tener ella en un chino viejo, con el pelo teñido de negro y sin gracia?

—Esta fiesta es terrible, en cuanto consiga tirar de mi esposo, me vuelvo a casa. ¿Tú?

—Necesito hablar con un par de concejales. A ver si lo consigo antes de que estén demasiado colocados.

—¿Negocios?

—¿Crees que puedo hablar de otra cosa con esos descerebrados?

Esta noche terminará de afianzar los acuerdos para asegurarse una nueva ruta para el dinero, ahora a través de Puerto Banús. No solo hay que pagar a políticos y a las distintas policías, también hay que atraparlos de tal forma que, si un día caen, no se atrevan a contar nada. Alberto Pastor es el mejor negociador. En los últimos años, conforme el negocio del dinero crecía, se han adueñado también de las mejores rutas. La Hermana Mei advirtió hace tiempo que quien las controlara dominaría el mercado. Todo el mundo necesita sacar su dinero de España para poder disfrutarlo.

Lleva casi veinte años en Marbella y todo ha funcionado a pedir de boca. Primero fue el bazar, después los envíos de dinero de sus compatriotas a China, que ella misma hacía en los múltiples viajes a su tierra para visitar a sus padres, y que le permitieron idear el sistema de la hawala*, después los préstamos a los recién llegados para que pudieran montar sus bazares o sus restaurantes. Hace algunos años, sus clientes se internacionalizaron, no solo los asiáticos acudían a ella, también los británicos, los holandeses, los suecos, los norteafricanos... La Hermana Mei se ha convertido en una banquera que lo mismo mueve dinero por todo el planeta que financia el viaje de un carguero lleno de contenedores desde Asia hasta Europa. Presta dinero para cualquier negocio legal o ilegal. Y todo desde la trastienda de su bazar y con la ayuda de ese abogado sin escrúpulos al que conoció por casualidad. Uno de los concejales lo ha saludado desde la distancia y Alberto Pastor le devuelve el saludo.*

—¡Suerte! —le dice Mei—. No te acuestes muy tarde, mañana iré a tu despacho, tenemos asuntos de los que hablar.

Se separan y ella pasea su mirada irónica por ese nuevo lugar de reunión de Marbella. Arquitectura española, moruna, toques asiáticos y franceses. Un antiguo palacio inspirado en Babilonia ahora convertido en un templo del lujo que trata de recordar a las mil y una noches en versión Hollywood. Jardines con fuentes y palmeras despiden aromas embriagadores, camareros elegantes tientan a los invitados con bandejas de ostras y champán a lo largo de salones interconectados que desembocan en un gran salón central con aforo para casi mil personas, o eso aseguran, decorado como un palacio árabe. Más allá, en la pista de baile, vuelve a ver a Xen Hao, que baila con la colombiana. Saca el teléfono para hacer una llamada.

—Qiang, espérame en la puerta.

Recuerda sus dudas cuando trajo a Qiang a Europa. Es el sobrino del Cabeza de Dragón de Tiān Xià, la tríada que la protege. El mismo jefe, Ma Yueh-sheng, se lo impuso como acompañante en su nueva vida en España, y ella sintió que le ponía un centinela, un chivato que mandaría informes a su tío sobre sus andanzas. Pero desde el primer día le mostró una lealtad sin fisuras, y sabe que Qiang daría su vida por ella.

—¿Y tu esposo?

—No creo que pueda sacarlo de aquí.

—¿Quieres que me encargue?

No busca escándalos, menos en una noche como esa. Su mayor afán es pasar desapercibida, siempre.

—Ya volverá a casa. Es lo bastante mayor para coger un taxi solo.

En el camino de regreso, Qiang es prudente y no desliza ningún comentario sobre Hao.

—Esta tarde ha salido un correo a Barajas con el dinero —le informa—. Irá primero a la sucursal de Milán y luego a Zúrich.

La red de la Hermana Mei se extiende por todas partes. Tiene vecinos qingtianeses ubicados en las principales ciudades europeas y americanas: París, Berlín, Nueva York, Ginebra, Londres. Una prima suya también tiene un restaurante en Milán. En las trastiendas de sus locales se discuten los acuerdos de los envíos de dinero. Ahora, ese dinero fluye en todas direcciones: a veces, rumbo a Suiza para ser blanqueado; en otras ocasiones, hacia Marbella para pagar un cargamento de cocaína..., pero todavía hay que hacer equilibrios con el dinero en metálico. Una compatriota ha salido con dos maletas rumbo al aeropuerto para abastecer de liquidez a las sucursales de Milán y Zúrich.

Mei se despide de Qiang en la puerta de su chalet. Se quedó con el mejor en la urbanización que ella misma construyó cuando empezó a hacer dinero de verdad. Al entrar en el salón, descubre que Jakob está viendo unos dibujos animados. Llegó de Noruega hace cinco meses, con diecisiete años. Dentro de dos, como mucho, le resultará demasiado mayor. Al principio elegía amantes chinos, pero después sus gustos cambiaron y desde entonces siempre elige escandinavos, grandes y rubios, como Jakob.

—Desnúdate y ven a mi habitación —le ordena Mei.

En su cuarto, ella se da una ducha. El sexo, el Go y las máquinas tragaperras son lo único que la relajan. La anestesian, le permiten dejar de pensar en el negocio.

A las ocho de la mañana, como todas las mañanas, no importa que ayer asistiera a esa fiesta de inauguración, la Hermana Mei está en su despacho. Repasa en su libreta las cifras del negocio en todas las sucursales. No se fía de registrar en el ordenador esos datos, prefiere sus libretas y su propia letra. A las ocho y media ha atendido a la camarera de un restaurante chino del puerto y, luego, ha hablado por teléfono con su corresponsal en Milán, que está inquieto por la falta de efectivo.

—Ha salido hacia allá un correo, espero que te llegue hoy a lo largo del día.

Xen Hao, su esposo, no ha aparecido por casa. No le preocupa que le sea infiel, ella misma aloja a amantes como Jakob en casa, pero sí qué ha podido hacer y con quién: la última vez que lo vio estaba con Ana Sofía, la colombiana, una mujer que cada día aparece más en los acuerdos de los narcos, es intermediaria entre los cárteles de su país y las redes europeas. No se fía de ella, y

mucho menos de Hao. Antes de las nueve, Qiang, que poco a poco se ha ido convirtiendo en su Bastón Rojo, aparece con malas noticias.

—Han atracado a la mujer que transportaba el dinero a Milán y a Zúrich. La han asaltado en el baño del aeropuerto. Se han llevado las maletas.

La Hermana Mei no se inmuta, su negocio es un nido de problemas y su deber es mantener la calma para solucionarlos. Lo primero es reorganizar la llegada de dinero a Milán y Zúrich, allí lo esperan, saldrá otro correo con él. Después, ocuparse de que no vuelva a ocurrir. El poder de la Hermana Mei reside en que todos sepan que engañarla no sale rentable.

—¿Quiénes eran?

—Sudamericanos, quizá mexicanos.

—O colombianos... ¿Cómo sabían qué había en esas maletas?

Qiang no tiene respuesta, pero ella sí.

—Necesito que me lleves al despacho de Alberto Pastor en una hora.

Alberto Pastor dejó hace años el oscuro despacho que compartía con Leo Domínguez y se cambió a un bonito edificio en la plaza de la Victoria. No tiene nada que ver con la covacha de la Hermana Mei: espacio amplio, buena luz, buenos muebles y una secretaria que les ofrece un café en cuanto se sientan. A pesar de las diferencias, a la Hermana Mei le gusta esa estancia y allí se sabe a salvo de oídos indiscretos.

—¿La has llamado?

—Debe de estar a punto de entrar. ¿Estás segura de que ha sido ella?

La persona a la que esperan tarda todavía un cuarto de hora en llegar, y Pastor y la Hermana Mei aprovechan para poner otros asuntos en orden. Hasta que por fin aparece una mujer exuberante, morena, con aspecto de protagonista de telenovela colombiana, con un vestido ajustado que marca esas curvas que tanto atraen a los hombres y unas gafas de sol para ocultar los estragos de la noche anterior en la inauguración de la discoteca.

—¿Un café? ¿Un zumo de tomate? —ofrece el abogado a Ana Sofía—. Es lo mejor para la resaca.

—Un zumo de tomate.

La Hermana Mei espera en silencio a que la secretaria lo haya servido. Apenas se mueve, sentada en el filo del sillón, como un cuervo en una rama.

—Mi marido no apareció anoche por casa. La última vez que lo vi estaba contigo.

—Xen Hao no es mi tipo —le contesta con ironía la colombiana—, no sabe bailar bachata. Te lo puedes quedar para ti.

—No me preocupa eso, eres una mujer joven y atractiva, entiendo que mi esposo quiera pasar la noche contigo. Lo que me preocupa es que es un hombre que habla por los codos. A lo mejor te comentó adónde iba después de la fiesta. O quizá dijo muchas tonterías, incluso cosas que no debería decir.

—No sé qué dijo, la música estaba muy alta y no se oía bien.

Quiere zafarse de la presión de Mei, pero la china tiene paciencia y en su mirada brilla la ira sin estridencias, como un felino agazapado que puede saltarte al cuello en cualquier instante.

—Me molesta que me mientan. ¿Conoces a Qiang?

—¿Quién no conoce a Qiang en esta ciudad?

—Se acaba de marchar hace veinte minutos —informa la Hermana Mei—. Le apetecía desayunar en Benalmádena, en el Café Albatros...

Ana Sofía sale de su letargo de golpe.

—¡Deja a mi hermano en paz! ¡Él no tiene nada que ver!

—Vamos a hablar del dinero que me han robado esta madrugada.

Alberto Pastor tiene una intuición infalible para adivinar en qué momento debe intervenir, es una de sus virtudes que más elogia la Hermana Mei.

—A tu hermano no tiene por qué ocurrirle nada. Somos gente civilizada. Tú te dedicas a mediar en los asuntos de drogas y te va bien, muy bien. ¿Por qué meterse en vuelcos de dinero? Yo soy abogado, ¿te imaginas que me diera por hacer planos de edificios? Sería un desastre, lo mismo te puede ocurrir a ti. Hay un refrán español que lo define a la perfección: «zapatero, a tus zapatos».

—Mi abogado se ha explicado muy bien. ¿Por qué enredarnos en luchas si podemos colaborar? Me ha gustado tu eficacia, organizar ese asalto en apenas unas horas. Juntas podemos ganar mucho dinero. Tú necesitas mover la droga que te traen desde tu país y yo puedo ofrecerte rutas seguras. En cuanto me digas cómo localizaste a mi correo y me devuelvas lo que me has robado, podremos empezar a hablar del futuro.

—¿En qué consiste ese futuro?

—Yo te ayudo y tú me das el veinte por ciento de tus beneficios.

—¿Me puedo negar?

—Claro —sonríe la Hermana Mei—, pero entonces morirá tu hermano, morirás tú y otro hará el trabajo. Creo que los términos están claros: dime, ¿cómo supiste que esa mujer llevaba dinero? ¿Te lo contó mi marido?

Ana Sofía medita su respuesta. Lo que diga puede significar una sentencia de muerte. Le intimida esa china de maneras pausadas, vestida de negro y gris, la falda y la rebeca parecen sacadas de un mercadillo, fría como un témpano de hielo.

—Anoche vino a mi casa —confiesa la colombiana porque no tiene otra alternativa—. Iba muy colocado y me lo contó todo. Luego, se marchó. No sé dónde está ahora.

—Gracias, Ana Sofía —dice la Hermana Mei—. Puedes cerrar con Alberto los detalles de nuestro acuerdo.

No necesita estar presente para saber que Alberto Pastor cuidará por sus intereses tanto como haría ella misma. Regresa al bazar dando un paseo por el centro de Marbella. Llama a Qiang.

—Olvídate del hermano de la colombiana, hemos llegado a un acuerdo con ella. Estaba en lo cierto con Xen Hao. Haz lo que te he pedido.

Hay mucho trabajo en el negocio, la Hermana Mei nunca deja el bazar antes de las ocho o las nueve de la noche y a menudo se lleva papeles para revisarlos en casa. Hoy hace una excepción y sale a las siete. Qiang no puede ir a recogerla, así que se dirige en taxi hasta su casa de Los Monteros.

—¿Está abajo?

—Puedo ocuparme yo —le ofrece Qiang.

—Es mi responsabilidad.

Xen Hao está desnudo, colgado de una viga. Sus pies apenas rozan el suelo. Los puñetazos que le ha dado Qiang han servido para disipar los efectos de la borrachera de todo tipo de sustancias de la noche anterior. En una mesa, su soldado le ha preparado un maletín lleno de bisturíes y escalpelos que podrían figurar en cualquier quirófano bien dotado. La Hermana Mei escoge uno.

—Esto es una estupidez —balbucea Hao—. Tú también te follas a esos niños.

—No es por Ana Sofía, eso lo entiendo. Me has traicionado, a mí y a la tríada Tiān Xià. ¿No lo recuerdas?: «Después de cruzar las puertas de los Hung, no cometeréis traición. Que quienes no

obedezcan estas leyes mueran cortados por cuchillos en diez mil pedazos».

La Hermana Mei clava la punta del cuchillo sobre el pezón izquierdo de Hao. Dibuja un círculo a su alrededor. El filo abre la piel como si fuera mantequilla. Luego, arranca esa piel, se lleva el pezón. Hao grita de dolor, pero, inmovilizado, no puede hacer nada para evitar la tortura que acaba de empezar. Mei decide que será compasiva con él, al fin y al cabo es su marido. En veinticuatro horas, si Hao no ha muerto, le seccionará el cuello con el cuchillo y dará fin a su sufrimiento.

8

Laura empuja con curiosidad la puerta del bazar chino de la Hermana Mei. Recuerda haber comprado allí muchas veces cuando era una niña, era donde se surtían las compañeras del colegio de todo lo que necesitaban, desde bolígrafos hasta gomas para el pelo o unas diademas cutres que ahora no entiende cómo podían gustarles. Entonces era el local de una clienta de su padre, una mujer agradecida que, de vez en cuando, enviaba regalos a casa. Porcelana china, figuras de jade. No podía imaginar, como después ha sabido, que en ese bazar tenía su cuartel general, que esa oriental ajada por los años y la falta de descanso estaba muy por encima de su padre, el punto más alto de la pirámide del delito en Marbella.

Todo sigue tan abigarrado como recuerda. Nunca se ha hecho una reforma en el bazar y muy pocas veces se ha debido de limpiar a fondo. Junto a la caja, un hombre paga dos sacos de arena para gatos. En la cola, una mujer con dos plantas pequeñas y unas adolescentes con varias caretas de fiesta. Se dirige a un chino muy flaco que trabaja como empleado, le dice quién es y que ha quedado con la Hermana Mei. El hombre la conduce a lo largo de un pasillo estrecho y ella avanza rozando sartenes y baterías de cocina hasta una puerta con un letrero de PROHIBIDO EL PASO. Llama a un intercomunicador, habla en chino y enseguida le franquean el acceso. Todavía tiene que recorrer un pasillo, un almacén y otra puerta blindada que se abre en cuanto llega. Hay cámaras en las

esquinas del techo, la vigilan. Por fin, entra en una pequeña habitación llena de cachivaches, carpetas, un tablero de Go y una mesa con un portátil barato. Sentada en una butaca está la Hermana Mei, que cierra una libreta donde estaba anotando algo y se levanta para recibirla.

—Tenía ganas de reencontrarme contigo, no te veía desde que eras una niña y ahora eres una mujer hecha y derecha. —Le coge las dos manos, la mira con calidez y Laura intuye que detrás de esa amabilidad se esconde un chacal. En una mesita baja descansan una tetera y dos tazas. La china la suelta y sirve las infusiones—. La fiscal que ha liberado a Trevor Strummer. ¿Cómo te sientes después de dejar en la calle a un hombre tan peligroso?

Lo ha dicho sin aparente agresividad, pero ha logrado que a Laura le suba una corriente helada por la columna vertebral. Y algo le dice que es mejor agarrar la pregunta de forma directa, sin balbuceos.

—Si le soy sincera, me siento fatal. No es agradable romper con lo que siempre has creído. Con la ley.

—No me gusta la gente que se salta sus principios. Y, sin embargo, estoy dispuesta a que me caigas bien. ¿Por qué lo hiciste? Háblame con franqueza.

—Para salvar a mi familia. —Laura decide omitir que sospecha que ella está detrás del atentado a Dani, tampoco tiene las pruebas para señalarla—. Se trataba de conseguir que los irlandeses pagaran cierta deuda que tenía mi padre.

La Hermana Mei sonríe complacida.

—Gracias a ti esa deuda está saldada. Así que te doy las gracias. Ha sido un paso muy difícil, estoy segura. Y también estoy segura de que todavía pagas las consecuencias.

—No duermo bien por las noches, si se refiere a eso.

—Me refiero a mucho más que eso, a la paz interior. Solo se me ocurre una cosa peor que faltar a tus principios morales. ¿Quieres saber cuál es?

—Sorpréndame.

—Traicionar a tu familia. —Mei sorbe su té de forma ruidosa—. No te hablo de la familia que te toca al nacer, sino de la que una elige a lo largo de su vida. Puede que, a veces, esas personas sean tus hermanos o tu madre, pero también pueden ser otras personas. También puede ser que para salvar a esa familia elegida tengas que sacrificar a alguien. ¿Es eso lo que estás haciendo con Alberto? ¿Intentas destruir a tu padre para salvar a los demás?

Laura tarda unos segundos en contestar. Su cabeza busca a toda prisa una explicación a lo que sucede en ese lugar, entre puñaladas verbales y traguitos de té. ¿Cómo sabe esa mujer tantas cosas de ella? No es una china misteriosa como la que podría aparecer en una película, vestida con un kimono rojo y fumando cigarros finos con boquilla, es solo la dueña de un bazar, la que controla en qué pasillo están las escobillas para el váter. ¿Quién le ha contado que quiere acabar con su padre? Solo se le ocurren dos opciones: Aras o Guillermo. Y advierte enseguida que confía sin motivo en Aras y no tanto en Guillermo. Aun así, le cuesta imaginar el contacto entre su novio y esa mujer de aspecto vulgar y modales escurridizos.

—Antes me ha pedido sinceridad, así que le voy a ser franca. Es mi padre el que empezó esta guerra: intenta destruir a mi madre. Yo solo quiero averiguar la verdad. Si mi madre mató a un hombre o si le han tendido una trampa.

—Es muy fácil descubrir si alguien miente o dice la verdad. Y ahora es transparente que eres sincera. ¿Por qué buscas a Gorbachov?

Esa mujer lo sabe todo. Es inútil intentar juntar las piezas, trazar el camino que la lleva a estar enterada de cuanto se cuece en Marbella. Simplemente, lo sabe. La butaquita forrada de terciopelo que ocupa Laura la han ocupado varios criminales en otras ocasiones: los irlandeses, los serbios, los rusos, su padre. También ellos han sorbido ese té tibio.

—Lo busco porque creo que está involucrado en el homicidio del que acusan a mi madre. ¿Usted sabe dónde se esconde?

—No lo sé, querida. Yo no lo puedo saber todo, solo lo que me cuentan.

—Necesito encontrarlo. Ayúdeme.

—Si te ayudo, me deberías un favor. Es mejor que no te ayude, al menos no tan pronto. Nos acabamos de conocer.

—No tengo tiempo, necesito encontrarlo.

La Hermana Mei bebe otro trago y mira a Laura por encima del borde de la taza.

—Muchas veces nuestros actos tienen consecuencias inesperadas para nosotros mismos. Tu llegada a Marbella ha provocado un pequeño terremoto. Strummer no soporta que lo hayas tenido encerrado dos años. Y tampoco soporta que sus hermanos hayan pagado la deuda de tu padre. Ese hombre es un peligro. No deberías haberlo soltado.

—Entonces usted no habría cobrado su deuda.

—Oh, claro que la habría cobrado. Tu padre tiene mucho dinero, no te fíes de lo que te diga o de lo que le diga a tu hermano Sergio. Encontró este atajo para pagar sin tener que perder nada.

—¿Me engañó?

—Alberto Pastor es mi hombre de confianza. Aunque lo amenace, lo necesito. No quiero perderlo por tu culpa.

—Yo solo quiero sacar a mi madre de la cárcel.

—Y yo no quiero que tu llegada a Marbella perjudique mis negocios.

—No veo en qué puedo perjudicarla. No tengo poder.

La Hermana Mei la estudia durante unos segundos.

—Te doy diez días para que me demuestres que tu padre ha traicionado a su mujer, que ha sido él quien ha organizado el asesinato de ese hombre para inculparla a ella. Si ha hecho eso, le retiraré mi protección. Marimar no se merece ese final. Pero si no es así y eres tú la que traiciona a tu padre, que es mi mano derecha, pagarás las consecuencias.

—¿Me ha citado aquí para amenazarme?

—Sí —dice Mei con sencillez—. Y para compartir una taza de té.

Laura intenta descifrar a esa mujer avasalladora. Pero no es fácil. La calidez impostada vuelve a adornar las facciones de la Hermana Mei, que la toma del brazo para acompañarla a la salida.

—No hace falta que me acompañe. Voy a comprar un regalo a mi sobrino Miguel. Es su cumpleaños.

La Hermana Mei sonríe, sorprendida.

—Seguro que hay tiendas con mejores regalos.

—Es un niño, se divierte con cualquier cosa.

Laura disfruta de su pequeña victoria. Ha conseguido descolocar a Mei, una mujer acostumbrada a que la gente quiera alejarse de ella cuanto antes. No lo va a hacer, se quedará en el bazar el tiempo que haga falta, como una clienta más, paseando por el pasillo de los juguetes.

9

—Están todos en el jardín.

Jasmina no prodiga las sonrisas en la casa de los Pastor, se limita a ser una presencia invisible que limpia, obedece y calla. Pero le deben de gustar las fiestas de cumpleaños, porque esa tarde se muestra más sonriente de lo habitual.

—Cuidado con el payaso, a mí me ha empapado dos veces con un chorro que sale de la flor que lleva en el ojal —se ríe la chica marroquí.

—Que tenga cuidado conmigo —le contesta Laura mientras saca la pistola de agua que ha comprado en el bazar de la Hermana Mei—. Vengo armada.

—Lo mejor será que la cargue en el baño de invitados.

Laura se ha propuesto dejar de ser una sombra en la casa familiar. Esa posición pasiva no la va a librar de la amenaza de la Hermana Mei. Tiene que fingir que se divierte mientras carga la pistola y prepara con Jasmina su celada para el payaso, y, aunque solo sea un teatro para integrarse en la vida de los Pastor, agradece la oportunidad de olvidar por un instante sus problemas, la preocupación por su madre, la desazón de haber perdido a Guillermo, las amenazas de Strummer, el desvío extraño que ha tomado su vida... Son muchas las sensaciones que ha vivido en pocos días, quedan muy lejos aquellos tiempos en los que llevaba una existencia tranquila, la de una prometedora fiscal en un apartamento con vistas a la Torre Picasso y a la Castellana.

El jardín de la casa de Sierra Blanca es un enjambre de niños que corretean de aquí para allá. Hay un castillo hinchable en el que botan y ríen varios invitados, una mesita verde llena de bocadillos de Nocilla, de gusanitos, de patatas fritas. Candela, la mujer de Sergio, parece tener la función de controlar a los niños que se desmadran en cualquier punto del jardín: que no se acerquen demasiado a la piscina, que no se hagan daño al saltar en el castillo hinchable, que merienden. También hay corrillos de padres, un universo en el que Laura no tiene la menor intención de entrar.

El payaso llega acompañado por Miguel, su sobrino que cumple los nueve años. El niño va emocionado, se ríe en anticipación de lo que espera, que le pida a su tía Laura que huela la flor de la solapa y se lleve el chorro de agua en la cara. No cuenta con que Laura sacará su pistola de agua y será ella quien enchufe al payaso. El niño lo celebra como la venganza perfecta cuando su tía le da la pistola, y va mojando a todo el que encuentra en su camino. De lo que no está segura es de que al payaso le haya hecho tanta gracia la broma.

Sentados a la mesa grande, la de los adultos, repleta de viandas, están Dani e Ingrid, que mantiene la envidiable presencia de ánimo de siempre, pese a que ha salido hace solo dos días del hospital. Luce un vendaje en la muñeca, secuela de la explosión de su casa. Charla con ella, se alegra de que esté mejor, vaya susto... También charla con Dani, que no deja sola a su novia ni un minuto. Se acerca a Candela y le pregunta por su hermano y su padre. Ella le dice que han entrado hace un rato en la casa para tratar algo de negocios. Le pide que le lleve a cada uno un trozo de tarta y que no tarden en volver, van a abrir los regalos.

Laura coge dos platos con tarta y entra en la casa. Se topa con Nata, que bebe un vino blanco junto a su último ligue, un chulazo

que viste una camisa blanca con tres botones desabrochados para que se le vea bien el collar de oro. Se lo presenta como DJ Zach, uno de los mejores pinchadiscos de Marbella. Laura no le presta demasiada atención. Su padre y su hermano están en el sótano, le dice Nata. Baja las escaleras hasta la zona de juegos. Allí destaca una gran mesa de billar que muy pocas veces se ha usado, también una para jugar a las cartas y, novedad, una ruleta que debe de proceder del casino.

Al fondo hay otra sala con la puerta cerrada. La custodia un italiano al que ha visto otras veces orbitando alrededor de Alberto Pastor, Baresi.

—¿Está mi padre dentro?

—Ahora mismo no se le puede molestar.

—Soy Laura Pastor. Dile que estoy aquí.

Baresi abre la puerta lo justo para que ella no vea nada del interior. Sale al cabo de unos segundos.

—Dice su padre que puede pasar.

Con más curiosidad que prevención, dado el secretismo, Laura entra. Su padre y Sergio no están solos, con ellos hay otro italiano de piel negra, Ballotelli, cree que alguna vez lo ha visto acompañando a Baresi, y un hombre sentado en una silla: tiene la cara inflamada de golpes, un ojo medio cerrado y un río de sangre que desciende de su nariz, probablemente rota. La camisa hawaiana que lleva está hecha jirones.

—¿Qué está pasando aquí?

—Una reunión de negocios —contesta Alberto Pastor—. Qué bien, nos traes tarta. Gracias, hija.

Laura quiere aparentar normalidad, pero es imposible. La paliza que ha recibido ese hombre es tremenda.

—¿Quién es?

—Souza, trabajaba para nosotros —responde Sergio—. Un representante de deportistas en el que confiaba, hasta me caía bien, coño, es un tío gracioso, pero resulta que nos estaba dando por el culo. Él es el topo que nos jodía las apuestas.

—Y lo dejas como un cromo el día del cumpleaños de tu hijo... ¿No había otro momento?

—Ha sido cuando lo hemos encontrado. El muy cabrón estaba escondido.

—Yo no estaba escondido, estaba trabajando, tenía que hablar con una gimnasta búlgara y no quería que se supiera que estaba cerca de ella —lloriquea el portugués.

—Ballotelli —ordena Alberto Pastor.

El sicario negro se acerca a Souza y le da un fuerte puñetazo en la nariz, que si no estaba fracturada antes, ahora seguro que lo está. Ha sonado el crujido del hueso. Laura aparta la mirada. ¿Por qué le permite su padre presenciar esta tortura? Encerrados en el sótano, mientras los niños ríen y corren por el jardín. Es demencial. Marbella es así: la felicidad de escaparate oculta una violencia subterránea, la misma que genera el dinero para que, arriba, los niños se emocionen con regalos carísimos y los padres los recojan en sus deportivos de gama alta.

Ballotelli descarga dos golpes más en el estómago de Souza. El portugués vomita una bilis amarillenta, apenas puede respirar.

—Basta —zanja Pastor—. Souza, es mejor que nos digas la verdad. Tú eras el topo, los Huérfanos te pagaban para arruinarnos el negocio...

—Juro que no sé nada, si yo también apostaba y he perdido dinero. Yo no he hablado con los irlandeses, ni con nadie.

Sergio, ya harto, le quita a Ballotelli la pistola del cinto y apunta a Souza.

—¿Quieres que te mate? ¿Es eso, quieres que te mate?

—¡Para de una puta vez! —grita Laura—. ¿No ves que no lo sabe?

—Vuelve a la fiesta, Laura, aquí no pintas nada —dice Sergio.

—Menuda fiesta —se burla ella—. Ya me imagino a todos los invitados corriendo si oyen un disparo.

Sergio apoya el cañón de la pistola en la frente de Souza.

—Dice que está arruinado, pero es mentira. Ha invertido unos cuantos millones en una promoción de pisos en Estepona: ¿de dónde ha salido todo ese dinero si no es de los Huérfanos?

—Putas —confiesa Souza casi llorando—. Capto deportistas jóvenes en Ucrania, en Georgia... Las traigo diciéndoles que van a entrar en una escuela de alto rendimiento y se las entrego a los colombianos que tienen prostíbulos. De ahí viene todo ese dinero.

Alberto interviene y se dirige a Ballotelli.

—Suéltalo. Está claro que Laura tiene razón. Con lo que lleva encima, Souza no es capaz de mentir. Tu pálpito de los cojones, Sergio.

Acto seguido, pide a Ballotelli que se lleve al portugués por la puerta de atrás, con total discreción. Hay niños en la casa y Souza es un andrajo.

—No os entiendo —dice Laura cuando se quedan a solas—. ¿Torturar a un pobre hombre mientras tu hijo canta el cumpleaños feliz?

—Cállate —se enfrenta a ella Sergio—. Vuélvete a Madrid y déjanos en paz. Aquí las cosas se hacen así.

—No parece que hayas conseguido nada con este método. Souza no te había traicionado, te has quedado sin un colaborador y sabes lo mismo que antes: una mierda.

Alberto Pastor se ha sentado mientras sus hijos discuten. Toma por fin la palabra.

—Necesitamos descubrir quién pasa la información a los Huérfanos. Mientras no lo sepamos, no vamos a estar tranquilos. Nos pueden joder las apuestas del campeonato de golf.

—Father Boyle Events —dice Laura.

—¿De qué estás hablando?

—La empresa que usan los irlandeses para pagar a los deportistas por los sobornos. Da igual quién sea el topo, con demostrar que son ellos los que están detrás, es suficiente.

Padre e hijo se miran.

—¿Cómo sabes lo de esa empresa? —reacciona Alberto.

—Eso no importa. Father Boyle Events es una sociedad opaca, pero si tiras un poco del hilo, aparece un nombre: Amber Walsh, la pareja de Chris Griffin. Ella es la administradora de la empresa.

—Te lo estás inventando —ataca Sergio.

—Tengo documentos que lo prueban. Yo no hago las cosas porque haya tenido un pálpito, como lo tuyo con Souza —se burla Laura—. Y ahora hazte un favor a ti mismo: vuelve a la fiesta de tu hijo, que le están dando los regalos.

Sergio la reta con la mirada. Resopla como un búfalo, y por un momento Laura piensa que se va a lanzar contra ella. Pero su hermano opta por regresar al jardín. También lo hacen Alberto y ella.

La fiesta de los niños no se ha apagado, ahora juegan con un balón y una portería que han colocado a un lado del castillo hinchable, tienen una energía infinita. Los padres toman copas, Candela se encarga de que todos estén a gusto. El único que parece contrariado es su marido. Alberto Pastor llega hasta los niños.

—A que ninguno es capaz de meterme un penalti. El que lo consiga tiene un regalo.

Todos se ponen en fila y él se sitúa en la portería, se ha integrado de inmediato en la fiesta de su nieto. Sergio, hosco, se aparta del

gentío para fumar un cigarrillo. Su hijo Miguel se acerca con una mirada traviesa. Trae al payaso.

—Papá, ¿has visto lo bien que huele la flor?

Aunque Sergio ni lo mira, el payaso le enchufa el chorro de agua. Sergio lo tumba de un puñetazo y, cuando está en el suelo, lo patea, fuera de sí, y, después, le clava la rodilla en el pecho para que no se levante y descarga una serie de puñetazos hasta que la sangre corre el maquillaje del payaso. Al levantar la vista ve que todos lo miran y que Candela se abre paso hacia él. Su hijo tiene lágrimas en los ojos y una expresión de verdadero pánico.

10

Lo ha echado de casa. Y lo peor es que, desde entonces, no le coge el teléfono. Ha pensado en volver al piso del paseo marítimo por la fuerza, pero eso no haría más que empeorar las cosas con Candela. A su mujer no la puede tratar como a los demás, con ella no valen las bravatas ni los accesos de ira.

Ha cogido una habitación en Puente Romano, pero no ha dormido ni un minuto en las tres noches que lleva ahí. Mientras esperan la llegada de los irlandeses, Sergio no puede pensar en otra cosa que en Candela. Es el amor de su vida, no puede estar sin ella. Triste, cansado por la falta de sueño, no se siente en condiciones de sostener una reunión tan importante como la que ha organizado su padre para hablar de Father Boyle Events con los Huérfanos.

—La negociación la llevo yo. Que quede claro. Esto va por ti, Sergio, dedícate a escuchar, no quiero que abras la boca ni para pedir agua. —El tono de Alberto Pastor deja a las claras que no está para bromas.

Sergio encaja la advertencia en silencio. En esos momentos, le da igual el desprecio de su padre.

—También te lo digo a ti, Laura, no eres más que una invitada, no tienes el hábito de tratar con este tipo de gente.

—Esta reunión no tendría sentido de no ser por lo que yo he descubierto. Y te aseguro que en la fiscalía no negociábamos con marquesas.

Alberto lo ha preparado todo, hasta la hora y el lugar del encuentro: el Parador de Antequera. No es uno de esos edificios históricos que casi siempre funcionan como paradores, sino uno moderno y luminoso. Desde sus grandes cristaleras se puede ver la vega antequerana y la Peña de los Enamorados, y, lo más importante, la carretera por la que se accede al edificio, por la que en unos minutos aparecerán los irlandeses. Ha reservado una sala discreta en la que habrá café, bebidas y un refrigerio, lo necesario para dar la impresión de una reunión cordial. Antequera es el centro geográfico, el corazón de Andalucía, cercano a todas partes y a la vez lejos de la Hermana Mei. Si todo va bien, no tendrá que enterarse de esta reunión.

—Es la hora, ¿estos putos británicos no eran los más puntuales del mundo?

Sergio está muy nervioso y su padre se ve obligado a recordarle otra vez que debe estar callado, que allí solo habla él.

—Si no eres capaz de controlarte, te subes a una habitación y te echas la siesta mientras tratamos de todo.

—Es que ninguno tendríamos que estar en esta reunión. Si nos han jodido, lo que tenemos que hacer es ir a por ellos.

—Por eso no quiero que hables, para que no digas tonterías.

—Ya están aquí —los interrumpe Laura.

—En un Bentley, lo ideal para no llamar la atención —murmura Alberto Pastor mientras observa el cochazo blanco que casi siempre conduce Griffin—. Paletos...

De él se bajan los tres huérfanos: Burke, Griffin y Trevor Strummer. Laura acusa la presencia de este último.

—Te dije que no quería que viniera ese bestia.

—Eso es lo que tú dijiste, no yo. Nos conviene que esté aquí —la tranquiliza su padre—. Tendrán que estar pendientes de que no

haga una barbaridad y dejarán de atender a lo importante. Es bueno que el adversario se distraiga.

Parece tenerlo todo bajo control, es la primera vez que Laura lo ve como un abogado competente, uno de esos que la han deslumbrado tantas veces en los tribunales, muy preparados, admirables, aunque se enfrentaran a ella.

Transcurren apenas dos minutos hasta que los Huérfanos entran por la puerta. Strummer va derecho hacia Laura para darle dos besos que ella encaja con cara de asco.

—Tenía ganas de verte otra vez. Te he echado de menos —la provoca.

Antes de que ella conteste, lo hace Alberto.

—Burke, habíamos quedado en que trataríamos de negocios, no sé por qué has traído al portero del Orphan's. Ahora pedimos cacahuetes.

Laura sonríe, su padre no se achanta, da igual que no lleve un traje a medida, zapatos ingleses y una corbata de más de doscientos euros, prefiere los trajes modestos del sastre José Luis; este, el de las reuniones que pueden iniciar una guerra, es su ambiente y lo domina mejor que nadie. Liam Burke pone una mano en el brazo de Strummer, para contenerlo. Logra fingir una sonrisa cordial.

—¿Nos sentamos?

Nadie presta atención a la comida o la bebida dispuestas para agasajarlos, quieren ir al grano. Los Pastor se sitúan en un lado de la mesa, los Huérfanos enfrente. Tres contra tres.

—Tenemos que hablar de las apuestas —abre el fuego Alberto Pastor.

—Ya sé que has tenido una mala racha —responde Burke con un matiz burlón—. El evento de las MMA fue un desastre.

—Parece que ese desastre os ha venido bien. En cambio, la Hermana Mei y yo hemos perdido dinero.

—El dinero de la Hermana Mei es historia. Esa deuda está saldada —interviene Griffin, que posa sus ojos amables en Laura—. No tuve la oportunidad de darte las gracias en el juzgado. Sin ti, nuestro hermano seguiría en la cárcel.

—Y volverá pronto —ataca Alberto—. Strummer tiene la cabeza llena de mierda y eso acaba saliendo por algún sitio.

Laura sonríe y, conforme lo hace, se le hiela el gesto. ¿De dónde viene este orgullo cuando su padre la defiende? Se obliga a no bajar las defensas, no puede olvidar por qué está en esta reunión ni quién es su padre, por mucho que disfrute al comprobar cómo encaja mal Trevor Strummer las palabras de Alberto, con una mirada de odio que delata su nerviosismo.

—La próxima vez que me detengan, será en Berlín, donde tu hija ha mandado a una tal Melca. ¿Te creías que no la iba a encontrar?

—¿Por qué no cierras la boca, Trevor?

La orden de Burke es contundente y deja claro quién manda allí. Es posible que, al igual que Alberto ha pedido a sus hijos que le dejen llevar la voz cantante, él haya hecho lo mismo con Strummer.

—Tenemos previstas unas apuestas en el Andalucía Sol Golf Challenge —reconduce la conversación Alberto Pastor—. Para que no tengáis que usar un topo, os decimos quién es nuestra baza: Alma Hansen. Una golfista danesa que prometía mucho pero que lleva un par de años sin ganar un título. Se rumorea que le va a caer una suspensión por dopaje y necesitaba dinero.

—*Spoiler* —se ríe Liam—. Este campeonato tampoco lo va a ganar.

—Claro que no. La Hermana Mei piensa apostar bastante, nosotros también. Alma Hansen hará tres dobles *bogeys* en tres hoyos seguidos. El cinco, seis y siete. Si no fuera así, todos

sabríamos que habéis sido vosotros los que habéis reventado las apuestas.

—¿Cómo podríais saberlo? —pregunta Griffin con suficiencia.

Alberto les extiende una carpeta con documentos fotocopiados.

—Father Boyle Events, ¿os suena? Administradora, Amber Walsh. ¿No es esa tu novia, Griffin? Ahí hay copias de los ingresos a todos los deportistas que nos han fallado. También alguna información más sobre movimientos de dinero que a la Hermana Mei seguro que le interesan. ¿Sabéis qué hará ella si se entera de que le estabais haciendo perder dinero?

Burke y Griffin dedican unos minutos a analizar los documentos de la carpeta. Strummer no participa, juguetea con la lengua entre los dientes mellados sin apartar la mirada de Laura. Por fin, Griffin levanta la vista.

—¿De dónde habéis sacado esto? —pregunta.

—¿A quién le importa?

Burke le hace un gesto a Griffin para que se levante. Se acercan a la zona de las viandas, pero no prueban nada. Simplemente, intercambian impresiones. Desde la mesa, apenas oyen un bisbiseo. Strummer, mientras tanto, continúa con la vista clavada en Laura, como un psicópata. Ella se muestra tranquila, le gusta comprobar que conserva más fortaleza de lo que pensaba. Los irlandeses regresan a sus sitios. Es Burke quien habla.

—Está bien, ¿qué queréis?

—Que no os volváis a meter en ninguna apuesta. Si alguna vez perdemos, aunque no tengáis nada que ver, esta carpeta acabará en manos de la Hermana Mei.

—De acuerdo.

Alberto Pastor recoge los papeles y los guarda en la carpeta con aire satisfecho. Una conversación directa, sin fisuras, se ha

conseguido el objetivo. Pero Laura piensa de otra forma e interviene por primera vez en la reunión.

—Y un quince por ciento de vuestros negocios. Es el precio de estos años jodiéndonos la vida y de que ese asesino esté en la calle. —Mira a Strummer—. Aunque todos sepamos que su sitio es la cárcel.

—Hija de puta. —Strummer hace ademán de levantarse para agredir a Laura, pero Burke lo impide.

—¡Te he dicho que te calles! —le grita en inglés. A Laura no le cuesta entender lo que dice a continuación, a pesar del marcado acento irlandés—: ¿Es que tiene razón Alberto Pastor y solo tienes mierda en la cabeza?

Griffin es el único que sigue centrado en la negociación.

—Alberto, ¿estás de acuerdo con esta locura que plantea tu hija?

—Ella habla por mí —la respalda, y Laura advierte una nota de orgullo en su voz.

—No podemos pagar el quince por ciento, la Hermana Mei se lleva el veinticinco, y eso nos arruinaría. Tal vez seríamos capaces de llegar al cinco.

Alberto se gira hacia Laura. Ya que ha sido ella quien ha abierto el melón, le corresponde cerrar el trato.

—Diez —dice ella.

Burke enarca una ceja y esboza una sonrisa de incredulidad. Griffin le susurra algo al oído.

—Hecho —dice Chris Griffin sin disimular que detesta ceder.

Extiende la mano a Laura para sellar el pacto. Burke se levanta de la mesa, cabreado, pero también acepta, no tiene otra opción. Strummer la mira con rabia: si cree que ha ganado, está muy equivocada. La partida no ha terminado, eso parece decir con sus

gestos tensos, con el portazo que da al salir de la sala. La reunión se disuelve. Alberto Pastor mira con una sonrisa satisfecha a su hija.

—Deberíamos celebrarlo esta noche en el casino.

Sergio se mantiene ajeno, con la mirada hundida en sus propios zapatos, no quiere que nadie detecte que está a punto de llorar. No tanto porque su hermana le haya tomado la delantera en los negocios familiares en una sola reunión, sino porque acaba de consultar el móvil y Candela no ha contestado a ninguno de los mensajes que le ha enviado.

11

Los rayos de sol juegan con el mar y crean destellos iridiscentes. Laura mira el efecto y piensa, como cuando era una niña, que Marbella es un lugar bonito. ¿Qué le está pasando? ¿Está cayendo en el hechizo de su padre? Después de la reunión con los irlandeses, él la miraba con admiración. Era un padre orgulloso de su hija, feliz. Y aunque ella sabe que es un manipulador y que adopta de forma convincente cualquier disfraz, notó el cosquilleo del amor paternal, una sensación olvidada. Ahora intenta sacudírsela, es absurdo, tanto tiempo odiando a su padre y hoy se siente una simple jovencita feliz con su aprobación. Debe sacar a la luz su verdadera cara: la del asesino sin empatía que es, tan cruel como para condenar a su madre por un crimen que no ha cometido. Ya no solo para librar a Marimar de la cárcel, sino también para salvar su propia vida. La Hermana Mei fue bastante clara al respecto: diez días para llevarle pruebas. Sin embargo, se siente en un momento dulce, como si no le importara morir a manos de esa mujer.

Ha quedado con Dani en la terraza de uno de los bares del paseo, y, mientras lo espera, disfruta de una copa de vino blanco. Pero quien cruza la calle como una sombra y se sienta en la mesa de al lado es Aras. Ella no sabe si tuerce el gesto por coquetería o porque le molesta esta intrusión. Aras llama a la camarera y pide una caña. A Laura le irrita que ni siquiera la haya saludado, que finja no haberla visto. ¿Qué clase de jueguecito es ese?

—¿Me has seguido otra vez?

—No, esta vez no, esta vez te he visto por casualidad, pero te iba a llamar.

—¿Para qué?

—No te gires para hablar conmigo. Nunca se sabe quién está mirando —le dice. Está sentado de espaldas a ella—. Anoche estuve en el Orphan's. Los irlandeses echaban humo. Hablaban de ti todo el rato, creo que no te tienen mucho cariño.

Laura sonríe, sabía que había conseguido descolocar a los Huérfanos, lo que no esperaba era tener un testigo de su reacción.

—¿Y qué decían?

Aras espera a que la camarera le sirva la caña para responder.

—El que estaba fuera de sí era Strummer, como siempre, los otros dos se controlan bastante mejor. Decía que los habías humillado, que no entendía cómo habían llegado a un acuerdo contigo.

—No les quedaba otra, pero no creo que ese troglodita sea capaz de entenderlo.

—«Tenía que haberla matado en el aeropuerto». Eso dijo.

—Claro que le gustaría matarme. Le revienta haber estado tan cerca de Melca y que se le escapara. Por cierto, no te he dado las gracias por avisarme.

—¿Sabes algo de ella?

—Solo he recibido un correo, está bien. Se ha ido de Berlín, pero no quiere que yo sepa dónde vive, y me parece lo más inteligente.

Melca hace bien en desconfiar de ella. Y en desconfiar de la justicia. La han dejado a la deriva. Laura conoce los fallos de la Ley de Protección de Testigos: funciona mientras el testigo no ha declarado todavía; después, cuando se trata de ayudarlo en su futuro incierto y angustioso, dotarlo de una identidad nueva, de un piso, de un trabajo, faltan recursos, se agota el presupuesto y quizá también el interés. Más aún en un caso como el de Melca, que ha

terminado con la anulación del juicio. Desde ese momento, ella no le importa a nadie. La justicia no tiene un lado humano, ella misma lo ha comprobado muchas veces. Y ahora, una vez que se ha visto castigada por la fiscalía y repudiada, reflexiona a menudo sobre esto y se deprime: la justicia presume de su garantismo y muchas veces ampara al delincuente. La justicia deja huecos por los que escapar del castigo. La justicia poco puede contra los poderosos. Es subjetiva y corrompible, es temerosa. Basta con que aparezca un Trevor Strummer para que todos estos defectos brillen como iluminados por luces de neón.

—Ese tío te odia, Laura. Creo que lo del aeropuerto lo decía en serio.

—Strummer es un imbécil.

—Y un asesino. Me preocupa que te haga daño.

—¿Te preocupas por mí?

Laura no puede evitar buscar su reacción con aire burlón y se gira para mirarlo. La luz del sol verdea sus ojos negros y, por primera vez desde que se reencontraron, le parece que está muy guapo. Aras se acomoda en su silla para darle la espalda de nuevo.

—Déjame que te proteja.

—No necesito ningún guardaespaldas. Si quieres ayudarme, ve al Orphan's, emborráchate con los Huérfanos y sácales dónde está Gorbachov.

—Creo que Strummer lo conoce. Es más, creo que siguen en contacto.

Laura reprime el impulso de darse otra vez la vuelta. Aras tiene razón cuando dice que nunca se sabe quién los puede estar vigilando.

—¿Cómo lo sabes?

—Le ofrecí hacerme cargo de un trabajo, le dije que sería tan eficaz como Gorbachov. Me dijo que, si quisiera a alguien tan eficaz como Gorbachov, le llamaría a él. No me pareció que fuera de farol.

—A ver si logras enterarte.

—Vale, pero tú ten cuidado. Ya sé que te parece ridículo, pero me preocupo por ti.

—Sé cuidarme sola.

—No, Laura, no sabes. Me necesitas. Y yo te necesito a ti.

Se hace un silencio entre los dos. Sentados en mesas contiguas, de espaldas, y, sin embargo, ella lo siente más cerca que nunca. Le ha sorprendido que esa bestia solitaria que es Aras reconozca una fragilidad.

—Viene mi hermano, márchate.

Aras se bebe la cerveza de un trago y deja unas monedas en la mesa. Ella no puede darse la vuelta para ver cómo se aleja contra el sol su figura de luchador que ha perdido demasiados combates. ¿Por qué siente esta corriente de cariño hacia él? ¿Ha enterrado ya en su memoria al Aras que mató a Putin? Una idea que le asusta empieza a tomar forma dentro de ella: su atracción por hombres contradictorios, cargados de oscuridad, pero también de luz. Su padre, Aras. Son capaces de lo peor y de lo mejor. El oasis que ha sido su relación con Guillermo, un hombre transparente, sin una gota de maldad, le resulta ahora un espejismo.

—¿Estás bien? —le pregunta Dani después de darle dos besos. Ha debido de notar el nubarrón que ensombrecía el pensamiento de Laura.

—Sí, todo bien. ¿Has conseguido hablar con la hermana de Víctor Zamora?

—Caminamos hacia mi casa y te cuento. No quiero dejar mucho rato sola a Ingrid.

El apartamento que su hermano ha alquilado está en el centro de Marbella, cerca del Faro. Los dos caminan hacia allá.

—He hablado con ella, por fin se ha abierto —empieza a contarle Dani—. Entraron a robar en su casa un día después de la muerte de Víctor. Se llevaron el ordenador, ahí era donde estaba la famosa grabación, esa que le iba a resolver sus problemas. Encontraron huellas de quien entró en la casa. He llamado a mi amigo Pino, el de la UCO. ¿A que no sabes quién fue?

—¿Quién?

—Te lo digo si me dices qué te pasa.

—Dani, por favor...

—Es que no me gusta que tengas secretos conmigo.

—Ya te he dicho que estoy bien. —Laura se impacienta. Le da un caderazo a Dani—. Dime quién entró en casa de Víctor para llevarse su ordenador.

—Vale, vale. Un ciudadano ruso: Vitali Baburin.

—Gorbachov... Entonces, después de matar a Víctor Zamora en Madrid, volvió a Marbella. Todo el mundo creía que había desaparecido, que estaría perdido por la estepa rusa. Pero podría seguir aquí.

—Eso parece, aunque nadie sabe dónde. Ni qué había en esa grabación.

—Víctor tenía problemas con el juego, le debía dinero a media Marbella, entre otros a tu padre. Si tenía una grabación que podía saldar sus deudas, debía de ser algo muy gordo.

—Alguien se entera de esa grabación y lo mata —lanza Dani.

—Lo manda matar. Le encarga el trabajo sucio a Gorbachov. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Que si aparece esa grabación o el puto ruso, podremos demostrar que mamá es inocente.

12

—Saludas a los niños y te vas.

De nada han servido los bombones y las flores que Sergio lleva en la mano, Candela ni le ha mirado a los ojos. El único mensaje que ha recibido de ella es para permitirle recoger una maleta con ropa y visitar a sus hijos.

—Candela, por favor...

—O haces lo que te digo o te vas ahora mismo. ¿Quieres que llame a la policía?

Sergio está convencido de que lo mejor que le ha pasado en la vida ha sido conocer a Candela. Desde que la vio repartiendo cartas en la mesa del casino, comprendió que quería pasar la vida junto a esa mujer. Después de un par de citas torpes en las que los nervios lo traicionaron, la invitó a pasar un fin de semana en la Feria de Abril de Sevilla y, para su sorpresa, ella aceptó. Bailando sevillanas, con unas copitas de jerez, se soltó por fin y la hizo reír con las bromas que siempre le salen en esas ocasiones sociales, porque siempre ha sido un hombre ocurrente y divertido. Ella, como buena gaditana, también tenía gracia. Son quince años juntos, de risas y complicidad. Nunca le ha sido infiel y está seguro de que nunca lo será. Ahora no soporta su distancia, su mohín severo, seco, cuando lo ve entrar en casa.

—¿Has hablado con los niños?

—Pues claro. ¿Crees que se fueron a la cama tranquilos después de ver a su padre pegarle a un payaso?

—No sé qué me pasó, se me fue la cabeza. ¿Qué te han dicho?

—Estaban asustados. Pero preguntan por ti, te echan de menos.

Sergio atisba al fin una pequeña rendija en su resistencia.

—¿Y tú me echas de menos?

Ella no responde, se limita a fruncir los labios en un gesto de enfado.

—Candela, no puedes acabar con nuestro matrimonio porque yo cometiera un error.

—¿Te parece que pegarle un puñetazo al payaso del cumpleaños de tu hijo es un simple error?

—Es un error grave, ya te he pedido perdón mil veces. Desde que volvió Laura, mi padre se ha volcado en ella, aprueba sus propuestas, me deja de lado... Me ha desplazado por completo y estaba muy nervioso. Llegó ese hombre, el payaso...

—Con tus hijos delante, con los invitados delante. Se marcharon todos. Qué vergüenza.

—Es la presión del casino, de mi hermana, de mi madre acusada de asesinato, de las apuestas, de Souza...

—¿Qué pasó con Souza?

—Hablamos con él.

—No utilices eufemismos conmigo. Cuando dices que hablasteis con él, ¿a qué te refieres?

—No hace falta que te lo explique, ya lo sabes. No era el topo. Si hubiera sabido algo, se lo habríamos sacado. Fue una cagada —reconoce Sergio—. Otra más.

—Anda, entra a ver a los niños y luego hablamos.

Recorre el pasillo sintiéndose ligero, convencido de que ha quebrado la coraza de Candela y de que ha soltado un gran peso. La necesita ahora más que nunca. Sin la inteligencia de su esposa no

será capaz de plantarle cara a su hermana Laura. Está dispuesto a arrastrarse ante ella todo lo que sea necesario.

Juega un rato con los niños, que al principio se muestran algo temerosos. Pero se los acaba ganando. Cuando vuelve al salón, no encuentra su maleta junto a la puerta. Candela está colocando su ropa en el armario.

—Que sea la última vez.

Él la abraza lleno de gratitud, de alivio y de amor.

Hace un día radiante en el Finca Cortesín Golf Club, sin viento, perfecto para la práctica del golf. Los asistentes han ocupado la grada instalada en el *tee* de salida, y ondean las banderas de los países participantes en el Andalucía Sol Golf Challenge. El torneo no tiene el prestigio de la Solheim Cup, pero ha logrado reunir a un importante número de jugadoras en este enclave privilegiado entre el Mediterráneo y la Sierra Bermeja. Sergio se encuentra con su padre en un lateral donde están los *buggies* en los que se montarán para ir acompañando a las golfistas a lo largo del campo. Cerca de ellos está Alma Hansen, la danesa con la que han pactado el amaño.

—¿Va todo bien?

—Según lo previsto —asegura Sergio—. Ha hecho dos dobles *bogeys* en el cinco y el seis. Solo le falta este hoyo, el siete.

—¿No va a llamar demasiado la atención? Vale que Alma Hansen no esté entre las mejores, pero eso es una puntuación de amateur.

—Queríamos una cuota por encima del cinco por ciento. Y, para eso, tenemos que hacer cosas que se salgan de la norma.

—¿Eso lo aprendiste de Souza? —le pregunta su padre sin esconder la burla. Sergio prefiere omitir cualquier respuesta—. Es

una lástima que ya no podamos contar con él. Habrá que buscar otro contacto con los deportistas.

—Yo me encargaré. Tengo fichado a un médico que trata a muchos de ellos. Creo que podríamos entendernos.

—Me gustaría comer con él antes de tomar ninguna decisión.

Sergio promete que organizará ese encuentro. Es obvio que ha perdido el poco prestigio que había ganado con su padre. Ahora, cada decisión que tome, cada movimiento, tendrá que recibir la aprobación de Alberto Pastor, como cuando empezó a trabajar en el negocio. Su padre saluda a algunos conocidos, ven a un exjugador que vive por la zona y que no se ha querido perder el evento. Luego se suben en el carrito de golf para seguir de cerca los golpes de Alma Hansen.

—¿Viene la Hermana Mei?

—No creo, nunca asiste si no son las MMA. A ella le gustan los puñetazos, la sangre saltando de una ceja abierta. Ya la conoces. Pero ha hecho las apuestas. ¿Cuánto puede sacar?

—Unas quince veces lo jugado. Lo mismo que nosotros.

—A ver si los Huérfanos se están quietecitos. No me gustaría tener que repetir lo que pasó con el armenio.

Sergio nunca ha acabado de acostumbrarse a la manera que tiene Alberto de tratar los asuntos más sucios: fue él quien envió a Putin para darle un escarmiento a Aras, y por lo tanto es responsable del asesinato de la exmujer y de la hija del luchador, y, sin embargo, lo comenta como si les hubiera enviado al cobrador del frac. Está de buen humor, está parlanchín. No siempre es así, últimamente se ha mostrado hosco y desconfiado con él. Es un buen momento para enfocar el tema que más le preocupa.

—Papá, hay una cosa que no entiendo. Desde que volvió, confías más en Laura que en mí.

Alberto Pastor lo mira sorprendido.

—¿Y qué esperabas?

—Lleva fuera veinte años. Los mismos que hace que no se habla contigo. Y yo he estado siempre a tu lado.

—Lanzaste sospechas sobre tu hermana Nata, totalmente infundadas. Le hemos dado una paliza a Souza porque tenías un pálpito... ¿Sigo? No soy yo, eres tú el que no me ha dejado otra alternativa.

—Laura te odia.

—Gracias a ella les hemos sacado una pasta a los Huérfanos. Prefiero una hija que me odia y me hace ganar dinero a uno que no deja de cometer errores.

Llegan al punto donde Alma Hansen tiene que dar su tercer golpe. El hoyo siete es un par 4 largo. La danesa debería llegar al *green* ahora, pero su golpe sale desviado y termina en un búnker. Se oye un leve murmullo de incredulidad entre el público. El doble *bogey* está casi asegurado, Alberto Pastor no necesita quedarse a la resolución para saber que hoy ganarán mucho dinero.

—Me voy al casino. Tú llega a la hora que quieras.

Su padre ni siquiera lo ha felicitado y Sergio siente cómo la frustración anida dentro de él. Laura no es la única que hace ganar dinero a la familia, él acaba de dar un buen golpe con la golfista danesa. Pero nada, ni una palmada en la espalda. Las últimas palabras se le clavan en la cabeza a martillazos: «llega a la hora que quieras». Como si su presencia en el negocio careciera de valor.

Hace una tarde muy buena y Alberto Pastor lleva abierta la ventanilla de su Audi. Pone la música que le gusta escuchar cuando va solo, flamenco, bulerías del Zurraque, de Arcángel. Considera al

cantaor onubense el mejor ahora mismo. Delante del resto de la gente no reconoce que le gusta el flamenco más jondo y que entiende bastante, es su secreto. Prefiere arrancarse con canciones de Nino Bravo o de Camilo Sesto, con las que suele triunfar. Recuerda cuando sus hijos eran pequeños y, en las cenas de Navidad, él les cantaba esas canciones, medio borracho. Hoy, el peso de la edad, que otras veces le ha resultado excesivo, como si ya fuera un anciano sin ninguna ambición, es más liviano. Con Laura a su lado puede seguir creciendo, quién sabe dónde está su techo.

Nada más salir del club de golf ha llamado a la Hermana Mei para contarle que han ganado la apuesta.

—No esperaba menos —ha contestado ella.

—Esta noche lo celebramos en el casino con unos vasitos de *baijiu*.

Ella no se ha mostrado eufórica, no le ha dado la enhorabuena, no le ha tributado su confianza. Es rara, esa mujer. Después de tantos años de amistad, todavía no sabe por dónde le va a salir. Quizá ese sea el truco de las relaciones largas, no conocer nunca del todo al otro. Sin embargo, se le ha quedado un regusto amargo por esa reacción tan seca, tan poco entusiasta.

Se detiene en un semáforo, una moto se acerca. Es una BMW F 900 XR. Mira a sus dos ocupantes por el retrovisor y se fija en la cara del de detrás. Está riéndose y tiene la boca mellada: es Trevor Strummer, que saca una pistola del bolsillo de su cazadora. Trata de arrancar a toda prisa y, en unos segundos de confusión, no entiende por qué el coche no le obedece.

Las balas han sido más rápidas que él. Su cuerpo cae sobre el volante y acciona la bocina a la vez que la moto se aleja.

13

Llevan cuatro horas sin noticias. Han metido a Alberto directamente en el quirófano y lo están operando a vida o muerte. Sergio ha ido a preguntar varias veces a la puerta de la zona de quirófanos, a recepción, pero no le dicen nada. Aborda a cualquier enfermera, pregunta sin ton ni son. No es capaz de estar sentado, pasea de un lado a otro. De vez en cuando clava la mirada en sus hermanos. No entiende que estén sentados, como si estuvieran esperando turno.

—¿Qué quieres que haga? —se justifica Natalia—. Solo se puede esperar.

Se dedica a mirar el móvil. La actitud de Nata se parece más a la de una adolescente que mata el aburrimiento navegando por redes sociales.

—Deja el móvil, anda —le pide Laura.

—Zach pincha esta noche en el Olivia Valere. Le prometí que iría a ese concierto.

Laura toma aire, no le sorprende la frivolidad de su hermana, pero a veces tiene ganas de estrangularla. Dani también está nervioso, se le nota en el movimiento de la pierna, en que se muerde las uñas. Parece un niño desvalido ante la posibilidad de perder al padre. No importa que su relación sea fría, que la figura de Alberto sea tiránica: es su padre. La asombrosa fuerza de la sangre, piensa Laura. En momentos como ese no cabe la indiferencia. Las rencillas y los agravios se dejan en un segundo plano, incluso los traumas de la infancia, que han crecido por la terrorífica influencia paterna,

quedan sepultados por ese trance. Seguro que la despreocupación de Natalia, su feroz egoísmo, son un escudo ante la tragedia. Ella también siente la sacudida del atentado, es imposible que quiera ir a bailar cuando su padre se debate entre la vida y la muerte.

—Mira lo que has conseguido. Estarás contenta.

Laura tarda unos segundos en comprender que esa frase cargada de rencor va dirigida a ella. Levanta la mirada y encuentra a su hermano mayor frente a ella, tiene ganas de guerra.

—No es hora de discutir, Sergio.

—Te crees muy lista. Les sacas dinero a los irlandeses y te vienes arriba. Seguro que pensabas que lo habías hecho muy bien, papá te dio unas palmadas en la espalda... Pero los actos traen consecuencias.

—No sabemos quién ha sido.

—Han sido ellos, no hace falta ser un genio. No soportan que nos metamos en su negocio, los has cabreado.

—¿Te has metido en los negocios de papá? —pregunta Dani.

Hay una sombra de decepción en su mirada, para Laura es como si le estuvieran clavando un cuchillo.

—No es lo que imaginas, Dani.

—Vino a una reunión con los Huérfanos —explica Sergio—. ¿No se lo has contado? Yo te lo cuento, Dani, claro que se está metiendo en los negocios de la familia, está tocando los cojones y por su puta culpa han cosido a tiros a papá.

—Laura, esto no es lo que me dijiste que habías venido a hacer a Marbella.

—No te pido que lo entiendas, pero confía en mí —se defiende ella.

—Necesito un canuto. —Dani se levanta, muy nervioso. Se palpa los bolsillos para verificar que lleva fuego, papel, la bolsita de

marihuana, todo lo necesario—. Estoy fuera.

Cruza la sala de espera hacia la salida. Laura amaga con seguirlo, pero Sergio la retiene del brazo.

—Déjalo solo un rato. ¿No ves que necesita relajarse? Estas cosas le agobian. Y no te metas más en nuestras vidas. Estábamos muy bien sin ti.

—Yo también estaba mejor sin vosotros.

—Pues vuélvete a Madrid, nadie te lo impide. ¿Te saco un billete ahora mismo?

—Dejad de pelear, por favor —suplica Natalia—. Papá se está muriendo y vosotros os dedicáis a discutir como críos. Un poco de respeto, por el amor de Dios.

Lo dice la misma persona que está deseando irse de fiesta. Pero es inútil hacerle ver la contradicción. Además, de pronto parece sinceramente afectada. O al menos deja escapar un hipido y un sollozo.

—No se va a morir, Nata —la intenta tranquilizar Laura.

—¿Tú qué sabes? —Sergio no está dispuesto a rebajar la tensión.

—Los médicos de este hospital están acostumbrados a tratar heridas de bala, por desgracia no son algo excepcional en Marbella.

—Hay mucha gente que lo quiere matar —suspira Nata—. ¿Por qué sabéis que han sido los irlandeses? Yo no veo a Burke haciendo una cosa así.

—¿Ahora vas a defender a tu amante? Vete a la mierda, Nata —se enfada Sergio.

—Aunque tú no lo creas, es un hombre muy cariñoso.

—No puedo más. —Sergio se desploma en una silla y se aprieta la cabeza.

Nata lo mira, preocupada. Pero luego se dirige a Laura:

—¿Habrá guerra?

—Eso solo pasa en las películas.

De nuevo, Sergio encuentra la ocasión de corregirla.

—Se nota que hace mucho que te fuiste de Marbella. Los turistas no se enteran, los vecinos normales tampoco, pero aquí hay bombas, tiroteos... Unas veces son los escoceses, otras los suecos, los rusos, los serbios. ¿Guerra? ¿Por qué no? Claro que puede haber una guerra.

—¿De verdad me lo estás contando a mí, en plan *mansplaining*? ¿Te recuerdo que trabajo de fiscal?

—Me había parecido que estabas en la luna. Puede que por la falta de alimento.

Laura lo mira de arriba abajo. Le gustaría que le empezaran a sangrar la nariz y las orejas, los ojos, que se retorciera de dolor en el suelo por una hemorragia interna que lo vaciara hasta no dejar una gota de sangre dentro de su cuerpo. Pero, como ese milagro no se va a dar, opta por una actitud más pacífica.

—Salgo a tomar el aire.

Natalia también se levanta.

—Yo me largo, aquí no pinto nada. No depende de mí que papá se salve o no. Cuando Zach acabe de pinchar esta noche en el Olivia Valere, vuelvo.

—Ni se te ocurra ir a esa fiesta —dice Sergio.

—¿Me vas a dar órdenes?

—Siéntate ahora mismo.

—A mí no me da órdenes ni mi padre. ¿Te enteras?

—En serio, Nata, no te vayas. Hazlo por mí, no quiero estar solo.

Ella lo mira, sorprendida del cambio de actitud.

—Eso es otra cosa. Me quedo contigo, tranquilo.

Le da una palmada en la rodilla y le coge de la mano, encantada de tener una función importante. Laura contempla la escena,

aguardando a que él se deshaga de la mano de Natalia. Pero Sergio agradece el apoyo, parece necesitar el contacto físico. De pronto componen la estampa de dos hermanos muy unidos, que se ayudan y se quieren. Laura se declara incapaz de entender a esta familia de locos. Sale a la calle y no tarda en localizar a Dani a unos metros de la puerta, fumando.

—No me he metido en los negocios de papá, te lo juro.

—Joder, pensaba que eras distinta.

—Lo sigo siendo.

—¡Y una mierda!

—Dani, estoy intentando ayudar a mamá. Sé que papá está detrás de todo, y para demostrarlo tengo que investigar su mierda.

—¿Qué pasó en esa reunión con los Huérfanos?

—Fue una negociación. Llegamos a un acuerdo económico con ellos.

—¿Le han disparado por tu culpa?

Laura lo mira, detesta mentirle. Le gustaría contarle la verdad, explicarle todo lo que sabe, que el pulso con los irlandeses viene de lejos, que es posible que Trevor Strummer actuara por su cuenta, porque ni siquiera sus hermanos son capaces de contenerlo cuando pierde el control. Pero no puede hacerlo. Quiere mantener a Dani fuera de todo ese infierno, él es lo único puro que ha salido de los Pastor.

—No es culpa mía, Dani. Necesito que confíes en mí. Papá no me está captando para su puta secta, no es nada de eso.

Un coche para junto a ellos justo para desmentir las últimas palabras de Laura. De él se apea Qiang.

—La Hermana Mei quiere verte.

—Dile de mi parte que hablaremos cuando pueda.

—Quiere verte ahora.

—No puedo, mi padre está en el quirófano.

Qiang no responde, pero sigue plantado delante de ella como un soldado del ejército de Xian. Hierático. No va a aceptar un «no» por respuesta. Dani decide intervenir.

—Te ha dicho que no va a ir ahora. ¡Lárgate de una puta vez! —lo encara, demasiado cerca.

Qiang le da un empujón, no es demasiado agresivo, pero lo desplaza un metro hacia atrás, y le hacer tropezar y caer al suelo.

—Tienes que venir conmigo —repite hacia ella.

Laura cruza una mirada patética con su hermano, que se incorpora, avergonzado porque sabe que no sería oponente para Qiang. Le gustaría pedirle perdón y decirle que lo quiere, asegurarle que no va a pasar nada, pero se marcha sin hablar con él. Cuando sube al coche tiene la sensación de que algo se ha roto entre ellos.

Marbella, 2018

—Tengo que llevar a mi niño al médico, ha estado vomitando toda la noche.

A la Hermana Mei no le gusta tener empleadas españolas en el bazar por esto, cualquier excusa es buena para dejar el trabajo. A una china no se le ocurriría, son las ocho de la mañana y hasta las diez no viene otra empleada. Si el niño ha estado vomitando toda la noche, puede vomitar un poco más, no entiende por qué se va ahora. Se tiene que contener, no quiere que la empleada la denuncie y sufrir una inspección en el local.

—Llévalo, me quedo yo hasta que llegue tu compañera.

—Gracias, señora Mei.

Y encima la llama señora Mei, en lugar de Hermana Mei. Esa chica acaba de firmar su carta de despido, aunque no se haya enterado. Dejará pasar un par de semanas y la pondrá en la calle.

Lo que debería hacer es cerrar el bazar Guanxi. Ayer apenas entraron clientes, la gente cada vez compra más en Amazon, en AliExpress y en las demás plataformas de internet y menos en los bazares; no es que pierda dinero, pero no es tan rentable como antes. Si lo mantiene abierto es por dos motivos: uno, por orgullo, le revienta perder y que otros marquen su camino; y dos, por conveniencia, el bazar es una magnífica tapadera para sus otros

negocios. Aunque los pasillos no estén llenos de clientes, el Guanxi permanecerá en Marbella más tiempo que el Puente Romano.

—Buenos días.

Ha entrado un joven de rasgos magrebíes. No pregunta nada, tiene claro el pasillo al que se dirige, el de las herramientas. La Hermana Mei lo sigue en la pantalla a través de las cámaras desperdigadas por el local. Lo ve coger un martillo y hace una cuenta rápida, el precio son 13,95 euros y le deja de beneficio un setenta por ciento.

—¿Algo más? ¿Una bolsa?

Por respuesta, el joven agarra el martillo y golpea a Mei en la cabeza. Cae del taburete, entre los cables del ordenador y las cajas de productos pendientes de etiquetar. Le ha abierto una brecha en la sien y la sangre se derrama hasta su ojo izquierdo. El joven rodea el mostrador y levanta de nuevo el martillo. Mei intenta protegerse con los brazos, pero recibe un martillazo en el mentón y otro más violento que le abre una herida en la cabeza.

Entonces, todo se funde a negro.

No sabe cuánto tiempo ha pasado cuando despierta en la cama del hospital. Velándola, como una madre velaría a su hijo, está Qiang. Una corriente de dolor la sacude al tiempo que recupera la consciencia. Nota la cabeza a punto de explotar y le duele en cada respiración. Qiang se levanta para pulsar el botón de llamada de la enfermera. Tiene fracturadas tres costillas y, a pesar de los golpes recibidos, no ha sufrido daño cerebral. Mei detecta algo parecido a la preocupación en el rostro usualmente inexpresivo de Qiang. Son demasiados años juntos. Se han convertido en algo parecido a hermanos.

—¿Fue un robo?

—No, no se llevaron nada. No hemos averiguado quién lo mandó. Lo descubriremos, tranquila.

—Averígualo, pero no hagas nada. Antes tengo que pensar.

Pasan varios días en el hospital que a Mei se le hacen eternos, entre curas de los enfermeros y visitas de la policía. Una vecina fue quien la encontró en el bazar, malherida, inconsciente. Mei dice no recordar nada: ni quién la atacó ni cómo sucedió. Es mentira, pero así evita cualquier investigación. Lo primero que hizo Qiang fue duplicar y borrar las grabaciones de la cámara de seguridad.

Alberto Pastor pasa unas horas con ella todos los días. Unas veces le trae bombones; otras, una botella de baijiu*. Tratan temas de negocios y, cuando el alcohol empieza a hacer efecto, se pierden en los recuerdos de todo lo que han vivido juntos.*

—Marbella ha cambiado —murmura Mei—. Ya no es ese pueblo de la jet set *al que llegué, ni siquiera el espantajo hortera de la época de Gil. Marbella se ha hecho mayor.*

—Como nosotros, Mei. Ya no somos dos niños. —Alberto nunca ha sabido la edad exacta de Mei, calcula que debe de rondar los sesenta.

—Suecos, magrebíes, saudíes, colombianos, escoceses, rusos... ¿Hay algún país que no se haya instalado aquí?

—Creo que hay una isla en el Pacífico que todavía no ha llegado. Tepoto o algo así se llama —bromea Alberto.

Por detrás del escaparate que es Puerto Banús, una pasarela de coches de lujo y yates, se mueve el verdadero poder de Marbella. El clima, la cercanía con África, la puerta de acceso del tráfico de drogas de Latinoamérica, las facilidades políticas que se han dado para la llegada de grandes fortunas: son muchas las razones por las que ese pequeño enclave de Málaga se ha convertido en el epicentro

de las mafias de todo el planeta. Algo así como el Wall Street del crimen organizado. Quien no está aquí presente no existe. Da igual que los negocios se hagan en Colombia, en Ámsterdam, Moscú o Abu Dabi. Los que deciden viven en esta ciudad, en las lujosas urbanizaciones con vigilancia privada. La Mocro Maffia, los albaneses o los rusos, los británicos, unas veces irlandeses, otras escoceses, todos luchan por el poder. Por estar en lo más alto de la pirámide. Y, en esa batalla, se han rebasado fronteras que antes parecía impensable que alguien se atreviera a cruzar. Mientras los turistas disfrutan del pescaíto frito o de la paella en un chiringuito de la playa, alguien es secuestrado, otro es torturado hasta la muerte, se incendian negocios, hay ajustes de cuentas a plena luz del día. La violencia empieza a tomar las calles.

—¿Y si somos demasiado viejos para esta Marbella? —se pregunta Alberto en voz alta.

—Esta es mi ciudad —responde escueta Mei, y da un trago de baijiu*.*

Unos días después, Mei recibe el alta. En su casa, el espejo le devuelve un rostro lleno de moratones, inflamado. Las costillas han comenzado a soldar y la medicación palia el dolor. Se tiene que apoyar en un bastón para llegar hasta las sillas de mimbre del jardín. Allí la esperan Qiang y Ma Yueh-sheng.

Es un gran honor que el Cabeza de Dragón de la tríada Tiān Xià haya abandonado Hong Kong, que haya viajado hasta España para verla, una muestra del alto nivel al que ha llegado en la familia. Hoy, que está sentado en su casa, recuerda la primera vez que lo vio en su pequeño bazar de Hong Kong, en la calle Des Voeux Road West. Han pasado muchos años desde entonces, toda una vida. Ahora es un anciano de más de ochenta años, pero, como le prometió cuando la hizo parte de la tríada, el guanxi *los ha mantenido unidos. La*

Hermana Mei ha pagado religiosamente la comisión que la tríada le pedía y el Cabeza de Dragón ha acudido en su ayuda siempre que ha sido necesario. Y, ahora, es posible que lo necesite más que nunca. Son muchos los jugadores que hay sobre el tablero y es difícil mantener la posición de poder que Mei ha ganado, obligando a todos a pagar un peaje por hacer negocios en la Costa del Sol y usar sus rutas. Son demasiados los que aspiran a ocupar su lugar. Ante ese deseo, Mei tiene dos opciones: retirarse o dar batalla.

—¿Quién pudo atacarte? —le pregunta el Cabeza de Dragón.

—Tenía rasgos magrebíes. Podía venir de la Mocro Maffia o trabajar para los argelinos. O puede que fuera un soldado de los saudíes. Hasta los rusos contratan a árabes. Podría hacer preguntas hasta descubrir quién dio la orden; en realidad, no quiero hacerlo.

—¿En qué piensas, Hermana Mei?

—Necesito dejar claro que no pueden tocarme. Que, si alguien lo hace, será un problema para todos. Nadie, culpable o inocente, se librará de nuestra ira.

—Dos Bastones Rojos están de camino a España. Vendrán con sus soldados. ¿Tendrás suficiente?

—Creo que sí. Gracias, Ma Yueh-sheng.

—Después de cruzar las puertas de los Hung, ¿cómo sabremos que algo le sucede a uno de los nuestros? Si un día un hermano tiene problemas y alguien de nosotros es capaz de salvarlo y no lo hace, o no le informa de los medios que tiene para escapar, que el trueno lo aniquile.

Pronuncia la frase como un cura recita un salmo. Y coge las manos de Mei mientras el mensaje todavía resuena en el jardín.

Cuando han pasado seis meses desde la agresión en su bazar, cuando apenas quedan rastros de la paliza que sufrió la Hermana Mei, se desata la violencia. Un hombre es desmembrado y su cuerpo queda abandonado en una carretera de la sierra. Arden tres discotecas, con un balance de cinco muertos. Asaltan un yate, donde el dueño y su esposa reciben una paliza con bates de béisbol, él queda en silla de ruedas. A la salida de un colegio, un hombre dispara contra el padre que esperaba a su hijo. A otro lo tirotean en el garaje de su casa. Acuchillan a una mujer mientras tomaba el sol en una cama balinesa. Una bomba explota en una cafetería del paseo marítimo, el atentado se salda con dos fallecidos. Una familia saudí es asaltada en su casa, torturan a sus miembros durante tres días. La hija adolescente muere de un disparo en la espalda al intentar escapar.

Las víctimas son rusas, británicas, suecas, magrebíes, saudíes... De todas las nacionalidades que se dan cita en Marbella: «Nadie, ni culpable ni inocente, se librará de nuestra ira». Las autoridades están superadas: no son capaces de contener esta serie de crímenes ni tampoco acaban de entender qué patrón siguen. Todas las organizaciones están siendo atacadas. Puede que para ellos resulte un enigma, pero, para aquellos implicados en el negocio del crimen organizado, el mensaje es claro: si alguien toca a la Hermana Mei, todos sufrirán.

La violencia termina como empezó, de repente. Los sicarios chinos, que durante unos meses han recorrido Marbella extendiendo el terror, desaparecen como fantasmas. La Hermana Mei comprueba que ha obtenido el objetivo deseado cuando acude a la gala benéfica de Starlite. Entre actores y músicos famosos, Antonio Banderas, Bisbal o la princesa Marta Luisa de Noruega, se codean los líderes de las mafias de Marbella. Ellos suelen ser los más

generosos en esta gala que lleva nueve años celebrándose. La recaudación este año superará los seiscientos mil euros. Todos y cada uno de ellos muestran su respeto a la Hermana Mei, que se sienta en una mesa al lado de Alberto Pastor. Él llena unas copas de vino y brinda con su vieja amiga.

—Por la verdadera reina de Marbella.

—Nadie nos quitará lo que es nuestro, Alberto.

—¿Me vas a proteger como la tríada te ha protegido a ti?

—Siempre que me hagas ganar dinero, amigo.

Mei da un trago a su copa de vino y no tarda en marcharse de la gala. No se siente cómoda en estos eventos sociales, solo quería asistir para comprobar en primera persona que las cosas han quedado claras, que los primeros interesados en su seguridad son las organizaciones instaladas en Marbella. Dentro de poco, el chico magrebí que le dio la paliza será ajusticiado por el primero que lo encuentre. Por su culpa, todos han sufrido bajas.

Cuando llega a su casa, le sorprende encontrar a Ma Yueh-sheng, el anciano Cabeza de Dragón, sentado en una butaca con el gesto sereno del que está meditando. Pensaba que había regresado a China tras su primer encuentro. ¿Le ha parecido excesivo el escarmiento y viene para amonestarla? ¿La va a castigar con la ceremonia de los mil cortes por poner en peligro a la tríada? Un escalofrío recorre a la Hermana Mei, porque no es normal que ese anciano la espere en su propia casa.

—Estoy a las puertas de la muerte, Hermana Mei —le confiesa Ma Yueh-sheng—. Debo entregar el bastón de Cabeza de Dragón de la tríada Tiān Xià a alguien que sepa dirigirla hacia el futuro. Podría elegir a mi hijo o a uno de los Bastones Rojos que hay en Hong Kong, les tengo aprecio y han cuidado de mí en estos años, pero los sentimientos nunca han sido buenos consejeros para los negocios.

Eres fría. Eres ambiciosa. Cuando te conocí en ese miserable bazar de Hong Kong pensé que no eras una persona de confianza porque siempre decidirías lo mejor para ti. Por encima de cualquiera. Por eso, también, creo que lo mejor es ligar tu vida y tus intereses a los de la tríada Tiān Xià. Si tú eres la Cabeza de Dragón, tengo la seguridad de que ninguna debilidad nublará tu pensamiento.

Mientras se sigue celebrando la gala benéfica de Starlite, donde Antonio Banderas subasta una cena con él y Alberto Pastor puja por el beso de un actor de Hollywood para Marimar, en la casa de la Hermana Mei se celebra el rito que la convierte en la Cabeza de Dragón de la tríada Tiān Xià, con más de cinco mil hombres repartidos por todo el mundo. En el sótano han preparado todo lo necesario: el vestido blanco que ella debe llevar como expresión de pureza. Las sandalias de paja para conservar la humildad. Los tres arcos que cruza mientras recita los mandamientos. «Al trasponer el umbral, no sigáis adelante si no sois leales», «Ante la puerta de la lealtad y la justicia todos los hombres son iguales», «A través del Círculo de la Tierra y el Cielo han nacido los héroes Hung». Y por fin llega el lance de los 36 juramentos. «Después de cruzar las puertas de los Hung, si un miembro comete una ofensa de cualquier índole debe ser castigado y no puede acusar a otro. Que quienes no respeten esta orden sean aniquilados por un rayo», dice el último de ellos, un rabioso alegato.

Luego, el anciano Ma Yueh-sheng le entrega el bastón de mando de la tríada Tiān Xià, que en español significa «todo bajo el cielo». Ese es el nuevo reino de la Hermana Mei.

14

Qiang conduce con imprudencia, a toda velocidad, arriesgando en los adelantamientos. Está subiendo hacia la zona de Los Monteros. Laura comprende que esta vez la reunión no será en el bazar chino. Pasa miedo al lado de ese conductor temerario que no le dirige la palabra y actúa como si viajara solo. El teléfono de Laura ha sonado tres veces, pero no se ha atrevido a contestar las llamadas, no sabe si está permitido hacerlo, la situación es ambigua. ¿Es una prisionera o es libre de parlotear al teléfono como si nada? Comprueba que es Sergio quien llama con insistencia. A la cuarta llamada, opta por contestar, mirando de reojo a Qiang, a la espera de un bofetón o un zarpazo del chino para arrebatarle el móvil. Pero no es así: sigue siendo una presencia invisible en el coche.

—La operación ha ido bien. Papá está en la UCI, intubado, han extraído la bala.

—¿Hay daño cerebral?

—No lo saben. Hay que esperar a que se reabsorba el hematoma de la cabeza, si no sucede eso tendrían que operarlo de nuevo y la posibilidad de daños internos aumentaría.

—¿Cuándo le quitan el tubo? ¿Te lo han dicho?

—No sé nada, el médico quería parecer tranquilo, pero yo creo que no me lo cuenta todo. Estoy preocupado, Laura.

—Por lo menos está vivo. —Laura habla bajito, teme molestar al sicario.

—¿Dónde estás? —pregunta Sergio.

Ella detecta en su voz una nota de angustia.

—Volveré en cuanto pueda. —¿Por qué le ha dicho esto?, ni siquiera ella cree que vaya a seguir con vida tras el encuentro con la Hermana Mei—. Que no se quede solo, no dejes que papá se quede solo. Los que lo han intentado matar querrán terminar el trabajo.

No dice nada más, no se despide, corta la llamada.

—Hay dos hombres nuestros vigilando en el hospital —informa Qiang—. Son discretos, no los verás, pero están allí.

—¿Nuestros?

—De la Hermana Mei.

El destino es una de las mansiones de Los Monteros, en la calle del Ciervo. Es un gran chalet clásico que no llama la atención en la zona, aunque al entrar se aprecia en cada rincón la influencia oriental. En la entrada, una fuente circular de piedra, con un dragón que escupe agua en lugar de fuego, recibe al visitante. Qiang conduce a Laura al comedor, donde la Hermana Mei está cenando. Impresiona la imagen de esa mujer pequeñita, consumida por el trabajo, abrigada con una raída rebeca gris, sola en una estancia tan amplia, tan suntuosa. Le pide que se siente. Qiang se marcha sin decir palabra. Las dos mujeres se estudian en silencio, hasta que la Hermana Mei se limpia la boca con una servilleta e inicia la conversación.

—¿Has descubierto si tu padre tendió una trampa a tu madre?

Va al grano, no le gustan los rodeos, observa Laura. Detesta la sonrisa con que la china aguarda una respuesta que le puede costar la vida.

—Todavía no. Solo tengo indicios.

—No me interesan los indicios, hablo de certezas.

—No, no he descubierto nada nuevo.

—Yo, en cambio, sí he descubierto algo: que me puedo fiar de Alberto Pastor. Me dijo que apostara fuerte en el torneo de golf de Cortesín, una apuesta un poco rara. Y resulta que ha salido bien, he ganado mucho dinero gracias a él.

—Tiene dinero suficiente, ¿para qué quiere más?

—Porque he dedicado la vida a ganarlo. Igual que tu padre. Nosotros no nacimos en una cuna de oro, como tú, tuvimos que luchar por cada céntimo. Ganar dinero me hace feliz.

—Mi padre no está en condiciones de compartir su felicidad, está en el hospital. Lo han tiroteado.

—Lo sé.

—Ha salido del quirófano.

—También lo sé, hasta me han leído por teléfono el informe del cirujano. Es fuerte, sobrevivirá, falta saber si no le quedarán secuelas.

—¿Quién ha sido?

—¿Tú qué crees?

Lo dice mientras clava en ella una mirada intensa. Laura se pregunta si no se habrá equivocado y, en lugar de Strummer, quien está detrás del atentado sea ella. Por eso la marea con esas frases tan poco precisas. Esa mujer le hace sentir un pelele. No consigue soltar ninguna palabra, la mirada de Mei ha cobrado un fulgor extraño.

—Te di diez días para demostrar que tu padre había inculpado a tu madre de un asesinato. Y solo tienes indicios. Eso es lo mismo que no tener nada.

—Necesito más tiempo.

—Las venganzas pueden esperar años, las decisiones no.

El fulgor no remite. Mei aprieta un timbre disimulado bajo la mesa. Entra Qiang con una bandeja en la que lleva un cuchillo extraño, con

relieves de batallas antiguas en el mango. Se lo tiende a Mei, que lo coge y contempla el brillo que emite la hoja. Parece en éxtasis. De pronto, Qiang agarra por detrás a Laura, la inmoviliza. Mei se levanta y se acerca a ella con el cuchillo y descansa la punta contra el cuello de Laura.

Ella sabe que es el final. Su último pensamiento se centra en su madre: lamenta no haber podido ayudarla. Mei presiona con la punta en el cuello y brota una gota de sangre. La recoge con su dedo. Se la muestra a Laura. Y hace algo inesperado: se chupa el dedo manchado. Se bebe la sangre de Laura como si fuera un vampiro. ¿Es una loca o ejecuta un ritual chino?

Un gesto de Mei y Qiang afloja la presión sobre Laura, que ahora puede moverse, reaccionar al pánico que siente. El fulgor ha desaparecido de los ojos de la china. Se sienta junto a Laura.

—Tengo tu sangre dentro de mi cuerpo. Ahora se mezcla con mi saliva y pronto lo hará con mis jugos gástricos. Estamos unidas. ¿Sabes lo que eso significa?

Laura aguarda la explicación, asustada.

—Que confío en ti.

—¿Por qué? Solo he conseguido indicios.

—Porque te he amenazado de muerte y te has comportado con templanza. No has huido, no has llamado a la policía, no has intentado engañarme con un montaje burdo. Te has mantenido serena. Y eso significa que tienes la fuerza del dragón.

Laura intenta digerir lo que acaba de escuchar. Que está delante de una loca es evidente para ella, por mucho respeto que pueda tener hacia las culturas orientales, con códigos que desconoce. Ella, que no se tiene en pie, que sufre mareos y desmayos, que no tolera la comida, resulta que tiene la fuerza de un dragón.

—Yo pasé por una prueba similar en su día. Y actué igual que tú. Acepté mi destino de forma serena.

—Creo que me sobreestima, lo digo de verdad. Yo solo quiero sacar a mi madre de la cárcel.

—Necesito que hagas algo más que eso.

—¿El qué?

—Ahora que tu padre estará un tiempo fuera de combate, quiero que te pongas al frente del negocio.

—No puedo hacer eso, no pertenezco a este mundo, soy fiscal y me iré de Marbella muy pronto.

—Solo tú puedes sustituir a tu padre. No voy a aceptar a nadie más.

—Está mi hermano Sergio.

—Él no es una opción, se hundiría todo. Eres la única persona que puede ponerse al frente de los Pastor. ¿Lo entiendes? Si no lo haces, tendré que pasar página y encargar a otros los negocios que llevaba tu padre.

Laura asiente, atrapada en la telaraña de la china, que relaja la expresión.

—¿Tienes hambre? Podemos cenar juntas.

—Quiero volver al hospital.

Mei murmura unas palabras en chino, parece contrariada; Laura ignora si la ha ofendido, si va a coger de nuevo el cuchillo, si le hará otro corte. La china se limita a abrir los brazos en un gesto de resignación.

—Qiang te lleva. Gracias por venir.

Limpia el filo del cuchillo con una servilleta. Laura se levanta y sale despacio del comedor, aunque su mente le grita que escape de allí a toda prisa.

15

—¿Una pinta?

Finn, el camarero, tiene orden de servir a Aras lo que pida. Ese armenio no es uno de los Huérfanos, pero trabaja para ellos, de lo que sea. Finn no quiere problemas, él atiende tras la barra, mira, escucha y calla.

—No, dame un vaso de agua.

Aras ha advertido que las cosas andan turbias en el Orphan's y quiere estar en plenitud de condiciones, nada de actuar embotado por la cerveza. Burke, Griffin y Strummer se han reunido en la trastienda. De vez en cuando sale uno de ellos con la cara desencajada. Imagina el motivo, la noticia del atentado contra Alberto Pastor ha corrido por toda Marbella y no hay que ser muy listo para deducir que ellos tienen algo que ver. El termómetro de la gravedad de la situación lo marca Amber, que siempre se muestra sonriente y ahora es la viva imagen de la preocupación. Sola, apartada en una esquina, bebe una pinta de Guinness a tragos cortos, con aire sombrío. ¿Podría sentarse a su lado y sonsacarle información? No, esa mujer engaña, parece una borracha de libro, pero aguanta el alcohol mejor que nadie y es más lista que los tres irlandeses juntos. No hay nada que hacer con Amber, es más fácil pegar la oreja a la discusión de los hombres, que son temperamentales, no miden el volumen de su voz y desconocen la discreción, sobre todo cuando se sienten a salvo en su bar.

Quizá pueda oír lo que dicen si está abierto el ventanuco de la parte trasera del local, donde se arrumban las cajas de cerveza, los barriles y los cubos de basura. Claro que, si lo descubren, no habría forma de dar explicaciones. Es arriesgado. Pero es ahora o nunca, la discusión acalorada no va a durar eternamente.

Aras rodea el bar. En el callejón oscuro, dos gatos hurgan entre los desperdicios. El ventanuco está cerrado, pero cede al empujarlo un poco con un dedo. Una simple ranura basta para que las palabras lleguen a sus oídos. No sabe si entenderá el inglés barriobajero que usan los hermanos entre ellos, pero juega a su favor el hecho de que él no ha aprendido el idioma en una academia, sino trabajando como camarero en los peores bares de la Costa del Sol.

A través del cristal sucio, Aras cree distinguir a Liam Burke hablando por teléfono. Griffin, siempre tan calmado, está fuera de sí. Su voz cuando se dirige a Trevor Strummer es un grito estridente.

—Estabas mejor en la cárcel, ¡¿por qué cojones hemos pagado tanto para sacarte de allí?! Cada día de mi vida me voy a arrepentir de esto, te lo juro. Deberías haberte quedado en el orfanato.

—Nos había humillado —contesta Strummer, que no parece advertir la desproporción de sus actos ni los problemas que ha causado.

—Van a venir a por nosotros —resume Griffin—. Y no solo los Pastor, de los que podríamos defendernos. También la Hermana Mei.

Burke cuelga el teléfono y se incorpora a la conversación.

—Está vivo, ha salido del quirófano. Dime por lo menos que no te vio la cara.

—Sabe que fui yo.

—Joder. —Griffin es el más agobiado—. Joder, te daría de hostias hasta romperte los cuatro dientes que te quedan.

Strummer no responde, se mantiene callado, como un niño que aguanta el chaparrón por una travesura.

—Vamos a pensar con calma —los hace callar Liam Burke—. Ha salido del quirófano, todavía no está consciente y supongo que tardará bastante. Si dice que has sido tú, habrá guerra. A no ser que no consiga hablar con nadie.

—¿Qué propones? —pregunta Chris Griffin.

—Que no se despierte.

—¿Rematarlo en el hospital?

—¿Se te ocurre otro plan mejor?

Un silencio grave se apodera de todos, y Aras tiene la sensación de que van a conseguir oír su respiración, algo jadeante por el esfuerzo de mantenerse encaramado.

—Yo me encargo —se ofrece Strummer.

—Déjanos pensar, tú no hagas nada, que bastante has hecho —lo desprecia Griffin.

—Tiene que ser alguien ajeno, alguien al que no relacionen con nosotros —razona Burke, que es el más sensato en este conciliábulo.

—Gorbachov.

Aras contiene el aliento. Ha sido Strummer quien ha dado el nombre del ruso, y eso demuestra que su intuición era buena. Lo conoce. Lo tiene a mano.

—Que yo sepa, se fue de Marbella, nadie sabe dónde se ha escondido.

—Puedo localizarlo, Burke. En realidad, está cerca de aquí.

—Encuéntralo —ordena Griffin, que sigue furioso—. Tú nos has metido en esta mierda y tú nos vas a sacar. Encárgale el trabajo y vete de chaperos o emborráchate. Me da igual. Pero, sobre todo, no hagas nada más.

—Hace falta dinero, Gorbachov no es barato.

—Te puedo dar ahora mismo cien mil —dice Burke.

—Por cien mil, Gorbachov acaba con la familia Pastor al completo.

Aras ha escuchado suficiente. Sale de su escondite, corre hasta su coche y lo aparca cerca de la puerta del pub. Confía en que Trevor Strummer asuma de inmediato la misión que le han encomendado. En pocos minutos verá partir su Porsche, y ese hombre ha recibido una reprimenda tan gorda que estará obsesionado por cumplir con el encargo. No advertirá que lo está siguiendo, no será precavido, lo llevará hasta Gorbachov como si fuera dejando migas de pan por un sendero del bosque. Se siente bien consigo mismo, ha salido airoso del espionaje en el callejón y va a descubrir dónde está el ruso que puede llevar a la cárcel a Alberto Pastor. Más que su muerte, ese es el final que desea para el hombre que ordenó el asesinato de su hija: una celda, una sentencia, una humillación pública. Que pierda en vida todo el poder que ha amasado. Que tome conciencia de que no puede salir impune.

Animado, llama por teléfono a Laura y la pone al tanto de la situación.

—Tenme informada. Estoy con mi padre en el hospital.

—¿Qué tal está?

—No lo sabemos todavía.

—No lo dejéis solo, siempre con escolta. Estos hijos de puta quieren rematarlo.

—Gracias, Aras.

—No me las des. Es solo que no quiero que tu padre se vaya sin darme la oportunidad de destrozarle la vida. ¿O es que tú has cambiado de opinión?

—Yo tampoco lo quiero muerto. Los dos nos merecemos ganar, ¿no te parece?

La frase de Laura, su susurro final, revolotea en su cabeza durante unos segundos. El encanto se esfuma cuando ve salir a Strummer del Orphan's caminando a paso vivo. Se mete en su coche y arranca. Aras también arranca el suyo. El corazón le late a mil por hora, intuye que está llegando al final del camino. ¿Qué le espera a continuación? No lo sabe. Se pone a tararear una canción para conservar la calma y se sorprende al darse cuenta de que es aquella estúpida canción que cantaba con Laura en las discotecas cuando eran adolescentes: *Ma-ia-hii, ma-ia-huu...*

Laura barre la entrada al hospital con la mirada, pero no ve a nadie vigilando el acceso. ¿Dónde están los hombres que Qiang ha destacado allí para proteger a su padre? Tal vez sean profesionales del sigilo. Aunque ella preferiría un batallón de soldados armados, confía más en su efecto disuasorio. La llamada de Aras la ha pillado en la calle, volviendo de la reunión con la Hermana Mei.

En la sala de espera, solo está Sergio.

—¿Dónde te habías metido?

—Después hablamos. ¿Y Dani?

—Se ha ido a ver a Ingrid. Por lo menos ha esperado a que papá saliera del quirófano, no como tú.

Laura se contiene, no quiere decirle a su hermano que no se ha marchado por su voluntad, sino casi secuestrada por Qiang.

—¿Has podido ver a papá?

—No, no dejan entrar en la UCI. Y tampoco me han dicho nada nuevo.

—Si quieres irte a descansar, yo me quedo.

—Eso te gustaría, ¿no? Que papá se despierte y te vea a ti al pie de la cama. ¿Ahora vas de hija pródiga? Veinte años fuera, sin una

puta llamada, y resulta que eres la más afectada por la tragedia.

—Sergio, no quiero discutir, de verdad.

—¿Qué quieres? ¿Quedarte el casino, la casa de Sierra Blanca? Te doy mi parte de la herencia, te la regalo, pero vuélvete a Madrid y déjanos en paz.

—No necesito nada, me gano muy bien la vida.

—Te la ganas tan bien que te han echado de la fiscalía.

El dardo acierta de lleno en el orgullo de Laura. Lo mira con rabia, pero se agarra a un último cabo de lucidez para no entrar al trapo.

—Estamos en un hospital, papá está respirando a través de un tubo. No vamos a fingir que nos queremos, pero ¿podemos mantener la educación por lo menos y estar unidos este rato?

—¿Estar más unidos? Qué buena idea, vamos a pensar juntos en una respuesta a lo que ha pasado. Porque estarás de acuerdo conmigo en que hay que responder a los irlandeses.

—No vamos a hacer nada de momento.

—Vaya, lo dices como si fueras la jefa de la familia.

—¿Qué es lo que propones, Sergio?

—Matar a Strummer esta misma noche. Reventarle su puta cabeza de irlandés.

—No digas tonterías. No queremos más violencia. La Hermana Mei no quiere guerras, hacen perder dinero.

—¿Cómo sabes lo que quiere la Hermana Mei?

—Porque he hablado con ella.

—¿Tú?

—Vengo de su casa, quería hablar conmigo.

—No entiendo. ¿Por qué no conmigo?

—Eso se lo tendrás que preguntar a ella. O a lo mejor puedes hacer autocrítica y preguntártelo a ti mismo.

Sergio se queda aturdido. No puede encajar que su hermana, después de tanto tiempo fuera de la familia, le haya tomado la delantera en apenas un mes.

—¿A qué has ido? Te ha faltado tiempo para pegarte a ella. ¿Cómo puedes ser tan miserable?

—Me ha llamado ella y me ha dicho que no quiere guerras. Y una cosa más, que yo seré su interlocutora. Que mientras papá no esté recuperado, yo tomo las decisiones.

—Los cojones. Tú no decides una mierda. Strummer va a morir esta noche. He hablado con Baresi y Ballotelli. Tú no tienes ni idea de cómo defender el negocio.

—No puedes ser tan idiota como para haber hecho eso.

Sergio la mira con aire desafiante. Parece disfrutar de la grieta que ha abierto en la resistencia de su hermana. Laura no se puede creer que su propio hermano vaya a arruinarlo todo, justo ahora que Strummer los está llevando hasta Gorbachov. No, es demasiado para ella. Encontrar al ruso es la única posibilidad de salvar a su madre.

—Y por supuesto, hablaré con la Hermana Mei —continúa Sergio —. Tú no vas a ser la persona que dirija los negocios de esta familia. Por encima de mi cadáver, Laura.

—Eres estúpido, completamente estúpido.

Ella no tiene tiempo para más discusiones. Corre hacia la salida en busca de su coche.

16

Baresi y Ballotelli. Los recuerda a ambos, estaban en el sótano de la casa en Sierra Blanca el día de la fiesta del cumpleaños de su sobrino Miguel. Dos ejecutores fríos, implacables. Cree que Ballotelli era el negro. Esos sicarios se interponen en sus planes ahora que está tan cerca de encontrar a Gorbachov, aunque, en realidad, el que se ha metido en medio es Sergio. No entiende cómo su hermano ha podido convertirse en un hombre acomplejado que destila tanta amargura. De niño era travieso, divertido, lleno de vida. La hacía rabiar muchas veces, ella entraba al trapo de sus bromas, de sus travesuras, se enfurruñaba con él, pero jugaban juntos, se querían. De joven, en la Facultad de Derecho, no era el mejor estudiante, pero sí el chico más popular. Tenía don de gentes, caía bien a todo el mundo, organizaba quedadas, montaba fiestas, contaba chistes. ¿Qué ha sobrevivido de esa personalidad tan luminosa? Quizá algún destello pálido cuando está con Candela. Por lo demás, se ha transformado en un hombre tenso, serio, con la inteligencia aplastada por la ambición.

—Strummer ha entrado en el polígono de la Ermita. ¿A que el muy cabrón quiere echar un polvo?

Laura trata de mantener la concentración al volante mientras acelera. Tiene prisa por llegar. Es Aras quien le informa de las novedades a través del manos libres. El polígono de la Ermita, en la A-7, en la zona norte de Marbella, es durante el día un centro de empresas de logística, de talleres y de almacenes. Por la noche,

cuando las naves echan la persiana, se convierte en un rincón olvidado y lúgubre, con contenedores y descampados, un nido de chaperos, transexuales y puteros.

—¿Puedes entrar y ver qué hace?

—Lo intento, espero que no me vea.

Los callejones entre naves están casi a oscuras, hay rejas oxidadas, grafitis; todavía se oye el zumbido cercano de la autovía. En los descampados, tras las ventanillas empañadas de los coches, tienen lugar los encuentros sexuales. Es imposible saber si Trevor Strummer está en uno de esos coches, y si ha ido a echar un polvo o a cumplir con el encargo de sus hermanos. Da una vuelta por el polígono y de pronto ve al irlandés bajándose de su Porsche y cruzando el descampado.

—Creo que se lo quiere hacer con un camionero —susurra acercando el móvil a su boca.

—¿Habrá quedado con Gorbachov? —sugiere Laura.

—Todo es posible...

—¿Conoces a Baresi y a Ballotelli?

—¿Los futbolistas?

—¿Cómo que los futbolistas?

—Sí, Baresi y Ballotelli son dos futbolistas italianos, uno blanco y otro negro.

—Entonces supongo que son apodos, pero sí, son uno blanco y otro negro, dos matones que trabajan para mi familia. Cuidado si los ves por ahí rondando, tienen el encargo de matar a Strummer. Voy de camino, llego en unos diez minutos. Llámame si hay novedades.

—Estoy en el aparcamiento de los camiones, deja el coche fuera, no llegues con los faros encendidos.

Aras ha perdido de vista a Strummer, que ha desaparecido entre dos camiones. A la hipótesis de una urgencia sexual del irlandés

añade otra: un posible ajuste de cuentas. No puede descartar nada, ese hombre está loco. Y hay una tercera opción que le ha sugerido Laura, quizá la más sencilla de todas: tal vez ha quedado allí con Gorbachov. Tiene que acercarse a los camiones lo máximo posible, sin hacer ruido. Cuando ya está cerca de la explanada, oye una voz a su espalda.

—Hola, machote.

Se da la vuelta con miedo, esperando encontrar a un sicario que lo encañona, pero ante él hay una transexual con un maquillaje grotesco que brilla en la oscuridad. Es muy alta, puede medir un metro noventa con los zapatos de tacón, y luce un vestido con un escote tremendo. Habla con acento sudamericano, aunque Aras no identifica de dónde.

—Yo soy Gladys. ¿Buscas compañía, guapo?

—No, no...

—¿Eres de los que prefiere hacérselo con un camionero? Yo te puedo hacer lo mismo que ellos y soy más cariñosa.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Yo cobro por todo lo que hago. Si no ganara dinero no estaría aquí; estaría en casa viendo una serie en Netflix.

—¿Veinte euros?

—Hacer la pregunta es gratis, lo que cuesta es la respuesta. Dime qué quieres saber y te digo cuánto cuesta.

—¿Conoces a Gorbachov?

—Eso es fácil, veinte euros son suficientes. El dinero.

Aras le da el billete.

—Gorbachov, claro que sí. Creo recordar que se llamaba Mijaíl. Fue presidente de la Unión Soviética a finales de los noventa, se hizo famoso por la perestroika. Mi padre era comunista y lo odiaba, decía

que por su culpa se hundió la Unión Soviética. Ah, tenía una mancha de nacimiento en la frente.

—Ese no me interesa, Gladys. El Gorbachov que busco también tiene una mancha en la frente, pero vive en Marbella y tiene de comunista lo que yo de cura.

—No sé de quién me hablas.

—¿Y a Trevor Strummer, el irlandés?

La frivolidad se esfuma del rostro de Gladys.

—De ese no quiero hablar. Ni aunque me pagues mil euros.

—¿Lo has visto?

—Te doy un consejo gratis: no te acerques a ese tipo. Yo veo a hijos de puta a diario, ninguno tanto como ese. Si eres su amigo, no quiero saber nada de ti.

Gladys se da la vuelta y desaparece en las sombras del polígono. A Aras le vibra el móvil.

—Aras, estoy aquí —le dice Laura—. He aparcado en la entrada del polígono.

—Espérame allí. No encuentro a Strummer, vigilaremos su coche para seguirlo cuando salga de aquí.

Un par de minutos después, los dos están juntos, sentados en el Dacia de Aras. El Porsche de Strummer está aparcado a unos cien metros de ellos.

—¿Qué hace el irlandés?

—Espero que follar con un camionero. Es muy aficionado a estas cosas, nunca lo ha ocultado. Y mejor que sea eso a que haya quedado con Gorbachov ahí dentro y nos lo estemos perdiendo. ¿Qué tal tu padre?

—En la UCI, vivo. Saldrá de esta, si es lo que quieres saber, aunque todavía no sabemos cómo. ¡Mira, ahí está!

Strummer camina relajado hacia su coche, y después de subirse la bragueta, sube y arranca.

—Perfecto, el niño ha follado, a ver si ahora va al encuentro de Gorbachov.

Aras lo sigue a cierta distancia, sin encender las luces.

—Nos vamos a dar una hostia —se preocupa Laura.

—Cuando salgamos a la carretera las enciendo.

El Porsche corre mucho más que el Dacia y les cuesta seguirlo, Laura se agarra con fuerza al asa de su puerta. Sufre con cada bache del camino, con cada volantazo para esquivar un obstáculo o para tomar un giro. Siente alivio cuando se incorporan a la autovía y Aras enciende las luces, pero ahora ve que el Porsche de Strummer les va sacando más y más distancia.

—Se nos va.

—No puedo pisarle más —se lamenta él.

Laura se muerde los nudillos, un tic nervioso de la infancia para combatir el estrés. Es imposible perseguir a un Porsche en una autovía con poco tráfico, lo están perdiendo. Y, con ello, se esfuman las posibilidades de encontrar al ruso. De demostrar la inocencia de su madre.

Pero de pronto están recortando la distancia con el Porsche, Strummer ha reducido la velocidad y ha accionado el intermitente. Se dispone a coger un desvío, pero no llega a hacerlo. Un coche que ha adelantado hace unos segundos a Laura y a Aras se sitúa a la altura del Porsche y el cañón negro de un arma automática, un subfusil, emerge de la ventanilla del copiloto. La ráfaga de disparos estalla como si fueran fuegos artificiales. Más de veinte detonaciones que agujerean la carrocería del Porsche de Strummer y revientan su cristal. El Porsche sale de la carretera y se estrella contra un poste.

Mientras el otro coche, un Toyota, se aleja, una nueva ráfaga de disparos elimina cualquier posibilidad de que Strummer sobreviva.

Luego, acelera y desaparece en la noche.

17

Una nube de polvo envuelve el coche de Strummer. Aras y Laura han bajado del Dacia y se acercan con prevención. Distinguen la sangre en el suelo, en el asiento, en el interior del coche. El parabrisas y las ventanillas están hechos añicos. Trevor Strummer es un colador, el golpe y las balas le han deformado el rostro. Su boca mellada está abierta en una mueca ridícula. No hace falta ser forense para certificar que está muerto.

Laura respira acelerada, la rabia no encuentra un lugar en el que posarse. Tiene ganas de arremeter contra el guiñapo sanguinolento en que se ha convertido el irlandés. Tiene ganas de golpear a Sergio, de descargar su ira contra el coche acribillado, contra las personas que se han detenido en el arcén para observar el destrozo. Uno de ellos está pidiendo ayuda por el móvil.

—Joder, esto es la guerra —dice Laura nerviosa—. ¿Te has fijado en el coche desde el que han disparado?

—Era un Toyota, sin nada de particular, los hay a montones. De la matrícula solo he visto las letras: NDJ.

—¿Y de los ocupantes?

—No he visto nada.

—Llevaban un arma de guerra. Una puta automática.

Laura mira la carretera sin asfaltar que iba a coger Strummer. ¿Hacia dónde conduce esa vía?

—No es un camino muy importante. ¿Llevará a un pueblo?

—O quizá a una finca. Aquí hay gente suficiente y la policía viene de camino. ¿Quieres que la sigamos? —le ofrece Aras, más por retrasar su derrota que porque tenga la esperanza de descubrir algo.

—Vamos a ver adónde iba el loco de Strummer.

Aras y Laura suben al coche y enfilan el camino de tierra. Se fijan en el entorno, en posibles escondites, una caseta abandonada, una cueva, un refugio. No hay nada, es un páramo. Sin iluminación, es como una mancha de petróleo. Pero en algún lugar cercano tiene que estar Gorbachov. En algún sitio debía de haberse citado con Strummer.

—Mira ahí... Tira por ese camino.

Han llegado a una bifurcación de la que parte un sendero muy estrecho. El Dacia no es el mejor coche para andar por esas pistas. Aras reduce la velocidad y conduce con cuidado hasta llegar a una zona más despejada. Al fondo hay un poblado chabolista, ocupado, con toda seguridad, por temporeros de la vendimia. Lo iluminan unas luces temblorosas que cuelgan de las chabolas, algunas construidas con chapas de uralita, deben de estar enganchados a un grupo electrógeno o a algún poste de la luz. Sin embargo, no alumbran lo suficiente como para disipar las sombras que inundan los callejones entre esas viviendas paupérrimas. El lugar está desierto, menos por tres africanos que se calientan junto a una hoguera. Laura no sabe si es la adrenalina la que le da el arrojo suficiente para bajar del coche e interrogarlos, pero es lo que hace. Tal vez se sienta más segura con Aras a su lado.

—Buscamos a Gorbachov, un ruso calvo, con una mancha en la frente.

Los africanos se miran entre sí. Parecen incómodos con los intrusos, con su curiosidad.

—Ni idea —dice uno de ellos.

Aras saca cincuenta euros del bolsillo.

—No sabemos quién es —insiste el que lleva la voz cantante.

Pero uno de sus compañeros coge el billete y se lo guarda.

—Allí —dice.

Señala una construcción endeble de madera, cartones y planchas de cinc a modo de techumbre. Aras y Laura avanzan por el enjambre de chabolas hasta llegar a la casa. Se asoman por una ventanita llena de mugre y son testigos de una estampa que los deja descolocados. Allí dentro está Gorbachov, no hay duda. Cincuenta y algo, calvo, fuerte, con una mancha en la frente. El hombre al que tanto han perseguido, el asesino de Víctor Zamora, ha elegido su escondite entre los más marginados de la sociedad, allí donde nadie buscaría a un sicario de lujo. Sentado en un bidón de plástico, Gorbachov le está dando un puré, cucharada a cucharada, a una mujer de casi ochenta años, enjuta, sentada en una silla de ruedas. La escasa luz de una bombilla de poca potencia baña a las dos figuras, que parecen muy delicadas. Laura no se deja engañar por el cuadro. Ese hombre es Gorbachov, un asesino. Y es el hombre que puede condenar a Alberto Pastor y salvar a su madre.

Aunque los dos aguantan la respiración y se cuidan de no hacer el menor ruido, el rumor del viento o el afiladísimo sexto sentido de los prófugos hace que el ruso se gire hacia el ventanuco. Por suerte, se retiran a tiempo y avanzan hacia la puerta de la chabola. Aras coge un trozo de tubería de hierro que encuentra en el suelo, intuye que necesitará un arma para reducir al tipo. Laura nota el corazón desbocado.

—Espera fuera —le pide el armenio.

Entra con sigilo. La vieja está en la silla de ruedas, un grumo de puré resbala por su barbilla. Pero no hay rastro de Gorbachov. No le

da tiempo a buscarlo porque recibe un fuerte golpe por la espalda que lo tira al suelo y, con el impacto, pierde la tubería.

Cae sobre Aras una lluvia de patadas, pisotones y puñetazos. De pronto, el ruso saca una pistola y lo encañona. Aras está hecho polvo, se siente apaleado, apenas puede moverse. Le sangra la nariz y solo ve por un ojo, pero está acostumbrado a encajar tundas y sabe sacar fuerzas de flaqueza. Logra impulsarse desde el suelo y clava la suela en la rodilla de Gorbachov, que cruje como una rama rota. Después lo desarma de un manotazo. Rueda la pistola por la tierra. El ruso trata de alcanzarla, pero sufre un placaje de Aras, que se ha recuperado y lo estrella contra una estantería de hojalata. Una lluvia de botes y latas de conserva cae sobre ellos. Aras busca el espacio suficiente para armar el brazo y golpear a Gorbachov, pero el ruso se agarra a su cuello, le tira del pelo e intenta clavarle un rodillazo en el estómago en un forcejeo sucio. Aras consigue inmovilizarlo con una llave, lo coge de la cabeza, podría romperle el cuello y matarlo. Si no lo hace es porque lo necesita vivo. Gorbachov parece adivinar sus dudas, se recompone y le suelta un puñetazo para, acto seguido, arrastrarse en busca de la pistola. Está a punto de alcanzarla cuando una mano llega al arma antes que la suya.

Es Laura quien la ha cogido. Ha entrado en la chabola y ahora tiene la sartén por el mango. Pero no apunta a Gorbachov. Apunta a la anciana.

—O te estás quieto o le reviento la cabeza a tu madre.

Aras no esperaba esa resolución de Laura, su mirada fría de asesina implacable. O es una gran actriz o es una caja de sorpresas que no puede dejar de admirar. Gorbachov tiene que elegir, ¿es un farol o esa mujer delgada como un junco será capaz de matar a su madre? Aras cojea hasta llegar al lado de Laura.

—Dame la pistola.

—Apártate, Aras. No te la voy a dar.

Gorbachov todavía mide de qué será capaz, ella puede notarlo en su mirada. Se fija en el rostro consumido de la anciana, que no parece consciente de nada de lo que sucede a su alrededor. El mentón manchado por el puré, los pelos que brotan de un enorme lunar en la mejilla, sus ojos acuosos, indefensos. Laura siente una repentina oleada de pánico. No porque la situación la esté superando, sino porque es perfectamente consciente de que no le costaría nada apretar el gatillo y atravesar la frente de la anciana con una bala. No sentiría pena ni culpa. El monstruo que anida en su interior, el veneno de los Pastor.

—Por favor, mi madre no ha hecho nada —suplica Gorbachov. El ruso se ha dado cuenta de que en las amenazas de Laura no hay ningún farol.

—No hacen falta presentaciones. Sé que tú sabes quién soy. Ahora, cuéntame qué pasó en tu viaje a Madrid —le exige ella—. ¿Mataste a Víctor Zamora para culpar a mi madre?

Él guarda silencio, consciente de que esa confesión le traerá otros problemas. Laura siente la mirada de Aras en su nuca. Puede que el armenio esté barajando la posibilidad de quitarle el arma y tomar el control, así que da dos pasos hacia la anciana, amartilla la pistola y la pega a la frente de la mujer, que empieza a llorar de forma patética, como una niña a la que han castigado sin postre.

—A lo mejor piensas que no sé disparar. Y tienes razón, pero a esta distancia no voy a fallar.

—¡No le hagas nada a mi madre!

—Laura, por favor —interviene Aras.

—Habla o te juro que le reviento la cabeza.

La anciana llora entre temblores. Alarga una mano huesuda hacia Laura, como si quisiera acariciarle la cara. Y entonces ella lo ve: la

mujer lleva un anillo de oro en el dedo anular. Un anillo con un diamante engastado. Reconoce ese anillo como si lo hubiera visto ayer: es el que lucía su madre la noche que la intentaron violar, un regalo de aniversario de bodas que le hizo Alberto.

—Ese anillo es de mi madre... —balbucea, y todo se nubla a su alrededor. No es capaz de registrar la sonrisa trágica de Gorbachov ni el gesto de preocupación de Aras. Su cerebro busca una explicación lógica: puede que el ruso se lo robara cuando estuvo en Madrid. Entonces, recuerda que Marimar le reconoció que había salido de Marbella sin una sola joya. Sus manos estaban desnudas cuando llegó a su casa y así siguieron el resto del tiempo. La razón la está empujando a una respuesta que no se quiere dar a sí misma. Coge la mano de la anciana, con delicadeza, y acaricia el anillo—. ¿Por qué lo tiene tu madre?

La pregunta es casi inaudible porque a Laura se le quiebra la voz. Y al verla tan desesperada, Gorbachov comprende que ella es más peligrosa que nunca, que es capaz de hacer cualquier cosa, disparar a su madre, dispararle a él y hasta quitarse la vida allí mismo.

—Con ese anillo me pagó mi primer trabajo.

—¿Mi madre? —Laura no se da cuenta de que está llorando. En realidad, no necesita una respuesta porque todo su cuerpo se está resquebrajando por dentro al intuir la verdad—. ¿Qué trabajo?

—Matar al colombiano que te intentó violar.

Laura agarra con fuerza la pistola. Le da la sensación de que se le va a resbalar de la mano, que su equilibrio es precario, que se va a desmayar en cualquier momento. Ya no está en la chabola, su memoria la ha transportado a la casa de Marbella, a la mañana en la que estaba desayunando y descubrió por las noticias de la tele que el colombiano había sido asesinado. Recuerda con extraña nitidez la mirada que le lanzó a su padre. Él derramó el café porque no

soportaba el odio en los ojos de su hija, eso es lo que ella pensó. Pero también aparece en su recuerdo la reacción de su madre, que mojó el cruasán en el café y siguió desayunando como si nada. Ahora descifra la escena con una claridad aterradora, como si la niebla se disipara de golpe para mostrar la belleza de un paisaje. Su padre no abandonó el comedor para evitar el castigo de su hija favorita; se marchó al comprender que estaba casado con una asesina.

—Baja el arma, por favor —implora Gorbachov.

—¿Te contrató mi padre para matar a Víctor Zamora? —pregunta Laura con desesperación, como si necesitara mantener a toda costa la imagen negativa de Alberto Pastor.

Gorbachov menea la cabeza y habla con cuidado, temiendo contrariarla todavía más.

—Fue tu madre.

—No puede ser...

Laura repasa su historia en el hotel, las conversaciones recientes con Marimar, teñidas de desamparo, las palabras pronunciadas se mezclan en su cabeza en un torbellino delirante. Siente que se va a volver loca, que va a perder la conexión con la realidad. Da un respingo al sentir la mano de Aras en su brazo.

—Laura, ya está bien. Dame la pistola...

—¡Déjame! Quiero que lo cuente todo.

—Fue tu madre, te lo juro —insiste el ruso—. Pero no me contrató para matar a nadie. Yo solo tenía que decirle a Putin que me iba a Madrid para hacer un encargo de Alberto Pastor. Y luego entrar en la casa de Víctor y llevarme su ordenador. Solo eso. Yo no maté a ese tío, nunca estuve en Madrid ni entré en ningún hotel.

—No te creo. No tiene sentido. Te estás riendo de mí.

No sabe por qué se rebela ante la verdad que ya cristaliza en su interior. Laura agarra del pelo a la anciana, la fuerza a abrir la boca y le mete la pistola hasta la garganta. Se ha abierto un enorme agujero dentro de ella. Tiene ganas de disparar. De matar a esa mujer y al ruso. De dispararse a ella misma.

—¡¡Te estoy diciendo la verdad!! —gime Gorbachov—. Lo puedo demostrar.

—¡Escúchalo, Laura! ¡Deja a esa mujer! —le grita Aras.

Presionar el gatillo. Acabar con todo. Con todos. Es la única manera de frenar esta caída al infierno. El dedo de Laura tiembla.

—Está todo grabado, lo saqué del ordenador de Víctor. Es una conversación con tu madre. ¡¡Puedes escucharla tú misma!!

18

La grabación es bastante buena para estar hecha de forma subrepticia. Apenas hay ruidos de fondo. Se escucha a dos personas: a Víctor Zamora, el hombre que murió en la habitación del hotel Emperador, y a una mujer. A Marimar. Su madre.

—No te preocupes por mi marido, no te hará nada —dice ella.

—Alberto es un mafioso, y si no le pago todo lo que le debo, no me va a romper las piernas, no. Me mandará a uno de sus sicarios para meterme un tiro en la cabeza.

—Mi marido lo único que quiere es cobrar, y los muertos no pagan.

—Soy un imbécil. ¿Por qué me metí en aquella timba? —suena desesperada la voz de Víctor—. ¿Por qué me piqué con el puto colombiano de los cojones?

—Ya está, Víctor, no te fustigues. Yo te voy a ayudar a salir de esta.

—Es un millón de euros, cariño. ¿Cómo vas a hacerlo? Estoy jodido. Da igual que me vaya a la otra punta del mundo. Me encontrará. El muy cabrón me encontrará.

—¿Por qué le dijiste que habías robado un millón de la caja? ¿Por qué no le dijiste que era menos?

—Me tenían grabado con las cámaras del casino. El colombiano que me desplumó quería la pasta o me mataba allí mismo. Fue lo único que se me ocurrió.

—Pero en las cámaras no se ve cuánto cogiste.

—Da igual. Alberto sabe cuánto había, ¿te crees que puedo engañarlo con eso? No hay nada que le guste más que el dinero.

—De acuerdo, un millón. Es mucho dinero, pero te voy a ayudar. Eso sí, me tienes que prometer que no vuelves a jugar.

—No he tocado ni una carta desde esa noche. Pero no sé qué hacer, tu marido me ha dado un ultimátum, tengo que pagarle antes del martes.

—Dale largas. Necesito unas semanas más. Alberto está a punto de hundirse, hay que ganar tiempo.

—No se va a hundir mientras tenga al lado a la Hermana Mei.

—La Hermana Mei ha perdido mucho dinero con las apuestas y no se quedará de brazos cruzados. No importa que lleven juntos toda la vida; si Alberto no es rentable, lo dejará solo. Y le ha fallado muchas veces en los últimos tiempos.

—Tu marido cree que hay un topo que se las revienta. No sé si sospecha de mí.

—Él sabe que no puedes ser tú. No tienes la información que hace falta.

—Si pudiera decirle quién es, quizá me perdonaría la deuda.

Hay una pausa, da la impresión de que Marimar piensa en si debe hablar o no, contar lo que sabe. Se oye el ruido de un tráfico lejano. Puede que estén hablando en una casa cerca de una carretera.

—Soy yo, Víctor, el topo soy yo —le confiesa Marimar—. Paso información a los Huérfanos, ellos sobornan al deportista, lo amenazan o lo que sea, eso es cosa suya, y revientan el negocio de Alberto.

Otra vez unos segundos de silencio, los que se toma Víctor para digerir la revelación. No son más de cinco o diez, pero se hacen eternos.

—¿Por qué? —pregunta, desconcertado.

Laura detiene la grabación. Nota un dolor punzante, como si un millón de esquirlas de cristal se le clavaran en los pulmones, en la garganta; cada bocanada de aire ha sido una tortura desde que salió de aquel poblado de chabolas donde se escondía Gorbachov. Se obliga a mantener la entereza.

—Contesta a esa pregunta, mamá. ¿Por qué hacías eso?

Marimar ha escuchado su propia voz y la de Víctor con los ojos entrecerrados y una respiración sibilante, como si se ahogara ante la mirada de rabia de su hija. Mira a su alrededor antes de responder, una pequeña habitación de paredes pintadas al gotelé, sucia y escasa de luz y ventilación, solo tiene un ventanuco cerca del techo. Fuera debe de hacer frío, el cielo está tan nublado que parece de noche. Un globo de cristal amarillento por los años cuelga del techo y derrama una luz mortecina. Laura ha solicitado al personal de la clínica tener un encuentro privado con su madre, y este cuartucho es todo lo que le han podido ofrecer.

—Porque quería destrozarlo —responde al fin Marimar—. Porque lo odio. Porque me había apartado. ¿Sabes que él no estaría donde está si no es por mí? Y, de repente, me echó al trastero, como si fuera una maleta vieja. Me dejó de querer.

Laura golpea con ambas palmas en la mesa de formica que las separa, pero su madre no muestra ninguna reacción, como si fuera una figura de piedra. Se levanta, no aguanta mirar a los ojos a esa mujer. Sabe que no es cierto, que es la ansiedad, pero cada vez que traga saliva siente que se le abre una herida en el esófago que supura sangre. Tiene que respirar con aspiraciones breves, el pecho le va a estallar.

—¿Me mentiste?

Le habría gustado gritar, pero todo lo que ha podido articular es una pregunta ingenua, como si todavía fuera una niña. Marimar

asiente, sin fuerzas.

—Lo siento.

—¿Qué pasó esa noche en el hotel? Cuéntamelo todo, mamá. Sin más mentiras.

Marimar menea la cabeza, parece incapaz de revivir aquella pesadilla. Su gesto se tuerce en una mueca de dolor, pero Laura tiene una revelación y se da cuenta de que ese sufrimiento es fingido. No le duele nada. No tiene miedo a revivir su asesinato. Y, de pronto, como si se abriera una compuerta de su memoria, desfilan por su cabeza las muchas veces que su madre se ha comportado así, la rapidez para convertirse en la víctima principal de cualquier incidente, de cualquier avatar de la vida, sus miradas huidizas si su padre le ordenaba algo, la falsa congoja si un hijo se negaba a hacer lo que ella pedía. El miedo con el que aterrizó en Madrid aquella noche: una puesta en escena más de victimismo con el único propósito de conseguir lo que quería. Que Laura la acogiera, que sus hijos se pusieran de su parte.

—Víctor grababa nuestras conversaciones. Me utilizó. No estábamos enamorados, no soy tan ingenua, pero sí éramos amantes. Teníamos un pacto. Yo estaba dispuesta a hundir a tu padre para librarlo de su deuda. Me lo estaba jugando todo por él y el muy cabrón me grababa.

—¿Lo mataste tú?

—Nos divertimos en el Cock. Víctor siempre tenía alguna anécdota con la que hacerme reír. Fuimos al hotel y... estuvimos juntos. Pedimos el servicio de habitaciones para cenar. Todo iba bien hasta que me volvió a pedir dinero. Era mentira que hubiera dejado de jugar. Además del millón de euros que le debía a tu padre, había perdido otros doscientos mil en una partida de póquer. Me di cuenta de que siempre iba a ser así, que tenerlo al lado era un lastre. Le

dije que no. Que se olvidara de que yo pagara todas sus deudas y que lo nuestro había terminado, pero no me dejó irme de la habitación. Entonces, me puso la grabación. La misma que me acabas de poner tú. Me dijo que le diera el millón doscientos o le enseñaba la grabación a Alberto. Yo no tenía ese dinero, y, aunque lo hubiera tenido, ¿cómo sabía que Víctor no volvería a chantajearme cuando se lo gastara todo en las cartas? Tampoco podía marcharme: habría llamado a tu padre.

Las lágrimas resbalan por sus mejillas, pero su expresión ya no es la de antes: es un rostro relajado, sin sombra de dolor o de culpa, como su mirada, tan fría como la de un reptil. Laura tiene la sensación de estar viendo por primera vez en su vida el verdadero rostro de su madre.

—Fue un arrebato, pero sí. Lo maté. —Marimar no se enorgullece de su confesión, pero tampoco le duele destapar la verdad: se lo ha dicho con la misma ligereza con la que le confesaría un olvido intrascendente.

—Le arrancaste los ojos para desviar las sospechas hacia Gorbachov. ¡Eso no es un arrebato!

Laura grita porque le exaspera la pasividad de su madre, porque necesita transformar esta conversación en un drama, no solo para ella, sino también para Marimar. ¿Cómo puede asumir el crimen así sin más? ¿Por qué no se rompe por dentro como se está rompiendo ella? Contiene las náuseas como puede. Está mareada, pero no va a sentarse, no quiere componer una estampa cálida junto a su madre.

—Esa noche fue horrible. Pensé en cómo podía salir de esa. Llamé a Gorbachov y lo contraté para que entrara en casa de Víctor y se llevara su ordenador. Tenía allí la copia de seguridad de la grabación. También le dije que hablara con Putin, que le dijera que Alberto Pastor lo había contratado para hacer un trabajo en Madrid y que,

luego, desapareciera de Marbella durante un tiempo. Fui construyendo mi coartada poco a poco: por eso le saqué los ojos a Víctor, sí. Para que cuando yo dijera que me lo había cruzado en la Gran Vía... Bajé a desayunar y tiré a una alcantarilla el cuchillo de la cena con el que... Estuve fuera de la habitación el tiempo suficiente para que alguien pudiera haber entrado y matado a Víctor. Y, luego, tú. Sabía que no me dejarías sola, que creerías todo lo que te dijera. Eres fiscal, ibas a remover el caso y ofrecer una duda razonable para sacarme de este lío. Te dije que tu padre estaba detrás de todo para darte un empujón. Sé que lo odias tanto como yo.

—¿Tú te escuchas, mamá? ¿Tú eres consciente de lo que has hecho? Me has usado para encubrir un asesinato.

—De un chantajista. Sí.

—Has hecho mucho más que eso. Nos has traicionado a mí y a papá. A todos tus hijos. Los pusiste en peligro pasándoles información a los irlandeses y, después, te han dado igual las consecuencias de que yo entrara en tu juego. Solo has pensado en ti, pero por tu culpa la hija y la exmujer de Aras están muertas. Casi matan a Dani y a Ingrid. Putin, Gorbachov, Strummer... ¡Papá está en el hospital, intubado! ¡Has provocado una puta guerra!

—El error no fue mío. El error fue de tu padre —le responde con cinismo—. Se creyó que podía dejarme de lado.

—Eres una enferma. Una psicópata.

—No olvides que tu padre es un asesino. —Marimar aprieta los labios.

Laura saca el anillo del bolsillo y lo pone sobre la mesilla con fuerza. El brillo del diamante y los reflejos dorados acentúan el aire lúgubre de la estancia. Marimar se queda mirando la joya y sonríe con una melancolía que resulta absurda, anacrónica, fuera de lugar.

—Lo sé todo, mamá. Tú mandaste matar al colombiano. Y me hiciste creer que había sido papá. Tú lo encargaste. ¿Fuiste tú también la que convirtió a papá en lo que es? A lo mejor, hasta estás orgullosa de eso. Como lo estarás de haberme dejado que lo odiase durante veinte años. Me das asco.

Con torpeza, Laura recoge su abrigo, su bolso. Ese pequeño cuarto con el aire viciado está envenenándola. No aguanta un segundo más la cercanía de Marimar.

—Soy una víctima. No me dejes sola ahora, hija.

—Yo no tengo madre.

Algo dentro de Laura estalla. Como si hubiera reventado un globo lleno de agua y una cascada fría y pura se distribuyera por todo su cuerpo, limpiándola, sanándola, llevándose esos cristales que le impedían respirar. Se siente fuerte, sin cadenas que la aten, pero tampoco se engaña: el efecto de la liberación será fugaz. Se retirará como una marea y, entonces, volverá la culpa por lo que ha hecho para defender a una asesina, y también el repaso pormenorizado de toda una vida: desde los recuerdos infantiles hasta la adolescencia en la que se forjó el trauma con Alberto Pastor. Todo tendrá que ser reescrito, porque se da cuenta de que ningún recuerdo es fiable, porque depositó su amor en el lugar equivocado. Será doloroso reformular los instantes felices con su madre como lo que eran, una pantomima de Marimar, una manipulación.

La luz del techo titila bajo el efecto de una caída de la corriente eléctrica. Laura comprende que debe escapar de ese cuartucho, que si se queda un minuto más va a perder la cordura. Coge el anillo y cierra la puerta como si encerrara a su madre en una caja para siempre.

El malestar que temía la aborda tan pronto sale de la clínica. Tiene que sofocarlo, no puede conducir de vuelta hasta Marbella en ese estado. Podría llamar a Guillermo y curar las heridas en su abrazo, pero no es con él con quien quiere estar. Prefiere regresar al sur, al lado de Aras, al lado de su padre.

Intenta poner música relajante en el coche. De pronto advierte que la rabia ha dado paso al dolor, a una tristeza insondable. Los últimos ciento cincuenta kilómetros los hace llorando. Es el comienzo de la montaña rusa que serán sus emociones a partir de ahora. Aparca en el hospital y sube a la planta donde está ingresado su padre, pero, antes de que pueda pasar a su habitación, la aborda una figura encorvada, envuelta en una bata. Tarda unos segundos en reconocer a la Hermana Mei.

—Se ha despertado. Llevará tiempo. Recuerda: tienes que ser tú. Solo voy a confiar en ti. Mira la que ha liado tu hermano.

No necesita recordarle los términos de su acuerdo, la sangre de Laura en la boca de Mei. Qiang viene de la UCI donde sigue su padre y, después de un leve saludo, se aleja acompañando a la china por el pasillo. Juntos se pierden entre los visitantes del hospital como si fueran fantasmas. Laura se pregunta si ese encuentro ha sucedido en realidad o lo ha creado su mente enferma.

A Alberto le han quitado el tubo, ahora tiene unas gafas nasales que lo ayudan a respirar. El cráneo está rapado y en la frente luce un vendaje. Le han cogido una vía y está conectado a un monitor de latidos. Su aspecto es terrible, pero al ver a Laura sonríe con amor y consigue extender la mano hacia ella.

—Te quiero mucho, hija —dice débilmente.

Laura lo mira con ojos nuevos. El rencor, la repulsión que llegó a sentir en su cercanía, se han disipado y, dentro de ella, nace un afecto contradictorio: no olvida todo lo que ha hecho en su vida,

pero Alberto es su padre y está convencida de que su cariño ha sido honesto, no como el de su madre. Que si las presiones de Marimar no lo hubieran torcido, quizá, sus vidas habrían sido muy diferentes, y la posibilidad de volver a amarlo ya no le resulta tan imposible.

19

Lleva varios días sin dormir. Las palabras de Laura se alojaron en el cerebro de Dani y se repiten en bucle, como una canción pegadiza. «Estás haciendo infeliz a los tres». No es capaz de sacudirse ese mantra horrible. Y, lo que es peor, ahora mira a Ingrid bajo una nueva luz, la de la culpa y la compasión, una luz menos favorecedora que la del amor. ¿Se está castigando? ¿Se niega el amor hacia Estrella solo porque no se siente con derecho a ser feliz?

Últimamente, llora cuando está solo y, en presencia de Ingrid, tiene que hacer un esfuerzo para no romperse. Estrella le pilló un día en el almacén, en uno de sus ataques de llanto. Estaba tardando demasiado en regresar a la tienda con unas bombonas de oxígeno, entró para ver si le pasaba algo, si se había desmayado, si tenía algún problema con el material de buceo. Él se quedó de espaldas para recomponer el ánimo, pero ella lo comprendió todo como si estuviera de frente. Se acercó por detrás y lo abrazó. No dijo nada, no le pidió explicaciones, solo lo confortó con un abrazo que era una declaración de amor, un abrazo que él no puede olvidar desde entonces, que lo hace llorar más todavía.

Esta noche, al ayudar a Ingrid a ponerse el camisón, y tras acomodarla en la cama, decide que es el momento de hablar con ella. No puede seguir viviendo esta mentira. Tiene que darle a ella la posibilidad de ser feliz lejos de un hombre que está enamorado de otra mujer. Ingrid lo mira con una expresión extraña, tal vez intuya lo que va a suceder a continuación.

—Quiero hablar contigo de algo importante —dice Dani casi en un susurro, como si entendiera que las cosas graves de la vida hay que pronunciarlas a media voz.

—Yo también —contesta ella.

Él se sorprende de su respuesta y de la sonrisa trágica que esboza. ¿Es posible que lo haya percibido todo, como suponía Laura? ¿Le va a allanar el terreno en esta conversación tan delicada?

—¿De qué quieres hablar? —pregunta.

Ingrid toma aire y sonríe con dulzura.

—Todos estos días en el hospital me han hecho pensar en mi vida. Supongo que el accidente te hace ver las cosas de otra manera.

—Ingrid...

—Déjame hablar. He estado a punto de morir. Y me he dado cuenta de que hay que vivir la vida de otra forma, como si cada día fuera el último. Que no se puede vivir con miedo.

Dani anticipa lo que ella va a decir con palabras bonitas, escogidas: que él ha sido un gran compañero, que lo ama profundamente, pero que quiere algo más porque no se siente correspondida. Que es mejor que separen sus caminos y conserven el recuerdo de unos años maravillosos. Pero no es eso lo que ella dice.

—Quiero perder el miedo al mar. Quiero dar paseos en barco, quiero bañarme, no vivir con miedo por culpa del trauma del accidente.

Él, desconcertado, la coge de la mano. En unos segundos de confusión, coloca las piezas en el lugar correcto, la expresión temerosa de ella respondía a la decisión de enfrentarse a su gran fobia, el mar. No a una vida sin él. A ella se le humedecen los ojos de la emoción y él la abraza.

—¿Quieres que naveguemos mañana mismo?

—Sí, cuanto antes. Mañana.

Es incapaz de dormir. Por la mañana llama a Estrella para organizar la excursión. Le pide que se ocupe de una clase que tenía programada a las once, le explica que necesita el barco durante un par de horas. Ella, como siempre, se muestra colaboradora.

Dos horas después, cuando Dani empuja la silla de ruedas hasta el muelle, Estrella los espera con una nevera portátil en la que ha metido agua y cerveza y una cestita de mimbre con unos hojaldres que ha comprado de camino en la panadería.

—No tendrías que haberte molestado —dice Ingrid.

—Hoy es un día grande para ti —sonríe Estrella—. Tu primer paseo en barco desde el accidente. Me alegro mucho de que te lances.

—Dice que se quiere bañar —informa Dani.

—¿En serio? Pues espera, que traigo los trajes de neopreno.

—Tranquila, voy yo.

Dani entra en el almacén y coge dos trajes, aunque intuye que no los van a utilizar. Le parece demasiada audacia para el primer día. También coge las llaves del barco. Al salir de la tienda, se detiene al ver a Estrella en el muelle. Se ha agachado para estar a la altura de Ingrid y le está colocando detrás de las orejas un par de mechones. Comprende de golpe que tiene que hablar con Ingrid, que ese paseo en barco va a ser el corolario de su relación. Se va a alejar de la costa, fondeará no muy lejos. Se bañará con ella, si finalmente se anima, y al volver al barco se tomarán el aperitivo. Y luego le dirá, con todo el dolor de su corazón, que está enamorado de Estrella. De pronto se siente animado por la sensación de que ella lo va a entender, de que se alegrará por él y de que seguirán siendo amigos. Algo gracioso ha debido de decir Estrella, porque Ingrid se está riendo con su risa característica de conejo, moviendo los hombros arriba y abajo.

Dani se dispone a cruzar el paseo hacia el muelle, pero se detiene para dejar pasar una moto Harley que viene a toda velocidad. Al ver asomar el cañón de un arma, intenta utilizar los trajes de neopreno para protegerse. Pero es un escudo precario para la ráfaga de disparos que lo acribilla. El petardeo de la moto en su huida amortigua los gritos de Estrella y de Ingrid.

Cuando Laura llega al puerto encuentra la zona precintada. El cadáver de Dani está cubierto por una manta dorada que refleja la luz del sol y por momentos parece una hoguera. Siente que le fallan las piernas. Reconoce a Pino, el agente de la UCO, que está serio, hundido; distingue a Sergio entre la multitud, a Estrella llorando, ve a la jueza de instrucción hablando con un inspector y también cómo dos camilleros suben el cadáver a una ambulancia. Lejos de ese enjambre humano, en el muelle, está Ingrid, sola, en su silla de ruedas, como una vieja maleta olvidada. Laura sabe que la imagen de esa mujer con las manos aferradas a una cesta de mimbre se está insertando en su cabeza para siempre.

Le gustaría tener fuerzas para acercarse a ella y darle un abrazo. O para encararse con su hermano Sergio y gritarle a la cara lo que piensa de él. No lo ha hecho cuando él la ha llamado para darle la noticia. En ese momento ha pegado un salto y ha salido corriendo del hospital. Pero no dejará que evite su responsabilidad. Es el culpable directo de la muerte de Dani. La ejecución de Trevor Strummer no podía quedar sin respuesta.

No tiene fuerzas para abrirse paso entre la multitud, para traspasar el precinto policial y abalanzarse contra la camilla en la que yace su hermano tan querido. No quiere derramar sobre ese cuerpo inerte sus últimas lágrimas. Es una imagen que no va a

permitir que se grabe en su memoria. Para Laura, Dani siempre será ese chico sonriente con el pelo enredado por la sal, bronceado, el hermano que, descalzo, se sentaba a su lado en el jardín, el niño que corría detrás de ella en los pasillos de la casa, pidiéndole juegos, pidiéndole amor.

Se nota al borde del desmayo. Se aleja del puerto y camina como una sonámbula hasta parar un taxi que la lleva a la casa de su padre. Jasmina comprende que ha pasado algo grave al ver el rostro blanco de Laura.

—¿Es el señor? —pregunta.

Ella no contesta. Cruza el salón despacio para no caerse, recorre el pasillo y empuja la puerta del despacho de su padre. Se sienta en el sillón que siempre ocupa Alberto Pastor. Desde el ventanal contempla la piscina, el seto que delimita la propiedad y, más allá, la ciudad de Marbella, llena de encantos y desmanes, de fiestas, lujo y dolor, mucho dolor.

Nota cómo algo va creciendo dentro de ella, esa violencia que antes temía y a la que ahora no quiere poner barreras. Forma parte de sí misma, es una Pastor, no tiene sentido reprimirla, la necesita.

Esta ciudad le ha quitado lo que más amaba y esta ciudad tendrá su castigo.

Los Huérfanos
Carmen Mola

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño e ilustración de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Carmen Mola, 2026
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-08-32476-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta